



EL GUARDIÁN DE LOS
LIBROS SECRETOS

JOSEPH M. CARR



Lectulandia

A consecuencia del asesinato de todos los varones de su familia, la condesa Leonor de Monclerc se ve obligada a huir llevándose consigo un manuscrito sagrado muy antiguo y poderoso: *El libro del Nombre Secreto de Dios*. La noble dama lo ocultará en la abadía de Loc Dieu para evitar que caiga en poder de los hombres del rey de Francia. Pedro de Libreville, antiguo caballero templario, nombrado por el papa Juan XXII Guardián de los Libros Secretos, recibirá la orden de localizar la preciada obra, a la que se le atribuyen una terrible conjura de dimensiones insospechadas. Una novela repleta de acción, que muestra con crudeza, suspense y rigor histórico las intrigas que se suceden en el reino de Francia a partir de 1314, año del apogeo y el inicio de la caída de la casa de los Capetos, la continuidad del papado de Aviñón y los males que asolan el reino tras la maldición pronunciada en la higuera por el gran maestro del Temple Jacobo de Malay contra el rey y su linaje, el papa Clemente V y el guardasellos del rey.

Lectulandia

Joseph M. Carr

El guardián de los libros secretos

ePub r1.0

Samarcanda 01.12.14

Título original: *The Libreville's Secret*
Joseph M. Carr, 2005
Traducción: Guillermo Martín Ibáñez

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi amigo el pintor holandés Alwin van der Linde,
cuyos cuadros son ventanas a una realidad
muy contemporánea.*

El secreto de la condesa Leonor

Octubre de 1314

La condesa Leonor de Monclerc estaba aterrada. Sabía que su vida no valía nada si la atrapaban los sicarios del Rey. Miró con desesperación hacia el fondo del corredor y se tranquilizó cuando pensó que había depositado en un lugar seguro, fuera del alcance de aquellos toscos hombres de armas, el envoltorio de terciopelo carmesí que hasta hacía muy poco había llevado en una bolsa pegada a su cuerpo y que guardaba un pesado libro que ella no se había atrevido siquiera a abrir desde que se lo confiaron para que lo escondiera. Era consciente de que muchos hombres se habían sacrificado para evitar que ese libro cayera en manos inadecuadas, y también sabía que había varios poderes que lo ambicionaban; unos, para ponerlo a recaudo seguro y otros, para utilizar su poder en beneficio propio. Y ahora, por una jugada del destino, había caído en sus manos y, ante el peligro inminente de que la atraparan con el valioso volumen, la condesa había decidido esconderlo donde nadie fuera capaz de encontrarlo. Lo había pensado mucho y había decidido que era mejor así. Ya que no podía confiar en nadie, era mejor que el libro desapareciera para siempre a que cayera en manos inadecuadas.

Ella, que parecía una princesa de cuento de hadas, por la belleza de su rostro, sus larguísimos cabellos dorados trenzados de seda que casi alcanzaban su cintura y su figura de delicadas curvas había tenido que dejar su casa, su tranquilidad, todo lo que hasta entonces había sido su mundo tranquilo y sosegado, al erigirse en guardiana del valioso ejemplar y sabía —desde que lo aceptó— que custodiarlo la ponía en peligro mortal. El legado de su tío, el caballero templario Gerardo de Monclerc, había desencadenado un conjunto de tragedias que habían terminado con la familia. Ahora sólo quedaban ella y su anciano tío abuelo, el abad de Loc Dieu. Por eso se había dirigido a este lugar, que había visitado con su padre en varias ocasiones y donde había pasado algunos de los momentos más agradables de su vida, en la serenidad y la paz de este paraje mágico y maravilloso de bosques antiguos y tupidos, que de pequeña le había parecido que escondían secretos de edades antiguas. Y allí fue, en busca de su apoyo y su consejo, y por eso había decidido que Loc Dieu era un refugio seguro, si es que había alguno que lo fuera para ella.

La realidad era que, desde que llegara a casa el hermano de su padre, habían vivido bajo una gran tensión. El caballero Gerardo de Monclerc, con su preciosa carga, había huido del norte por mar, en una nave inglesa que lo había desembarcado en Burdeos. Sintiendo enfermo en la travesía, decidió desembarcar y, tras pasar unas semanas de fiebres y dolores que no remitían, con el espíritu triste, se había

dirigido a la casa que le vio nacer, atravesando el ducado de Aquitania perteneciente al rey de Inglaterra, donde nadie lo persiguió, y, por fin, tras largas y agotadoras jornadas, divisó, a lo lejos la alta torre y las firmes murallas del castillo de Monclerc. Aún estaba muy lejos de la frontera de los territorios del reino de Aragón, que era su meta, donde los templarios no estaban siendo perseguidos con la crudeza que en Francia, pero no se sentía con fuerzas para seguir adelante. La enfermedad que lo acosaba y debilitaba en cuerpo y en alma no le había permitido llegar más allá del solar de sus mayores y lo aceptó. Gerardo era consciente de que su nombre estaba en la lista de personas a capturar y a entregar a la justicia, y, a pesar de que lo conocían bien en el feudo de su familia, supo que no podía arriesgarse a morir solo, dejando su valiosa carga al alcance de los que lo buscaban, que eran los hombres del rey de Francia y otros más oscuros.

En ese momento, sólo podía confiar en los suyos. Era el depositario de un tesoro de valor incalculable que no podía perderse, un libro sagrado que, según se decía en susurros, contenía el nombre musical de Dios y que, según contaban las leyendas de la orden, había sido utilizado por los mismos faraones. Luego, tras ser venerado en diversos templos y escondido por un gran rey, había sobrevivido a lo largo de los milenios y, a pesar de que lo habían buscado con mucho empeño soberanos y magos griegos y después varios emperadores romanos e incluso algunos papas, para invocar su poder, nunca habían conseguido hacerse con él. El secreto guardado por una línea de altos iniciados se había perdido, y por un azar el libro había acabado en posesión del primer gran maestro del Temple y había sido guardado hasta el momento del final de la orden, cuando Jacobo de Molay lo había depositado en manos de Monclerc, antes de que los sicarios de Felipe IV se hubieran podido hacer con él. De hecho, incluso se había especulado con que lo que buscaba realmente el Rey de Hierro al procesar a los templarios era este libro, y por eso era de vital importancia custodiarlo en lugar seguro. Lo que el caballero tenía claro es que no le correspondía al rey de Francia usar su poder.

Felipe, conde de Monclerc, no lo había dudado un instante y le había dado cobijo, a pesar de que el Rey tenía puesto precio a su cabeza, como a la de todos los templarios. Pero el fugitivo no era un cualquiera, sino su hermano, y, además de los lazos de sangre, también lo hubiera cobijado porque era el orgulloso heredero de un antiguo linaje cátaro que había perdurado en secreto y que no creía en las acusaciones contra los caballeros del Temple, como la mayoría de los nobles de vieja cuna de Francia, quienes pensaban que el procesamiento y la cruel muerte sufrida por el gran maestro Jacobo de Molay en la hoguera en la Isla de los Judíos, en París, en marzo de 1314, junto al fiel preceptor de Normandía, eran injustas y se debían a las ambiciones de los consejeros del Rey, como Enguerrando de Marigny y su hermano, el taimado obispo de Sens Juan de Marigny. Como el fallecido Nogaret, guardasellos del Rey, éstos seguramente deseaban expoliar las riquezas del Temple, a la par que llenar el exhausto tesoro de Francia para el Rey.

Se decía por toda la cristiandad que el gran maestro les había maldecido desde la misma hoguera y que había emplazado al mismo rey Felipe IV, al guardasellos Nogaret y al papa Clemente V a juicio ante el tribunal de Dios, antes de un año. Y apenas dos meses después de su muerte, el guardasellos Guillermo de Nogaret había fallecido misteriosamente, de repente, y la maldición parecía cobrar vida en el aire.

Pero, dejando aparte lo justo o no de la condena, la realidad era que la presencia de su hermano y su valiosa carga en el castillo que se alzaba cerca de la frontera del ducado de Aquitania, era un verdadero peligro para todos. Por más que el conde se hubiera hecho las consideraciones anteriores, Gerardo de Monclerc era un proscrito, como todos los caballeros templarios. La infame pira encendida en París había provocado una verdadera pasión por acabar con todo lo que oliera a templario en el reino, y se habían producido arrestos, expropiaciones y muchos expolios, aprovechando la caída de la antaño poderosísima orden, que el mismo Papa había acabado disolviendo, aunque sin condenarla formalmente.

Gerardo se sentía acabado. Su corazón no podía resistir mucho tiempo más. Él, que había sido un caballero ejemplar, no podía sufrir al verse perseguido de ese modo ni aceptaba el brutal cambio de estatus que suponía ser un proscrito. Sólo al llegar al castillo de Monclerc se había sentido a salvo, como si los muros que cobijaron su infancia fueran capaces de mantener afuera todo el mal del mundo, y, aunque sabía que esa sensación era ficticia, no podía ni quería evitarla. Su sufrimiento estaba marcado en su rostro, que había perdido todo su color, y en su cuerpo, que se había quedado en los huesos. El antaño orgulloso caballero templario ahora no era más que un deshecho físico, quebrada su resistencia y su salud. Pero seguía vivo mientras guardaba su secreto y se consumía pensando en cómo decirle a su hermano lo que guardaba. Por fin reunió fuerzas para darle al conde de Monclerc las explicaciones necesarias.

Felipe de Monclerc, que era de una religiosidad profunda y verdadera, anteponía a todo lo demás el servicio a Dios y, como caballero, seguía el código antiguo. Por eso, al saber la importancia de lo que su hermano le entregaba, el conde comprendió que no debía dudar y aceptó la carga a pesar del riesgo que suponía para él y los suyos. Se ponía en las manos de Dios. Su hermano Gerardo sabía que podía confiar en él, que él guardaría el libro sin disponerlo para su beneficio personal, como lo había hecho él mismo. Entonces supo que podía morir tranquilo y dejó de luchar con su enfermedad.

Ahora, el precioso libro estaba en manos de Leonor, como consecuencia de la muerte de su tío y de la de su hermano mayor, seguida de la de su propio padre. La responsabilidad era tremenda, pero ella no era una pusilánime. Leonor era un espíritu fuerte. Había sido educada esmeradamente, pero con ciertas licencias. No sólo sabía cantar y bordar hermosos tapices, sino que era capaz de montar a caballo sin desfallecer durante muchas horas y tenía una excelente puntería con la ballesta, que había hecho que los juglares y trovadores la ensalzaran como a una Diana cazadora

con la belleza de Venus. Pero la joven, que apenas tenía diecinueve años, no estaba pegada de sí misma, y, aparte de ser una cristiana ejemplar, su carácter templado y firme le había permitido tomar las rápidas decisiones que habían sido necesarias en ese momento.

Había sabido hacerse cargo de todo; del peso del linaje y el del secreto del libro cuando su padre y su hermano faltaron. De hecho, nadie podía imaginarse que ambos iban a seguirle al poco de morir su tío, como si el caballero templario hubiera viajado con la desgracia como equipaje y la muerte como compañera. Lo que estaba claro es que la felicidad de los Monclerc se había quebrado para siempre.

Lo que había seguido era como una pieza de tragedia griega. Sabiendo que los esbirros de Marigny estaban rastreando cada casa y cada castillo en nombre del Rey, Felipe de Monclerc había decidido enfrentarlos, antes de que lo sitiaran, y le impidieran moverse. Valientemente, les dio batalla en campo abierto, acompañado de su hijo Felipe de veinte años y de sus mesnadas de guerra. Tras un duro combate en que las armas de los Monclerc ondearon al viento en gallardetes y estandartes en su última victoria, los soldados del conde acabaron con casi todos los hombres del Rey. Pero la victoria era demasiado cara. El noble conde, que había sido herido de gravedad, tuvo que sufrir allí mismo, en el campo de batalla, la visión de su hijo y heredero muerto, que había sido alcanzado por una saeta en el ojo derecho. El conde Felipe de Monclerc, convertido por esa acción contra su señor, el rey de Francia, en proscrito, consiguió a duras penas regresar al castillo, con unos pocos hombres fieles. Sus heridas eran tan graves que moría dos días después en brazos de su hija, no antes de haberla hecho depositaria del libro y pedirle que no lo dejara caer en manos de los hombres del Rey bajo ningún concepto.

Así, tras enterrar cristianamente a su padre, sabiendo que los esbirros de Marigny conseguirían refuerzos rápidamente y que asaltarían el castillo, la condesa había decidido irse de Monclerc, esperando que la celeridad de su huida confundiera a sus perseguidores y le permitiera escaparse. Seguida por una pequeña escolta de tan sólo diez hombres de toda confianza, que sabía darían sus mismas vidas por ella, cabalgó sin descanso hacia la abadía de Loc Dieu, que se hallaba a muchas leguas de distancia, cerca del pueblo de Villafranca de Rouerge sabiendo que en aquel lugar, moraba el único familiar superviviente que le quedaba y que podía esconderla.

Y así había sido durante unas semanas. En verdad, estuvo a punto de conseguirlo. Durante muchos días los esbirros del Rey buscaron sin éxito su rastro y, por más que torturaron a los servidores de la joven condesa, éstos no supieron decirles nada, porque, de hecho, no sabían dónde estaba. Cuando estaban a punto de abandonar, la casualidad les dio una hebra que no habían conseguido por métodos violentos. Sería la asombrosa belleza de la dama la que les daría de nuevo la pista de dónde se encontraba. En aquellos valles y montañas del Rouerge occidental, la belleza de Leonor era legendaria y, al verla de cerca, paseando por el bosque de Loc Dieu, un trovador que se enamoró de ella, al cantarla con especial inspiración, sin quererlo, la

perdió; pues la trova, pasando de lugar en lugar, alcanzó fama y llegó a oídos que no debieron haberla escuchado nunca y que comprendieron que su presa estaba de nuevo a la vista y a su alcance.

Inmediatamente, sin perder un minuto, el sargento del Rey encargado de capturar a la joven condesa y a una posible misteriosa carga, se había dirigido a la abadía de Nuestra Señora de Loc Dieu con una fuerza de cincuenta hombres, aporreando las puertas del sagrado lugar sin ningún tipo de contemplación. Cuando le abrió el monje portero, con ojos sorprendidos, el sargento invadió el espacio sagrado destinado a la oración y a la meditación, ordenando al monje que le llevara inmediatamente ante su superior. El abad Hugo de Monclerc recibió al sargento con cara compungida. El militar le impidió pronunciar palabra. Le exigió, en nombre del Rey, que le entregara a la fugitiva, como dando por sentado que sabía que estaba allí y que no pensaba dejarse engañar.

El viejo abad procuró contemporizar para dar tiempo a que su sobrina se escondiera bien. Con la sabiduría y la sangre fría que dan la venerable edad y la falta de miedo a la muerte, recriminó al sargento su actitud e intentó hacerle ver que sus informaciones eran equivocadas. Pero el sargento, que era perro viejo, le había apartado a un lado y ordenado a sus hombres la inspección de los edificios, mandándoles que atacaran a los que se resistieran y que no dudasen en emplear la fuerza si la condesa intentaba escapar, lo cual era algo casi impensable en aquellos tiempos, ya que el respeto a la mujer y, más aún, a una dama de tan alta alcurnia y belleza, era general. Pero el sargento era un hombre avezado en persecuciones, a pesar de su apariencia tosca, al que raramente se le escapaba una presa, y probablemente por eso lo habían elegido para su desagradable cargo.

* * *

La condesa Leonor dejó sus pensamientos que la distraían. Sabía que la perseguían de cerca. Lo podía sentir perfectamente en los pasos amenazadores y rápidos que percibía cada vez más cerca. No había dónde esconderse. Los hombres del Rey estaban allí, cercándola. Sabía que la iban a capturar. Se había equivocado al penetrar en una habitación e intuía que sus pasos la dirigían a un corredor sin salida. Las ricas bóvedas de piedra de origen benedictino, habitualmente receptoras de jaculatorias, reproducían el eco, escandalosamente, de los pasos de los hombres de armas. Leonor de Monclerc dejó de huir. Comprendió que era inútil seguir haciéndolo cuando se dio cuenta de que los pasos de detrás recibían eco de otros de delante. Se detuvo y miró hacia arriba. Estaba en una cámara totalmente austera, cuya única decoración eran las nerviaciones de piedra de las bien construidas bóvedas. Si así debía de ser, lo aceptaba. Ahora debía recuperar su aplomo y no mostrar temor. Eso era lo más importante. Nadie la vería suplicar. Recitó en voz alta las oraciones que su madre le había enseñado de pequeña y, mientras su hermosa voz acariciaba los sillares de la

sala que se llenó de dulces ecos, sintió que su espíritu se aquietaba. Así estaba mejor. Esperó a que llegaran hasta ella, con la mayor dignidad que pudo. Los hombres del Rey ya estaban casi encima. Los sentía al otro lado de la puerta de la cámara, hasta que ésta se abrió con brusquedad, rompiendo la serenidad de la estancia.

—Daos prisa, señora —dijo el sargento Luis Maleflot, que la miró con gesto duro, sin inmutarse por la hermosura y el desvalimiento de la dama que hubiera conmovido a cualquier otro.

La brusquedad del tono del sargento encendió la cólera de Leonor, que le miró de frente con sus limpiísimos ojos azules, que eran como saetas afiladas clavadas en su coraza.

—¿Cómo te atreves a ordenar mi detención, villano? Soy la condesa de Monclerc y estoy en un lugar sagrado. Veo por la librea que llevas que eres hombre del Rey y él nada tiene contra mí.

—Lo tiene, os lo aseguro. Bien lo sabéis, condesa. Y eso se lo debéis a vuestro padre y a vuestro hermano, fallecidos en enfrentamiento contra los hombres del Rey. Y, como sabéis, Felipe IV, al que por algo llaman el Rey de Hierro, no perdona las rebeldías y por ello ha ordenado la expropiación de vuestro condado y, además, vuestra prisión.

—¿Mi prisión? ¿En base a qué? ¿Cómo te atreves a hablarme así, inmundo chacal? Seguro que esto es uno más de los enredos de Marigny y tú seguramente serás uno de sus esbirros. Pues que sepas que no te temo.

—Hacéis mal, señora.

—No oses amenazarme, villano. Los Monclerc...

—No son nadie ya, señora —la interrumpió con tono frío, delectándose en ello—. Sólo una casa noble extinguida y desacreditada por traicionar al Rey y vos, sólo sois mi prisionera.

—Me quejaré al Rey en persona.

—No creo que llegéis nunca ante su majestad. No son ésas las órdenes que tengo. Os vamos a llevar hasta el castillo de Chinon, donde se alojaron tantos de los compañeros de vuestro tío el caballero templario, incluido el maestre de la desaparecida orden y algunos de los principales preceptores de las provincias. Allí os esperan unas personas preparadas para haceros un interrogatorio en condiciones. Por cierto, os adelanto que os ahorraríais muchas penalidades si nos entregarais de buena gana el tesoro que llevabais.

—¿De qué tesoro me hablas, perro? Vosotros siempre husmeando por si hay algo de oro que meteros en el bolsillo.

—No es oro lo que buscamos y lo sabéis muy bien, condesa. Todos dicen haberos visto custodiando algo en una bolsa.

—¿Quiénes son todos? ¿De qué me habláis? Nadie os ha dicho nada. Yo no custodio nada, salvo mi honra y mi nombre. Esto es una verdadera conspiración que denunciaré ante todos y mi voz se oirá en el reino. Soy una doncella noble desarmada

y no tolero este trato por parte de un servidor del Rey. Has de saber que sólo he venido a Loc Dieu a ver a mi anciano tío abuelo, para sentirme arropada por mi familia, después de las muertes de mi padre y de mi hermano, atacados por las fuerzas del Rey.

—Veo que sois sagaz tergiversando los hechos, señora. Pero no penséis que vais a conseguir saliros con la vuestra. Aunque el maestro Nogaret haya muerto, sigue habiendo en Francia quienes saben sacar cualquier secreto de los que los guardan.

—¡Otro perro sarnoso del que nos hemos librado por misericordia del Altísimo! Pero nada temo y nada tengo que ocultar. Mi tío abuelo el abad os lo puede confirmar. De todos modos, sé que no es eso lo que deseáis. Os gustaría verme suplicaros, como probablemente hacen muchos de los inocentes a los que perseguís, hiena carroñera, pero nunca conseguirás eso de mí. Quítate de mi presencia, que me asqueas.

—Potentes y nobles palabras, que el viento se ha de llevar. Ya suplicaréis, condesa, cuando os corten vuestra hermosa cabellera y arrasen vuestra belleza desfigurándoos el rostro con hierros candentes. ¡Oh, sí! Entonces suplicaréis. Y luego os pondrán en el potro y os quebrarán los miembros, os mutilarán los dedos.

—Eres repulsivo e indigno de usar el uniforme del Rey que manchas con tu vileza. Me entristece que nuestro gran rey esté cayendo tan bajo como para ordenar la prisión de damas que nada han hecho contra él. Pero, si es su voluntad, la acepto.

—O me dais lo que habéis escondido o sufriréis el tormento...

—No tengo nada que entregarte. Veo que te gusta pensar en el dolor y en el mal que se le puede hacer a otro ser humano y se te nota en el porte. Tu repugnante rostro, sargento, es el espejo de un alma miserable y malvada. Te duele verme noble, valiente y hermosa, quizá porque no estoy al alcance de tus groseras manos. Has de saber, mezquino, que mi belleza es un don de Dios y si él lo quiere yo aceptaré perderla, como la misma vida que Él me dio —dijo sin titubear, mirando de frente al sargento, que se sorprendió al comprender que la condesa era algo más que una desvalida doncella—. Y no perdamos más tiempo con palabras inútiles. Nada más tengo que decirte. Somos muy diferentes y hablamos idiomas diferentes. Además, vuestra mera presencia aquí, está alterando demasiado la paz de estos sagrados lugares.

—Pues habremos de seguir haciéndolo durante un tiempo, porque vamos a revolverlo todo por si acaso os dejáis aquí algo olvidado.

—Haz lo que debas, sargento, pero, por favor, líbrame de tu vista. No soporto ni un minuto más tu rostro soez.

El sargento Maleflot encajó mal el nuevo exabrupto de la condesa. Dentro de su desagradable físico había un buen cerebro y había comprendido que él nunca conseguiría nada de aquella dama, por lo cual era inútil seguir intentando su colaboración. Leonor de Monclerc nunca cooperaría con ellos.

—Llevaos a la condesa —dijo dirigiéndose al cabo Cresson, un grueso hombretón

que tenía el rostro malicioso—. Que vayan contigo dos hombres, Cresson. Decidle al abad que su sobrina es prisionera del rey de Francia y que será custodiada en una celda que sólo tenga un tragaluz, para impedir que pueda escapar. ¡Ah!, y no os descuidéis. Me respondéis con la vida de su seguridad y de su aislamiento. Y antes de que entre en la celda, comprobad que no tiene otra salida que la puerta que custodiéis.

—Así se hará, mi sargento.

—Ve pues. Yo continuaré la inspección —dijo, dándole la espalda a la condesa con un gesto casi infantil que la dama supo interpretar correctamente. El sargento no podía con ella y se retiraba furioso.

—Buscad, buscad, sabueso —dijo, con sorna—. Ya me contaréis si halláis algo de interés, aparte de las vituallas, las telas y los aperos del trabajo de los monjes. Y no les robéis los copones y los candelabros en un descuido.

El sargento masculló una maldición pero no se dio la vuelta. En lugar de ello, se alejó hacia la biblioteca de la abadía. Imaginaba que aquél era el lugar idóneo para esconder algo. En realidad no sabía lo que buscaba. Sólo que era posible que fuera un pergamino o un libro o un paquete de tamaño no superior a un libro en gran folio, lo cual hacía que, sin la colaboración de la condesa, supiera que la búsqueda era inútil de antemano.

El abad Hugo de Monclerc había sido muy listo. Previendo que el cabo Cresson no iba a querer meter a su sobrina en la celda que él le ordenara, le recomendó con mucho interés una que no tenía ninguna salida. El otro se negó, pensando que el abad quería tenderle una trampa. Siguieron adelante y, al pasar delante de otra, la que él pretendía en verdad que su sobrina ocupara, el abad fingió que aquélla no era conveniente e intentó seguir adelante. Cresson, haciendo uso de su autoridad, se detuvo. Ante su insistencia, el abad le enseñó, como de mala gana, la habitación que parecía ser perfecta, porque tenía un camastro de tabla, una silla que parecía muy incómoda y, a buena altura, una ventana pequeña por la que no cabía un ser humano, y una pequeña alacena que el cabo abrió y que no tenía más que un par de estantes vacíos. Las paredes eran de sillería.

—La condesa permanecerá aquí.

—No es un lugar confortable para mi sobrina —insistió el abad.

—No busco su confort sino la seguridad de su prisión —dijo el cabo, inflándose y mostrando su autoridad.

El abad inclinó la cabeza, aparentemente abatido, escondiendo una sonrisa que hubiera preocupado mucho a Cresson si éste la hubiera visto.

—Sea como deseáis —replicó.

Luego, mirando a su sobrina, se disculpó por no haber conseguido que le dieran un alojamiento mejor. La condesa, que conocía bien a su tío, comprendió que el taimado anciano quería que ella estuviera allí y no dijo nada. Sólo les dio la espalda como se suponía que debía hacer. Cresson y sus hombres salieron detrás del abad y el cabo se quedó delante de la puerta, guardando la habitación.

—Si no me necesitáis más, he de ir a tranquilizar a la comunidad. La presencia de tantos hombres de armas debe de haber alterado la paz de muchos espíritus.

—Id donde querías, abad. Pero no enviéis a nadie a ver a la condesa. No entraréis ni siquiera vos mismo. Son mis órdenes.

—¡Qué crueldad, cabo! ¿Ni siquiera vais a permitir que se le lleve un brasero para calentarse, una jarra de agua y un plato de comida?

—El sargento ha dicho que nada. Nadie debe entrar ni salir de esa habitación y nadie lo hará.

El abad bajó la cabeza y se dio la vuelta. Anduvo con paso cansino mientras estaba a la vista del cabo, luego, cuando dobló por el primer corredor, su aspecto cambió. Su figura recuperó la vertical y su paso se tornó firme. El anciano estaba maquinando la liberación de su sobrina. Desde luego no podía dejar que se la llevaran a prisión. No quería ni imaginar lo que podían hacerle a una dama de su belleza unos rudos torturadores como los que tenía el Rey.

Se dirigió al huerto, donde estaban escondidos, con hábitos de estameña, los soldados de su sobrina, y les adoctrinó sobre lo que tenían que hacer y dónde debían apostarse. Todo tenía que hacerse a la perfección. Luego fue al establo y ordenó que se ensillaran con discreción los caballos de la escolta de su sobrina y que estuvieran preparados para abrir el portón al atardecer. El hermano René que era un buen jinete, les acompañaría. Había que aprovechar que los hombres del Rey se concentraban en la búsqueda de un objeto dentro de la abadía para que la condesa escapara.

Se dirigió a la capilla a rezar una oración ante la imagen de Nuestra Señora, que era la patrona del lugar y que lo observaba con su hieratismo lejano, y, a continuación, se metió por la sacristía, abrió el armario y, tras mover un resorte secreto, la pared del fondo del mismo cedió abriéndose a un túnel frío, iluminado por una saetera que estaba a varios metros de alto pero que daba luz suficiente para avanzar por el estrecho pasillo entre la pared exterior de la abadía y la de las celdas. Anduvo con paso ligero hasta encontrar la pequeña puerta de madera y la abrió sin hacer ruido, entrando en la parte de dentro de la alacena de la habitación donde su sobrina estaba prisionera. Se asomó por la rejilla de la puerta para comprobar que seguía sola y, al ver que sí, dio un suave golpe para llamar la atención de la condesa.

Leonor comprendió que era su tío, porque estaba esperando algo, y abrió la puerta. Sin decir una palabra, tras retirar la segunda balda, se introdujo en el túnel que la llevaba a la libertad. Cerraron la puerta de la pared de la alacena después de volver a colocar la balda y se dirigieron con premura hacia la sacristía. La urgencia era total. El anciano la condujo por pasadizos secretos hasta un lugar que consideró seguro, cerca de los establos. Miró hacia todos lados antes de permitir que su sobrina saliera a descubierto y pensó que nadie les había observado mientras se dirigían con sigilo hacia donde sus hombres esperaban, con los caballos preparados.

El sol, de un amarillo frío muy hermoso, comenzaba a desplomarse de un cielo emborregado de nubes panzudas de un blanco que no prometía lluvia, y se estaba

levantando un aire frío, que hizo a Leonor estremecerse bajo el manto de grueso terciopelo que el abad le había dado para que se cobijara. El bosque, que iba a ser su refugio esa noche, se teñía de reflejos dorados y naranjas, rojos y amarillos, vencidos por los vientos fríos del norte.

Cuando la dejó entre sus hombres, el viejo Hugo de Monclerc se sintió tranquilo. Lo peor ya había pasado. Apenas se dieron un abrazo de despedida. Sobraban las palabras. El abad la bendijo y ella le regaló una de sus maravillosas sonrisas que iluminaban su hermoso rostro.

¡Qué pena le daba que aquella hermosa mujer tuviera que huir!

Se dio la vuelta y regresó con paso sereno a sus quehaceres. Que revolvieran todo lo que quisieran. No iban a encontrar nada. Ni siquiera él sabía donde había escondido Leonor su tesoro. Allí había múltiples lugares posibles y él no había hecho preguntas. No quería siquiera saberlo.

Minutos después, con la luz difusa del atardecer, los caballos de la escolta de su sobrina salían de los establos haciendo el menor ruido posible. Para ello habían envuelto las patas de los nobles animales con telas que amortiguaban el golpeteo de las herraduras en el enlosado patio. El monje que los guiaba iba delante y otro se encargó de abrir el pesado portón, que no hizo ruido por estar bien engrasado.

Estaban todos montados y no había señales de los hombres del Rey. Leonor se sintió triunfar sobre el maldito sargento Maleflot y le entraron ganas de reír. Con paso ligero se dirigieron por el camino del antiguo y hermoso bosque, cuyos volúmenes se iban deshaciendo en las sombras del atardecer, mientras el viento frío del norte les golpeaba el rostro. El último rayo del sol hiriente se metió en sus ojos e iba a comenzar a galopar cuando una barrera de flechas les cortó el camino en seco. Hombres y caballos cayeron a su alrededor y una saeta traicionera le atravesó el corazón y segó su joven vida sin que ella se diera siquiera cuenta de ello. El caballo se quedó quieto, como embrujado, y ella cayó hacia delante quedando apoyada sobre el cuello del nervioso palafreñ.

El cabo Martin, que había quedado fuera con veinte hombres por orden del sargento, estaba muy ufano. No se había escapado ni uno. Había acabado con todos los que intentaban escapar. Seguro que el sargento le felicitaría.

Nunca comprendió por qué, unos minutos después, el sargento le abofeteó con una saña espantosa ante todos, al ver el cadáver de la condesa. ¿Acaso no había intentado huir y él lo había impedido? El mundo era muy injusto.

El rostro de la hermosa Leonor de Monclerc en la muerte era de una belleza sobrenatural. Ninguno de los que la vieron sería capaz de olvidarla jamás. Pálida como una estatua del más fino mármol italiano, allí, en la capilla, rodeada de ramas de espino blanco, con sus bayas rojizas y de brezos en flor que los monjes habían cortado para ella, era como una de esas reinas de leyenda que cantan las viejas sagas bretonas y germanas, y su serenidad se debía probablemente a su triunfo, porque se había llevado consigo a la tumba el secreto mejor guardado.

¿Qué iba a decirle ahora el sargento al severo Enguerrando de Marigny? Sólo de pensar en su reacción se ponía a temblar.

El nombramiento de De Libreville

1319

Pedro de Libreville solía aprovechar sus desplazamientos por los largos corredores del palacio de los papas para pensar. Era un hombre apuesto, de estatura superior a la media, de anchas espaldas y brazo fuerte, lo cual, junto a la mirada fuerte de sus ojos grises y su mentón cuadrado y regular, le daba un cierto aire militar. No obstante, en contra de su apariencia, era silencioso y reflexivo por naturaleza y le complacía observar a la gente. La razón de esta constante observación de los demás se debía probablemente a que, desde pequeño, Pedro había tenido el don —él lo llamaba percepción— de saber algunas cosas que iban a pasar sin que hubiera una razón aparente; pero siempre se lo había callado. Era circunspecto por naturaleza. Siendo el hijo segundo de una familia noble enlazada con la importante casa de Artois por una de sus abuelas, había sido educado para la iglesia por un sabio monje que le había enseñado a leer y escribir además de instruirlo en latín.

Ese día andaba con paso mesurado, como casi siempre, por los corredores del palacio papal, mientras se dirigía a los aposentos de Juan XXII, con quien tenía una audiencia privada. Su percepción le decía que el Papa le iba a hacer un ofrecimiento importante esa mañana pero no estaba nada agitado por ello. El ajetreo que siempre había en torno al pontífice parecía que le fuera ajeno, a pesar de que era uno de sus escasos hombres de confianza y que pertenecía a su círculo más íntimo.

Su proximidad al Papa se debía a una de esas aparentes casualidades que hacen la fortuna de algunos seres humanos y que le habían acercado a Jacobo Duèze, pues ése era el nombre del Papa, poco después de ser elegido obispo de Aviñón en 1310. Durante una inspección rutinaria de las murallas de la ciudad del obispo recién nombrado, De Libreville había impedido que se produjera un accidente al tener una de sus percepciones que le hicieron ponerse en el lugar adecuado, para evitar que el nuevo obispo cayera al vacío desde lo alto de un muro, cuando se venció un andamio en el que se apoyaba. Él le sostuvo, arriesgando al hacerlo su vida, pues ambos se tambalearon durante un instante, hasta que el caballero consiguió afirmar su pie y los dos quedaron fuera de peligro. Desde entonces, Duèze quiso que De Libreville estuviera siempre a su lado y le otorgó una amistad incondicional, lo cual le puso a salvo de algunos problemas, dada su difícil situación personal, ya que Pedro de Libreville era en realidad un caballero templario huido y, por tanto, un proscrito en el reino de Francia, aunque, gracias a la previsión de sus superiores, no figurara en las listas de procesados ni de buscados.

Su padrino en la orden había sido el mismo gran maestro del Temple Jacobo de

Molay, gran amigo de su padre, Felipe de Libreville, que, comprendiendo el peligro que se cernía sobre la orden, del cual le habían avisado sus espías en el palacio y el consejo del rey Felipe IV de Francia, decidió —con buen criterio— que los nuevos caballeros que habían sido iniciados en 1307 permanecieran en el anonimato para el mundo exterior. Serían templarios secretos. Esto les salvó de ser perseguidos y les permitió perderse por diversos lugares del reino y de afuera del mismo en la dispersión que siguió. El maestre le recomendó en su última reunión en la fortaleza del Temple de París antes de su detención, que fuera a Aviñón, ciudad cosmopolita que pertenecía al rey de Nápoles y donde se había instalado el papa Clemente V. Allí, en esa ciudad de religiosos, comerciantes, peticionarios y mujeres de mal vivir, podría estar tranquilo porque nadie le iba a perseguir. Su nombre no figuraba en ningún registro del Temple, porque el propio maestre se había encargado de destruir todos los que se encontraban en París, ante el peligro inminente de su arresto. Tampoco le dio ninguna obligación concreta; sólo salvarse del arresto y seguir viviendo conforme a las reglas de la milicia del Temple: con honestidad, castidad y velando por el saber verdadero. Y después de darle su bendición, que recibió arrodillado, y de haberle entregado una bolsa bien cargada de monedas de oro para que cubriera sus gastos durante un tiempo, el Gran Maestre le dijo que otros hermanos contactarían con él cuando todo acabara. Luego, le ordenó partir hacia París y no regresar más a la fortaleza de la orden, despojado del manto blanco con la cruz roja y vestido como un simple noble seglar.

En Aviñón se había mezclado con la multitud y se había sentido bien allí. Había alquilado una casa agradable, con un pequeño patio, cerca de la catedral de Doms, en una callecita tranquila pero cerca del bullicio de las calles de los mercaderes. En esa ciudad, fortificada y amurallada por su nuevo señor temporal, reinaba el vicario de Cristo en la tierra. Las torres feudales, como la llamada Del rey Felipe IV, que éste había hecho erigir, y que junto a la fortaleza de Villeneuve, al otro lado del río, eran su modo de mostrar a los papas que su poder estaba ahí, vigilante, estaban rodeadas de iglesias, encomiendas de las órdenes, como la espléndida que estaban construyendo los caballeros del Santo Sepulcro, o las palaciegas villas cardenalcias. Desde la llegada del Papa, tanto dentro como fuera de la ciudad se estaban fundando nuevos monasterios y abadías, y algunos se habían traído de diversos lugares de Francia e Italia sus libros, que eran verdaderos tesoros que el caballero De Libreville consiguió leer gracias a su cortesía con los monjes bibliotecarios y los abades.

Pero, aparte de seguir formándose, el caballero De Libreville había de esperar en vano durante los siguientes años las noticias de los preceptores templarios. Sólo siguió un largo silencio, teñido de infaustas nuevas. Hasta su refugio de Aviñón llegaban las noticias de París, que cada vez olían más a fuego y a sangre. De Libreville fue a Vienne en 1311 con su protector, el obispo Duèze, para un concilio de la Iglesia. Allí conoció a muchos de los cardenales que habían de estar en el siguiente cónclave y al mismo papa Clemente V que había sido elegido en 1305 a instancias

del rey de Francia y que había aceptado el traslado de la sede papal a Aviñón. Pero, sobre todo, consiguió que ya nadie se hiciera preguntas sobre él. Todos supieron por boca del mismo Duèze cómo le había salvado la vida y, desde entonces, se le asociaba con el obispo de Aviñón.

La ignominiosa muerte del gran maestre Jacobo de Molay y la prisión de muchos de los altos cargos de la orden en marzo de 1314, había sido para De Libreville un duro golpe que hubo de asumir en silencio y en el secreto de su alcoba, mostrando un rostro impasible hacia el mundo. Y descubrió que, como tantos otros caballeros templarios en el exilio, odiaba en lo profundo de su corazón al rey de Francia, al que tanto había admirado en su juventud por la grandeza de su trabajo en pro del reino, y le deseaba la peor de las muertes. En aquellos días estaba desesperado y no sabía qué hacer. Era un caballero templario y se sentía huérfano. Su orden había sido disuelta, sus hermanos estaban muertos, presos o en el exilio y su mentor había sido cruelmente ejecutado. De Libreville pensó que quizá debía huir lejos de Francia, hacia el reino de Aragón, del que sólo oía cosas buenas en la ciudad. Se decía que el rey Jaime II acogía bien a los caballeros templarios y les trataba con honor. Así, el joven De Libreville podría estar tranquilo, lejos de la influencia del rey de Francia.

Dado que su espíritu estaba muy confuso, había decidido jugárselo todo a una carta y, un día, en confesión, le abrió su corazón a su protector, Jacobo Duèze, al que el Papa acababa de nombrar cardenal de Porto, como deferencia por sus venerables setenta años. El nuevo purpurado escuchó al afligido De Libreville sin interrumpirle ni una vez y, tras darle la absolución de sus pecados, le dijo, mirándole fijamente a los ojos, que el hecho de haber sido caballero templario no era ningún baldón, a su entender. El cardenal Duèze era de los que pensaban, que el rey de Francia había acusado falsamente a los caballeros templarios para robarles sus riquezas, y despreciaba secretamente al papa Clemente V por haberle seguido el juego a Felipe IV, dejándole las manos libres para juzgar y condenar a otros hermanos en Cristo. Por eso, aseguró a Pedro de Libreville que seguía contando con toda su confianza y —él, que no era nada dado a las efusiones físicas—, incluso se permitió darle unos golpecitos de ánimo en el hombro, compasivamente, para después pedirle que se quedara con él para siempre, como su hombre de confianza. Desde entonces, ambos supieron que el lazo que había entre ellos no se iba a romper nunca.

De Libreville se sintió mucho mejor cuando, a la muerte del gran Maestre templario, el 18 de marzo de 1314, siguieron las de los tres hombres que habían sido maldecidos por él. Primero caería el papa Clemente V, en abril; luego, en mayo, el guardasellos del rey de Francia, Guillermo de Nogaret, y finalmente, en noviembre de 1314, fallecía Felipe IV, el Rey de Hierro, en Fontainebleau, a los cuarenta y seis años. La maldición de Jacobo de Molay se había cumplido y el espíritu de Pedro de Libreville había hallado la paz perdida y éste había recobrado el orgullo de ser caballero templario.

Y, mientras el caballero se sentía un hombre nuevo, el mundo veía que el

equilibrio de poderes en que Francia había sido el reino más importante de Europa iba a comenzar a variar sustancialmente. No había que olvidar que, aunque en el trono de Castilla y León se sentaba Alfonso XI, un niño rey de dos años, su abuela doña María de Molina, la reina regente, iba a sofocar las rebeliones de los ricohombres de Castilla y mantener intacto el reino de su nieto. Se decían cosas extraordinarias de ella en Aviñón porque, aparte de una reina fuerte, era una dama de alta piedad, algo de lo que carecían los reinos de Occidente, salvo en la península Ibérica.

De hecho, en el trono de Aragón el rey Jaime II, tras más de veinte años de reinado, se mostraba como un hábil diplomático y creaba la orden de Montesa, con su patrimonio personal, donde se refugiarían muchos caballeros templarios franceses exiliados y algunos de los que lo fueron en su propio reino. Éstos, agradecidos, le servirían con devoción y le ayudarían a expandir su poder por el Mediterráneo, mientras, al otro lado del Canal de La Mancha, Eduardo II Plantagenet ultrajaba a su esposa, la reina Isabel de Francia, gobernando con su amante, Hugo Despenser, y el consentidor padre de éste, escandalizando a la conservadora Inglaterra con sus venalidades y sus costumbres como lo hacía Aviñón con la cristiandad.

De Libreville conocía bien la ciudad en la que vivía desde hacía años. Aviñón, como antes lo había sido Roma, era el centro del poder de la cristiandad y era considerada por muchos como una nueva Babilonia, donde todos los vicios tenían lugar. La riqueza se veía por doquier. El Papa había ordenado un embellecimiento completo de la ciudad, como en su tiempo hiciera Augusto con Roma. La ciudad debía mostrar al mundo que era el espléndido hogar de los papas y para eso Guillermo de Coucouron, como arquitecto jefe, estaba empleando todo su arte construyendo más y mejores murallas, nuevas iglesias, nuevas abadías, altos campanarios y orgullosas y aguerridas torres; todo, evidentemente, en honor de Cristo y de su vicario en la tierra.

El palacio de Juan XXII estaba siendo agrandado y embellecido en el hermoso estilo gótico triunfante en Europa y una cohorte de artistas, entre los que destacaban los maestros Pedro Gaudrac, Pedro de Puy y Pedro de Carmelère, habían sido llamados para dar a las paredes y techos el esplendor necesario. Y, a pesar de que en las calles se podía ver a multitud de sacerdotes y monjas caminando y a obispos, abades y cardenales en literas y con ricas escoltas, la ciudad también era un hervidero de vicio. Las meretrices, prostitutas y cortesanas hacían su agosto en la ciudad y se mostraban en todo su esplendor, paseando en litera por las calles de la ciudad cabeza de la cristiandad. Los rufianes de toda índole moraban en los arrabales y vivían de lo ajeno con holgura e incluso en alguna calleja oscura había tiendas dudosas, escondidas, regentadas por viejas arrugadas de ojos malignos, donde algún que otro cardenal recogía remedios para recuperar su virilidad perdida o venenos para eliminar a algún enemigo que molestara demasiado.

Eso era lo que se susurraba que había acontecido con el débil Luis X, sucesor del

poderoso Felipe IV, que carecía de todo talento para reinar. En los dieciocho meses de su nefasto reinado, cerrado por el veneno en junio de 1316, había sentado las bases de la destrucción del gran edificio de poder creado por su padre al haber ordenado la muerte, la prisión o la destitución de la mayoría de los leales miembros del consejo de su padre. Éstos habían sido sustituidos por incapaces, liderados por su propio tío, Carlos de Valois. Aparte de atribuírsele la muerte en prisión de su primera esposa, Margarita de Borgoña, reina de Navarra, este penoso rey dejaba a Francia sin heredero varón, por primera vez en más de trescientos años, aunque su viuda, la reina Clemencia de Hungría estuviera embarazada.

Y fue entonces —apenas hacía tres años— cuando ascendió definitivamente la estrella del futuro Juan XXII y, con él, la de De Libreville. El caballero recordaba muy bien aquella truculenta elección forzada por un príncipe de Francia. Y es que más de dos años desde la muerte de Clemente V, y muerto también el nuevo rey de Francia Luis X, seguía sin que hubiera Papa. Al inicio de su reinado, los cardenales se habían dispersado, dejando Aviñón para evitar las presiones del rey de Francia y repartiéndose por diversos lugares. Incluso si hubieran conseguido reunirse, cosa que no habían deseado hacer, la elección hubiera sido difícil. Los cardenales italianos eran suficientes en número para bloquear una elección y además querían el regreso del papado a Roma, y los franceses no se ponían de acuerdo en quién deseaban elegir. Y mientras la Iglesia seguía sin cabeza para escándalo de la cristiandad y alegría de los herejes, a Felipe, conde de Poitiers, hermano de Luis X, se le ocurrió una estrategia para reunir a los cardenales, sabiendo que todos estaban en Lyon, aprovechando la muerte de su hermano, que le hacía, *de facto*, regente de Francia, mientras no se supiera el sexo del hijo que llevaba en su vientre la reina Clemencia de Hungría.

Tras varios encuentros, el conde de Poitiers había entablado gran amistad con el cardenal Duèze, a quien consideraba como el más adecuado para ser elegido y, apoyándose en él, consiguió reunir a los cardenales para un funeral de estado a Luis X en la fortificada y hermosa iglesia de los jacobinos de Lyon. Todos los cardenales asistieron a las honras fúnebres acompañados de sus séquitos, mostrando al mundo su pompa. No se sentían en peligro. Poitiers había anunciado su partida para el día anterior y la muerte del rey de Francia les había hecho bajar la guardia. Además, como hacía meses que algunos no se veían, aquellos que eran mucho más maestros de la intriga que padres de la Iglesia, querían volver a verse las caras.

Cuando el conde Poitiers supo que todos estaban dentro de la iglesia, se frotó las manos. La misa de difuntos fue cantada de principio a fin. Cuando acabó la misma y se abrieron las puertas, los cardenales vieron que habían caído en una trampa y que todas las salidas estaban tapiadas. Por la puerta principal, observaron que había un hueco por el que cabía un hombre y por él entró el conde De Forez, emisario del regente, que les conminó a elegir Papa, amenazándoles con que no saldrían de la iglesia hasta que lo consiguieran. Para asegurar la elección, la iglesia estaba rodeada

de soldados del regente de Francia.

El cardenal Duèze estuvo brillante y jugó con inteligencia sus bazas. En primer lugar, demostró que le molestaba tanto como a los demás el encierro. Durante el cónclave que siguió se mostró como un anciano espiritual, más cerca del otro mundo que de éste, ayudado por su venerable edad y la asistencia de su fiel De Libreville, que, siguiéndole el juego, iba dando a los otros cardenales falsas noticias de la progresiva debilidad de Duèze, que se mostraba en público cada día más flojo y decrepito. Hartos, tras casi meses de encierro, en agosto de 1316 los cardenales decidieron elegir al moribundo Jacobo Duèze, pensando que muy pronto moriría y que así quedaban libres, burlando, además, al regente de Francia. Pero la situación se volvió en su contra. Jacobo Duèze, nada más ser elegido Papa con el nombre de Juan XXII, se irguió, como si la elección le hubiera fortalecido, y desde entonces guiaría la cristiandad con mano de hierro e inteligencia, de acuerdo con el nuevo rey de Francia, que era el antiguo conde de Portier, con el nombre de Felipe V, tras el nacimiento y la muerte del hijo póstumo de su hermano Luis X, de nombre Juan I, y que sólo viviría unos días.

Habían pasado tres años desde la elección y las cosas habían cambiado mucho para el caballero De Libreville. Su afición a los libros, su natural modestia y su templanza y discreción le habían hecho caer bien en el cónclave familiar del Papa, que lo rodeaba porque no había pedido nada para él desde la elección de Juan XXII y eso era algo que llamaba la atención en un mundo en que todos luchaban por algún cargo o beneficio.

Se estaba acercando a la antesala del gabinete privado del Papa y vio que salían del lugar el cardenal arzobispo de Aviñón, Arnaldo da Via, y el canciller de la Iglesia cardenal Gauzelin Duèze, ambos sobrinos carnales del Papa, que mostraron amplias sonrisas en el rostro al verle.

—Buenos días, eminencias —dijo el caballero besando los anillos de ambos prelados—. Voy a ver a su santidad, que me ha honrado llamándome a audiencia privada.

—Sí, caballero De Libreville. Lo sabemos. Parece ser que estáis de enhorabuena.

—Si vos lo decís, eminencia. Yo no sé por qué me la dais.

—Quizá he hablado demasiado y me he anticipado un poco —dijo el canciller—. Os dejamos proseguir para que su santidad pueda daros la noticia en persona. Ya hablaremos después.

—Como digáis, eminencia. Sigo, pues, con vuestra venia. No quiero hacer esperar al Papa.

—Id con Dios, hijo —repuso el cardenal, benevolentemente—. El Papa está deseando veros.

Los prelados siguieron su camino y el caballero entró en la antesala de la cámara del Papa tras recibir el saludo del jefe de la guardia. Se sentía cómodo allí. Todos le apreciaban y respetaban. Traspuso el umbral del gabinete privado de Juan XXII y

entró en la cálida habitación del Papa. Su santidad le recibió con una sonrisa cariñosa. Tenía especial afecto al caballero.

—Buenos días, santidad —saludó De Libreville mientras se acercaba a besar la mano del Papa, que estaba vestido por completo de blanco y tenía delante una bandeja con un tazón de leche, una manzana pelada y troceada y un poco de queso blanco—. ¿Aún no habéis desayunado? Seguro que no os han dejado. Debéis comer a vuestras horas.

—No te preocupes de eso. A mi edad, yo necesito muy poco alimento. Sólo unas migajas de pan me bastan. No tengo siquiera un mínimo de apetito.

—Pues del aire no os podéis alimentar. Y tenéis demasiadas responsabilidades.

—Está bien, hijo. Luego comeré algo —dijo concesivo—. No te he llamado tan temprano para eso. La verdad es que tengo algo que proponerte que espero te gustará.

—Sabéis que no necesito nada más que vuestra buena voluntad hacia mí.

—Desde luego, en eso eres como un mirlo blanco en medio de una bandada de urracas, porque no te puedes imaginar la cantidad de peticiones que recibo cada día de gentes a las que no debo absolutamente nada y que se creen con derecho a mucho más de lo que merecen.

—Pero ya estáis vos para no ceder, santidad —dijo De Libreville con sonrisa pícaro que hizo reír al Papa.

—No sé por qué, pero tu presencia siempre me provoca buen humor. ¿Cuántos años hace que estás conmigo, Pedro?

—Son ya nueve, santidad, si no recuerdo mal, desde aquel día en que os conocí.

—Y me salvaste la vida.

—Fue la voluntad de Dios.

—Sí. Hubiera sido triste perderse todo esto, ¿verdad? Morir por una tonta caída de una muralla. En fin. No divaguemos. Sabes que no me gusta que no tengas ningún beneficio. Todas las personas que aprecio se han colocado en los más importantes cargos de la Iglesia y tú, que eres de mis mayores afectos, debes de tener también un lugar en este mundo por si yo falto un día. Pero como tú no estás ordenado, aunque seas mucho más célibe que la mayoría de mis obispos y cardenales, no puedo darte beneficios eclesiásticos.

—Así es, santidad.

—¿Y no querrías que te ordenara sacerdote? Si te ordenas, primero te haré abad y después obispo.

—No es mi vocación, santidad. Ya lo sabéis. Yo sólo soy un estudioso de los saberes del pasado y de las lenguas vivas.

—Sea como desees. Visto que, en efecto, lo que más te gusta son los libros y los pergaminos antiguos, creo que he encontrado un cargo especialmente adecuado para ti y estoy seguro de que te va a complacer. Como el anciano guardián de los libros secretos me ha pedido que le encuentre sucesor, he pensado en ti para ese cargo que sólo se le da a alguien de la máxima confianza.

—Desconocía que existiera ese guardián.

—Es natural. Es un altísimo cargo, pero secreto. Sólo el canciller, el cardenal arzobispo de la ciudad donde se guardan y el Papa saben de su existencia.

—Y, si me lo permitís, santidad, puedo preguntaros qué tipo de libros tiene a su cargo.

—Puedes preguntarme, hijo mío. Yo te aclararé todo lo que esté en mi conocimiento y luego el viejo guardián te aclarará mullías de las dudas que tengas al respecto del desempeño diario de tu deber. *Grosso modo* te diré que el guardián de los libros secretos tiene la importante misión de recopilar, estudiar, guardar o incluso, en casos muy extremos y graves, destruir algunos de esos manuscritos, pergaminos y libros que han pervivido desde el pasado y que se hallan dispersos por la tierra, provocando confusión, malestar o llevando la oscuridad a las almas de los creyentes.

—No entiendo qué tipo de escritos son éstos.

—Pues todos los que son contrarios a la santa madre Iglesia. Textos considerados sagrados por las diferentes sectas, textos de brujería, textos antiguos con conocimientos que no son para los hombres de hoy; libros con poderes especiales. El viejo guardián te pondrá al corriente. Él ha encontrado diez o doce en los treinta años que ha desempeñado su tarea.

—¿Y nadie lo sabe?

—Sólo los tres que te he mencionado y, de los tres, sólo el Papa tiene el derecho de examinar los textos y decidir qué se hace con ellos.

—¿Son muchos los libros secretos?

—Más de los que imaginas. El hombre es gran pecador y ha procurado que sus yerros queden por escrito, muchas veces. Tenemos algunos papiros egipcios, textos hebreos, varios centenares de obras de la Antigüedad, griega y latina; de filósofos, de pensadores, de magos del pasado, de rituales de los antiguos misterios; libros que se creen destruidos o perdidos y que la Iglesia custodia para que no caigan en manos inadecuadas que les den un uso que dañe nuestro prestigio o las enseñanzas del cristianismo.

—¿Y dónde se guardan?

—Siempre en la misma ciudad donde estén los papas. Primero estuvieron en una cámara sellada de una catacumba de Roma. Luego, se trasladaron a otro lugar dentro de la ciudad eterna y después, cuando Clemente V se instaló en Aviñón, ordenó que se trajeran aquí, siguiendo la vieja costumbre, siendo custodiados durante el viaje por el viejo guardián. Y ahora están en una pequeña torre cuadrada de este palacio, que no tiene vista exterior y a la que se accede por ese lateral —dijo señalando un hueco.

De Libreville no pudo evitar mirar en la dirección que el Papa señalaba y, por más que se esforzó, siguió sin ver nada.

—La puerta está disimulada detrás de aquel pilar, Pedro.

—Nunca me había dado cuenta de que allí hubiera algo más que piedra.

—Ésa era mi idea. Disimular bien la entrada y hacer de ese lugar un sitio discreto.

Ya que somos muy pocos los que conocemos su existencia, es mejor que la entrada no provoque preguntas. El anonimato ayuda a aumentar la seguridad. Y cuando te acerques allí, verás que parece muy poco importante; como si fuera una alacena o un pequeño trastero. Nadie se imaginaría que detrás de su inocente apariencia están guardados los libros más peligrosos del mundo. ¿Aceptarás la responsabilidad de sustituir al viejo guardián?

De Libreville se quedó pensando unos instantes. Era muy poco impulsivo y no le gustaba decidir las cosas demasiado deprisa. Aunque esta vez su percepción le decía que eso podía muy bien ser su misión en la tierra. Aquella pregunta que tantas veces se había hecho a sí mismo en el silencio de su morada —el porqué estaba en el mundo— venía a responderla de un modo diferente al que hasta entonces había creído, este ofrecimiento del Papa. Era como si, de golpe, lo hubieran sacado de una cámara oscura sin ventanas que no le permitía ver nada más allá de sus cuatro paredes, por más que se hubiera esforzado, para dejarle ante un paisaje abierto con un horizonte lejano y hermoso.

Juan XXII, que le conocía muy bien, dejó que su cerebro rumiara durante unos minutos en silencio mientras comenzaba a desayunar tranquilamente. El anciano vicario de Cristo, pequeño de cuerpo, delgado y de rostro fino e inteligente, estaba sentado en el alto sitial que consideraba adecuado a su rango, rico de talla, con brazos rígidos y sólidos y con un pequeño baldaquino encima. El Papa era como un águila benevolente, pero su mirada era firme y podía ser fiera si la ocasión lo requería. A pesar de sus setenta y cinco años, Juan XXII aún estaba dispuesto a sostener las riendas de la Iglesia durante muchos años más y sabía que tenía las fuerzas para hacerlo.

«Está muy rica esa manzana», pensó. Debía averiguar de qué huerto provenía para que se las trajeran siempre de allí. En adelante, sólo pensaba comer alimentos blancos, como correspondía a un santo padre. Viviría a base de pescados hervidos, manzanas y peras peladas, y los vegetales blancos. Él era el representante de Cristo en la Tierra y, por tanto, debía diferenciarse del común de los mortales en algo más que en el uso de las vestiduras blancas.

—Acepto el cargo, santidad —dijo De Libreville, con firmeza, distrayendo a Juan XXII de sus pensamientos—. Y os agradezco de todo corazón la confianza que ponéis en mi humilde persona. Os aseguro que no os defraudaré.

—De eso estoy absolutamente convencido, De Libreville. Te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo y, desde que me salvaste la vida, confío plenamente en ti y puedo decirte que en estos largos años de movimientos, concilios, huidas y triunfos, jamás he tenido queja de tus servicios. Eres inteligente, diligente y discreto, cualidades poco frecuentes en los seres humanos, y por eso, no sólo por el favor en que te tengo, he pensado en ti para este cargo. Sé que lo harás lo mejor que sepas y con eso me vale.

—Pues entonces tenéis nuevo guardián de los libros secretos. ¿Cuándo queréis

que comience mi labor? —dijo, intentando que no se trasluciera la impaciencia que le estaba invadiendo por conocer el guardado lugar y tener al alcance de la mano los tesoros que estaban fuera del alcance de la inmensa mayoría de los hombres.

—Ya has comenzado, hijo. Ahora vamos a hacerlo formal. Has de saber que éste, a diferencia de otros, es un cargo vitalicio. La labor que ahora comienzas, en la flor de tu vida, durará hasta que tus fuerzas te abandonen, y, entonces, deberás comunicárselo al Papa que reine en ese tiempo para que pueda encontrar a otro a quien tú puedas traspasar tus conocimientos y la llave del lugar. Como comprobarás, en momentos difíciles de la Iglesia, hubo algunos antecesores tuyos que, ante el miedo de perecer sin continuador, escribieron libros con sus memorias en el puesto, por si les alcanzaba la muerte antes de comunicar a otro sus conocimientos y tareas. Y, en los últimos siglos, parece que el escribir un libro con el día a día de la tarea desempeñada, se ha hecho costumbre en los guardianes. Cada uno de los anteriores ha escrito una crónica que narra lo acontecido durante sus años en el cargo. Creo que es una buena idea hacerlo, para evitar pérdidas de información.

—Yo también lo pienso, santidad. Lo primero que haré es leerlas todas.

—No dudo que lo harás. Y te autorizo a que leas también todos los volúmenes guardados que seas capaz de comprender, aunque te aviso que los contenidos de algunos son francamente heréticos y su lectura es poco recomendable, peligrosa y, a veces, escandalizadora, y puede afectar incluso a espíritus tan ecuanímenes como el tuyo.

—Lo tendré en cuenta, santidad.

—Hazlo, y ve con mucho cuidado al leer los libros que ahora te encomiendo guardar, si no quieres poner tu alma en peligro, hijo. Hubo algunos guardianes que enloquecieron...

—¿Por qué?

—No lo sabemos, pero uno de ellos intentó destruir los libros, en el año 1081.

—¿Y cómo es que no lo consiguió?

—Pues verás, aconteció que el Papa de su tiempo, que era san Gregorio VII, un Papa que tenía visiones, tuvo un sueño premonitorio al respecto y, preocupado, entró con su llave, acompañado de dos guardias, en el secreto lugar, justo cuando el guardián iba a comenzar a quemarlos. Se salvaron de puro milagro, aunque quizá hubiera sido mejor que desaparecieran... Es una gran responsabilidad y un gran riesgo que estén ahí. A veces se ha pensado en su destrucción...

—Es mejor que estén ahí. Si se escribieron seguro que también se hizo con la voluntad del Altísimo. No os preocupéis más de ello. Yo sabré guardarlos, santidad.

—Pues que así sea. Y tendrás que buscar los que están por ahí dispersos, haciendo mal a las criaturas de Dios.

—Así lo haré, santidad. No flaquearé.

—Te creo, Pedro, y eso me tranquiliza. Éste es probablemente el cargo más difícil de asignar para un Papa y yo sé que contigo he acertado.

—Habéis dado una nueva razón a mi vida, santidad.

El Papa asintió y Pedro de Libreville se quedó un instante completamente absorto en sus pensamientos. Nada en la Tierra podía ambicionar que superara lo que el santo padre acababa de darle. Tenía la sensación de que iba a recibir la llave del saber de la humanidad y en su interior sintió una alegría como no había conocido en toda su vida y su rostro se distendió en una sonrisa abierta, perdiendo su habitual contención. Y Juan XXII, que le observaba con detenimiento, supo también que había acertado plenamente al ofrecer a su protegido el terrible cargo. Le iba como anillo al dedo. La única prevención que tenía al respecto era la corta edad de De Libreville, que lo hacía el más joven de los guardianes de los libros secretos de la historia; pero el Papa lo había meditado bien antes de decidirse a nombrarle. Sabía que De Libreville, a sus treinta y un años, era un hombre hecho y derecho, sin debilidades de la carne ni del espíritu, porque además había sido su confesor hasta que recibió la tiara de sucesor de Pedro.

—Entonces, ¿puedo entrar en la torre ahora, santidad? —preguntó De Libreville, volviendo de sus meditaciones y distraendo al Papa de sus pensamientos.

—Luego podrás hacerlo. El viejo guardián está prevenido de lo que hablamos. Ahora voy a presentártelo y a llevar a cabo la sencilla ceremonia con la que él dejará el cargo y te lo traspasará —dijo mientras tocaba una campanilla de oro, que tintineó con alegría.

Sin hacer apenas ruido, de detrás del gran pilar que escondía la entrada a la torre secreta, como si hubiera estado esperando allí todo el rato, se acercó un monje muy encorvado, vestido con el hábito de los dominicos. Su paso era lento y cansino; el de un hombre acabado y exhausto.

El santo padre y Pedro de Libreville le miraron mientras se acercaba. Sólo al estar junto a ellos levantó la cabeza, para mostrar un rostro muy anciano —mucho más que el del Papa— y muy arrugado, de una palidez cadavérica, que contrastaba con la luz que aún brillaba en unos ojos azules que tenían el hermoso color del cielo en un día de primavera.

—Santidad; aquí estoy como me ordenasteis —saludó con una voz cavernosa, mientras tomaba su mano que llevó a los labios exangües.

—Gracias, hermano. Muy pronto podréis descansar. Ahora, quiero presentaros a vuestro sucesor, el caballero Pedro de Libreville. —Y luego, dirigiéndose a su protegido, le dijo—: Éste es el viejo guardián de los libros secretos, Alberto de Burgos, al que vas a sustituir en adelante. Ha entregado su vida a la tarea que ahora va a abandonar y tiene mucho que enseñarte.

Los dos hombres se quedaron mirándose un instante. El contraste entre ellos era absoluto. El viejo guardián era un hombre acabado, mientras que De Libreville estaba en la plenitud de sus fuerzas.

—Es un placer para mí conoceros, caballero —dijo el viejo castellano con perfecto acento francés, haciendo una leve inclinación.

—También lo es para mí, hermano —le respondió De Libreville, sintiendo por el anciano una inmediata simpatía e interés, como solía ocurrirle con los hombres que guardaban tesoros de conocimiento.

Juan XXII tomó las riendas de la conversación. Aquello no era una mera presentación sino un verdadero traspaso de funciones y todo debía dejarse arreglado en ese momento y lugar.

—Estamos aquí reunidos los tres para que vos, hermano Alberto de Burgos, podáis quedar liberado de toda obligación como guardián de los libros secretos. ¿Estáis convencido de que ha llegado vuestro momento, hermano?

—Sí, santidad. Lo estoy. Mi tiempo ya se ha cumplido con creces y, para confirmároslo, os devuelvo ahora la llave de hierro de la torre, que es la insignia de mi cargo, que me fuera confiada por vuestro antecesor en el sitial de san Pedro, el papa Martín IV, en 1284. Durante treinta y cinco años he servido como guardián de los libros secretos, bajo el reinado de ocho papas —dijo, mientras sacaba con dificultad de un bolsillo oculto una llave bastante pequeña colgada de una cadenilla de oro, que soltó de su cintura para depositarla en manos de Juan XXII.

—Puesto que así lo deseas, Alberto de Burgos, por tu propia voluntad, te relevo de la obligación asumida como guardián de los libros secretos. En adelante podrás retomar tu vida cuando enseñes al nuevo guardián todo lo que consideres que debe conocer. Sólo quedas atado por el juramento de secreto acerca del contenido de la torre.

—Así sea, santo padre. Estaré a la disposición del nuevo guardián mientras me necesite y jamás revelaré nada acerca del trabajo que he desempeñado ni del guardado contenido de la torre —dijo Alberto de Burgos con voz firme.

Entonces el Papa se volvió hacia su protegido y, mirándole a los ojos con gran severidad, le dirigió las palabras del ritual de nombramiento.

—Tú, Pedro de Libreville, noble caballero de Francia, ¿estás dispuesto a dejar todo lazo familiar y a asumir la obligación que deja el hermano Alberto de Burgos y te comprometes, en adelante, a entregar tu vida al servicio de la Iglesia como guardián de los libros secretos y juras por tu honor y tu vida guardar el secreto de su existencia y custodiarlos, mantenerlos y protegerlos de todo mal, para evitar que caigan en manos inadecuadas?

Pedro se arrodilló ante el Papa y, devolviendo a Juan XXII la firme mirada, dijo:

—Sí, lo juro, santidad.

—¿Y juras también dedicar tus esfuerzos a buscar todos aquellos textos peligrosos que aún están dispersos por el mundo y guardarlos, una vez que estén en tu poder, para evitar que conocimientos peligrosos o heréticos se expandan por el mundo?

—Sí, lo juro, santidad.

—Entonces, Pedro de Libreville, te nombro guardián de los libros secretos y eres responsable ante Dios y ante mí de tus juramentos —dijo tendiéndole la pequeña

llave que el otro aceptó con emoción y se colgó de una trabilla del cinturón—. Si cumples con tu obligación, Dios te lo premiará; si no lo haces, recibirás el castigo de los perjuros en la otra vida.

—Que así sea —dijo De Libreville, que comprendió que con aquella sencilla ceremonia su vida acababa de dar un completo vuelco. En adelante, su mayor compromiso en esta vida era con el cargo que acababa de asumir y sentía que le venía como anillo al dedo.

—No hay marcha atrás, hijo —dijo el Papa.

—Lo sé, santidad. Creo que estoy preparado para este cargo. Siento como si toda mi vida hubiera estado preparándome para ello.

—También yo lo había pensado. Por eso te lo he ofrecido.

Y se hizo un silencio en que cada uno de los tres hombres se entregó a sus pensamientos. El Papa estaba contento de que su protegido hubiera aceptado la responsabilidad que le colocaba a su lado para siempre. El español se sentía aliviado al dejar de tener la tremenda carga de los libros secretos y De Libreville estaba soñando despierto con el posible contenido de los volúmenes que le había tocado proteger.

Extraños sucesos en Loc Dieu

Junio de 1321

La abadía de Nôtre Dame de Loc Dieu era rica, incluso podría decirse que muy rica. Había acabado siendo cisterciense por la culpable negligencia de sus fundadores de la orden benedictina. Nacida durante el inicio del siglo XII, sobre un ramal del camino de Santiago francés, cuando los benedictinos y los monjes del Cister se extendían por Francia, se erigía en un paraje dotado de una belleza sin par en las lindes de unos bosques antiguos de robles y especies de hoja caduca, cerca del pueblo de Villafranca de Rouerge, que era de los típicos construidos en bastida, es decir, con calles rectas que doblaban en ángulo y que morían en torno a una plaza central, donde se ejercía el comercio y se erigía la hermosa iglesia de Santiago, haciendo honor al patrón del camino que le daba su riqueza.

Apenas veinte años después de la fundación de la abadía, en 1159, cuando ya se habían levantado la mayoría de sus edificios, los monjes benedictinos tuvieron que pedir préstamos para poder continuar y levantar la capilla y, dado que no encontraron prestamistas privados, tuvieron que asociarse a la abadía de Bonneval para subsistir y Nôtre Dame de Loc Dieu pasó a ser en adelante de la orden del Cister. Desde entonces las cosas habían ido bien. Eso se veía en los buenos edificios, en torno a la importante capilla y el rico claustro. La elegancia de la construcción era evidente, con buenos sillares de cantería, altas y espirituales bóvedas que habían colocado expertos canteros para la eternidad, bajo la dirección de un maestro constructor de cierto renombre en su tiempo. Las celdas eran numerosas, amplias y alegres y permitían a los monjes vivir con bastante contento la no tan austera vida monástica. Incluso tenía una biblioteca de casi veinte ejemplares, importante y muy valiosa.

En los campos de los alrededores, que bordeaban los ricos bosques, había buenos rebaños de ovejas y, adosados a la abadía, había unos establos con vacas lecheras, cerdos y gallinas y unos ricos huertos bien cultivados, con todo tipo de hortalizas de temporada, de modo que podía decirse que en Loc Dieu nunca se pasaba hambre. El gran estanque que había frente a la abadía, que se había hecho para darle un aire nostálgico y meditativo, no cumplía su función porque era el ruidoso lugar de disfrute de un buen centenar de ocas que los monjes engordaban para luego comer en ocasiones especiales.

Para cualquiera que viniera de fuera, allí se vivía bien, bajo el báculo del viejo abad de Monclerc, que mantenía todo en perfecto orden, y eran muchos los aspirantes que querían entrar en la abadía pero su abad era muy selectivo a la hora de elegir a los hermanos monjes. No quería allí holgazanes ni personas de catadura moral

dudosa, y eso había hecho de la abadía, a lo largo de los años, un lugar agradable y pacífico, hasta que aconteció el triste suceso de la muerte de la hermosa condesa de Monclerc, sobrina nieta del abad, siete años atrás, en trágicas circunstancias, cuando huía de los esbirros del rey Felipe IV, que iba a fallecer poco después de un ataque de apoplejía.

El abad, que era algo distante de naturaleza debido a su origen aristocrático que le hacía mantenerse erguido siempre, marcando, sin quererlo, una distancia que él consideraba necesaria entre los demás y su persona, sufrió en silencio su pena. Los monjes, que consideraban al abad una persona excelente, habían visto que en los últimos años se había vuelto triste de espíritu, porque ya nunca reía abiertamente. En la abadía de Nôtre Dame de Loc Dieu, muchos de los hermanos achacaban esa seriedad creciente a la muerte de la sobrina nieta del abad, y la verdad es que tenían razón en parte.

Nunca, en los largos años que llevaba como abad, que eran más de treinta y cinco, se le había visto con un ataque de rabia y de ira como el que le hizo encarar —con un rostro que metía verdadero miedo— a Maleflot, el sargento del Rey que había dado la orden de vigilar las salidas del monasterio. Con voz tonante, como si fuera un Moisés enrabiado con los elementos, recordando los tiempos en que, antes que abad, en su juventud, había sido capellán castrense, prohibió la entrada en la abadía al cabo que había ordenado disparar sobre su sobrina y a cualquiera de los hombres que la habían asesinado. El sargento real, comprendiendo que el anciano estaba hablando muy en serio y que, si continuaban allí, él y sus hombres se hallaban en peligro, tuvo a bien alejarse del lugar sin haber conseguido encontrar lo que buscaba, y furioso y ofuscado por la muerte de la guardiana del tesoro que ya no iba a ser capaz de encontrar. Los que vieron a Hugo de Monclerc en ese día aciago se santiguaron, pensando que había perdido el juicio o que lo había poseído un demonio, porque su furia desatada fue, cuanto menos, muy poco cristiana y totalmente inadecuada para un hombre de Dios que tenía encomendada a su cuidado una comunidad de monjes. Pero ese momento pasó; el fuego avasallador se hizo brasas y, después, todo pareció volver poco a poco a su cauce.

La historia de los sucesos de la abadía comenzó a ser parte de las que llenaban el lugar. Muy pronto, los más aventurados y atrevidos de los monjes, así como los habituales de la taberna del Caballo Blanco del cercano pueblo de Villafranca de Rouerge, dijeron que la saeta que había matado a la hermosísima joven también había partido el corazón del abad, porque cuando los hombres de armas se quitaron de delante, sus ojos no cesaron de verter lágrimas sentidas ante el bellissimo cadáver que estuvo en la capilla, donde la veló como si hubiera sido una verdadera hija, durante tres días. Lo que ellos no sabían es que el abad no sólo se dolía por su sobrina sino por la terrible responsabilidad de saber que en sus dominios había escondido un libro que codiciaba el mismo rey de Francia y que había costado la muerte no sólo de su sobrina nieta sino la de todo el resto de su familia.

Pero lo que parecía un mero episodio desgraciado de una serie de persecuciones reales que se había cebado en la familia del abad, acabó transformándose en un hecho que dio fama a la abadía en lugares muy lejanos. El primero de los hechos notorios que aconteció fue que la capilla ardiente de la joven condesa comenzó a oler a rosas de modo muy intenso durante el primer día después de su muerte, y el aroma siguió llenando la capilla y extendiéndose a los espacios exteriores durante los días siguientes, mientras la hermosa condesa Leonor de Monclerc seguía en su catafalco florido, sin dar señal alguna de descomposición, para admiración de los monjes y de los visitantes del monasterio que, ante la asombrosa belleza de la doncella muerta, reaccionaban rezando ante sus restos mortales como si la condesa fuera una más de las estatuas de los santos que había en el lugar.

De hecho, se hizo tan famosa en los alrededores que comenzaron a decir que la doncella fallecida era una santa, basándose en el aroma a flores y en su aparente incorruptibilidad. Para evitar a los fanáticos, el abad Hugo de Monclerc decidió enterrar a su sobrina en una pequeña y escondida cripta que había bajo la capilla, donde sólo los monjes podían entrar. Pero ya era tarde. El rumor de la santidad de Leonor de Monclerc se había extendido como la pólvora por los alrededores y cuando, al cabo de unos meses, comenzaron a atribuirle milagrosas curaciones, la capilla de la abadía comenzó a ser objeto de veneración por los lugareños, que iban a llevar ofrendas de flores y velas y exvotos a la condesa.

A duras penas toleraba el abad aquello que le parecía una denigrante superstición popular, además de un peligro para el libro que estaba escondido en algún lugar de Loc Dieu y que, por más que lo había buscado en los lugares más escondidos y privados de la abadía, no había conseguido encontrar. Para colmo de sus preocupaciones, el aroma a rosas seguía presente en el lugar desde que su sobrina Leonor entró en la capilla de cuerpo presente y no se quitaba por más que se hubiera ventilado. Así pues, dos años después, decidió abrir la tumba de su sobrina para comprobar su estado y acabar así con los rumores de su santidad. Para sorpresa suya y de los dos monjes que hicieron el trabajo de retirar la lápida, la condesa Leonor seguía estando como el día que la enterraron, con la misma expresión serena en su hermoso rostro, enmarcado por su magnífica cabellera trenzada de hilos de seda azul y de oro, incorrupta y con flexibilidad en los miembros, casi como si estuviera viva.

La noticia impresionó vivamente a toda la abadía, porque la dama seguía siendo de una belleza arrebatadora en su palidez alabastrina, tanto que su contemplación incitaba a la piedad y a la devoción. Para evitar que la tocaran, porque habían sorprendido a algunos atrevidos haciéndolo, intentando comprobar su flexibilidad y el tacto de su piel, el abad había ordenado poner un cristal delante de su nicho, en un lateral de la cripta, para que la joven pudiera descansar en paz, sin ser molestada. En aquel entonces, Hugo de Monclerc tomó la costumbre de bajar allí a verla, en el silencio de aquel espacio destinado a la muerte, donde cavilaba sobre dónde podía haber escondido su sobrina el precioso libro; se le pasaban las horas, sin darse cuenta,

mientras contemplaba el hermoso rostro de la muerta.

El tiempo había pasado deprisa y el nuevo rey, Luis X, había fallecido también y le había sucedido, tras el efímero reinado de unos días de su hijo póstumo, su hermano el conde de Poitiers, con el nombre de Felipe V, en noviembre de 1316.

El nuevo Papa, Juan XXII, que también había sido elegido en agosto de ese mismo año, ya se había asentado también en el trono de san Pedro y se estaba mostrando un vicario de Cristo muy activo y eficiente. Tomando con mano firme las riendas de la Iglesia, había establecido un sistema recaudatorio excelente a base de multas a los pecadores a cambio de indulgencias, que había hecho que las vacías arcas de la Iglesia rebosaran a costa del arrepentimiento de los ricos pecadores, que lavaban con el oro entregado al tesoro papal sus deudas con el Cielo. Aprovechando la prosperidad creciente, Aviñón crecía como una nueva Roma, para admirar al mundo.

Tras la muerte del heredero del rey Felipe V, al que el pueblo llamaba «el largo» por su alta estatura y su aire desgarrado, poco después de la coronación del monarca, los rumores acerca de la maldición que afligía la casa de los Capetos se extendía por Francia. Tras aquel invierno, que fue especialmente frío y duro, con vientos del norte que hacían duro incluso el caminar, se produjo un fenómeno que iba a conmover los cimientos del reino francés cuando, como salida de la nada, se congregó una masa de mendigos, arrieros, labriegos, jóvenes del campo, gañanes y peones que, para preocupación del Rey, recorría las provincias, hablando de ir a conquistar Jerusalén; aunque la incipiente cruzada acabó en pillajes y desmanes, porque esta multitud, que iba engrosándose cada semana, acababa arrasando todo lo que encontraban a su paso. Los hombres del Rey les dieron batalla donde los encontraban, pero tenían la facilidad de dispersarse y luego volverse a juntar, como si obedecieran a una voz única, y cada vez había más.

Se decía en las aldeas y en las ciudades pequeñas que todo esto acontecía a Francia por haber destruido a los templarios, y lo que muchos de los franceses no sabían es que algunos de los preceptores de la orden que habían sobrevivido y escapado a la prisión estaban detrás de tales marchas y querían provocar el hambre y la rebelión general en el reino. Los llamados «pastorcillos» asolaron a su paso primero las regiones del norte del reino, Borgoña, Flandes, Normandía, el Poitou y Bretaña. Parecía que nada podía detenerlos, por más que el Rey enviara contra ellos cada vez más tropas y que el Papa ordenara que cesaran tales marchas, prohibiéndolas.

Al sur, más tranquilo, llegaban todas estas noticias, como la toma de París por las hordas de jóvenes desarraigados, mendigos, desertores, putas, herejes de toda índole y bandoleros que componían este devastador ejército que era como una plaga bíblica que invadió la ciudad, y se atrevieron a ir bajo los balcones de palacio pidiendo audiencia al mismo Rey, que procuró echarlos lo antes posible de su atemorizada capital. Entonces comenzaron a preocuparse en Loc Dieu, como en todas las abadías

meridionales de Francia, cuando la horda de pastorcillos dejó la capital para dirigirse al sur. Primero asaltaron Orleáns y luego, en cuestión de semanas, fueron bajando hasta Aquitania y el Midi, pero, tras haber devastado Burdeos y Agen, asaltaron todos los parajes cercanos del Rouerge y el Aveyron; pero no se acercaron a la abadía de Loc Dieu que estaba indefensa, aunque pasaron cerca cuando viraron hacia el este para dirigirse a Aviñón, donde el asustado Papa, temiendo la devastación que podían provocar estas hordas de descontrolados en su ciudad, los amenazó con la excomunión si seguían avanzando hacia la nueva sede de la cabeza de la cristiandad.

Después de destrozar en toda la comarca del Languedoc, acabaron disolviéndose tras ser derrotados por el conde de Tolosa, cuyos señoríos habían asolado, en una terrible y cruel batalla en Aigües Mortes, donde perecieron decenas de millares de estos miserables, en los pantanos que dan nombre al lugar.

Y cuando esto acabó, el reino tuvo que recibir la noticia de que su buen rey Felipe V estaba enfermo de lepra. Definitivamente algo había de cierto en que la maldición de Molay estaba acabando con la casa de Francia, porque el Rey no tenía tampoco herederos varones. Sólo quedaba un hermano, Carlos, que era el último de los hijos de Felipe IV.

Pero, aunque el asunto fuera importante para el reino, tras el final de los «pastorcillos» todo el reino respiró tranquilo. El peligro parecía haber pasado y, en los alrededores, muchos atribuían a la mediación de la condesa Leonor el que Villafranca y la abadía no habían sufrido saqueo alguno por los pastorcillos, y, con la paz, habían llegado a Loc Dieu nuevos peregrinos que iban a visitarla con la esperanza de que el abad les dejara ver a la «santa condesa» y que se iban siempre del lugar con el deseo insatisfecho, porque éste veía mi regalo de Dios en la incorruptibilidad de su sobrina, aunque no creía en ninguno de los supuestos milagros acontecidos ni había sentido nada en su presencia —el que se pasaba tanto tiempo a su lado— que le hubiera convencido de su santidad. De hecho, ¿qué no hubiera dado él por una aparición de su sobrina diciéndole dónde había guardado el libro o una mera indicación...? Pero la realidad era que, al menos a él, su sobrina nieta no parecía tener nada que decirle y seguía, como siempre, en su hermosa quietud, impenetrable e impasible, como si se riera de los esfuerzos de su tío para averiguar el lugar donde ella había depositado el libro secreto.

Y como el caso de Leonor estaba siendo demasiado notorio y con el paso del tiempo parecía ir a más, el abad había acabado escribiendo al cardenal Arnaldo da Via, arzobispo de Aviñón, que aparte de ser sobrino del papa era un viejo amigo de la juventud. Con la confianza de un viejo camarada, le contó el caso de su sobrina Leonor de Monclerc sin mencionarle las razones que llevaron a su trágico fin por no considerarlas relevantes para el asunto. El cardenal había recibido la carta con la alegría que produce el tener nuevas de un viejo amigo al que hacía muchos años que tenía perdido, y había pasado el tema, que consideró poco relevante, la comisión que recibía noticias de milagros, como uno más de esos casos curiosos en los que la

Iglesia no entraba a juzgar, salvo posteriores milagros o prodigios.

Pero el caso de la hermosa condesa incorrupta no iba a acabar perdido, como uno más en un montón de legajos de causas de posibles santos en Aviñón, sino que iba a llegar mucho más allá muy pronto y de un modo mucho menos pío. De hecho, por esos azares de la vida, pasados los peores momentos de los asaltos de los «pastorcillos», el sargento Maleflot, que había servido fielmente a tres reyes ya, incluyendo a Felipe V, fue licenciado, junto a muchos otros servidores públicos, para aligerar las cargas del exhausto tesoro de Francia. Éste estaba al límite, tras los terribles desastres y devastaciones de los pastorcillos que habían herido de gravedad el mismo tejido productivo del país, arrasando ciudades, pueblos y aldeas y llevando la miseria para generaciones a regiones enteras, antaño prósperas.

A Luis Maleflot le dio por instalarse en la cercana Villafranca de Rouerge, donde había encontrado una moza ya entrada en años que le miraba con ojos dulces en la posada y que le quitó muchos de los pesares que colgaban de su pellejo de viejo perro guardián que todos sacuden cuando están disgustados. Y aunque la mujer que le gustaba ni era joven ni demasiado bella ni tenía ninguna dote que ofrecer, en un momento de decisión y valor, el antiguo sargento del Rey la pidió en matrimonio y la mujer, que no tenía dónde caerse muerta, aceptó sin dudarle, porque además el militar le atraía, a pesar de su rostro poco agraciado y su tosquedad.

Maleflot, que había reunido algunos sueldos en su vida al servicio de la corona, compró una casa con pequeño patio, y se transformó en un pilar de la comunidad cuando capturó a cuatro pastorcillos del ejército disperso que estaban atacando una granja donde sólo estaban un anciano y su nieto, demasiado joven, a los que ayudó a evitar un desastre a golpe de espada, hiriendo de muerte a dos de los fugitivos y permitiendo que capturaran a los otros dos.

La fama ganada en el lance —donde, en verdad, estuvo muy valiente— hizo que, al poco tiempo fuera escuchado con reverencia por muchos, dado que además era hombre viajado y con un barniz de mundo para los patanes y campesinos del lugar. Pero donde brillaba más Luis Maleflot era en la taberna, los días de fiesta y vísperas, ya que, cuando bebía un buen cuartillo de vino del país, gustaba de contar relatos de su vida militar, entre los que destacaba por su éxito de público el de la persecución de la condesa Leonor por la abadía y su triste muerte, que con los años ya le producía hasta pena. Y como era un buen narrador, que podía haberse dedicado a ello y haberse ganado la vida de ese modo, tanto o mejor que con las armas, acababa aderezando el relato de la muerte de la condesa de Monclerc con todo tipo de detalles, entre los que no faltaba el del famoso tesoro secreto que la condesa había escondido, que, en realidad, consideraba ya como algo de fábula, pero que en las mentes simples de unos provocaba admiración y estupor y en las más retorcidas y maliciosas, deseos de descubrirlo y poseerlo.

Parecía que todo se quedaba en cuentos de taberna, pero un día eso cambió, cuando, al abrir las puertas de la capilla, como cada día, los monjes descubrieron con

sorpresa y malestar que alguien había entrado y revuelto todo, buscando algo que parecía no haber encontrado. Incluso habían bajado a la cripta y habían intentado quitar el grueso cristal que protegía a la condesa muerta, que se había rachado con el intento, pero que no había acabado de romperse. El abad, furioso por el ultraje, que sintió como una violación de suelo sagrado, y asustado por si se trataba de otros desertores del ejército de pastorcillos, ordenó que se vigilara en adelante de noche el lugar y lo que aconteció fue que, dos noches después, de nuevo penetraron en la abadía saltando el muro y, al ser sorprendidos los intrusos por el hermano Juan de Arles, que era un hombre corpulento, al intentar bloquearles, en su intento de escapar, le dieron un par de cuchilladas en mal lugar y le hicieron desangrarse sin remedio. Así acabaron con la vida del buen hermano, no sin que éste despertara antes a toda la abadía con sus gritos de alarma y de muerte y el abad ordenara el toque a rebato de la campana de la iglesia, que hizo saber a los granjeros más cercano, que algo malo había pasado en Loc Dieu. Temiendo un asalto de una banda de escapados de los ejércitos de pastorcillos, hubo varios granjeros que, acompañados de sus hijos y armados con palos y horcas o con alguna espada y cuchillo, se acercaron hasta la abadía para ver qué pasaba y, al oír la noticia del crimen se condolieron mucho porque hasta entonces la abadía de Loc Dieu había sido lugar seguro para todos y jamás había habido violencia dentro de sus muros, porque incluso la muerte de la santa condesa había sido fuera de la misma. Y se quedaron muy preocupados al ver que la santa señora no había hecho nada para impedir ni el asalto primero ni la muerte del monje, lo cual hizo que la fe de muchos en sus milagrosos dones, flaqueara.

El abad denunció los hechos ante la autoridad y los hombres del Rey consiguieron capturar a los delincuentes que habían intentado asaltar la capilla buscando el supuesto tesoro de la condesa Leonor y acabaron colgándolos de una cuerda en el patíbulo de Villafranca, para solaz de los vecinos, que no estaban acostumbrados a ver ejecuciones públicas. No obstante, dado el cariz que habían tomado las cosas, el viejo abad, sabiendo que había un libro muy valioso guardado en algún lugar de la abadía, decidió contratar de modo permanente una guardia de cuatro hombres, que, aunque era onerosa, le daba la tranquilidad de saber que de noche podían descansar tranquilos.

Las semanas siguientes pasaron sin que se sucedieran nuevas desgracias y la abadía de Loc Dieu estaba en aparente calma. De nuevo los monjes se levantaban con alegría, cantaban la misa alegremente en la gran capilla, cada mañana, llenos de devoción, y luego se dedicaban con gusto a las tareas que cada uno tenía encomendadas. Había feria en el pueblo de Villafranca, como cada año, en el mes de septiembre, lo cual hacía que la hospedería de los mojes se llenara de gente. Viajeros de otras partes de la región venían a la feria a intercambiar productos o a comprar algunos de los excelentes quesos que se producían en los alrededores y los ricos caldos de los viñedos de la Guyena, que encontraban buen mercado entre los mismos monjes, y entonces llegaron a la abadía pidiendo acomodo un grupo de peregrinos

diferentes a los de siempre, porque venían a caballo, tenían cierto aire altanero, como de nobles encubiertos, y se interesaron por la historia de la condesa de un modo muy peculiar.

El abad, que fue informado de ello, acudió a la hospedería para ver quiénes eran aquellos viajeros y, cuando vio al jefe de los mismos, se quedó helado, porque reconoció al caballero templario Guillermo de Lins, íntimo amigo de su sobrino Gerardo de Monclerc, e intuyó que con él llegaban nuevos problemas.

El aprendizaje de De Libreville

Junio de 1321

Pedro de Libreville se levantaba cada mañana muy temprano, casi al alba, para aprovechar bien la luz del día. Aunque seguía manteniendo su casa fuera del palacio papal, cada vez pasaba menos tiempo en ella, lo justo para dormir y regresar al palacio del Papa, donde pasaba largas horas y cuyas puertas se abrían para él cada mañana a horas casi intempestivas.

La ciudad de Aviñón seguía creciendo de modo asombroso con la prosperidad que le estaba dando la buena gestión de las indulgencias y de los ingresos de la Iglesia por parte del Papa, que mantenía las arcas del tesoro papal llenas, a pesar de los muchos miles de florines que se estaban utilizando en el embellecimiento de la ciudad.

De hecho, cuando De Libreville salía de casa, había muy poca gente en la calle. Sólo los proveedores, los comerciantes que entraban en la ciudad y los obreros y sus maestros que se dirigían a las numerosas obras que estaban cambiando el perfil de la urbe, que cada vez era más impresionante. La encomienda de los caballeros del Santo Sepulcro, orden que el Papa controlaba muy de cerca, estaba ya completamente acabada, con su grandioso templo, sus lujosas estancias, su rico claustro y su gran sala capitular, y se había reconstruido por completo la iglesia de Saint Agricole, de modo que había cobrado proporciones basilicales. Por doquier había obras y casas nuevas, que eran más grandes que las anteriores, por ese deseo humano tan frecuente de impresionar, y el suelo estaba carísimo porque cada vez había menos espacio dentro de la ciudad, y algunas de las nuevas villas, muy suntuosas y dotadas de hermosos jardines de tipo italiano, se estaban edificando fuera de las murallas, que estaban siendo reforzadas y enriquecidas por el arquitecto papal Coucouron, con nuevas y fuertes torres que estaban cambiando completamente el perfil de la ciudad.

Se notaba mucho cómo, en los siete años que habían trascurrido desde la elección del papa, todos se habían asentado definitivamente en Aviñón y ya nadie hablaba de un regreso a Roma, donde las luchas de facciones seguían ensangrentando la antigua capital imperial. De hecho, la nueva curia era en su mayor parte francesa, ya que de los 16 cardenales que se habían nombrado, 12 eran de esta nacionalidad y sólo cuatro italianos. Y la nueva nobleza que sustituía al viejo patriciado romano había surgido en torno a la larga familia del Papa, que estaba presente en todos los niveles de la administración de la Iglesia. De sus sobrinos, aparte del canciller de la Iglesia y el arzobispo de la ciudad, que eran los más inteligentes y afectos al Papa destacaba el cardenal Raimundo de Le Roux, hombre muy versado en la antigüedad romana y que

conocía bien la astrología, ciencia que entusiasmaba a Juan XXII, que le encargaba de mirar los astros en ocasiones importantes. También estaba como administrador de la casa del Papa su sobrino Pedro de Vichy, un hombre alto, meticulado y buen administrador que llevaba las cuentas del palacio con mano firme, procurando que los gastos no se descontrolaran. En cargos relevantes y bien dotados, incluyendo abadías y curatos, había un nutrido grupo de parientes del Papa, como Felipe de Le Roux o el supuesto hijo de Juan XXII, Bertrand Du Pouget, legado del Papa en Italia, que, con su rostro enormemente parecido al del pontífice, recordaba a todos que el Papa antes fue un gran pecador, pero, al fin y al cabo, ¿quién no lo era? Y como el poder ayuda mucho a que se olviden los pecados del que lo detenta, tanto más cuanto más importante sea éste, incluso el rey de Francia, Felipe V, ahora un triste leproso, así como Carlos II de Nápoles, habían tenido a bien ennoblecer a los parientes del supremo pontífice, que moraban en sus respectivos reinos, de modo que el linaje de Jacobo Duèze se había ensalzado y elevado al rango de la alta nobleza y estaba aprovechando para enlazar con las mejores familias, sobre todo en el reino de Francia. Y toda esta vasta familia que tenía una parcela muy grande de poder era gobernada y dirigida por el Papa como si fuera una más de las instituciones de la Iglesia a su cargo.

De Libreville observaba, como siempre, el movimiento en torno a la figura de su protector Juan XXII, que era frenético, con el canciller, los secretarios, el colegio cardenalicio, las comisiones, los mensajeros siempre entrando y saliendo al ritmo que el Papa les marcaba. El palacio era protegido por una guardia que dirigía un mariscal y que tenía cuatro capitanes, 60 sargentos y 1000 soldados fijos. Y en medio de todo ese zafarrancho cada vez más complejo, De Libreville, con su serenidad y su silencio, seguía gozando del mismo favor de siempre con el Papa, que encontraba muy agradable la compañía de este caballero de tan pocas palabras, que compensaba el exceso de verborrea de tantos como pretendían sacar algo del santo padre; por eso, seguía estando en el círculo más íntimo del Papa, donde sólo había miembros de su familia más cercana.

A diferencia de otros, que se habían ensoberbecido con sus nuevos cargos o dignidades, Pedro de Libreville se había vuelto, desde su nombramiento, más silencioso que antes, y sólo se mostraba en público cuando el Papa le requería para almorzar o para algún evento concreto, como las festividades mayores de la Iglesia o las celebraciones privadas del pontífice o del gordo y amable canciller Gauzelin Duèze o el cardenal Da Via, con quienes tenía una relación más cercana por ser los únicos que conocían el trabajo que él desempeñaba. Le gustaba ser muy discreto y pasar desapercibido por los pasillos de palacio, casi como si fuera una sombra. Para ello vestía siempre con colores neutros, con largas capas con capucha que le protegían del frío y que le permitían al calársela hacerse casi invisible, como si fuera uno más de los monjes orantes que recorren la ciudad.

Ésa era una costumbre que había adoptado desde que había aceptado el

nombramiento de guardián de los libros secretos. Su fama de huraño había crecido, pero a él no le importaba; incluso la cultivaba, porque así le dejaban en paz y no le hacían preguntas que no iba a poder responder.

Cuando De Libreville metía cada mañana la llave de hierro en la cerradura que daba paso a su reducto, el mundo privado donde se guardaban los libros prohibidos, para él era como si entrara en el templo más venerado de la Tierra. La torre, tal y como había ordenado que se construyera el Papa, estaba sólidamente construido, en piedra de sillería; era cuadrada, de seis por seis metros, tenía tres alturas, lo justo para no sobrepasar la altura del resto de la edificación, y estaba dentro de un pequeño patio cerrado sin ventanas que la miraran, exenta, salvo por el pequeño pasillo que la conectaba con el palacio papal. Al otro lado de la puerta, tras el pasillo cubierto que continuaba abriéndose paso en el grueso muro de la torre —del que era la única posible entrada— había un pequeño vestíbulo que era un repartidor. Había dos puertas, que daban a la sala de lectura y al despacho del guardián, y de allí partía una escalera de caracol que subía a las dos plantas superiores, embutida en una de las esquinas de la torre, con pequeñas aberturas que daban luz y ventilación a su reducido espacio.

Las dos plantas eran sendos depósitos de libros. La primera era una gran sala abierta y espaciosa, cuyas paredes estaban cubiertas de estantes de piedra horizontales separados por gruesas baldas verticales de piedra, que formaban cuadrados de cincuenta centímetros de lado, como cubículos, donde sólo cabía un máximo de diez o doce libros por balda y que nunca estaban demasiado apretados. Además, estaban colocados sobre terciopelos, para evitar que la piedra los rozara. También había cuatro grandes atriles de madera chapada de plata, que eran un hermoso adorno, donde estaban colocados cuatro libros que, si no hubieran estado allí hubieran parecido cantorales normales, por su gran tamaño, pero que eran los libros de liturgia de una vieja secta extinguida siglos atrás.

A modo de ventanas había cuatro pequeñas aberturas ojivales a unos tres metros de altura. Eran de poco más de un palmo, una en cada cara de la pared, por donde no podía pasar una persona. Sus vidrieras emplomadas con dibujos de estrellas de siete puntas de colores dejaban pasar una luz suave y tamizada a la hermosa cámara que sostenía una columna central muy sólida, a modo de gran tronco de palmera, cuyas ramas eran los arranques de las ricas nerviaciones de las cuatro bóvedas góticas que sostenían artísticamente el piso superior. Éste, que no tenía ninguna abertura hacia arriba, estaba dividido en dos salas. La primera, que ocupaba la mitad del espacio, tenía estantes como los de la sala del piso primero, que guardaban libros, hasta diez en cada balda, y dos ventanas, como las del piso primero. La última, a la que se accedía por una puerta de hierro que tenía un resorte secreto para abrirla, que le había enseñado Alberto de Burgos el primer día, era donde se guardaban los libros más valiosos y peligrosos, en cubículos individuales, algunos en sus envoltorios originales, que eran muy hermosos, como guardarrollos de plata y oro con piedras

preciosas y ricos labrados o cofres de materiales preciosos, como oro, plata, marfil o bronce, con esmaltes o maderas incrustadas, que habían asombrado a Pedro de Libreville por su riqueza la primera vez que los contempló, pero cuyo contenido era todavía más valioso y terrible. La misma habitación tenía una atmósfera opresiva que Pedro encontraba incómoda.

La planta baja, que era donde el guardián pasaba más tiempo, contenía un pequeño despacho para el guardián, que tenía un ventanuco largo y estrecho, a modo de saetera, por donde entraba, suficiente y clara, la luz del día. Su mobiliario era escaso. Tenía unos estantes de madera adosados a la pared donde estaban depositados los libros escritos por los anteriores guardianes, en número que rondaba la veintena, y algunos papeles con notas sobre los libros guardados o sobre posibles adquisiciones. La mesa de trabajo era sólida y grande, de roble bien tallado, y la acompañaba un sitial de hermosa factura, así como un arca, que contenía mantas, y una cama se escondía a un lado de la cámara, tras un pequeño biombo de madera con un rico cordobán de cuero labrado, de cuatro hojas, que la tapaba, por si en algún momento tenía que quedarse a dormir allí o deseaba descansar. En la pared, frente a la mesa, había un tapiz de hermosa factura, de vivos colores, que recogía una amable escena de campo, con una dama sentada en un prado de rica vegetación, rodeada de animales del bosque. Había sido un regalo que le hizo el papa Juan XXII y él lo quiso colgar en el austero lugar de su trabajo para darle un toque de alegría y de vida. Le recordaba, aunque éste era algo más tosco de factura, a los de Cluny, que estaban inspirados en los que había tejido con sus propias manos la reina de Inglaterra, Leonor de Aquitania, madre de Ricardo Corazón de León, durante los largos años que su esposo la mantuvo prisionera en un castillo y que habían revolucionado ese arte.

La otra gran sala que tenía la torre en la planta baja era la de lectura. El nuevo guardián gustaba de pasar muchas horas en la confortable y silenciosa sala de lectura, la sala estrellada, que era como llamaba al lugar, por su hermosa bóveda pintada de estrellas de oro sobre un cielo azul de Francia. Prefería leer con la luz del día que entraba por las ventanas que eran como las del despacho, de tipo saetera, que hacerlo a la vacilante luz del gran candelabro que había en el centro de la estancia, frente a la pequeña mesa de lectura y trabajo, aunque la realidad era que Pedro tenía verdadero pánico de que se produjera un incendio por casualidad o por negligencia suya en el depósito de los libros secretos. Pero esta posibilidad, en verdad, era muy remota, porque las paredes del recinto eran de piedra e, incluso, si por un azar se hubiera incendiado una balda, era evidente que el fuego tendría dificultades en saltar a otra, porque la piedra misma lo evitaría y aislaría del resto. De Libreville sabía esto, pero no podía evitar sentir el peso de su reciente responsabilidad sobre el tesoro que guardaba, que para él era mayor que el de los ornamentos sagrados de la Iglesia, y le parecía que toda precaución era poca y estaba pensando incluso en poner cristales que protegieran los estantes donde se guardaban los libros más frágiles y pensaba hacer copias de los que estuvieran próximos a la desintegración. Así entendía él que era su

labor, innovando respecto a los anteriores que se habían limitado a guardar y a recopilar, sin restaurar ni copiar nada.

Salvo cuando el antiguo guardián estaba con De Libreville, éste pasaba muchas horas solo en la torre, examinando las obras y los registros de trabajo de los anteriores guardianes, lo cual le encantaba. Le gustaba esa parte de sus funciones, que le permitía estar en completa soledad, donde entregaba su espíritu al conocimiento y la conservación de unos textos que estaban fuera del alcance del resto de los hombres, incluidos los reyes de la Tierra. Sólo el Papa compartía el privilegio de poder leer sus contenidos, pero los textos prohibidos o secretos no le interesaban demasiado, salvo un tratado de astrología egipcia muy complicado y difícil de interpretar, y por eso aquella torre cuadrada y austera era su solitario feudo.

Muy pronto se había dado cuenta de lo bien que funcionaba el sistema de información de los Papas. En cada corte importante de Europa había personas que trabajaban en cuerpo y alma para la Iglesia y su pontífice. Unos lo hacían de modo abierto, ante el mundo como legados, y otros, mucho más eficaces, de modo encubierto. Pero unos y otros tenían el encargo de estar siempre ojo avizor no sólo sobre las intrigas de las cortes, para estar al tanto de cualquier asunto que no entrara dentro de la política pero que pudiera ser de interés para la Iglesia. Así, por ejemplo, el descubrimiento de alguna tumba antigua, el desenterramiento de ruinas de otro tiempo, en casos de obras en ciudades, castillos y palacios, y, desde luego, debían informar del hallazgo de todos los textos raros que aparecieran, en manos privadas o en el mercado.

Desde hacía tiempo, los papas utilizaban también a sus prestamistas, los lombardos, como vehículo de recogida de valiosos volúmenes y era así como se habían hecho con más de la mitad de los fondos del depósito secreto. Pero, a veces, había que utilizar la fuerza para hacerse con algunos textos peligrosos. Así había sido con un texto de caracteres rúnicos que el viejo guardián había traído, como su último trofeo, de las tierras del Rin, tras pasar graves peligros.

Sólo la ayuda de los caballeros teutónicos, ante la petición del Papa consiguió que el hereje margrave que lo poseía lo entregara, no sin antes luchar hasta ser severamente derrotado.

Pero lo que era una constante —comprendió enseguida el nuevo guardián— era que, muy raras veces, el poseedor de uno de esos libros o documentos intentaba destruirlo antes de entregarlo. A veces, eso sí, los escondían de modo que eran difíciles de encontrar. Ni siquiera pasaba con los libros de hechicería, como uno que había conseguido el anterior guardián en el Tirol y cuya posesión supuso la hoguera para una baronesa que gustaba de jugar con los poderes de la oscuridad. La realidad probada era que los libros antiguos provocaban respeto y, cuanto más importante y más antiguo fuera el libro, mayor era la reverencia con que eran tratados por sus propietarios o depositarios.

Una vez acostumbrado a su nuevo cargo, vio que había un fluido constante de

información indirecta que iba hacia él. Los listados de obras que enviaban a Aviñón los espías de las cortes de los reyes y príncipes eran cribados por una terna de eruditos dedicados enteramente a eso, que eliminaban de la lista todos aquellos que eran meras rarezas bibliográficas, dejándolos prácticamente en nada, porque en realidad había muy pocos libros que se pudieran considerar peligrosos de verdad o dignos de ser perseguidos por la Iglesia. Sólo cuando pasaban esta criba, los listados iban al canciller de la Iglesia, que los examinaba con el Papa y el cardenal arzobispo de la ciudad, y, si consideraban que había alguno de posible interés para el depósito secreto, entonces llamaban al guardián, que tenía voz y voto para decidir si se consideraba adecuado hacerse con él y el método más adecuado para hacerlo. Si le eran menester, el guardián sabía que podía contar con tres ayudantes fijos para cualquier misión, incluidos lances peligrosos, y eso le tranquilizaba.

Sus «buscadores de tesoros», como daban en llamarse a sí mismos, eran tres caballeros papales que habían jurado obediencia al guardián y que estaban permanentemente disponibles para acompañarle y cuidar de él en cualquier misión que tuviera lugar fuera de los muros protectores de Aviñón. El que llevaba más tiempo al servicio del Papa tenía alrededor de treinta años y era un caballero francés llamado Marc d'Auverne. De estatura media, complexión atlética y espaldas muy anchas, tenía rostro vivaz y simpático, con una nariz y una boca finas y unos ojos pardos inteligentes que se movían inquietos en su rostro de militar. Nacido en París, se sentía orgulloso de ello y era de lengua rápida y mordaz con quien se atrevía a batirse con él en duelo dialéctico.

El segundo, que debía andar por los veintiocho años, era un inglés que se llamaba *sir* Arthur de Limmerick. Cuando se lo presentó, De Libreville lo asoció inmediatamente con uno de esos caballeros que se pueden ver retratados por los artistas del emplomado, en las vidrieras de las catedrales, por su alta estatura, sus cabellos rubios ensortijados, sus ojos azules y su rostro hermoso y regular. Al parecer, se había exiliado de Inglaterra ante el acoso del rey Eduardo II, que, prendado de su belleza masculina, había intentado hacerle sin éxito su amante. En la corte de Aviñón había encontrado refugio y un trabajo que placía a su espíritu sensible y caballeroso.

El más joven era un español llamado Alfonso de Haro, natural de Burgos, que tenía veinticinco años y pertenecía a una noble casa castellana. Era pequeño de estatura pero muy ancho de espaldas y con unos brazos y piernas que parecían columnas. Debía de ser muy mal enemigo en un combate, por lo que se decía de él, y llevaba sólo cuatro años al servicio del Papa. Según le contó el antiguo guardián, el joven español había acudido a Aviñón acompañando a su hermano, que llevaba un mensaje del rey de Castilla y se había quedado en la ciudad al prendarse de una hermosa dama, con la que había acabado casándose, que resultó ser una de tantas sobrinas lejanas del Papa; y eso había llevado al ofrecimiento de este trabajo, que aceptó sin dudarle un instante y donde el riesgo a veces acompañaba a los viajes.

De Libreville se sintió cómodo desde el principio con los tres. Eran hombres de

una educación similar a la suya, inteligentes, disciplinados y dispuestos a servir al guardián de los libros secretos. En las largas conversaciones que tuvo con el antiguo guardián, Alberto de Burgos había contado a Pedro de Libreville lo más destacado de sus años de trabajo y como, cada uno de ellos, había sido de gran utilidad en la búsqueda de algunos de los libros que ahora estaban a buen recaudo en la torre.

Casi le parecía mentira cuando lo pensaba, pero habían pasado ya dos años desde su nombramiento y, al ver los libros secretos, seguía sintiendo lo mismo que la primera vez que entró en la torre. Vivir en aquel mundo escondido y recóndito, de papiros antiguos, pergaminos de más de mil años y obras tan fascinantes como aterradoras, seguía provocándole una mezcla de placer y de prevención. Aquello era como una cueva guardada silenciosa y tranquila en medio del maremagno de movimiento que era la residencia papal, y para él, entrar en el reducto de su trabajo era un acto verdaderamente gozoso para él, porque cada vez le molestaba más el ajetreo del mundo exterior, acostumbrado al callado pasar de las horas en su mundo privado, donde sólo tenía la ocasional compañía de Alberto de Burgos, cuando necesitaba alguna ayuda, aunque cada vez las visitas del anciano eran menos frecuentes.

El viejo guardián había estado con él durante todo el primer año y De Libreville seguía consultándole siempre, cuando tenía alguna duda. Se había forjado entre ellos una sólida amistad, que arrancaba del hecho que Alberto de Burgos había encontrado en su sucesor en el cargo un discípulo ávido de saber. Él, que en el fondo era un maestro frustrado, descubrió el placer de enseñar a alguien que bebía de su saber como si tuviera una sed inagotable de conocimientos. Y sus enseñanzas habían ido un poco más lejos, porque incluso le había enseñado castellano, su lengua materna, que tenía cierto parecido con el francés porque, como éste, venía del tronco común del latín, y el anciano se vio sorprendido por la facilidad de De Libreville, que rápidamente consiguió hacerse con el idioma y lo pronunciaba bastante correctamente.

La verdad es que el nuevo guardián deseaba aprender todo lo que el viejo monje pudiera enseñarle y mucho más. Pronto se dio cuenta de que tenía ambiciones intelectuales propias, cuando comprendió que no descansaría hasta conseguir un maestro que le enseñara el griego para poder leer algunos de los viejos manuscritos que se guardaban y que no sabían qué contenían. Pasó muchas horas y muchos meses aprendiendo de un viejo monje griego que además era capaz de interpretar con acierto los giros antiguos del idioma de sus antepasados, y, cuando por fin se consideró preparado, se puso a leer con fruición los textos de los filósofos Aristóteles y Platón, algunas de cuyas obras teóricamente perdidas para el mundo se cobijaban en el depósito de los libros secretos, así como las de Anaximandro y Anaxímenes, los textos de numerología de los pitagóricos, y su interpretación matemática del Universo, claramente herética, y muchos otros más que provenían de bibliotecas del pasado imperial romano que habían sobrevivido a la terrible destrucción de los

bárbaros y en las que se habían conservado copias únicas o incluso manuscritos originales de algunos de los más importantes pensadores de la humanidad, que la Iglesia había ido secuestrando después, discretamente, a lo largo de los siglos. Entre los libros griegos, el que más le llamó la atención fue un pequeño volumen llamado *Del movimiento celeste*, de un tal Lisipo de Tebas, totalmente desconocido para el mundo exterior y cuyo pensamiento inteligente, vivaz y profundamente inquisitivo le llevó a plantearse muchas dudas sobre cuestiones que siempre había considerado evidentes. Eso era probablemente a lo que se había referido el Papa cuando le dijo que la lectura de estos libros podía ser peligrosa para su alma; los libros guardado estaban tan bellamente escritos y tan bien argumentados que le hacían pensar como nunca antes lo había hecho, y eso le iba alejando cada vez más de la gente, casi sin darse cuenta, porque su pensamiento iba afinándose y elevándose.

Pero Pedro sabía muy bien que su cargo tenía una función que no debía descuidar. Era evidente que tenía que esforzarse para añadir nuevos manuscritos a los que había en la torre. El primero que consiguió fue relativamente fácil. Sólo le costó dinero para los informadores y un escaso trabajo de localización, ya que los espías de la Iglesia habían trabajado bien. Se trataba de un viejo libro que recogía algunas de las enseñanzas de los antiguos celtas y que estaba en poder de una anciana que tenía fama de sanadora y de vidente, que no se resistió cuando el caballero Marc d'Auverne fue hasta su morada, perdida en medio de un profundo bosque de Bretaña. Como luego le dijo Auverne, le pareció como si le estuviera esperando. Sin pronunciar una palabra, le miró con unos ojos profundos y poderosos que le helaron la sangre y, sin pronunciar una sola palabra ni dejar que él hablara, le ofreció con un gesto el pesado libro con tapas de madera tallada con extraños signos. Luego, según le contó Auverne al guardián, la anciana le dio la espalda, sin ningún temor, como si no existiera. Era evidente que no tenía nada que decirle. El guía que les acompañó, le dijo luego que la vieja debía haber tenido una visión anunciándole su llegada y propósito y debió de sentir que era el tiempo de que el libro pasara a otras manos y lo cedió como si hubiera sido algo sin ningún valor, porque desde luego no hubiera sido fácil encontrarla si se hubiera escondido en la espesura del bosque o en alguna cueva secreta, de las muchas que, según parece, había en aquel umbrío lugar.

El segundo que consiguió fue un viejo volumen de hechicería, adquirido de un lombardo en la misma ciudad de Aviñón. El mercader no supo o no quiso decirle la procedencia, pero se veía en sus tapas de pergamino manoseado que había sido muy leído y usado, y cuando el guardián lo examinó se dio cuenta de que era uno de esos libros negros, de los que el depósito secreto guardaba unos veinte, que contenía rituales muy variados, incluyendo algunos para la invocación de demonios.

* * *

Pero la calma en que vivía el guardián se iba a ver de repente alterada cuando menos

lo esperaba. Un día como tantos en que coincidía en un almuerzo del Papa con el cardenal arzobispo de Aviñón Arnaldo da Via, éste mencionó durante la comida, de pasada, un asunto que lo cambiaría todo. Se trataba de la historia de la hermosa condesa de Monclerc, sobrina nieta de su amigo de la juventud, el abad de Loc Dieu, que había muerto durante una estancia en su abadía y a la que el pueblo quería hacer santa. Y aunque parecía un asunto bastante banal y que no tenía nada que ver con el depósito, De Libreville sintió que su percepción —ese extraño don que tenía desde niño— se disparaba y le ponía en tensión. No comprendía la razón de ello, pero puso mucha atención en las palabras del cardenal, porque siempre que le había pasado algo similar anteriormente, había sido por una razón importante y sentía que aquella historia, que había surgido como una banal conversación para entretener al Papa, encerraba algo más de lo que parecía.

—¿Y cómo murió la condesa? —se oyó a sí mismo preguntar con voz de urgencia.

—Pues, en realidad, no te lo puedo decir, Pedro. Ahora que lo pienso, el viejo Hugo de Monclerc no me dijo nada al respecto de cómo murió, sólo mencionó el hecho de que ésta se había producido —dijo el cardenal con el mismo tono ligero, asombrado de que un asunto como ése interesara al severo y callado guardián. Pero el Papa, que sabía que De Libreville nunca intervenía en una conversación si no era por una razón de peso, porque cada vez que hablaba lo hacía por una razón, le miró con ojos inquisitivos, que eran en sí una pregunta.

—Me ha parecido, santidad, que esta historia encierra un misterio.

—¿En qué sentido, De Libreville?

No puedo decíroslo pero creo que sería conveniente que su eminencia el cardenal Da Via, vuestro sobrino, escribiera al abad pidiéndole más detalles y deberíamos pedir a nuestra gente en el Rouergue occidental y en el Aveyron qué saben al respecto. Quizá la historia que parece tan inocente esconda algo más. Al menos eso me dice mi percepción.

—¡Qué interesante! —dijo el cardenal, sin percibir la profunda seriedad con la que había hablado el guardián—. ¿Esconderá la historia un asesinato? Le voy a escribir hoy mismo al abad y os mantendré informados de su respuesta.

El Papa se había quedado pensando en las palabras de De Libreville y casi no había oído a su sobrino.

—¿Crees que el asunto es importante de verdad, De Libreville? —dijo Juan XXII.

—Pienso que sí. No sé por qué, santidad, pero percibo que en este asunto hay mucho más de lo que parece y, conforme hablamos de ello, mi sensación no hace sino crecer.

Da Via miró entonces a De Libreville y al Papa, dándose por fin cuenta de que el asunto les preocupaba a ambos.

—No entiendo qué puedes ver en esa historia. Mi amigo no me ha hablado de ningún libro, Pedro. Sólo de la belleza sin par de la muerta y de que sigue incorrupta

allí, en la abadía. ¿No te estarás equivocando?

—No puedo deciros más que lo que percibo, eminencia. Yo tengo un extraño don, como sabe bien su santidad, que me hace saber cosas, algunas veces, sin razón aparente. Y ésta es una de esas ocasiones.

—Te lo puedo corroborar, sobrino. Ese don suyo le hizo percibir que yo me iba a caer de la muralla el día que nos conocimos y por eso se puso en el lugar adecuado, para impedirlo. Y luego, he visto cómo funcionaba, en otras ocasiones, como cuando el cónclave que me eligió. Es un don que Dios ha dado a De Libreville y te aseguro que es mejor hacerle caso.

—Pues no se hable más. Me pongo inmediatamente manos a la obra. La abadía es cisterciense. Podéis pedirle a su superior por un camino más oficial que nos diga cuanto sepa del caso.

—No creo que eso nos sirva de nada —dijo Pedro de Libreville—. Mejor será poner en marcha a nuestros informadores de allí. Ya veremos lo que nos cuentan y, si os parece bien, en base a ello podremos saber a qué atenernos y comprobar si hay algo más de lo que parece o si mi percepción se ha equivocado por una vez. Pero, a pesar de estas palabras modestas, el guardián sabía perfectamente mientras hablaba que allí había algo importante oculto y le entró una inquietud interior que ya no le iba a abandonar hasta que lograra aclarar ese misterio.

—¿Dónde está Loc Dieu? Me suena pero no lo recuerdo ahora —dijo el Papa.

Está un poco encima de Toulouse, en el Rouergue occidental, muy cerca del pueblo de Villafranca, y es una de las abadías más ricas del Cister en el Midi pirenaico.

—¿A quién tenemos allí? —dijo el Papa.

—No puedo responderos así de pronto, santidad —dijo el cardenal—. Habrá que hablar con Gauzelin, que controla nuestra red de informadores, pero tengo la sensación de que no tenemos a nadie relevante por allí. No es un lugar donde haya pasado nunca nada.

—Pues habla con tu primo Gauzelin y entérate, sobrino. Y sé diligente, como buen hijo de la Iglesia. Ya sabes, mejor hoy que mañana.

—Iré ahora mismo, si queréis, a ver a mi primo.

—Me parece buena idea. Que partan rápido los correos. Quiero información rápida de todo lo que haya acontecido por la abadía en los últimos tiempos. Y también información sobre la familia de la condesa.

—Esa os la puedo dar yo, santidad. Su tío el abad, que era mi amigo, a pesar de ser bastante mayor que yo, fue cruzado con san Luis, y dejó el mundo como tantos de los caballeros de aquella empresa fracasada, para meterse en el Cister, y parece que, con los años, le hicieron abad de Loc Dieu. Su padre era Felipe, conde de Monclerc, un gran caballero con poderoso feudo, con buenas y ricas tierras no demasiado lejos de la frontera del ducado de Aquitania, y su tío Gerardo de Monclerc fue un afamado caballero templario.

Las palabras de Da Via dispararon de nuevo la alerta en el espíritu de De Libreville.

—¿Decís que era templario, eminencia?

—Sí, Pedro. Pero no consiguieron capturarlo. Por lo que sé, huyó de París antes de la orden de detención.

Y entonces, De Libreville tuvo un *flashback* de su pasado que fue como un fogonazo y recordó cómo, en uno de aquellos últimos días como caballero en el Temple, en 1307, había visto al maestre Jacobo de Molay hablando con un caballero alto, de barba enjuta y buen porte. Era Gerardo de Monclerc. Se lo había presentado, y al mirarle, había sentido algo extraño que no había podido definir, como si fueran a compartir algo, pero no sabía de qué se trataba. La incómoda sensación le había durado bastante tiempo y ahora la recordaba con la misma intensidad de entonces. Pocos días después de aquel encuentro, De Libreville se había ido de París. Al poco se había producido la detención de los templarios y ya no había vuelto a verle ni había oído de él, durante los últimos catorce años, de modo que lo había olvidado por completo, hasta ese instante.

El Papa le había mirado un instante con intensidad. Juan XXII había notado que el guardián conocía al caballero, pero no dijo nada. No podía hacerlo sin desvelar el secreto, porque nadie, ni siquiera sus sobrinos, sabían que De Libreville había sido antaño caballero templario. Era algo que sólo sabía el Papa y era mejor que todos siguieran ignorándolo.

Juan XXII siguió preguntando a su sobrino, para que Da Viano concentrara su atención en De Libreville, que estaba absorto en sus recuerdos.

—¿Y cómo es que la joven condesa acabó muriendo en la abadía? Eso no parece tener sentido.

—Tenéis razón, santidad —dijo el inteligente cardenal, comprendiendo que había una importante laguna en el relato que le había hecho su amigo. No era lógica ni natural la muerte de una joven doncella en una abadía de monjes, lejos de su casa—. Pero no os preocupéis, que muy pronto os daré cumplida respuesta a esa pregunta.

—Pues para que puedas hacerlo te doy mi venia para que vayas a reunirte con Gauzelin.

—Parto presto, santidad. Adiós, Pedro.

El guardián hizo el gesto de incorporarse e ir a besarle el anillo, pero el otro le excusó. Una vez puesto en marcha, Arnaldo da Via era un hombre muy activo y el asunto le había picado en su curiosidad.

El Papa se quedó a solas con De Libreville.

—Le conocías, ¿verdad?

—Sí. Le vi una vez, santidad.

—¿Y crees que este asunto de la condesa puede tener que ver con el Temple?

—Es posible, santidad. Es posible —dijo con un tono neutro que ocultaba su preocupación.

—Te recuerdo que la orden del Temple está disuelta desde 1314, por bula de mi antecesor, Clemente V, y tú estás liberado de toda obligación hacia sus antiguos miembros, tus antiguos hermanos. No tengo que recordarte tu juramento como guardián.

—No, santidad. No tenéis que hacerlo. Sé cuál es mi sitio y cuál es mi obligación.

—No sufras, pues. Acepta tus recuerdos con serenidad, como una prueba que te permitirá saber que el pasado está superado.

El guardián asintió e inclinó la cabeza. A él no le parecía todo tan fácil como al Papa. Su espíritu aún tenía viejas cicatrices que no habían acabado de sanar.

Algunas revelaciones sobre el libro escondido

El abad había dudado en saludarle abiertamente y el templario le había hecho un gesto para que no lo hiciera. No en vano la Orden había sido disuelta por el Papa y en Francia los antiguos caballeros seguían siendo fugitivos, por más que en 1321 ya no interesara a nadie en verdad continuar su persecución. Al fin y al cabo, la muerte de su principal verdugo, el rey Felipe IV, y los desastres acaecidos en el reino desde entonces, habían hecho que el asunto de los templarios pasara a ser casi algo del pasado, por más que el maestre Molay hubiera muerto sólo hacía cinco años.

Guillermo de Lins había hablado con el abad como si no le conociera, durante unos minutos, ante las otras gentes que se quedaban en la hospedería, y mientras lo hacía, sus oscuros ojos brillaban como carbunclos encendidos con una luz fanática que el abad recordaba haber visto ya en su sobrino, cuando le había ido a visitar, años atrás, en su camino hacia una cercana encomienda templaria. De hecho, Hugo de Monclerc también tenía esa dureza en la mirada, aunque por motivos diferentes. También él era un alma sin paz desde que había muerto su sobrina, y deseaba que le dejaran intentar recuperarla, pero parecía que el mundo entero se había confabulado durante esos siete últimos años para impedirle volver a ser el tranquilo monje que había decidido, cincuenta años atrás, con veinte años, abandonar el mundo y dedicarse a la oración.

En los últimos años, soñaba a menudo con las batallas de su juventud, y luego, durante el día, a veces se sorprendía rememorando aquellos tiempos del final de reinado del rey Luis IX, el glorioso san Luis, abuelo de Felipe IV, que él había vivido. Y recordaba su ardor adolescente, sus entrenamientos militares y su alegría cuando supo que el Rey había convocado una nueva cruzada, en 1267, cuando él acababa de cumplir los dieciocho años y estaba lleno de fuerza y de deseos de servir a Dios conquistando lugares santos. Con el permiso de su padre, el viejo conde de Monclerc, había acudido al mando de veinte lanzas de su condado, orgulloso como un pavo real, recorriendo muchas regiones para asistir al Rey en la cruzada de Túnez. Fue hermoso salir de París con el Rey, los príncipes, el condestable, los duques, los pares, los caballeros, la oriflama, las insignias, los estandartes y los soldados.

Su ser ansiaba combatir, y, durante los días de marcha y la travesía por un mar azul que se le hacía interminable y tedioso, se imaginaba que conquistaría ciudades a los musulmanes y capturaría alguno en el campo de batalla y ganaría fama y honor en los campos de batalla. Pero no fue la gloria lo que iba a encontrar en aquella triste Cruzada, sino la peor fragilidad del ser humano, porque la peste se iba a cebar en el orgulloso ejército cruzado, acabando rápidamente con sus sueños de gloria. Y

mientras veía morir a tantos amigos y camaradas en las arenas de los desiertos de Túnez, al lado de las impresionantes y omnipresentes ruinas de su esplendoroso pasado romano, éstas parecían mostrarle irónicamente la futilidad de todo intento del hombre de sobreponerse a su mortalidad y a su pequeñez que le ha llevado tantas veces a procurar dominar la Tierra. Pero ésta es más vieja y más sabia y sabe jugar con los hombres de mil modos. A veces cede, durante un instante de su tiempo, a veces se resiste a los humanos, pero, tarde o temprano, siempre acaba dominándolos, transformándolos en polvo, enterrándolos, cubriendo sus moradas de olvido, una vez detrás de otra, junto a sus mismos sueños de grandeza, hasta que una nueva civilización se posa sobre las ruinas de otra y respira el polvo de los huesos de la anterior y se alimenta con la sustancia de sus cadáveres.

La peste que acabó con la vida de san Luis, rey de Francia, fue un duro golpe para las ansias de gloria y sueños militares del joven caballero de Monclerc y una prueba de hierro para su carácter fuerte pero sensible. En aquellas largas noches solitarias de tristes meditaciones bajo la luz de una luna roída y enferma, sintiéndose un miserable, mientras a su alrededor la muerte tejía un red de vacío, decidió que él no era nada sino una miserable mota de polvo con la que el destino jugaba a su antojo y que no merecía la pena luchar por nada de esta tierra porque todo estaba destinado a desaparecer. Eso, unido al terrible viaje que seguiría después, acompañando los restos mortales del rey santo desde África hasta Francia, con el ataúd real sellado, temiendo en secreto el contagio de la terrible enfermedad que había acabado con la última cruzada tan eficazmente como el mejor de los ejércitos, fue algo tan duro y tan alejado de toda grandeza, que el joven caballero Hugo de Monclerc lo recordaría siempre como una pesadilla.

Para él, aquélla fue la cruzada de las esperanzas rotas, de los estandartes a media asta, de los soldados que acabaron siendo penitentes. Esta expedición derrotada por la misma voluntad divina, en forma de mortal enfermedad, terminaba tristemente con un ciclo que se había iniciado brillantemente doscientos años antes e hizo que muchos perdieran para siempre su fe y que otros la buscaran en lo profundo de sus corazones y en el silencio de los claustros de las abadías cistercienses, que se vieron de repente sorprendidas por la entrada de numerosos caballeros de buenos y bravos linajes que querían, repentinamente, dejar el mundo y sus vanidades. Monclerc había sido uno de ellos y había conseguido mantener a raya sus fantasmas durante treinta y cinco años, hasta la muerte de su sobrina; pero, desde entonces, su paz se había pulverizado en pedazos.

La llegada del templario De Lins a su abadía perdida en el medio de la nada, parecía ser el final de los restos de su paz monacal.

El mundo estaba invadiendo su terreno y ya no le dejaba sitio para seguir escapando y manteniendo a la par la ficción de que todo estaba bien. Sabiendo que no había escapatoria, el abad aceptó con valentía enfrentarse a lo que viniera, como una prueba más que le enviaba el Señor, ahora que su vida se acercaba a su fin, y,

curiosamente, al hacerlo, volvió a sentir que la paz perdida regresaba entonces a su espíritu y por primera vez en siete años se rió abiertamente —y de sí mismo— con una carcajada tan fuerte que sobresaltó al monje que esperaba fuera del despacho de Monclerc y que entró sin llamar, preocupado por la fuerte e inesperada risa que le dejó boquiabierto.

Cuando Hugo de Monclerc dejó de reír, sacó un pañuelo blanco de un escondido bolsillo del interior de la manga del hábito y le pidió al monje, que le miraba atónito, que fuera hasta la hospedería y le dijera al jefe de los huéspedes nuevos que se dirigiera a su despacho, si no tenía inconveniente. Estaba comenzando a ser hora de aclarar, en la medida de lo posible, el misterio del libro que le había tenido tan obsesionado durante los últimos siete años y estaba completamente seguro de que la presencia del caballero Guillermo de Lins en su monasterio no se debía a otra cosa que al intento de recuperar ese valioso tesoro.

Mientras esperaba la llegada del templario, hizo un examen rutinario interior de su persona y se sorprendió al ver que todo se había encajado de nuevo en su sitio. Habían acabado el dolor, la angustia y la duda. El abad anhelaba saber. Había muchas cuestiones no respondidas que le molestaban y, dado que el asunto del libro escondido había costado la vida de toda su familia, estaba seguro de que tenía todo el derecho a recibir algunas respuestas. Estaba seguro de que Dios Todopoderoso le había mantenido con vida y puesto allí por algo; de eso estaba seguro; sólo tenía que dejar de luchar contra sus mandatos y aceptar ser su vehículo.

Los pensamientos del abad fueron sorprendidos por los golpes nerviosos que los nudillos del caballero dieron a la puerta de su despacho.

—Adelante, amigo mío —dijo—. Pasad y sentíos como en vuestra casa. Llevo mucho tiempo esperando esta visita vuestra.

El templario Guillermo de Lins entró y se quitó la capa, que tenía una capucha de peregrino, con la que iba tapado casi todo el rato para no llamar la atención. Al hacerlo, recuperaba la estampa marcial que había caracterizado a la mayoría de aquellos caballeros templarios que habían sido el orgullo de Francia y de su orden, hasta el proceso. De Lins era alto, tanto como el mismo abad. Su rostro bien formado y fuerte estaba marcado por surcos profundos del sufrimiento; sus cabellos castaños, bastante largos, le tapaban los hombros y estaban llenos de canas; lo mismo que la rizada y noble barba que cubría su rostro.

—He sufrido mucho, Hugo de Monclerc.

—Vuestro rostro lo muestra, caballero De Lins. Imagino que habéis venido en busca del libro que costó la vida a mi sobrina —dijo sin más preámbulos.

—Así es. Ésa es la razón de que haya salido de mi escondite y me haya arriesgado a venir hasta aquí. Fiaba en vuestra discreción, abad.

—Podéis contar con ella. Nada le debo al rey de Francia, puesto que ordenó la expropiación del condado de Monclerc tras la muerte de mi sobrino el conde y de su hijo.

—Sé que Felipe murió por dar asilo a su hermano, que era el guardián del libro, y asumir, tras su muerte, la pesada carga. Y que con él cayó vuestro sobrino nieto. Imagino que le darían el libro a la joven condesa, que llegó hasta aquí huyendo, para morir cruelmente a manos de los hombres del Rey.

—Así es. Pero habládme del libro, Guillermo de Lins.

—¿No lo tenéis vos? —preguntó el templario con preocupación.

—No, caballero. El libro está perdido.

—¡Qué terrible noticia! ¿Cómo es posible? ¿Acaso lo encontraron los hombres del Rey que la seguían?

—No es eso. No me habéis dejado acabar. Quizá me haya expresado mal. Disculpadme. Más que perdido, el libro está escondido —la alarmada expresión del caballero pasó a ser de alivio al oír esto—. Mi sobrina quiso entregármelo cuando llegó a la abadía, pero yo me negué. Algo dentro de mí me impulsó a hacerlo y sabe Dios que me he arrepentido una y mil veces durante estos años en que lo he buscado por todos los rincones de la abadía. Ya que yo no he sido capaz de encontrarlo, por más que sabía lo que buscaba, sólo sé que debe seguir aquí.

—También yo lo pienso —dijo el templario—. No pasa nada. Lo encontraremos.

—Os aseguro que no os va a ser fácil.

—Creo que más de lo que creéis, abad. El libro que vuestra sobrina guardó es muy especial.

—¿A qué os referís?

—¿Puedo confiar en vos?

—¿Acaso lo dudáis? Me estáis ofendiendo caballero. Se ha vertido demasiada sangre de mi familia para proteger ese tesoro. ¿No creéis que eso es prueba suficiente de la lealtad de los Monclerc?

—Disculpadme, abad. Tenéis toda la razón. Es que vivo en un mundo donde hay tan pocas personas confiables...

—Pues olvidadlo mientras estéis aquí. Consideraos aquí tan seguros como si estuvierais en una de vuestras antiguas encomiendas. Esta santa casa os acogerá mientras lo necesitéis.

—Os agradezco la deferencia y la cortesía.

—Es lo menos que puedo hacer. Los dos estamos en el bando de los perseguidos, aunque yo no tenga puesto precio a mi cabeza. Y no olvido el mal que los Capetos han causado a mi casa, que está tan extinguida por su culpa como vuestra venerada orden.

Guillermo de Lins se quedó pensando unos momentos. No tenía más remedio que confiar en el abad. Era menester estar allí y poder trabajar con tranquilidad en los terrenos de la abadía, si quería encontrar el libro. El precio a pagar era revelar al abad el secreto del libro y, dado que en efecto toda su familia había pagado con la vida el que el preciado volumen no cayera en las manos del Rey de Francia, Monclerc se merecía saber algo más.

—Y yo os daré unas explicaciones —comenzó a decir el templario— que creo que os debemos.

—Os escucho, De Lins.

—Pues bien. ¿Qué sabéis del libro que escondió vuestra sobrina?

—Poco, en verdad. Sólo que era de un tamaño de gran folio, porque vi el envoltorio carmesí que lo guardaba. Nada más. Y ella tampoco sabía mucho más, porque me dijo que jamás había desenvuelto el libro desde que lo recibiera; era como si le produjera un respeto reverente.

—Así es. El libro en sí es algo más que un mero texto.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues que tiene poder propio.

El abad se quedó en silencio. No entendía a qué se refería el caballero.

—Sí, aunque os parezca raro, así es. El libro que guardaba vuestra sobrina es de los más antiguos y poderosos que jamás han estado en poder del hombre, si es que de hecho fue escrito por alguno, cosa que dudo.

—¿Qué queréis decir?

—Que es un libro sagrado entre muchos libros sagrados y que probablemente fue dado directamente por Dios al hombre en el pasado, algo así como las mismas tablas de Moisés. Y está en poder de los templarios desde el principio. Fue uno de los primeros caballeros, Godofredo de Saint Omer, quien lo encontró en 1120, cuando, como consecuencia de un sueño muy vivido que había tenido varias noches seguidas, decidió excavar en secreto en el suelo del lugar que el rey de Jerusalén les había dado como casa, que estaba en un ala de su palacio, edificada sobre el antiguo Templo del rey Salomón. Junto al libro encontró un viejo rollo de pergamino hebreo metido en un estuche de plata y algunos de los famosos tesoros del Templo de Salomón.

El abad seguía las explicaciones en absoluto silencio. El otro, al ver que el anciano no le interrumpía, tras una mirada intensa, siguió hablando.

—Dejando aparte el resto del tesoro, os diré que el libro despertó el inmediato interés de los primeros nueve templarios. Había algo especial en él. Estaba guardado en una bolsa, la que habéis visto, de la que no lo hicieron salir, porque parecía como si una fuerza invisible quisiera mantenerlo guardado. Pero, como tenían una gran curiosidad, el caballero Montbard, tío de Bernardo de Claraval, que tenía una úlcera dolorosa en un brazo desde hacía días, metió la mano en la bolsa para sacarlo. No llegó a hacerlo porque al tocarlo sintió una energía extraña que le recorrió el cuerpo asustándole y haciéndole volver a dejar el libro en su cobijo.

—¿Y qué ocurrió entonces? —preguntó el abad totalmente encandilado con la historia.

—Pues que la úlcera de Montbard había sanado milagrosamente por el solo contacto.

—¿Es verdad eso?

—Así lo recoge la tradición oral de los templarios. El libro era pues algo así como

un talismán con propiedades milagrosas y los nueve caballeros que estaban en torno a Hugo de Payens lo veneraron como si fuera una reliquia divina, mientras averiguaban algo más de él. Imaginaron que el pergamino que acompañaba al libro explicaba qué era, pero, como estaba en una lengua que ninguno de ellos entendía decidieron que lo examinara un hombre sabio, antiguo rabino, que se había convertido al cristianismo y que pertenecía al consejo del rey de Jerusalén. Cuando el hombre recibió el texto, preguntó con curiosidad que de dónde lo habían sacado. Mostrando mucha cautela, Payens le dijo que se lo habían ofrecido en el mercado, dentro de su hermoso estuche, y que deseaba saber si, además del meritorio trabajo de plata que lo guardaba, era antiguo de verdad y si tenía algún valor.

»El antiguo rabino cogió el pergamino con veneración, pues comprendió que estaba ante una reliquia del más remoto pasado sólo con verlo y se volcó en su desciframiento. Los caballeros tuvieron que esperar muchos días, mientras el anciano descifraba el rollo de pergamino. El sabio anciano estaba nervioso, emocionado, cuando por fin consiguió descifrar por completo el rollo, que era muy frágil por sus muchos años y, tras escribir el texto traducido, lo más próximo al original que supo hacerlo, convocó a Hugo de Payens a su presencia.

»El templario supo de inmediato, sólo por la expresión del anciano, que el texto era importante, pero no podía ni imaginarse la revelación que iba a recibir. El texto traducido venía a decir que acompañaba a un libro sagrado entre los libros de Dios, que estaba en el tesoro del Templo y que venía del remoto pasado. Según parece, el libro había sido otorgado por el Creador a un poderoso faraón que, dejando de lado las supersticiones del pasado, creyó en un solo Dios, se hizo monoteísta, e intentó que su pueblo lo fuera. El libro, verdadero regalo del Cielo, contenía el nombre verdadero de Dios.

»Sus poderes eran enormes y por eso se guardaba en el Sancta Sanctorum del templo del Dios único, en una ciudad nueva que el faraón había hecho construir para honrar a Dios. Pero, cuando los egipcios volvieron al politeísmo y el faraón murió, sus sucesores lucharon por hacerse con el libro, no por la palabra de Dios que contenía, sino por los poderes que se le atribuían.

»La lucha por el libro provocó la caída de la dinastía y la llegada de otra nueva, y cuando Moisés recibió de Yahvé la orden de irse de Egipto, también recibió la orden de llevarse el libro sagrado. Parece que la apertura de las aguas del mar que permitió la fuga de los judíos del reino del faraón se hizo invocando el nombre de Dios contenido en el libro, que Dios le había permitido leer al patriarca, y luego, Salomón había vuelto a leerlo para saber cómo construir el Templo y decidió guardarlo para siempre allí, porque el poder del libro arrancaba del mismo Dios y no debía ser objeto de ambiciones materiales ni ser usado en vano. El sabio monarca era consciente de que hacerlo sin el expreso consentimiento de la divinidad sólo podía provocar un gran mal sobre la tierra porque su poder era demasiado grande y difícil de controlar por un ser humano que no estuviera actuando bajo la misma dirección del Altísimo. Y para

saber si corresponde a un ser humano poseerlo, hay un ritual que permite invocar al mismo libro y a su guardián para que se pronuncie y se manifieste.

»Aquí acababa la traducción, y en la mirada del rabino estaba una pregunta no formulada que Payens contestó sin titubear, diciéndole que él no tenía ninguna noticia del libro; que sólo había comprado el pergamino. El buen hombre le creyó.

»Pasaron tres años y, en 1123, los nueve caballeros pronunciaron sus votos de pobreza, obediencia y castidad ante Garimond, patriarca de Jerusalén, siendo llamados Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Jerusalén, por el lugar que el Rey les había dado como sede, aunque el pueblo acabó conociéndoles como los caballeros templarios. Y el libro sagrado era el objeto más venerado de cuantos poseían y parecía inspirar a los caballeros en sus obras.

»Cuando se perdió Jerusalén, el libro fue a San Juan de Acre y, poco antes de su caída, en 1175, el maestre templario se lo llevó a Francia. Luego, cuando se construyó la fortaleza del Temple en París, fue guardado allí, en la secreta cámara de los misterios, hasta que el maestre Molay, pensando que el libro no estaba seguro en la fortaleza, lo depositó en manos de vuestro sobrino poco antes de su detención. Estuvo guardado en París, hasta unos meses después de la muerte del Maestre, hasta que el nuevo Gran Maestre en la clandestinidad, le ordenó que lo sacara de París y lo llevara a Aragón, donde iba a ser custodiado en adelante.

—Pero nunca llegó a su destino —dijo el abad.

—Así es. El resto de la historia, ya la conocéis.

Hugo de Monclerc asintió. Sí. El resto de la historia la conocía bien. Ahora comprendía por qué no había querido ni tocar el libro. Aquél era un tesoro que le sobrepasaba por completo y no se sentía digno de rozar siquiera sus tapas.

—¿Y cómo pensáis encontrarlo, caballero De Lins? Imagino que pensáis invocarlo con ese ritual que mencionaba el rabino.

—Así es, abad de Monclerc.

—¿Y no sería mejor dejar que el libro se quede escondido donde está para siempre?

—No lo creemos así. No olvidéis que, si yo he seguido la pista, otros pueden hacerlo y, además, tampoco debéis olvidar las circunstancias que provocaron su desaparición. Sólo la muerte del rey Felipe IV evitó seguramente el saqueo de esta abadía. No dudo que, si Luis X hubiera sido un hombre de otro talante y de mucho más talento, ahora no estaríamos hablando nosotros, tan tranquilamente aquí. Seguramente vos estaríais criando malvas hace años, y yo también estaría muerto. Y el nuevo rey, Felipe V, es mucho más parecido a su padre que el anterior, y está muy enfermo. Y no olvidéis que el libro tiene en sí el poder de sanar el cuerpo. Si el Rey llega a saberlo, no parará hasta encontrarlo, porque le va la vida en ello y eso suele hacer mortalmente peligroso a un ser humano y más aún a un rey, y también el Papa lo ambicionará si se entera de su existencia. Entre los templarios siempre ha habido rumores de que la Iglesia tiene un depósito secreto de libros prohibidos y si eso es

cierto, seguro que intentarán hacerse con él.

—¿De verdad lo creéis?

—Sí. Creo que los hombres del Rey pueden acabar regresando. De hecho, me extraña que no lo hayan hecho ya. ¿Sabéis que el sargento que ordenó la muerte de vuestra sobrina vive ahora en Villafranca de Rouergue? Parece que es una especie de héroe local. Se ha casado con la antigua moza de la taberna y cuenta como una anécdota de su vida la historia de la muerte de vuestra sobrina en la taberna.

—No lo sabía.

—Pues ya veis. Probablemente, el asalto que habéis sufrido hace no demasiado tiempo y que costó la vida de uno de vuestros monjes, se deba a eso.

—Veo que estáis bien informado de todo lo que ha acontecido por aquí, incluso mejor que yo.

—Debía hacerlo. Ahora el recuperar el libro es mi tarea y a ello entregaré mi vida para ponerlo a buen recaudo. Pero necesito vuestro permiso para llevar a cabo el ritual en la capilla.

—Lo tenéis, Guillermo. Y si me necesitáis os asistiré.

El templario asintió. La cooperación del abad era vital para poder llevar a cabo el ritual sin ser molestados.

—¿Necesitáis algo especial que yo pueda ofrecer?

—Sólo el cadáver de vuestra sobrina. Vamos a pedirle que nos muestre el lugar del escondite.

—Pero eso es sacrílego. No se puede molestar el descanso de los muertos y los que se han ido de este mundo no regresarán hasta el Juicio Final.

—Hay bajo el Cielo muchos misterios que vos y yo no conocemos, abad. Pero os puedo garantizar que el caballero que va a realizar el ritual es un verdadero místico y será capaz de hacer hablar a los muertos. La llamada se hará en nombre de Dios Todopoderoso y para su servicio y no podrá ser desatendida.

—Caballero De Lins, no me gusta nada de lo que estoy oyendo.

—No vamos a ofender los restos de vuestra sobrina. Sólo a pedirle su concurso, abad. Y ella regresará voluntariamente de entre los muertos a entregarnos lo que buscamos. No creo que esté descansando en paz al haberse ido sin decirle a nadie dónde está escondido el libro. Probablemente ésa sea la causa de su incorruptibilidad. Quería permanecer en la Tierra y mostrarse para que pudiéramos llegar hasta ella.

—Decís cosas extrañas y poco cristianas, Guillermo.

—Nosotros, los caballeros del Temple, conocemos secretos que harían tambalearse la fe de muchos y hemos visto prodigios que no tienen explicación terrenal.

—Pues no sé si yo deseo verlos aquí, en Loc Dieu.

—Si queréis que encontremos el libro y os dejemos en paz, debéis aceptar nuestros métodos. Creo que es la única manera de hallar el volumen. Sino, un día, alguien lo encontrará por azar y puede provocarse un gran mal si alguien lo abre sin

conocimiento y procura utilizar su poder.

—Qué horribles cosas me toca vivir al final de mi vida. Estoy escandalizado y, aun así, me veo forzado a permitirlos realizar ese trabajo. Sólo os pido que lo hagáis lo antes posible.

—Tengo que enviar a buscar a la persona que puede hacerlo. Tardará por los menos diez días en llegar.

—Está bien. Eso me permite dar alguna explicación de por qué vais a quedaros en la capilla; quizá una promesa de velación nocturna de Nuestra Señora la patrona de la abadía. Pero los monjes deben saberlo desde ahora. Así se verá como un acto más de culto y no habrá murmuraciones. Hay que evitarlas todo lo que podamos.

—En eso estamos todos de acuerdo. Ya se ha hablado demasiado de esta abadía.

El secreto

I. Aviñón. Septiembre de 1321

El monje Alberto de Burgos estaba dirigiendo sus pasos al palacio papal desde su residencia, en un cercano monasterio agustino. Pasó por delante de la tienda del maestro Cachette, un magnífico orfebre y platero que trabajaba para la Iglesia. Había visto numerosas obras suyas en los aposentos papales; cruces, pectorales, relicarios, báculos y cálices de preciosa factura. Él los apreciaba aunque el lujo le era completamente ajeno. No necesitaba nada ya en esta vida. Quizá por eso, le agradaba la gente sencilla, que era la más humana. También le resultaba interesante el bullicio de las calles de Aviñón y su cosmopolitismo. Su mucha edad y la liberación de la carga de guardar los libros secretos, en lugar de retraerle, le había hecho un hombre abierto y tolerante que miraba al mundo —que no había vivido— casi con ojos de niño, aunque cargados de sabiduría y conocimientos.

Entendía bien a los hombres y sus miserias. Los largos años como guardián del gran tesoro documental prohibido le habían dado una perspectiva un tanto especial de los hombres y sus deseos. Sabía que, al fin y acabo, el hombre, religioso o no, busca siempre perdurar, angustiado por su futilidad y su fragilidad. Y a veces se tuerce del camino recto y busca atajos para ello, en caminos oscuros o prohibidos, pensando hacer guiños a la muerte, que no perdona a nadie, por más que los alquimistas busquen siempre el elixir de la inmortalidad que rompa con ese ciclo de destrucción que va asociado a la piedra filosofal, que se supone capaz de transformar los metales ordinarios en oro.

El viejo monje sabía que todo eso no eran más que patrañas, espejismos que algunos hombres habían inventado para eludir la cruda realidad de que la existencia en esta tierra dura un tiempo, siempre mucho más breve del deseado por la mayoría. El hermano Alberto tenía más de ochenta años y había visto morir a casi todas las personas que había conocido en su juventud, unos resignadamente, otros maldiciendo, otros por sorpresa, pero todos habían cruzado el umbral definitivo, y los que ahora vivían, se reproducían, soñaban y luchaban eran sus hijos y nietos. Aquellos seres humanos que habían tenido sus sueños y sus miedos y que él aún recordaba bien, ahora yacían silenciosos en los cementerios, donde compartían el olvido de los muertos de las generaciones anteriores y se hacían parte de la misma tierra que los había visto nacer. Así era la vida y había que asumirla con los ojos abiertos. Él aceptaba la muerte y estaba preparado para recibirla sin aspavientos cuando tocara a su puerta.

El monje había servido bajo el reinado de ocho papas y había visto casi

demasiadas cosas. Algunos habían sido buenos pontífices, como el actual Juan XXII. Otros habían sido excelentes seres humanos, casi santos, como Celestino V o Benedicto XI, que sólo habían reinado unos meses. Probablemente eran demasiado buenos para este mundo y por eso se los había llevado Dios misericordioso, tan rápidamente, mientras que alguno que había durado mucho más, había sido de una debilidad claudicante. Éste era el caso de Clemente V, con quien el rey de Francia hizo lo que quiso en los nueve años de su pontificado, que acabaron en 1314, que llevaron al traslado de la sede de la Iglesia a Aviñón, en medio de territorios de Francia, y a la destrucción de la orden del Temple.

Pero al final, el traslado a Aviñón no había estado mal, y debía reconocer para sus adentros que esta ciudad le gustaba más que Roma. Era menos antigua, menos oscura y, desde luego, mucho menos intrigante, por más que en torno al Papa siempre se urdieran intrigas y conspiraciones, inevitable consecuencia de la ambición humana de poder y riqueza. Pero aquí no se sentían ya las luchas enconadas y sangrientas, provocadas por las enemistades seculares de las grandes casas italianas, divididas en bandos de güelfos y gibelinos, que habían sido la pesadilla de los papas y el día a día de una ciudad moribunda y decadente que vivía olvidando las glorias de su pasado imperial que antaño dio unidad al mundo, demostrando la profunda decadencia que pueden alcanzar los grandes pueblos si se olvidan de los principios que los guiaron a elevarse entre las demás naciones. Roma era como una prostituta vieja y cansada, y ahora, además, había sido abandonada por su amante más fiel, incapaz de soportar por más tiempo sus vicios crónicos y sus fetideces malolientes.

Alberto, que había sido guardián de textos brillantes de los sabios del pasado, se compadecía del presente de Italia, herida por una maldición que parecía no tener fin. Rota la unidad del Imperio Romano, la península estaba disgregada en pequeños reinos, ducados y señoríos rivales que se detestaban mutuamente, y que vivían sólo para buscar la destrucción de los demás y que nunca eran capaces de sostener una visión de unidad que, bajo el dominio del Papa o del emperador, habían sido totalmente ficticias.

En Aviñón no se sentía como un sudario usado y maloliente la corrupción y la decadencia de Roma. El poder era de nuevo cuño, como la remodelación de la ciudad que estaba cobrando perfiles nuevos cada día. Y junto a las literas de los purpurados, estaban las de sus amantes, que se mostraban con escaso recato a plena luz del día. Pero las cortesanas de aquí eran frescas, jóvenes y turgentes, a diferencia de las romanas, llenas de afectación y metidas en tantas de las antiguas intrigas. En Aviñón, lo más que hacían era desplegar un gran lujo exterior al salir a la calle, y gustaban de mostrarse en literas y palanquines por la ciudad, lo que les costaba severas multas que iban a engordar las arcas de la Iglesia. El hermano Alberto consideraba que su actitud que era casi inocente. Y lo mismo acontecía con los demás aspectos de la vida. La nobleza era tan nueva como la ciudad y se constituía en torno a la familia del Papa. Los burgueses enriquecidos rebosaban contento y prosperidad, lo mismo que los

comerciantes; la ciudad estaba limpia y cuidada y la arquitectura de las nuevas construcciones tanto civiles como religiosas era hermosa. ¿Qué más se podía pedir?

Por eso, el viejo guardián estaba contento allí. Sabía que no le quedaba mucho de vida porque cada día estaba más fatigado de espíritu y de cuerpo, pero, mientras tuviera fuerzas, seguiría dando gracias a Dios por su bondad y por haber vivido una vida larga y relativamente tranquila en medio de tantas turbulencias como había visto a su alrededor, que siempre habían pasado de largo. Sólo tuvo verdadero miedo cuando hubo de transportar los libros secretos de Roma a Aviñón. Aquél sí que fue el viaje más terrible de su existencia y nunca olvidaría el alivio que sintió cuando llegó a la ciudad sano y salvo, sin contratiempos y sin que su preciosa carga hubiera sufrido ningún daño, cosa que comprobó cuando acabó de colocar los volúmenes y manuscritos, uno a uno, en la torre de los libros secretos, que era precisamente a donde se dirigía ahora, a petición del nuevo guardián.

Pedro de Libreville le había llamado con urgencia esa mañana, pidiéndole que acudiera a reunirse con él, poco después de iniciada su jornada, al ver que no era capaz de concentrarse en lo que estaba haciendo. No sabía por qué, pero su intuición le decía que una conversación con el monje español podía serle de utilidad para quitarse esa sensación de urgencia y de malestar que le acompañaba desde el intenso almuerzo con el Papa y Da Via, del que hacía ya una semana. Además, De Burgos era la única persona con la que podía hablar en voz alta y expresar sus pensamientos, porque seguía bajo el mismo juramento de silencio que él, y su percepción le decía que su inquietud tenía que ver con un libro que debía ser muy especial.

El asunto de la condesa era una obsesión para él, una preocupación constante. Su relación con algún secreto de los templarios cada vez le resultaba más evidente y no era capaz de concentrarse en su trabajo diario ni en la lectura de ninguno de los manuscritos guardados en la torre, como si cada segundo que se perdiera en mover ficha, fuera esencial. Veía algunos signos de esto a su alrededor. De hecho, un cuervo se había posado en el alféizar de su ventana y se había mantenido allí largo rato el miércoles anterior, que había sido el único día que no salió tan temprano de su casa, y se había quedado allí, mirándole fijamente, hasta que se acercó tanto que casi podía tocarlo. Como los antiguos consideraban al cuerno el emblema de la sabiduría y el conocimiento secreto, De Libreville interpretó que estaba al borde de un descubrimiento importante. Al día siguiente, mientras manipulaba los libros de una de las baldas, se le cayó uno a los pies y en su lomo pudo leer como título «El secreto desvelado», cosa que también le impresionó porque era la primera vez que se le caía un documento del archivo secreto, dado que solía manipularlos con sumo cuidado. Y en tercer lugar, esa misma noche tuvo un sueño muy vivido, con una dama que parecía muy hermosa, de largos cabellos y apariencia fantasmal, que ocultaba su rostro con un velo tupido de tul y parecía flotar por los largos pasillos de un claustro monacal, buscando algo que no conseguía hallar. Y cuando él se iba a acercarse a la dama para preguntarle qué le pasaba, de repente se despertaba y sentía una profunda

angustia como no recordaba desde los días de su huida de París, casi quince años atrás. Era evidente que algo pasaba y que su percepción estaba intentando comunicárselo, pero, por alguna razón, no se lo estaba mostrando de modo claro.

De Libreville llevaba un rato en la puerta de la torre esperando al hermano Alberto, y cuando por fin llegó, se saludaron brevemente. Acto seguido, el guardián metió la llave de hierro en la cerradura con mano nerviosa y, tras darle un suave empujón a la puerta de la torre, que se abrió sin hacer ningún ruido, dejó pasar al anciano monje hasta el interior del recinto para seguirle, tras cerrar con llave por dentro. Luego, atravesando el pasillo y el pequeño vestíbulo, se dirigió en silencio hasta el despacho y, una vez dentro, le ofreció asiento al anciano guardián. Él se quedó de pie, moviéndose por la habitación, bastante agitado. El otro le observaba en silencio, hasta que el guardián estalló de repente en un río de palabras.

—Os he llamado, hermano, porque siento que debo tener una charla con vos, aunque no sé muy bien sobre qué. Quizá se trate sólo de una impresión mía, pero tengo la sensación de que con vos puedo aclarar algo de la oscuridad que me envuelve e incomoda en este momento.

El monje guardó silencio invitándole a seguir hablando.

—Debo confesaros que estoy francamente preocupado e incómodo. Tengo una extraña sensación que me produce un constante malestar, hermano Alberto. No descanso bien. No trabajo bien. No me siento bien, en suma. Es como si debiera estar haciendo algo diferente a lo que hago y no sé qué y el no saberlo me produce un nuevo malestar —dijo mientras se paseaba de un lado a otro del despacho, corroborando con su movilidad la inquietud que sentía.

—¿Y a qué creéis que se debe eso, caballero De Libreville? —dijo el otro con total tranquilidad, que contrastaba con el evidente y anormal nerviosismo del guardián.

—Creo que estoy percibiendo la presencia de un libro importante para el depósito pero no acabo de descubrir de qué se trata ni de dónde viene. Sólo sé, por mi percepción, que está relacionado con la extraña muerte de una condesa en Loc Dieu, una importante abadía cisterciense del Midi pirenaico, y, de algún modo, también con los templarios; pero no sé cómo enlazar estos hechos.

—Contadme el caso si lo deseáis. Y si yo recuerdo algo del pasado que pueda ayudaros...

—Sí, probablemente sea eso. A lo mejor vos tenéis algún dato que pueda aclarar este misterio, alguna anotación sobre algún libro secreto de los templarios...

—No sé —dijo el hermano Alberto—. ¿Cómo se llamaba la condesa?

—Perdonadme que os cuente hoy todo a medias, con mi nerviosismo. Se llamaba Leonor de Monclerc.

Alberto de Burgos se concentró en el nombre, que le sonaba bastante.

—¿Os dice algo el nombre, hermano?

—Quizá. Puede ser. Pero dejadme acudir a mi libro; es un buen apoyo para mi

flaqueante memoria —dijo acercándose al estante donde estaba el manuscrito con su hermosa y apretada letra que relataba los acontecimientos principales de los largos años de su trabajo como guardián.

—Monclerc, habéis dicho. Me suena ese apellido —dijo mientras pasaba páginas hacia atrás con su habitual parsimonia y el nuevo guardián le miraba con intensidad—. Sí. Estoy seguro de que hay algo por algún lugar. Había un caballero templario Monclerc, un hombre de la confianza del maestro Jacobo de Molay, creo recordar.

—¿No recordáis su nombre?

—Estoy intentando acordarme. ¿Era Guillermo? No. No lo creo. ¿Evrardo quizá? No, tampoco —decía en voz alta, como intentando evocar el nombre perdido.

El nuevo guardián intentó ayudarle con nuevos nombres.

—¿No sería Arnaldo, Rodolfo o quizá Gerardo?

—Sí, eso es. Era Gerardo. Gerardo de Monclerc, que estuvo a punto de ser preceptor de Aquitania en la orden templaria, pero que el proceso al Temple lo impidió. Lo recuerdo bien ahora.

—Al menos, ya sabemos el nombre del caballero.

—Creo que tengo algunas notas guardadas de un asunto que tenía visos de ser un secreto pero que acabó en nada.

—¿De qué se trata?

—Dejadme buscarlo en el libro. Debe estar anotado entre 1307 y 1314, en la fecha del proceso a los caballeros templarios, fueron unos años de mucha actividad —dijo el monje mientras seguía pasando páginas buscando su anotación por el nombre—. Mucha actividad y mucho dolor para la Iglesia. Aquel terrible y falso proceso; tantos buenos caballeros torturados, exilados, deshonrados y todo por la rapiña de un rey de Francia.

—Yo opino lo mismo que vos, hermano Alberto. Aquello fue una gran injusticia.

—Y qué poco le lució a Felipe IV. El dinero voló, y ahora, su gran reino está herido y enfermo, por culpa de su mismo linaje. Luis X, el turbulento, su hijo mayor, fue un rey desastroso, que en una única expedición militar fracasada perdió en Flandes, sin combatir siquiera, todo lo que su padre había logrado en años de diplomacia, y su hijo, Juan I el Brevísimo, murió a los pocos días de nacer, siendo el rey más efímero que Francia ha tenido. Y el actual rey Felipe V, su segundo hijo, que parecía ir a retomar las riendas del poder con mano firme, está enfermo de lepra y tampoco tiene herederos varones que le sucedan.

—¿Encontráis algo en vuestro libro? —dijo el guardián volviendo al tema que le interesaba, viendo que el hermano comenzaba a divagar.

—Estoy en ello, De Libreville. Parece que el dato me está eludiendo, pero no os preocupéis, que tarde o temprano lo encontraré. Tengo la total seguridad de que está ahí. Pues me armaré de paciencia, que en este día no es precisamente mi mayor cualidad.

—Rezad un rato. Eso tranquiliza mucho el espíritu.

—Yo no soy como vos, hermano. Soy poco dado al rezo.

—Hacéis mal. La oración es un bálsamo para el alma y apacigua los espíritus que sufren.

—Puede que tengáis razón, pero no puedo rezar ahora. No me siento con ganas de hacerlo.

—Aquí está, caballero De Libreville —dijo el monje con voz de triunfo—. En efecto se llamaba así. El caballero Gerardo de Monclerc. Dejad que os lea lo que escribí en el libro:

«Anotación de 1314. El caballero templario Gerardo de Monclerc, uno de los más bravos y confiables del maestre, ha escapado del proceso escondiéndose en casa de unos parientes. Nuestros agentes de París sospechan que puede ser guardián de un libro de los templarios que le habría dado el maestre antes de su detención. La razón de esta sospecha es que el agente que le seguía con discreción le vio con un bulto sospechoso bajo la capa, pero luego no volvió a verle con ese bulto de nuevo, por más que estuvo semanas detrás de él. Hay una duda razonable de que pueda ser un error de nuestro hombre, porque no tenemos noticia de ningún libro que los templarios guardaran y que sea de especial valor para la Iglesia, salvo el que ya poseemos de sus ritos iniciáticos secretos, que está en el depósito secreto, balda 14, de la gran sala del piso primero, donde había ciertas pruebas de desviaciones de la doctrina (de dudosa ortodoxia) que provocaron la disolución de la orden por el Papa».

—Aquí acaba.

—No es mucho lo que dice.

—No, no lo es. Por eso dejamos correr el asunto.

—A lo mejor, Monclerc sí guardaba en verdad un libro.

—Eso es entrar en el terreno de la especulación, caballero De Libreville. Por este lado, nunca podremos saberlo. Habrá que hacer otro tipo de averiguaciones.

—Sí. Habrá que esperar las noticias de Loc Dieu. El cardenal Da Via es amigo del abad y de nuestros informadores, y si no averiguan algo y pronto, yo mismo iré hasta allí.

—Haréis bien. Yo solía hacer lo mismo. Mejor acudir al lugar y ver en directo lo que acontece que esperar en Aviñón.

—Pues creo que es lo que voy a hacer. En cuanto lleguen los primeros informes, tanto si no aclaran nada como si lo hacen, partiré enseguida hacia Loc Dieu con el caballero D'Auverne.

—Será vuestro primer viaje como guardián. Espero que la caza tenga éxito y que en verdad haya un libro importante escondido allí.

—De eso estoy cada vez más seguro, hermano Alberto. Mi corazón me dice que hay un libro muy valioso en medio del misterio del caso de la condesa.

—Si es así, os deseo que os hagáis pronto con él. Por cierto, al final no me habéis contado nada del asunto.

—Pues ahora lo haré —dijo De Libreville sentándose en su sitial—. No es mucho lo que sé pero os lo contaré en pocas palabras.

—Soy todo oídos —dijo el hermano Alberto, que veía que De Libreville se estaba relajando por fin con la conversación. No era fácil el puesto de guardián, eso lo sabía muy bien. A veces, la tensión jugaba malas pasadas. Al menos, mientras él siguiera con vida, intentaría ayudar al nuevo a mantener la ecuanimidad. Y pensaba quedarse con él hasta que viera que regresaba a la normalidad. ¿Habría, en verdad, en todo este asunto un libro para el depósito secreto? Eso era lo que él dudaba.

II. París. Septiembre de 1321

El rey de Francia estaba desolado. No podía ser de otro modo. Felipe V, el Largo, era joven y hubiera debido no tener más preocupaciones que las del gobierno de su reino; y en lugar de eso, por una maliciosa sonrisa del destino, se sabía enfermo desde que bebió unas aguas envenenadas en el Poitou, a principios de verano, y la inquietud al ver que no curaba de su mal se había acabado transformando en horror cuando los médicos descubrieron en él las inequívocas señales de la lepra, que era una enfermedad incurable y temible. La reina Juana de Borgoña estaba asqueada, aunque procuraba no mostrarlo, y aterrada de compartir su lecho, y el buen rey, que, a pesar de actuar con ella con mano dura, le había perdonado sus intrigas y sus maldades, que eran muchas, vio que en realidad estaba solo en el momento de la enfermedad y que estaba en el mismo estado de postración que su mismo reino.

Angustiado, acudió a la religión, sabiendo que la lepra era una enfermedad que no tenía cura. Y buscó la intercesión de los santos más milagrosos y compró a precio de oro reliquias de algunos de ellos, para ver si, por su mediación, conseguía que el mal remitiera, pero no consiguió nada. De hecho, la cosa iba cada día a peor. Y no le consolaba el que se hubieran enfermado muchas otras personas en el antiguo condado de Poitiers, y le entristeció el que el pueblo la tomara con las leproserías que fueron asaltadas y los enfermos, muertos allá donde los capturaban, y luego acusaron a los judíos de todos los males que estaban aconteciendo en Francia.

Y el reino se hundió de nuevo en ese terror que provoca el miedo supersticioso a la muerte cuando se la ve muy cerca, y la gente, que antes se saludaban con afecto en la calle, ahora se miraban con inquietud y sospecha y una ola de malestar recorrió el reino de norte a sur y en los pueblos la gente no acudía a la justicia del Rey sino que se la tomaba por su mano y hubo muchas muertes injustas y daños en las propiedades de muchos hombres ricos e inocentes por la envidia de sus vecinos, que, enloquecidos, comenzaron una quema de brujas, herejes y judíos que encendió las tierras más ricas de Europa, dejando un panorama desolador.

Y mientras, en el palacio de la Cité, el rey Felipe V, sabía que tenía los días contados si no hallaba remedio a su mal. Era un hombre firme y valiente, pero el golpe era de esos que son difíciles de encajar, por más que el príncipe tuviera carácter. Quizá eso mismo le hacía desesperarse a veces. Sabía que era un buen rey, aunque en su reinado hubieran acontecido grandes males, y precisamente por eso, pensaba que Francia le necesitaba de verdad. No tenía miedo a la muerte en sí, aunque le horrorizaba el deterioro que la enfermedad iba a producir en su persona. No sabía qué haría cuando su rostro comenzara a ulcerársele y su cuerpo comenzara a ser atacado por el mal y se le cayeran los dedos y se transformase en una pústula viviente y miserable. ¿Sería capaz de sobrellevarlo con dignidad real, como lo hizo el penúltimo rey cristiano de Jerusalén? ¿Se haría, como él, una máscara de oro para evitar que le miraran el rostro y que no vieran el progreso de su mal? Sólo de pensarlo le daban náuseas. ¿Y qué acontecería en Francia si moría él? El panorama del reino era desolador. Los «pastorcillos» habían destrozado regiones enteras, empobreciéndolas; la enfermedad, la terrible plaga, había provocado mucha mortandad, y las quemaduras de judíos habían dañado a uno de los colectivos más trabajadores y eficaces del reino. Francia necesitaba respirar y recuperarse de los males que la habían golpeado en los últimos tres años y, para eso, necesitaba buen gobierno y paz. Había que reinar con mucha austeridad y procurar no incurrir en gastos innecesarios. Él sabía cómo hacerlo, porque contaba con su habilidad personal y muchos de los consejeros de su padre, a los que había rehabilitado y devuelto sus puestos en el consejo, pero, para eso, tenía que vivir, y sus perspectivas a día de hoy eran poco halagüeñas.

Si la mortal enfermedad se lo llevaba sin hijos, como parecía, su sucesor sería su hermano Carlos, conde de la Marche, un verdadero cabeza hueca, casado con Blanca de Borgoña, una adúltera, condenada y encerrada en el hermoso e inexpugnable Château Gaillard desde hacía siete años, de la que sigue patéticamente enamorado. Sólo de pensar que la corona de Francia podía caer en las sienes de su hermano pequeño, Felipe V, sentía una angustia mortal. Dada la incapacidad de su hermano para reinar, sería como darle el trono al hermano de su padre, el intrigante y desastroso consejero Carlos de Valois, cuyo valor en el campo de batalla era parejo con su nula capacidad como gobernante.

Por eso, tenía que encontrar algo que lo impidiera. Pero ¿qué? Pensar que había luchado tanto por ese trono, para que ahora se le escapase de este modo tan miserable... A veces le parecía que la lepra era un castigo divino por haber mirado hacia otro lado cuando murió su hermano mayor, muy probablemente envenenado, y por haberle ayudado a aprobar la ley sálica que impedía a las mujeres reinar y que le había dado el trono a él. Pero no. Aún era el rey y debía serlo asumiendo sus debilidades así como sus grandezas. Y sobre todo, no debía dejarse abatir. No todavía. Mientras tuviera fuerzas, lucharía. Pero la cuestión era ¿cómo podía librarse de esa odiosa enfermedad que estaba comenzando a minar su salud desde dentro? Lo

había intentado todo: rezos, baños con aguas milagrosas, el toque de una mano de una santa milagrosa; pero nada. Cada día se sentía peor y sabía que la enfermedad seguía su curso inexorable. Y en su rostro comenzaban a aparecer las primeras manchas que luego se harían llagas.

¡Qué desgraciado era! Se sentía como sólo puede sentirse un rey cuando padece un mal incurable; la soledad del trono es un peso que abrumba cuando no está compensada por la promesa de la vida. ¿Para qué sirve reinar si no hay horizonte? Felipe V sufría y su sufrimiento le llenaba de desesperanza. Y se pasaba las horas y los días dándole la vuelta a la cuestión, y no le hallaba salida. Tenía que asistir al consejo en un rato y enfrentarse a las necesidades del reino, pero ¿quién se ocuparía de las suyas?

Se arrodilló en el reclinatorio y rezó ante el Cristo crucificado que estaba en el hermoso altar portátil que le había regalado su suegra, la poderosa condesa Mahaut de Artois, y que él había colocado sobre una mesita en su dormitorio, a un lado del imponente lecho que había sido de su padre.

—Dios Todopoderoso —dijo en voz audible—, cuida de mí y dame fuerzas para sobrellevar mi mal como tú te sostuviste ante el martirio y el calvario, y como tú le pediste a tu Padre Celestial, te lo pido yo a ti, con toda mi humildad: líbrame de este amargo cáliz si puede evitarse. No me dejes perecer de este modo ignominioso y alzaré en tu honor un templo de proporciones maravillosas, que canten para las edades tu misericordia y tu grandeza.

Se levantó en silencio y miró al Cristo con una tristeza verdadera y profunda que sólo en privado dejaba que asomara a su rostro. ¡Cómo entendía él ahora a los que sufrían...!; su enfermedad le había abierto los ojos al dolor del mundo; le había sacado de golpe de la inaccesible altura de la realeza, para mostrarle que debajo de su corona había un ser humano tan frágil como todos los demás y cuyo tiempo se estaba acabando muy deprisa y del modo más cruel.

Apenas había acabado sus oraciones que, como siempre desde que supo que tenía la lepra, no alcanzaron a darle consuelo a su espíritu zozobante, cuando un ujier le anunció la inesperada presencia el arzobispo de París, Juan de Marigny. El prelado, que era el taimado hermano de Enguerrando, el gran ministro de Felipe IV, había demostrado ser uno de esos políticos incombustibles que sobreviven a los cambios más bruscos de régimen, y su terrible ambición le había permitido trepar puestos a costa del sufrimiento de seres inocentes porque no tenía conciencia. El antiguo obispo de Sens había aceptado presidir el tribunal que había condenado a los templarios, lo cual le había valido después recibir el ansiado arzobispado de la capital, todo sea dicho de paso. Pero, muerto el gran rey, había ayudado a condenar a su propio hermano, al que todo debía, para evitar caer con él. Y, no contento con su traición, había incluso presenciado la ignominiosa muerte de Enguerrando en el patíbulo de Montfaucon, ordenada por Luis X, sin pestañear, para luego irse a almorzar, como si nada hubiera sucedido.

A Felipe V le repugnaba este Marigny, mientras que había admirado y respetado al otro, pero su cargo de arzobispo de París hacía que no pudiera desatenderle, sobre todo cuando no sabía a qué venía. Se dirigió con paso cansino a su gabinete. Tenía que esforzarse en andar cada paso con la firmeza debida, pero lo hacía con la voluntad de hierro heredada de su padre, aunque sentía que estaba desmoronándose por dentro, deshaciéndose, cada día un poco más, como esas ciudades del desierto que el viento azota inmisericorde hasta que derriba sus pórticos y orgullosos templos, hasta que no quedan perfiles reconocibles sino ruinas que la tierra devora; la tierra que él había amado, esa misma tierra muy pronto iba a recibirle y los gusanos asquerosos y repulsivos acabarían pronto con sus despojos.

Dejó a un lado sus lúgubres pensamientos. Los guardias abrieron las puertas del gabinete cuando se acercó como todos los días. Su secretario privado estaba allí desde hacía más de una hora y se levantó con celeridad para ir a besar su mano, gesto que el Rey agradeció como todo lo que suponía contacto físico de otros seres humanos. El buen hombre, que había estado poniendo en orden unos memoriales y redactando unos documentos urgentes, se quedó de pie, mientras el Rey iba hasta su mesa de despacho.

¡Cuánto le había gustado ese lugar desde donde había dirigido los asuntos de Francia desde hacía cinco años...! Y ¿cuánto tiempo más seguiría siendo suyo? Los pasos del arzobispo cerca de la puerta del gabinete le hicieron recomponer el rostro y recobrar la majestad debida. Aún le quedaban fuerzas para mostrarse a los demás con cierta dignidad.

—Decid al arzobispo que puede pasar y dejadnos solos —dijo a su secretario.

—Se hará como deseéis, sire —dijo dirigiéndose a la puerta para dejar pasar al arzobispo Marigny, cuyo rostro de felino hizo un leve gesto hacia el secretario, para volverse totalmente obsequioso ante la persona del rey doliente. Disimuló con éxito la sorpresa que le produjo ver el demacrado y pálido rostro que tenía el monarca, en el que comenzaban a verse las señales de la cruel enfermedad, y también se apercibió de que había perdido peso, lo cual era de preocupar, ya que Felipe V era alto y delgado, de ahí su sobrenombre de «el Largo».

—Buenos días, sire —dijo mientras se acercaba con una amplia sonrisa—. Ante todo os pido que me disculpéis por haber venido a vuestra puerta sin anunciarme.

—No pasa nada, Marigny —le cortó el Rey—. Ya que habíais llegado hasta aquí imaginé que sería por alguna razón de peso.

—Pues así lo creo, sire. Tengo algo importante que contaros.

—Hablad, pues. Os escucho.

—Pues bien. El asunto es de los que arranca de lejos, pero procuraré hacéroslo corto. Como sabéis, cuando se produjo el proceso contra los templarios, hubo algunos que consiguieron escapar.

—Sí, eso es evidente y lo sabe todo el mundo.

—Y entre ellos estaba un caballero que tenía encomendado algo muy especial. De

hecho, revisando el otro día unos papeles privados del pobre de mi hermano Enguerrando, que no sé cómo estaban en mi poder, me encontré leyendo de repente algunos de aquellos documentos y me topé con un pliego que tenía un gran interés.

—¿Y qué era eso tan relevante que tenía el documento? —dijo el Rey, cuya paciencia se había vuelto muy limitada.

—Os ruego que me concedáis unos minutos más, sire. El pliego contenía un informe de un sargento real llamado Luis Maleflot que hacía referencia a la persecución y muerte de una joven condesa en la abadía de Loc Dieu, situada en el Ruoergue occidental, muy cerca de Villafranca de Rouergue.

—¿Y qué tiene eso de importante? —insistió el Rey con impaciencia manifiesta.

—Puede parecer que nada, pero os demostraré lo contrario.

—Eso espero. He convocado un consejo en media hora.

—No tardaré nada, sire.

—Proseguid, pues.

—Pues bien, revisando otros documentos que yo tengo en mi poder, entre los que se hayan, por azar, unos memoriales de mi hermano para vuestro padre el fallecido y amado rey Felipe IV, que no llegaron a enviarse por la repentina muerte de su majestad, vi que uno que estaba relacionado con el informe de Maleflot tenía gran importancia y que estoy seguro que os Interesará especialmente en este momento.

—¿Y por qué lo pensáis?

—Porque habla de un libro milagroso, capaz de sanar cualquier enfermedad.

—¿Es cierto eso que decís? —preguntó Felipe V, volcando su atención sobre Marigny con una intensidad casi molesta para el prelado.

—Os aseguro que sí, sire. Tengo el memorial que Enguerrando dirigió a vuestro augusto padre, que en gloria esté.

—Acortad, arzobispo. ¿Qué dice el memorial?

Marigny comprendió que había atrapado completamente la atención del Rey y, con una sonrisa de complacencia, comenzó a contarle lo que sabía del libro.

—Pues bien, sire, como os decía, mi fallecido y pobre hermano estaba detrás de un libro que, al parecer, guardaban los templarios, según se deduce de la confesión del maestre Molay, que habló mucho más de lo que imaginaba bajo la refinada y lenta tortura a la que le sometió Nogaret. De hecho, fue poco antes de su muerte, en febrero de 1314, cuando salió a la luz la existencia del libro casi por azar. Parece que cuando había acabado la sesión y el maestre estaba en un estado lamentable y casi inconsciente, Nogaret se burló de él, diciéndole que, después de la tortura, si no moría, iba a quedar inválido para siempre, y él, en una réplica que pareció incoherente, dijo que los templarios tenían un talismán que sanaba todos los males y que en cuanto lo tocara quedaría completamente sanado, y luego, como dándose cuenta de la enormidad de lo dicho, se quedó mudo.

»Curiosamente, Nogaret no creyó que lo dicho por el maestre fuera verdad, sino que pensó que era un último intento de mantener la dignidad perdida en el potro y

con los garfios de tortura, pero, como era un ser meticulado, lo consignó también, con un tono irónico, en el informe.

—¿Y no lo interrogaron más al respecto? No lo puedo creer.

—Pues así fue. Aunque parezca mentira, en ese momento, lo importante era conseguir la condena del maestro. Y que confesara abominaciones, como había hecho, de las que luego se retractaría, lo que le llevó a la muerte, en lugar de la prisión que el Rey pretendía. No obstante, como vuestro augusto padre y mi hermano Enguerrando sospechaban que en algún lugar del Templo había un gran tesoro que probablemente incluía los ornamentos sagrados de Templo de Salomón, al leer el informe de Nogaret, mi hermano quiso asegurarse bien antes de comunicar al Rey que había algo tan importante como un libro sagrado, y fue en persona al Templo, acompañado de los ballesteros del Rey y sus más fieles y discretos servidores, para hacer una inspección del lugar. Pasó allí largas horas recorriendo habitación por habitación de la fortaleza, y encontró una cámara secreta, donde había un pergamino, metido en una hermosa funda de plata redonda, que parecía de mucho valor y mérito y que estaba en una lengua oriental de caracteres que no reconoció y que pensó, acertadamente, que era el idioma de los judíos.

—¿Y el libro santo?

—Ya llegamos a eso, sire. Enguerrando tuvo muchos problemas para encontrar a quien pudiera traducirle el viejo pergamino. El texto estaba escrito en hebreo antiguo y databa, según parece, de la época del rey Salomón. Fue por la fecha de la ejecución del maestro Molay cuando mi hermano consiguió, por fin, a alguien que pudiera examinar el texto, un rabino muy anciano y sabio, versado en las escrituras, que apenas podía creerse lo que le estaban dando a leer. Mi hermano le urgió a que le dijera el contenido. Por las muestras de respeto que hizo ante el pergamino, vino a confirmarle que era muy antiguo y venerable.

—¿Y qué decía? —proseguid Marigny, me tenéis sobre ascuas.

—Pues decía, sire, ni más ni menos, que el pergamino era un texto que acompañaba a un libro sagrado entre los libros sagrados que contenía el nombre verdadero de Dios y que era muy poderoso, tanto, que debía manipularse con cuidado, y también mencionaba un ritual para invocarlo.

—¿Y dónde está el pergamino? ¿Lo tenéis?

—No, sire. Desafortunadamente no estaba con el memorial. Debe estar entre los documentos que vuestro hermano el fallecido Luis X ordenó confiscar de casa de mi hermano. Imagino que se guardarán en algún depósito.

—¡Qué mala suerte! Mi tío Carlos de Valois estuvo muy metido en todo aquello y, dado que deseaba perder a Enguerrando, seguramente destruyó todo lo que no consideraba inculpatario por si vuestro hermano escapaba de su encerrona, para dificultarle recuperar sus archivos y registros.

—Pero no destruiría el estuche. Debía de ser de mucho mérito y valor.

—Entonces, seguro que lo empeñó en alguno de sus prestamistas habituales;

porque mi tío, aparte de perseguir tronos imaginarios y aconsejar desastrosamente a mis hermanos Luis y Carlos, siempre anda corto de fondos, al límite de sus posibilidades económicas, por la largueza que le gusta mostrar y que considera adecuada a su rango pero que no puede permitirse. ¿Y el libro? ¿Qué más sabemos del libro sagrado?

—Pues bien, Enguerrando consiguió saber, poniendo espías por todo París, que un caballero templario de los escondidos había recibido el libro y el encargo de sacarlo de Francia. Pero no lo capturaron al escaparse. Para cuando supo su nombre, el templario ya había huido por mar, en una nave inglesa.

—¿Y quién era el depositario del libro?

—El caballero Gerardo de Monclerc.

—Ese nombre me dice algo. Sería hermano del conde de Monclerc, con dominios por Aquitania, pero que se rebeló contra mi padre.

—Así es, sire. La rebelión contra vuestro padre se produjo precisamente por causa del libro sagrado, según se puede deducir del memorial. El caballero debió llegar enfermo hasta la casa de su hermano, el conde de Monclerc, por eso le pasó la guarda del libro y al poco murió. Los guerreros del Rey que envió mi hermano detrás del templario se enfrentaron a los Monclerc, y, aunque perdieron la batalla, hirieron de muerte al conde y también a su hijo y el enfrentamiento transformó a los Monclerc en proscritos. Y el libro pasaría a estar en poder de Leonor de Monclerc. Ella sería la última que lo poseyó porque era la única superviviente de la familia, que, huyendo de los hombres del Rey, murió en la abadía de Loc Dieu, donde su tío abuelo, el anciano abad, le había dado refugio.

—¿Y dónde está ahora el libro?

—Pues, según parece, por lo que dice el memorial, el libro debe seguir en la abadía.

—¡Quiero ese libro y lo quiero ya! ¿Quién se encargó de perseguir a la condesa?

—El sargento Luis Maleflot, según firma el informe a mi hermano.

—¡Secretario! —dijo el Rey en voz alta y las puertas del gabinete se abrieron para dejarle pasar.

—¿Qué deseáis, sire?

—Averíguame dónde está ahora el sargento Luis Maleflot, que sirvió bajo el reinado de mi padre y que estuvo en una misión en la abadía de Loc Dieu, en 1314. Es algo prioritario. Deja todo lo que estés haciendo. Quiero saber su destino actual para después del consejo.

—Se hará como ordenáis, inmediatamente, sire —dijo el secretario y volvió a salir de la estancia para cumplir el encargo del Rey.

—Y vos, eminencia, contáis ya con mi gratitud. Me habéis dado algo de lo que carecía totalmente.

—¿Y qué es ello, sire?

—Esperanza, Marigny. Al menos ahora veo un rayo de esperanza en la negrura

del horizonte que tenía ante mis ojos. Y si consigo hacerme con el libro y es cierto que sus poderes me sanan, contad con que seréis un hombre muy rico.

—No lo he hecho por eso, sire —dijo el arzobispo, afectando desinterés.

—Lo sé —dijo el Rey, que sabía todo lo contrario, que el arzobispo era una verdadera ave de rapiña, siempre moviéndose en el mundo por su avidez de oro y poder—. Y en verdad, os aseguro que os asombrará cuán generoso puede ser vuestro rey. Por cierto, hacedme llegar el memorial de Enguerrando y la traducción del pergamino.

—Así lo haré, sire. Hoy mismo os las enviaré.

—Podéis retiraros, eminencia, y os agradezco de corazón que hayáis venido a verme —y, en verdad, su rostro se había iluminado y el rictus de desesperanza había desaparecido. Aquello podía ser como la tabla de un naufrago en medio de la mar, y, en verdad, sólo el que se está ahogando sabe lo que se agradece un simple madero cuando no hay nada más a lo que aferrarse y el cuerpo se siente pesado y el agua quiere hundirlo y apenas tiene fuerzas para respirar y mantenerse a flote unos instantes más. Pues eso sentía el rey de Francia. ¿Habría Dios escuchado sus oraciones y al final iba a salvarle?

El cardenal se retiró de la estancia muy contento de su visita. Sabía que si encontraba el libro podía aspirar a lo que fuera, que contaba con el pleno apoyo del Rey, porque lo que estaba claro es que, si Felipe V decía algo, su palabra era del Rey y lo mantenía. Quizá podría incluso llegar a Papa, pensó, cuando muera el anciano Juan XXII.

El Rey se quedó solo unos minutos y sintió que de sus ojos brotaban lágrimas de alivio por el mero hecho de soñar en la curación. Dios le había apretado mucho y ahora sentía que quizá...

Tenía que encontrar el libro, estuviese, donde estuviese y si había que revolver Francia para ello, lo haría. Le iba la vida en ello.

Como una aguja en un pajar

I. El interrogatorio de Maleflot

El abad Hugo de Monclerc estaba profundamente preocupado. Lo que el templario De Lins le había dicho era rigurosamente cierto. El asesino de su sobrina estaba instalado en Villafranca de Rouergue, y, además, era un hombre muy popular que contaba su historia por una pinta de cerveza o un cuartillo de vino. Al abad le resultaba odioso, por los recuerdos del pasado, y le preocupaba esa presencia del antiguo sargento real en un lugar tan próximo y probablemente De Lins tenía también razón en lo demás. Seguramente las dos intrusiones habían sido intentos de descubrir el tesoro de Leonor.

Su naturaleza, que se había vuelto muy desconfiada desde la muerte de su sobrina nieta, le hacía ver fantasmas donde no los había a veces, y, en este caso, llegó a pensar si quizá el antiguo sargento seguía siéndolo de modo encubierto y estaba en Villafranca como espía del Rey, por si aparecía gente extraña y había nuevas noticias acerca del tesoro escondido. En estos tiempos tan alterados que estaban viviendo, con tanta revuelta y tanta inseguridad, todo podía ser.

También le preocupaba el repentino interés de su antiguo amigo, el cardenal Da Via, sobre Leonor. Había algo en su carta que le hizo sospechar que su aparente cordialidad en realidad encerraba un deseo de saber más. Se arrepentía de haberle escrito. Sólo faltaba que el cardenal y el mismo Papa, que al fin y al cabo era su tío, se interesaran por la abadía. Había sido indiscreto al escribirle. No debía haberlo hecho; ahora ya sólo podía lamentarse.

Pero había que establecer prioridades. Lo primero, lo más preocupante era lo más cercano. Tenía que averiguar si Maleflot era un agente escondido del Rey o si simplemente se había quedado allí, en Villafranca, para mortificar al abad con su mera presencia cerca de Loc Dieu. Había que vigilarlo de cerca y esa tarea sólo se le podía encomendar a uno de los suyos, al hermano Raúl de Meudon, que era inteligente y discreto, como había comprobado a lo largo de los años, y que tenía una edad lo suficientemente venerable como para que nadie sospechara de él.

Siguiendo sus instrucciones, el viejo monje había ido a la taberna del Ciervo Gris repetidamente, procurando pasar completamente desapercibido y ocultando con una larga capa y capucha su hábito y tonsura monacales. Como en las tabernas siempre había gente que quería pasar desapercibida, tampoco llamó demasiado la atención. Además, El Ciervo Gris era una taberna grande, con una buena sala para comer, y aparte de unos bancos corridos, tenía más de diez mesas separadas que permitían cierta intimidad. Durante muchos días de fiesta, el monje había ido a la taberna y

observado al antiguo sargento al que conocía perfectamente, sin que éste se diera cuenta. Maleflot seguía teniendo el mismo rostro soez que Raúl recordaba, aunque se le había quitado la expresión de perro de presa de antes, lo cual le hacía simplemente ser un hombre feo y desgarrado del que no había nada que destacar.

Y cuando pasaron los días y luego las semanas y el abad ya pensaba que se había equivocado por completo, una noche de sábado en la taberna del Ciervo Gris sucedió algo inesperado. El anciano monje se había tomado la misión con tanto celo que casi se emborrachó al haber tenido que vaciar una jarra de buen vino de la región, mientras vigilaba. Al principio, como otras veces, escuchó, desde su rincón ya habitual, al antiguo sargento del Rey comenzar la historia de la condesa. Maleflot demostraba un indudable talento natural para la narración, porque todos estaban embobados oyendo el relato que el otro había repetido tantas veces.

Lo que el monje no se esperaba y que le sorprendió por completo es que, cuando terminó de contar la historia, de la mesa de al lado suyo se levantó un hombre cubierto con una capa que hasta entonces había estado sentado discretamente con dos compañeros. Abriéndose paso entre los alegres campesinos, mercaderes y otros concurrentes de la atestada sala de la taberna, se dirigió a Maleflot, saludándole como a un antiguo colega, y se presentó, diciéndole que se llamaba Pierre Moret y que era sargento del Rey, cosa que al otro le fue inmediatamente evidente, al ver la vestimenta que llevaba debajo de la capa.

El buen hermano miraba con atención a los dos hombres, cuya conversación no podía oír por el ruido de la sala y el hecho de que estaban lejos. Para que los de la mesa de al lado, que eran amigos del interlocutor del antiguo sargento, no se dieran cuenta de su observación, había metido la cabeza en la jarra de vino y, mientras echaba unos tragos de más, que se le iban a subir a la cabeza, comprendió que Maleflot miraba a su interlocutor con cierto recelo.

El monje tenía razón. Maleflot, cuyo cerebro era en verdad de primera, masculló que aquel encuentro no podía ser casual, y, aunque había saludado al sargento con naturalidad, se puso alerta inmediatamente. No sabía qué podía querer de él un hombre del Rey a estas alturas, porque no recordaba haber dejado ninguna cuenta pendiente ni ningún asunto que se le hubiera podido echar en cara. Había servido fielmente al rey Felipe IV y a Marigny, su único fracaso era precisamente el de la condesa, pensó. Y sintió un leve escalofrío, porque precisamente era un asunto en el que nunca se sintió cómodo porque tenía unas implicaciones que se le escaparon desde le principio y su muerte truncó cualquier posible aclaración del asunto.

El recién llegado, con un gesto que el hermano Raúl interpretó bien, invitó a Maleflot a unirse a sus amigos y el otro aceptó, tras pensárselo durante un instante, para no malquistarse con el forastero. Sin saber por qué, no se sentía cómodo con él, a diferencia de lo que habitualmente le pasaba con otros antiguos compañeros de armas, con los que solía conectar bien. El monje pudo ver que los dos hombres se dirigieron en silencio a la mesa de al lado de la suya. Se sentaron y el sargento Moret

le presentó a Maleflot a sus dos compañeros, que en realidad eran dos cabos de la guardia a sus órdenes.

El monje intentaba pasar completamente desapercibido, en el rincón, en medio del bullicio, a lo que le ayudaba su larga capa, que le proporcionaba el requerido anonimato, y su aparente borrachera, que no lo era tanto pero que permitía a los otros hablar sin demasiado cuidado, pensando que el viejo borracho del fondo no se enteraría de nada. Y al principio, el sargento Moret actuó con aparente camaradería y no le preguntó nada relevante ni molesto; sólo información acerca de la región, el tiempo que llevaba Maleflot en ella, los vinos, las gentes y el pueblo.

A pesar del tono aparentemente ligero, en la mesa vecina de la del monje se iba generando una gran tensión porque era evidente que Maleflot sospechaba algo. Comprendiéndolo, Moret se quitó la careta y tocó directamente el punto que le interesaba, que era la abadía y los sucesos que habían acontecido allí. El antiguo sargento intuyó que las preguntas que le iban a hacer ahora, eran importantes. Su futuro podía depender de cómo las respondiera, y no se equivocaba.

Dejando de lado la cortesía, el sargento real se volcó hacia él y le interpeló con aire de interrogador. Se estaba produciendo por fin aquello que había temido tanto durante años. El Rey enviaba a pedirle cuentas de su mala gestión del asunto de la condesa y el supuesto tesoro que guardaba. Y lo peor era que él no sabía nada.

El monje que aparentaba estar borracho, con la cabeza tapada por la capucha de su capa, muy inclinada sobre la mesa, estaba con el oído pendiente de cada respuesta, sospechando lo importante que era para la comunidad de Loc Dieu la conversación de esos dos hombres.

—Decidme, Maleflot —comenzó el sargento Moret—, entre nosotros, ese asunto del tesoro, ¿era cierto, verdad?

—Sólo puedo deciros lo que habéis oído ya en mi relato de hace un rato, amigo —dijo, haciendo como que no se daba cuenta de la gravedad de su tono—. La verdad es que la condesa nunca consiguió salir más de cien metros de la abadía y el tesoro, si es que existía, debía haber sido ocultado por ella un tiempo antes, porque no estaba en su cadáver, que examiné inmediatamente, a pesar de la resistencia de los monjes. No llevaba nada encima, aparte de la ropa. No sé qué era lo que había ocultado, pero se llevó a la tumba su secreto. Sólo puedo deciros que, por lo que deduje de las palabras que me dirigió el propio señor Marigny cuando me envió a perseguirla, lo que guardaba la dama podría ser un libro u otra cosa, de tamaño medio.

—¿Y estás seguro de que no lo hallaste tú? Porque no se explica que hayas dado en estableceros aquí, tan cerca del lugar donde incumplisteis una misión. Sería el último sitio que yo elegiría para instalarme, si hubiera fracasado en un trabajo.

—Pues verás, Moret, el caso es que me enamoré de una moza...

—Sí, eso parece, aunque no sé qué viste en ella —dijo el otro, disparando por completo las alarmas de Maleflot, porque le mostraba abiertamente que estaba al cabo de la calle de su vida.

—Si lo que deseáis es ofenderme, vais camino de conseguirlo —dijo Maleflot, estableciendo entre él y el sargento una distancia con el tratamiento y levantándose de golpe.

—Siéntate, si en algo aprecias tu miserable vida —dijo Moret, amenazador.

La apariencia de simple conversación quedó rota. Maleflot no se sentó. Quedó mirando de frente al otro mientras le preguntaba con voz alterada.

—¿Quién sois en verdad y qué deseáis de mí?

—Como te he dicho, soy Pierre Moret, sargento del Rey, y he venido a hablar contigo en nombre de su alteza y si no respondes a mis preguntas con sinceridad irás a París y serás sometido a tormento.

—¿Cómo? ¿A tormento yo? —dijo con tono indignado que hizo que otros alrededor miraran hacia ellos, lo cual incomodó al sargento Moret—. Nada he hecho para que os permitáis hablarme así en el lugar donde vivo y soy respetado, y no entiendo que me amenacéis de ese modo. He servido lealmente al rey Felipe IV, al rey Luis X y al actual, que Dios guarde, hasta que me licencié. Soy un hombre libre y un honrado ciudadano y no tienes ningún derecho a hablarme como lo estáis haciendo.

—Ya te he dicho que el Rey en persona desea saber todo lo concerniente a este caso. Te repito mi pregunta: ¿dónde está el tesoro?

—Os lo repito. No tengo ni idea. Imagino que, si existe en verdad, ha de estar en la abadía. Ya la han asaltado dos veces en los últimos tiempos, sin robar nada. ¿No os parece raro? Y se ha vuelto un lugar de peregrinaje para muchos, por lo de la incorruptibilidad del cadáver de la condesa, aunque algunos de los que vienen sean sospechosos.

—¿Estás intentando lanzar una cortina de humo que te cobije, Maleflot?

—Os aseguro que no. No tengo por qué. Mi conciencia está tranquila. De hecho, ahora mismo están en el monasterio unos peregrinos que, a pesar de llevar discretas capas, huelen a militares. Los he visto por la taberna un par de veces, e incluso podrían ser templarios ocultos. No me extrañaría nada. Desde luego, no creo que estén haciendo el camino de Santiago en grupo, porque habitualmente los soldados que lo hacen, cuando quieren vestirse de penitentes, van solos.

—Eres un embustero, Maleflot.

—No volváis a decirme algo así, Moret —dijo el exsargento con tono amenazador—, porque soy un hombre honrado; no soy ningún cobarde y, como no tengo nada que ocultar y vos no tenéis ningún derecho sobre mí, si me ofendéis me defenderé, y os aseguro que no soy malo con mi espada. Mi vida no vale tanto como para que tenga que tragarme vuestras ofensivas palabras sin responderlas cumplidamente. Medios, si no queréis tener que luchar aquí y ahora.

Los dos hombres se miraron de nuevo a los ojos. El desafío de Maleflot no era un farol. Estaba dispuesto a matar al otro o a quedar allí tendido, antes que encogerse. No tenía nada que ocultar y, por tanto, nada que temer. Había fracasado en su misión

de años atrás, pero eso era todo. Él había hecho su informe a Marigny y después no había vuelto a recibir noticias del asunto hasta hoy. No era justo actuar con él como lo estaba haciendo este sargento y no pensaba permitírselo.

—Entonces ¿mantenéis que no sabéis nada más que lo que escribisteis en el informe que enviasteis hace años al señor de Marigny? —dijo el otro, usando el tratamiento de cortesía que había eliminado antes y con un tono mucho menos agresivo.

—Así es. Nunca se solucionó el misterio. De hecho, yo creo que es ahora cuando se está intentando encontrar de nuevo el libro o lo que sea. Los robos inexplicables, los jinetes extraños en la comarca, la gran discreción de los monjes que no desean que la abadía se llene de gente y el hecho de que ya nunca bajan hasta aquí lo corroboran. No sé de qué se trata, pero mi olfato me dice que algo raro está pasando, en verdad.

—Sois mejor narrador de historias que investigador, según parece, Maleflot, pero me habéis convencido. Habláis con la verdad. Disculpádmeme por el tono de antes, pero estoy cumpliendo con mi deber. Podéis ir os libremente. Pero os ruego que no os alejéis del lugar. Probablemente os necesitaré para que me enseñéis los alrededores mañana por la mañana. Quiero ir hasta la abadía a ver qué se cuece por allí. Y ya veremos si lo que sospecháis es cierto.

—Deberíais ir allí esta misma noche, ya que hemos hablado en voz alta, ante la concurrencia. Si hay alguien vigilando, puede dar la alarma en el monasterio.

El monje se encogió aún más sobre sí mismo al oír a Maleflot, pero no era necesario. Realmente no sospechaban nada de él.

—No veáis fantasmas donde no los hay. Si han podido esperar siete años, también podrán esperar un día más.

—Como gustéis, Moret. ¿Dónde queréis que nos veamos?

—Aquí mismo. Vos vivís lejos, ¿verdad?

—No, estoy a dos pasos.

—Perfecto. Venid, pues, por la mañana temprano, que os estaremos esperando. Nos alojamos en la posada.

—Contad con que os asistiré en todo lo que pueda —dijo Maleflot, sintiéndose mucho mejor ahora—. He sido buen servidor del Rey y este caso ha sido mi único fracaso y me encantaría ayudar en lo que pueda a solucionarlo.

—Agradecemos vuestra colaboración. Buenas noches, Maleflot. Id con Dios.

—Quedad con Él —respondió, mientras se alejaba abriéndose paso entre los concurrentes; despidiéndose de algunos de sus conocidos con su habitual buen humor, que había recuperado por completo.

El hermano Raúl se quedó cavilando. Los tres hombres se quedaron aún un rato y él no quería levantarse antes que ellos. Estaban en silencio, como rumiando la conversación con el exsargento, que, en efecto, parecía haber convencido por completo al sargento Moret de su ignorancia acerca del tesoro. Cuando por fin

decidieron levantarse, ya era bastante tarde.

El monje se fue unos minutos después. Iba tambaleándose por los efectos del alcohol, lo que levantó algunas risas entre los que le veían salir, casi dando tumbos, pero la verdad es que estaba muy aturdido. No se dio cuenta, pero había quien le observaba a él mientras se dirigía al establo a buscar su rocín. Tomó el camino de la abadía sin temor, a pesar de que era noche cerrada. El mulo que montaba era bastante dócil y le conducía a paso tranquilo. Raúl de Meudon, bajo la claridad de una luna creciente y el cielo despejado, iba rumiando su preocupación por lo que acababa de oír y no se dio cuenta de que otros caballos le seguían discretamente.

Maleflot había dicho que la hermosa condesa Leonor había muerto por esconder un libro o algo así en la abadía. El viejo monje intentó recordar. Él conocía a Leonor desde niña, cuando había venido a visitar la abadía con su padre, el conde, y el viejo monje había pasado con la niña muy buenos momentos, enseñándole muchos lugares secretos de la abadía, mientras jugaban al escondite. La niña había crecido y se había hecho mayor y hermosísima. Recordaba que, cuando la condesa Leonor llegó a refugiarse en la abadía, él estaba en la puerta, y es verdad que ella llevaba algo en una bolsa de terciopelo carmesí. La había visto cuando la hermosa doncella descendió del caballo y le abrazó con afecto. Ahora lo recordaba bien.

Y de repente, también le vino una imagen a la cabeza de algo que tenía completamente olvidado. El mismo día de su muerte, él la había visto en un sitio muy inhabitual de la abadía. Sí. Ella no le vio a él y, tras unos momentos, salió con sigilo de uno de sus escondites favoritos de la infancia. Y luego pasó todo lo demás. La llegada de Maleflot y sus hombres, la persecución, la muerte de doña Leonor de Monclerc. Comenzó a sospechar que quizá había visto a la condesa cuando estaba escondiendo el tesoro. Desde luego, el lugar no era propicio para ninguna otra cosa y sólo eso explicaría la presencia de la condesa allí. Tenía que comprobarlo, antes de decir nada. No quería equivocarse.

Y estaba también lo otro. Si había unos templarios en la abadía, en verdad corrían peligro. Debía llegar cuanto antes a Loc Dieu y hablar con el abad. Debía comunicarle todo lo que sabía.

—¡Alto! Deteneos, que tenemos que charlar un momento con vos —dijo la voz de un hombretón, grueso y mal encarado, de gran estatura, que estaba parado en medio del camino, al lado del cual había otros dos. Eran los que lo habían seguido desde la taberna, que, dando un rodeo por un bosquecillo, aprovechando la lenta marcha del hombre, lo había adelantado, esperándolo en medio del camino.

—Soy un pobre monje de la abadía de Loc Dieu —respondió el hermano Raúl, sobresaltado, comprendiendo que aquellos salteadores no iban a dejarle ir fácilmente.

—Buena pieza estáis hecho. Se ve que os gusta más empinar el codo que rezar, viejo bribón —dijo el bandido, jocosamente, sin ningún respeto—. Venga. No perdamos el tiempo en palabras. Dadme la bolsa cuanto antes y ya veremos qué hacemos con vos.

El monje se sacó la magra bolsa en la que quedaban cuatro monedas de plata.

—Roñosa bolsa. Comprendo que no os resistáis a entregarla, padre —le dijo, y luego, dirigiéndose a sus hombres, les ordenó.

—Desmontadle y desnudadle. A ver si debajo de la ropa este buen monje lleva algo más que sus vergüenzas.

El hermano Raúl se dejó hacer, sintiéndose profundamente humillado mientras los otros le despojaban de su capa, de su hábito y de la camisola que llevaba debajo. Era un anciano huesudo y delgado de setenta años que no tenía fuerzas que oponer a los delincuentes. En unos segundos, se quedó en medio del camino, en paños menores, tiritando de miedo y de frío porque la noche era bastante fresca, y no había sufrido antes, en toda su vida ninguna violencia.

—Es como un pollo viejo. Todo huesos y pellejo —dijo uno de los hombres que lo habían desnudado—, pero no lleva nada.

—Maldito monje, nos estás haciendo perder nuestro tiempo —dijo el hombretón, enfurecido al ver lo escaso del botín, y le dio un puñetazo que le rompió cuatro dientes al anciano monje, que cayó al suelo, conmocionado.

—Sí. Nos has hecho perder nuestro valioso tiempo —corearon los otros dos, mientras se divertían dando patadas al pobre anciano que, aturdido por el primer golpe, intentaba protegerse con los brazos el rostro, mientras su cuerpo era golpeado sin compasión. El jefe les dejó seguir durante un rato más con el castigo y, cuando vio que el monje se desvanecía, les detuvo.

—Dejadle ya. No merece la pena seguir golpeando esa piltrafa. Vámonos a otro sitio a buscar algo de negocio. Por lo menos, algo sacaremos por el mulo y el viejo, que sea pasto de los lobos.

Y, con paso firme, se alejaron hacia el pueblo, mientras el viejo monje volvía en sí. Aún estaba lejos de la abadía y no se sentía con fuerzas para nada. Intentó levantarse, apoyándose en el tronco de un árbol, pero le resultó imposible. Le habían golpeado con saña. Le dolía todo el cuerpo. Se quedó allí, sentado, sintiendo cómo crecía el dolor. Iba a pasar una noche infernal y por allí había lobos. No podía desfallecer.

Sacando fuerzas de su fe, se puso a rezar, dando gracias a Dios por haber conservado la vida. El dolor no era nada, se dijo. Cristo sí que había sufrido de verdad la flagelación, la coronación de espinas, el calvario. ¿Qué eran unas simples patadas como las que él había recibido?

II. Aviñón. La reunión secreta del Papa

El Papa había enviado el día anterior, ya entrada la noche, un mensajero a casa de Pedro de Libreville citándole para una reunión secreta con el cardenal Arnaldo da Via y el canciller de la Iglesia, Gauzelin Duèze, al día siguiente, a primera hora de la

mañana. Ni que decir tiene que el guardián apenas pudo dormir, y su sueño estuvo poblado de extrañas pesadillas en las que volvía a aparecérselle la dama velada que huía por interminables corredores, como si la persiguiera alguien que nunca se veía cerca, en una angustiosa carrera sin fin que a De Libreville le destrozaba los nervios y le hacía despertarse sobresaltado para regresar, al cabo de minutos, de nuevo, al mismo sueño obsesivo.

Cuando comprendió que aquello no iba a cesar, decidió levantarse. Era poco antes del alba, algo antes de lo habitual en él, pero la falta de descanso le hacía sentir una gran pesadez de cabeza. Imaginó que debía tener mala cara, porque se sentía como abotargado y obtuso. Se quitó la camisola para lavarse el sudor. Vertió un poco de agua de una jarra sobre un lebrillo de tosca cerámica vidriada y se mojó el rostro con el fresco líquido, que acabó escurriendo por su barba. Luego se mojó el torso, sintiendo el agradable frescor del agua como un estímulo y; tras darse un poco de jabón, se enjuagó de nuevo y se secó con una toalla bastante áspera. Sentía una sensación de urgencia en las entrañas que le provocaba un cierto malestar, lo cual era síntoma inequívoco de que la reunión con el Papa y sus sobrinos sería relevante. Debía tranquilizarse. Respiró profundamente varias veces.

De Libreville se vistió con premura, cubriendo su cuerpo atlético y bien formado con unas calzas de paño marrón y una camisa blanca, encima de la cual llevaba una larga sobrepelliz de una tela gruesa, sin adornos, que le servía para librarse del frío que ya comenzaba a regresar anunciando el otoño. Estaba acabando de ponerse los escarpines forrados de doble cuero en los pies, cuando su criado entraba en la habitación el desayuno que había preparado con celeridad, atendiendo a las órdenes recibidas de su señor la noche anterior; una gruesa rebanada de rico pan con mantequilla y mermelada y un tazón de rica leche de vaca, caliente. Tras dejar la bandeja en la mesa, se dedicó a atizar en silencio los tizones del fuego de la noche anterior, que aún brillaban, con su color naranja encendido, mostrando que aún tenían poder para quemar, en la chimenea de amplia boca de piedra, con elegante remate gótico. El criado los revolvió y arrojó encima con la sabiduría del que ha encendido muchos fuegos, unas taramas y unos leños finos que prendieron rápidamente y dieron un agradable calor a la habitación, que se había quedado fría.

Pero el guardián apenas se dio cuenta de ello. No sentía frío y sólo pudo darle un par de pequeños mordiscos al pan y beber un par de tragos de leche como todo desayuno. Esa mañana no le entraba nada en el cuerpo, nervioso como estaba, y no era conveniente forzarse a comer porque seguro que le sentaría mal. Se esforzó en leer algo para hacer tiempo, hasta que llegara la hora de la cita, pero era inútil. No era capaz de fijar su atención en nada. Siendo de natural muy observador, estaba asombrado de sus propias reacciones, que eran tan poco habituales en él. Su calma de siempre hoy era nervio; su paciencia casi había desaparecido por completo. Muy importante debía ser lo que iba a descubrir, porque su percepción sólo le afectaba de ese modo en casos de la máxima importancia.

El tiempo pasó lentamente, y, cuando por fin comprendió que ya era el momento, apresuradamente dejó su casa y con paso rápido y firme se dirigió al palacio papal. Estaba deseando recibir las nuevas acerca del misterio de la condesa. Estaba seguro de que el asunto era más grande de lo que pensaban. No obstante, en los últimos días, el guardián no había tenido ninguna percepción nueva sino más bien se había anestesiado un tanto su urgencia inicial, devolviéndole aparentemente la tranquilidad, pero estaba claro que eso no significaba nada. Había sido sólo un paréntesis porque la paz de su espíritu había vuelto a desaparecer por completo desde que recibió la llamada de su santidad.

Ya estaba frente a las puertas de palacio. Los guardias del Papa le saludaron, como todos los días. Estaban acostumbrados a verle siempre temprano, pero la velocidad de su paso, habitualmente moderado y sin prisas, hablaba hoy de urgencia y les sorprendió.

Ya faltaba menos para saber qué habían averiguado los dos sobrinos de Juan XXII. Una a una fue atravesando las puertas que conducían a los aposentos del Papa, y los guardias de las diferentes antesalas, al verle, le iban saludando con respeto. De Libreville era un hombre apreciado por su sencillez y su austeridad en aquel mundo de fingimiento y de pompa externa.

Respondía mecánicamente a los empelados del Papa, sintiendo cómo su corazón se aceleraba por momentos. Incluso de repente sintió un arrebol en el rostro. Estaba casi al borde de perder todo su autocontrol cuando, por fin, llegó a las puertas del gabinete privado de su santidad y pidió permiso para entrar.

El Papa, con su rostro lampiño, fino e inteligente, le recibió con una amplia y benevolente sonrisa y le miró fijamente con sus ojos hundidos que destellaban inteligencia y vigor mientras se acercaba, y percibió la profunda alteración del espíritu del guardián. Estaba todo vestido de blanco. Llevaba una túnica blanca de lino grueso y rico, y encima una dalmática de seda bordada de oro que era una verdadera belleza, y estaba sentado en su sitial doselado, con toda su majestad, como gustaba que lo vieran. De Libreville se acercó a besar su mano.

—Bienvenido seas, Pedro. Siempre tan madrugador.

—Buenos días, santidad —respondió el guardián.

—No lo parecen tanto para ti, hijo mío. No tienes buena cara hoy. ¿Has dormido mal?

—Fatal, santidad. He tenido la misma pesadilla recurrente de una dama que huye por un corredor y no he descansado bien.

—Deberías rezar más. La oración es el mejor de los bálsamos para el espíritu, como ya te he dicho en otras ocasiones.

—Lo probaré, santidad.

—Imagino que todo eso se debe a tu tan traída y llevada percepción. A veces parece más un castigo que un regalo de Dios. En fin, ya veremos si tiene razón de ser tu inquietud cuando recibamos las nuevas sobre el asunto de la condesa. Te confieso

que yo también estoy interesado, pero no estoy tan agitado —dijo viendo que el guardián estaba nervioso de verdad—. Tranquilízate, Pedro, que muy pronto nos contarán todo lo que han averiguado al respecto.

De la parte de atrás del gabinete, que escondían unos altos cortinajes de brocado de terciopelo blanco, bordado de plata, salieron el canciller Duèze y el cardenal Da Via, que habían llegado minutos antes.

—Buenos días, canciller, buenos días, eminencia —dijo el guardián, acercándose con afecto a besar sus anillos—. Espero que hayáis descansado bien.

Los dos le devolvieron el saludo y comprendieron que el guardián estaba urgido de recibir las noticias que tenían que darle. Se le notaba en el rostro.

—Dejémonos de formalidades, si os parece bien —dijo el canciller—, y vayamos directamente al grano, que parece que el asunto del que vamos a hablar puede ser importante.

—Me parece perfecto —dijo Da Via y el guardián corroboró su acuerdo con un movimiento de cabeza.

—Pues comenzad a contarnos lo que hayáis averiguado, sin más preámbulos —dijo el Papa—. Sentaos aquí, a mi lado. Así no tendréis que alzar la voz —prosiguió, señalando unos sillones para sus sobrinos y un banco para el guardián—. Nunca se sabe quién escucha detrás de las puertas, por más que creo que las mías son seguras.

—Veamos pues. Comienza tú, Arnaldo, con la carta que has recibido del Abad y luego seguiré yo, que tengo más cosas que contaros —intervino Duèze.

—Pues bien. Como os dije que iba a hacer el otro día, escribí al abad de Loc Dieu, Hugo de Monclerc, preguntándole sobre la supuesta santidad de la condesa Leonor y aproveché la carta para inquirir un poco, discretamente, acerca de la muerte de su sobrina y de las razones de su presencia allí cuando aconteció.

—¿Y bien? ¿Qué te respondió el abad? —preguntó el Papa.

—La respuesta de Monclerc fue evasiva. Acerca de la supuesta santidad de su sobrina deseaba recoger velas, de modo discreto, aduciendo que todo el asunto era una mera superstición del pueblo debida a la belleza de la sobrina muerta que seguía incorrupta y luego me contaba que había habido un intento de robo en la capilla y pocos días después otro, y que, además, los supuestos ladrones habían matado a uno de los hermanos, lo cual demostraba que su sobrina ni era santa ni había dado una especial protección a los mojes de la abadía de Loc Dieu.

»Continuaba la carta como pasando de puntillas sobre el asunto de la muerte de la condesa Leonor, me decía que su sobrina había fallecido a consecuencia de un flechazo recibido por accidente, pero sin más detalles y terminaba preguntándome acerca de mis asuntos en Aviñón.

—Eso no nos aclara nada —dijo Juan XXII—. Quizá voy a tener que hablar con sus superiores o que llamarle a Aviñón. No me gusta que un religioso oculte a un cardenal asuntos de importancia para la Iglesia. ¿Sabemos algo más de Loc Dieu?

—Sabemos mucho más, santidad, y vayan de antemano mis disculpas por mi

negligencia culpable —dijo el canciller GauzelinDuèze mientras sacaba de un escondido bolsillo interior de su capa un hermoso estuche de pergamino de plata, labrado de modo precioso, que parecía muy antiguo y valioso.

—¿Qué es eso que nos muestras, Gauzelin?

—Pues un objeto mucho más importante de lo que parece a simple vista. Es el guardián de un viejo secreto de mucha importancia. Se lo compré a un lombardo por su belleza hace ya unos años, y puedo aseguraros que contiene un pergamino de la mayor relevancia —dijo abriendo el secreto resorte, que mostraba un hueco interior donde se alojaba el antiguo texto hebreo.

—No entiendo lo de tus excusas.

—Ahora lo entenderéis, santidad. El caso es que compré el estuche y me desentendí durante un tiempo del pergamino. Pensé que era uno más de esos textos antiguos de la ley judía, sin mayor relevancia, pero, como el estuche era muy meritorio por su belleza, lo he tenido durante años colocado en una vitrina de mi casa, como uno más de mis objetos de colección. Pero, hace apenas dos meses, las circunstancias me iban a hacer comprender, de repente, su verdadero valor. Y todo gracias a que le di una recepción en mi palacio al embajador de Constantinopla, ese príncipe bizantino que tanto os complacía, santidad.

—Es verdad, Gauzelin. Es un hombre de altos méritos.

—Estoy plenamente de acuerdo con vos, santidad. Pues bien, aconteció que, al ver este objeto, el príncipe se quedó atónito y me dijo que aquélla era una pieza de la máxima calidad y relevancia y probablemente de época muy antigua. Para complacerle, lo saqué de la vitrina y lo abrí para él, de modo que pudiera examinarlo de cerca y, al ver que guardaba un texto hebraico, me preguntó si lo había hecho traducir.

—Y no lo habías hecho.

—No, santidad. Ya os digo que he sido muy negligente en todo este asunto. Casi me hizo sonrojarme y, sintiendo que estaba incomodándome, dejó el tema. No volvimos a hablar del asunto durante la noche, pero, antes de irse, volvió a mencionar el tema del pergamino, como de pasada, y se ofreció a enviarme desde Constantinopla a un monje que era gran experto en hebreo antiguo. Imagino que deseaba saber su contenido él también, por eso mostró interés en enviarme a su hombre.

—¿Y vos qué le dijisteis? —preguntó De Libreville.

—Pues nada, santidad; que me parecía bien. La verdad es que pensé que era un ofrecimiento retórico, de buena educación, y olvidé el asunto casi inmediatamente, pero luego, cuando hace una semana llegó el monje enviado por el príncipe de Constantinopla, con una carta del embajador, me sorprendí mucho, pero le alojé en mi palacio y os lo traje aquí, para que lo conocierais.

—Sí —dijo De Libreville—. Es un verdadero erudito. Me está enseñando a leer el hebreo.

—Así es. Vos lo habéis entretenido estos días, pero, aunque os parezca mentira, aún no le había pedido que me tradujera el texto del pergamino hasta antes de ayer.

—En efecto, has estado un tanto dejado, Gauzelin. Me extraña en ti —dijo el Papa.

—Sí. Es algo que no puedo entender, santidad. Es como si el mismo Dios me hubiera colocado una venda en los ojos sobre el pergamino hasta que llegara el momento adecuado para que yo supiera de qué se trataba.

—Exageras a ese respecto. No creo que Dios se tome tanto interés por este asunto, Gauzelin.

—Tengo mis dudas, santidad. El caso es que, mientras tanto, llegaron los informes del monasterio que eran preocupantes. Curiosamente, como ya os he dicho, parece como si el mismo Padre Eterno lo hubiera arreglado todo para que uno y otro asunto se juntaran, porque yo creo que están muy relacionados.

—Explícate mejor, porque no entiendo nada —dijo el Papa y Da Via y el guardián asintieron.

—Los informes recibidos de los nuestros en la zona alrededor de la abadía contienen una historia singular. La muerte de la condesa, según parece, fue ordenada por un sargento del Rey que la perseguía, y se dice que la dama escondía un tesoro, del que se ha especulado que pudiera ser un libro antiguo muy valioso.

A De Libreville se le pusieron los pelos de gallina. Su percepción no le había engañado.

—Veo que, en un segundo, nos has aclarado más que el abad en su larga carta, primo —dijo Da Via.

—Pues hay más. El libro o el tesoro en cuestión se lo había dado a la dama su padre, que había muerto poco antes, después de luchar contra los hombres del Rey, y venía de un tío suyo, que era un caballero templario que había escapado de París, después de la muerte del Maestre, según relata el mismo sargento real que ordenó su muerte, hoy ya retirado, y que vive en el pueblo de Villafranca de Rouergue, al lado de la abadía de Loc Dieu. Y además, la persecución de la condesa le había sido encomendada a él por el propio Marigny.

—El asunto debía de ser entonces importante en verdad; porque el gran ministro de Felipe IV no se andaba con pamplinas, a diferencia de su hermano, el intrigante arzobispo Juan de Marigny.

—Lo que no entiendo es la relación de esta historia con el pergamino hebreo.

—Pues os la explicaré rápidamente, santidad. Cuando me lo vendieron, el lombardo me dijo que, probablemente, el estuche era una joya del Temple, que había pertenecido a Enguerrando de Marigny y que se la había vendido el tío del actual Rey, Carlos de Valois.

—¿Y? —cuestionó el Papa.

—Pues que cuando el monje me tradujo el texto del pergamino y me dijo que este estuche y el mismo pergamino acompañaban a un libro sagrado entre los libros

sagrados, que contenía el nombre verdadero de Dios, me sobresalté y algo me hizo intuir que las dos historias, la de la condesa y esta otra, están relacionadas.

—Es una posibilidad, pero no una certeza, Gauzelin —dijo el Papa.

—Yo creo que el libro sagrado se le dio a Monclerc para que se lo llevara y el pergamino se quedó en el Temple, en París, como algo de menor importancia. Y Enguerrando de Marigny debió encontrarlo en su registro de la fortaleza templarla; le pareció hermoso, como a mí y lo debió guardar. Y quizá, él sí lo hizo traducir. Seguramente lo haría y, por eso, envió al sargento detrás del templario, a buscar el libro.

Juan XXII comenzó a ver claramente que su sobrino tenía razón. Da Via y De Libreville asintieron.

—Creo que tenéis razón, canciller —dijo el guardián—. Mi percepción me dice que no os equivocáis. Y, si lo que dice el texto del pergamino es cierto, éste debería estar en el archivo en un lugar especialmente seguro, entre los más poderosos y peligrosos libros secretos.

—Estoy plenamente de acuerdo con Pedro —dijo el Papa—. Coge el pergamino y su estuche y guárdalos en la torre de los libros secretos. Ahora deberíamos emplear a fondo todos nuestros recursos para encontrar el libro del nombre de Dios. Te encomiendo que te dediques en cuerpo y alma a esa misión. Los templarios deben querer recuperarlo, seguramente.

—Ha habido dos intrusiones en la abadía, como dijo el abad en su carta, y puede que lo que buscaran fuera el libro —señaló Da Via.

—Eso es casi seguro —dijo Gauzelin Duèze—. Pero dudo que encuentren el libro si no es con el concurso del ritual que contiene el pergamino.

—¿Y cómo es el ritual?

—Es algo difícil de asumir para un buen cristiano, santidad. El ritual es una invocación al libro mismo, que consiga que su último poseedor regrese de entre los muertos a decir dónde lo ocultó. Es algo pecaminoso porque supone molestar el reposo de la dama en su tumba.

—¿No hay otro método?

—No lo creo.

—Entonces, con mi autoridad de cabeza de la Iglesia, autorizo al guardián a realizar la invocación para recuperar el libro.

—Creo que tengo que partir lo antes posible hacia Loc Dieu. Me llevaré a los tres asistentes. Es un asunto demasiado importante para ir solo con uno. Enviaré por delante a los caballeros Arthur de Limmerick y Alfonso de Haro como peregrinos. Partirán hoy mismo. Aprovechando que la abadía está en el camino de Santiago, será un peregrino que va hacia allí. Y al llegar, harán como que se han conocido en el camino y podrán echar un vistazo por la abadía y por el pueblo. Es lo mejor. Yo iré detrás, con el caballero Marc d’Auverne.

Me parece bien. Dijo Juan XXII.

—Además, tengo que estudiar el ritual y prepararme para poder realizarlo adecuadamente.

—Tenéis tiempo, caballero De Libreville —dijo Gauzelin—. El ritual sólo se puede realizar en luna llena y fue ayer. El trabajo ha de realizarlo una persona pura y creo que nadie mejor que vos, porque sois austero y comedido en todo.

—No exageréis, canciller. Soy un ser humano lleno de defectos.

—Y además humilde.

—Dejad de decir esas cosas. Tengo muchas debilidades y soy consciente de ello.

—Eres la persona adecuada, Pedro —dijo el Papa—. No podías serlo más.

—Gracias, santidad.

—Bueno, pues entonces, nuestro buen De Libreville partirá a la caza del libro y vosotros dos seguiréis recabando información. Sería interesante saber si el rey de Francia sigue detrás del libro. Si supiera de su existencia, seguramente intentaría hacerse con él por todos los medios. Y nosotros, aunque apreciamos mucho al rey de Francia, no deseamos que el libro caiga en sus manos. Es demasiado peligroso que un poder temporal tenga a su servicio un libro de Dios.

—Lo que está en juego es su vida, santidad —dijo Da Via.

—Sí, lo sé. Debemos meditar profundamente sobre el asunto para ver qué hacemos llegado el momento. Pero ahora eso es algo prematuro. Creo que ya está todo dicho. Podéis ir a continuar vuestras tareas con mi bendición.

Los tres hombres se levantaron de sus asientos y besaron la mano del Papa. Gauzelin Duèze salió de las estancias con Arnaldo da Via y Pedro de Libreville se dirigió hacia la torre con su carga. El precioso cilindro de plata con su contenido iba a ser guardado en lo profundo de la segunda cámara del piso superior de la torre, esperando que, muy pronto, el libro sagrado se le uniera. Y la tensión que le había tenido incómodo desde hacía días había desaparecido por completo.

Sentía que había llegado la hora de ver si el guardián de los libros secretos estaba a la altura de lo que se esperaba de él.

La violencia regresa a Loc Dieu

El abad estaba preocupadísimo. Sentía que el asunto de la vigilancia de Maleflot se le estaba escapando de las manos. El hermano Raúl de Meudon no había regresado aún. Ya había anochecido hacía rato y, aunque al principio, intentando tranquilizarse, pensó que quizá habría decidido quedarse en Villafranca de Rouergue por alguna razón, luego, cuando fue pasando el tiempo, acabó pensando que le había sucedido algo y lo peor era que, cuanto más lo pensaba, más certeza tenía de ello. Era lo lógico, ya que Raúl le conocía bien y sabía que le gustaba que regresara a la abadía aunque fuera tarde.

Lo siguiente que le aconteció fue que comenzó a sentir remordimientos por haberle enviado a investigar solo. En realidad, aquello había sido una verdadera imprudencia y ahora lo veía muy claro. Y, además, tampoco debería haber dejado que regresara solo a la abadía, y mucho menos a esas horas. Debía haberle enviado a alguno de los guardas para que le esperara a la salida del pueblo. Pero ahora ya era tarde.

Podían haberle pasado diferentes cosas. La primera, que le hubieran descubierto en su vigilancia y que lo tuviera, retenido en el pueblo Maleflot y algunos de sus secuaces, lo cual era lo menos probable y lo que menos le importaba, ya que, como abad mitrado de Loc Dieu, tenía poder temporal y espiritual sobre los suyos y nadie en los alrededores podía inmiscuirse en los asuntos abaciales, ni siquiera los guardias del Rey, salvo casos muy graves y siempre justificando su intervención, ya que el abad, entre otros importantes poderes, tenía el de excomuniación y pocos se arriesgarían a provocarle si no querían transformarse en verdaderos parias en la sociedad. Pero seguro que no se trataba de esto. Eso hubiera sido demasiado fácil. También podía haberse caído del mulo, algo poco probable también porque el hermano siempre iba despacio y el mulo era un animal sin nervio. Lo que no quería ni pensar, y que era lo que más le asustaba, es que podían haberle asaltado, porque en los alrededores había rumores de que estaba operando una banda de forajidos, aunque, en general, los monjes eran respetados porque no solían llevar dinero encima ni cosas de valor, y asaltar a un religioso era un delito que se pagaba con la horca.

El malestar de Hugo de Monclerc era creciente y, cuando tocaron las once de la noche y el hermano Raúl seguía sin aparecer, decidió enviar a René y Juanote, dos de los guardas permanentes de la abadía, los más grandes y fuertes, a recorrer el camino que iba al pueblo, por si el monje había tenido algún percance durante el trayecto. Con pocas palabras, explicó a los dos guardas lo que deseaba de ellos. Al verle tan apesadumbrado mientras les hablaba, los dos hombres comprendieron que aquello no

era una cuestión de menor importancia. Parecía claro que el abad se temía que el hermano hubiera sufrido algún percance.

René y Juanote eran muy ágiles a pesar de ser hombres grandes y fuertes y, tras asegurar al abad que peinarían el camino hasta encontrar al hermano Raúl, si es que estaba por allí, se apresuraron a ensillar dos nerviosos palafrenes castaños que obedecían bien a las bridas y salieron a galope nada más recibir la orden del abad, batiendo herraduras y aprovechando la abundante luz de la luna, que comenzaba a menguar pero que seguía iluminando con mucha claridad desde lo alto de su trono celeste. Los dos jinetes fueron disminuyendo la velocidad de sus cabalgaduras conforme se alejaban de la abadía y recorrieron el camino en silencio, mirando muy atentamente a ambos lados. Ya habían recorrido más de la mitad de la distancia y se habían contagiado de la preocupación del abad. Pero, a pesar de ello, estuvieron a punto de pasar de largo del lugar donde el monje reposaba exhausto, en el tronco de un árbol que lo ocultaba a medias. René ya había pasado de largo, cuando Juanote le vio por el rabillo del ojo y avisó a su compañero. Los guardas detuvieron las cabalgaduras de golpe, que protestaron por el tirón de riendas bajo sus firmes manos, y bastante preocupados al ver que el monje estaba casi desnudo y ensangrentado. Descendieron de los caballos, con las espadas desenvainadas, por si aún había maleantes cerca de allí y se habían escondido al oírles llegar.

—Juanote, René; ¡gracias a Dios que sois vosotros!

—¿Estáis solo, hermano Raúl?

—Sí, solo como un perro apaleado. Podéis acercaros sin precaución —dijo al ver que avanzaban con cuidado—. Los que me han hecho esto se han ido hace horas.

—¿Os sentís muy mal, hermano?

—No lo sé. Me siento muy aturdido y dolorido. Me han golpeado, me han herido y no puedo levantarme.

—¿Quién os ha hecho esto? —preguntó René.

—Eran tres hombres. Estaban en la taberna hace un rato. Lo sé porque reconocí al más grande, que tiene una mella en la boca y el cabello como crin de percherón, abundante y tosco, de color ceniciento, y le acompañaban dos hombres muy mal encarados, de pequeña estatura, que son los que me han molido a golpes. Y se reían sin parar mientras yo intentaba taparme —narró el monje con un gran esfuerzo, vertiendo por fin su angustia y su miedo al exterior, ahora que comenzaba a sentirse seguro de nuevo, tras la llegada de los dos hombres.

—Ya estáis a salvo, hermano Raúl. ¡Tranquilizaos!

—Sí, Dios ha escuchado mi plegaria. ¡Qué noche más dura y qué de dolor he pasado! Os aseguro que ha sido la peor de mi vida.

Ahora que aquellos hombretones estaban allí, el monje se relajó por fin y su miedo y su dolor hicieron el resto, quitándole piadosamente el sentido, que se había forzado en mantener, para evitar ser atacado por las fieras.

—Pobre hermano Raúl. Se han ensañado con él —dijo René, que era el más

fornido de los dos, con tono compasivo, viendo las marcas moradas de los golpes que estaban por todo su cuerpo y la sangre que le había salido de la boca herida.

—Duele verlo así. La verdad es que no entiendo cómo puede haber desalmados capaces de golpear a un viejo monje que nunca ha hecho daño a nadie y divertirse con ello. ¿Qué diversión pueden encontrar en atacar a un anciano religioso que no puede defenderse?

—Ya los encontraremos, Juanote. Uno de estos días tenemos que intentar ir a por ellos y entonces les enseñaremos lo que le pasa a los que se meten con viejos monjes. Deben haber sido esos bandidos que se dice que están actuando por Villafranca últimamente. Ya has oído al hermano, lo vieron en la taberna y luego le siguieron, es lo típico.

—Y aquí, en medio del camino, le asaltaron y se lo quitaron todo. ¡Qué hijos de puta!

—Sí, de los peores. Gentuza como ésa es carne de patíbulo.

—Es lo que se merecen. Pero dejemos de pensar en ellos, que ya habrá ocasión para localizarlos y les daremos su merecido. Ahora tenemos que decidir qué hacemos con el hermano, porque lo que está claro es que así no podemos moverlo ni tampoco podemos dejarle aquí —dijo Juanote.

Los dos guardas se miraron. La situación era complicada. El hermano Raúl de Meudon estaba muy débil y respiraba con dificultad. Los dos hombres estaban preocupados porque, a pesar de haberle movido suavemente e intentado reanimarle, el monje no volvía en sí y su aspecto era casi el de un cadáver.

—Creo que deberías ir a avisar al abad —dijo René—. Yo me quedaré aquí y cuidaré del hermano Raúl —y, quitándose la gruesa capa de paño, levantó como si fuera una pluma al ligero y desmayado monje, lo colocó sobre ella con suma delicadeza, y luego lo tapó con el embozo.

—Me parece buena idea. Y si regresan los malandrines que han hecho esto, destrózalos sin piedad.

—No tendré esa suerte. Sólo se escuchan los lobos que deben haber estado husmeando, al olor de la sangre. Pero conmigo no se atreverán.

—Sería bueno encender un fuego, de todos modos. Es lo mejor. Así calentarás un poco al hermano que está temblando incluso bajo tu capa. ¿Tienes la yesca René?

—Creo que sí —dijo Juanote, sacando de una bolsita de cuero, cerrada con unos finos cordones, un fino cordel de algodón levemente encerado y unas piedras de sílex de borde romo, toscamente talladas.

—Voy a recoger unas ramas mientras tú enciendes un poco de pasto —dijo René poniéndose manos a la obra. Era su modo habitual de actuar cuando algo le sobrepasaba o no lo entendía; tendía a la acción.

En unos minutos, había un fuego ardiendo al borde del camino, cuyo crepitar se oía con gran estrépito en medio del silencio de la noche. La cara del monje se veía todavía peor a la luz del tembloroso fuego. Tras dirigirle una mirada compasiva al

monje, que seguía inconsciente, Juanote montó en el caballo para dirigirse a la abadía a toda velocidad. Recorrió el camino en la mitad del tiempo que habían empleado a la ida y, cuando el abad le vio entrar solo a todo galope en el patio de Loc Dieu, supo que algo malo había ocurrido y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de autodisciplina para no venirse abajo.

Hugo de Monclerc salió a descubierto y Juanote se dirigió hacia él.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó angustiado, sin darle tiempo a explicarse.

—Sí, vuestra reverencia. El hermano Raúl está vivo pero muy malherido, en medio del camino. Hay que ir a buscarle y traerle urgentemente y que el hermano enfermero prepare un lecho y ungüentos para las heridas y moratones, porque le han asaltado y le han dado una paliza de muerte.

—No debía haberle dejado ir solo —dijo el abad en voz alta. Pero, viendo que el otro esperaba sus órdenes, cesó de lamentarse y le ordenó que se uniera a los otros guardas y que sacaran el carro y al mulo grande para tirar del mismo. Mientras se cumplían sus órdenes, despertó a un par de monjes y les ordenó que pusieran encima del carro un buen colchón de lana de oveja para que el hermano Raúl pudiera llegar lo más cómodamente posible a la abadía, sin resentirse demasiado por los baches del camino, y que despertaran al hermano Leonardo de Albi, el enfermero.

Todo se hizo con rapidez. En pocos minutos, el carro salía del monasterio y algunos hermanos se despertaban ante la agitación y el movimiento inhabitual a esas horas. La consternación iba a caer sobre el monasterio al despertar, cuando todos conocieran la noticia del ataque.

Cuando por fin regresaron un par de horas después, con el hermano Raúl, que seguía inconsciente, el abad se estremeció al ver el rostro que tan bien conocía desfigurado y demacrado.

¿Cómo podía haberle pasado algo así al pobre monje que no hacía más que cumplir con un encargo suyo? A cada momento iba sintiéndose más culpable por su negligencia e imprevisión y, como no quería quedarse sin hacer nada, temiendo el ataque de su conciencia, acompañó a los que le llevaban a la enfermería e insistió en ayudar al hermano enfermero a limpiarle, hasta que éste le convenció de que era mejor que dejara el asunto en sus manos.

A las preguntas del abad, tras la limpieza y examen de las heridas del hermano Raúl, respondió el hermano Leonardo de Albi con tono muy serio. Sabía que el abad quería la verdad sin tapujos y se la dijo. El monje herido estaba muy grave. Había que aplicarle unas cataplasmas de hierbas del bosque que habían demostrado ser muy eficaces para hacer remitir la inflamación en casos de golpes, y rezar. El problema más grave era que el hermano Raúl tenía golpes, por todos lados, y, además, no había recuperado aún la conciencia, lo cual era un síntoma bastante malo que indicaría que tenía daños internos. El hermano enfermero iba a hacer todo lo que pudiera conforme a su ciencia, pero el resto estaba en las manos de Dios misericordioso. Tras la aplicación de los remedios herbales, había que esperar a ver si reaccionaba y rezar

para que se recuperara.

Hugo de Monclerc se retiró a su celda muy abatido. ¿Quién le había mandado a él meterse en camisa de once varas y espiar a Maleflot? Parecía que todo lo que tuviera que ver con aquel mal hombre se tiñera de sangre. ¡Ojalá que nunca hubiera tenido que ver su cara de patán! Hacía siete años y aún lo recordaba perfectamente. Haciendo uso de su autoridad, tras la muerte de su sobrina lo había echado de la abadía, después de tres días de registros y faltas de cortesía con todos los monjes, y aún recordaba con disgusto y repulsión su rostro de perro rabioso por haber perdido la presa. Debía haber dejado las cosas como estaban o haber enviado a vigilarle a alguno de los guardas. Pero ahora ya no era tiempo de lamentarse. Era tarde para rectificar. El hermano Raúl estaba pagando el precio del error de su abad.

Monclerc sentía como si la edad cayera de golpe sobre sus hombros. Se había equivocado en muchas cosas desde que llegó su sobrina a refugiarse al monasterio. No había sabido protegerla, no había sabido impedir que la mataran, no había sido capaz de encontrar el libro, ni de mantener la abadía tranquila, y, ahora, después de lo que había pasado esta noche, estaba claro que no era capaz tampoco de velar por los suyos. Quizá lo mejor fuera renunciar al cargo y retirarse a una ermita a rezar, el tiempo que le restase de vida. Sentía que lo que le había pasado al hermano Raúl no tenía por qué haber ocurrido y su conciencia le estaba machacando. ¿Cómo había podido ser tan imprevisor? Sintióse fatal, se obligó a sí mismo a recostarse. Rezó sus oraciones nocturnas, pidiendo por la recuperación del hermano herido, y acabó quedándose dormido, abatido por el puro agotamiento, cayendo en un sueño inquieto que era como una sima de negrura.

Le despertó pocas horas después, una llamada urgente a su celda.

—Vuestra reverencia. Vuestra reverencia, despertad —gritaba el hermano Jesús de Villiers, un monje rubicundo y redondo, de voz atiplada, que era su asistente personal, desde la puerta.

El abad se alzó de su camastro de golpe, alisándose el hábito, con el que se había quedado dormido.

—Entra, hermano Jesús.

El monje abrió la puerta y se quedó esperando autorización para hablar de su superior. Se le veía muy asustado.

—¿Qué pasa? Dímelo de una vez, por favor.

—Algo muy desagradable. Ha llegado un sargento del Rey con diez hombres, acompañado por aquel maldito sargento que ordenó la muerte de vuestra hermosa sobrina.

—¿Maleflot?

—Sí, vuestra reverencia.

El abad sintió un fuego interior que le recorrió de los pies a la cabeza. ¿Cómo se atrevía aquel asesino a volver a pisar el suelo del que le había expulsado siete años atrás? Toda su furia, su frustración, su dolor se concentraron en un solo hombre:

Maleflot. Hugo de Monclerc salió de golpe de la celda, seguido por el monje, que mientras avanzaban hacia el patio le iba contando cómo de nuevo, habían violentado al hermano portero para entrar. Hugo de Monclerc sentía la furia subir a su cabeza conforme iba avanzando hasta la puerta del patio. Andaba a zancadas largas por los pasillos de la abadía, olvidado de su dignidad, de su edad, de todo. Sólo deseaba llegar cuanto antes adonde estaban los invasores y hacerles frente.

Moret, el sargento del Rey, que le vio venir, se acercó a él, con soberbia seguridad, flanqueado de Maleflot y de un cabo. Pero no tuvo tiempo de decir una palabra antes de que la furia del abad estallara sobre el exsargento como un látigo.

—¿Cómo os atrevéis a pisar de nuevo el sagrado suelo de esta abadía, asesino? —preguntó el abad, mirando con fuego en los ojos a Luis Maleflot—. ¡Salid inmediatamente de Loc Dieu! Os conmino a hacerlo, bajo pena de excomunión. Nada se os ha perdido aquí, donde estáis bajo mi imperio y en suelo de la Iglesia.

Maleflot, que iba de mero acompañante de Moret y sus hombres, se quedó horrorizado al mirar al anciano iracundo que tenía delante, que le recordaba a uno de esos profetas bíblicos acusadores. Estaba mucho más viejo y más delgado que hacía siete años, pero su voz era la misma, aristocrática, acerada y cortante, que recordaba. Lo último que deseaba era incurrir de nuevo en su cólera ahora que el tiempo había pasado. Aunque el monje siguiera viéndolo como un monstruo asesino, él se sentía un hombre diferente.

—Sólo vengo... —comenzó a decir.

—No venís a nada bueno, seguro. Vuestra presencia siempre trae el mal. Siempre husmeando como un buitre, siempre dañino. ¡Salid del suelo de la abadía inmediatamente! ¡Ahora mismo! No tengo nada más que oír de vuestros impíos labios. ¡Quitaos de mi vista!

Maleflot se dio la vuelta y reculó ante el sargento real y los diez hombres que le acompañaban, ante la orden del abad.

—¿Y vos? —dijo mirando a Moret—. ¿A qué debo la inesperada visita de otro sargento real, sin anunciarse y sin pedir permiso para entrar en Loc Dieu, a primera hora de la mañana? ¿Es que ahora es costumbre de los hombres del Rey de Francia violentar las abadías y molestar a los que vivimos en oración, alterando nuestra paz?

—He venido porque me han dicho que se alojan aquí algunos indeseables. Por eso, voy a registrar la abadía, en busca de malhechores.

—¿Cómo decís? ¿Malhechores en Loc Dieu? ¿Registrar Loc Dieu? Eso será por encima de mi cadáver, sargento. Vos no tenéis ninguna autoridad para ello y os conmino a salir de aquí a toda velocidad, siguiendo a vuestro guía, que seguramente será quien os habrá dado esas informaciones tan falsas.

—Abad, soy yo quien os conmina a que no os resistáis. Soy hombre del Rey y tengo autoridad para investigar en nombre de su alteza. Lo haremos por las buenas o por las malas.

—Creo que no me habéis entendido bien —dijo Hugo de Monclerc con tono

helado—. Os lo repito, pues. ¡Salid inmediatamente fuera de Loc Dieu! Id con Dios y alejaos de los muros de la abadía. Éste no es terreno de vuestra jurisdicción, sino de la mía.

Al sonido de las voces de Hugo de Monclerc se habían congregado en el patio la mayoría de los monjes y los hombres de armas del monasterio, que, encabezados por René y Juanote, se acercaron al abad y respaldaron con su presencia las palabras del abad.

El sargento Moret, que era un tanto soberbio, comenzó a sulfurarse. No había pensado encontrar resistencia y ahora se encontraba en una situación muy incómoda. Si daba marcha atrás, sus hombres le perderían el respeto. Ya no era sólo una cuestión del Rey, lo que estaba en juego era su honor.

—Desenvainad las espadas —dijo el sargento con tono firme—. Vamos a registrar el monasterio, por las buenas o por las malas.

—¡A mí, los guardias! ¡No permitáis este ultraje! —dijo el abad, haciéndose a un lado y dejando a sus ocho guardias el espacio frente a los hombres del Rey.

René tomó el mando y con sólo un gesto, los ocho sacaron las espadas de sus vainas.

—Bajad las armas inmediatamente y salid del monasterio, como os ha ordenado el abad o combatid hasta la muerte —dijo René.

—¡Atacadles! —fue la respuesta de Moret, y sacando su espada, se lanzó con su caballo contra René, esperando que, si conseguía derribar al hombretón de un solo golpe, acabaría la pugna rápidamente.

Pero el guardia, aparte de ser un hombre de casi uno noventa de estatura, era ágil y diestro en el combate cuerpo a cuerpo y supo esquivar con habilidad el tajo malicioso del sargento, apartándose a un lado, y a su vez, le devolvió un golpe de espada que el otro sólo pudo esquivar a medias y que, al golpearle en el hombro derecho, casi le tira del caballo.

El abad se retiró con los monjes detrás de sus hombres. En su furia, temía haberse equivocado de nuevo. Sabía que los del Rey tenían franca ventaja por ir a caballo y miraba preocupado cómo sus guardas se defendían de los tajos de las espadas, desde el suelo, con ojos hipnóticos. Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Juanote le dio un mandoblazo terrible a uno de los cabos, que cayó herido de muerte al suelo y, con un movimiento rápido, se subió a su caballo. René derribó a otro de los hombres de Moret, pero no acertó a detener el caballo sin jinete, que se escapó a galope saliendo de los muros de la abadía.

El sargento real golpeó en ese momento a uno de los guardas, alcanzándole con la espada en la cabeza, que se abrió como un melón, dejando salir toda la masa encefálica y un enorme charco de sangre y, acto seguido, se dirigió a otro de los defensores de la abadía y, tras un par de hábiles fintas, consiguió hacerle desequilibrarse y le golpeó sin piedad, cortándole el brazo izquierdo de un tajo limpio.

Hugo de Monclerc comprendió que, si no pasaba algo, los suyos iban a perder. Sólo era cuestión de tiempo. Juanote había recibido una herida del otro cabo, que le había atacado por detrás, y René luchaba con dos hombres, al límite de sus fuerzas. Y cuando todo parecía acabar de modo dramático, de la hospedería de los monjes apareció Guillermo de Lins, el caballero templario, con su impresionante espada desenvainada, seguido de sus cinco acólitos.

—¡A ellos! —les gritó—. Asistamos a los guardias del monasterio.

El sargento Pierre Moret se volvió para encarar al caballero. Inmediatamente comprendió que estaba ante un noble por el tamaño de la tizona, el modo de coger la espada y su mismo rostro orgulloso que le miraba con ojos fríos. Maleflot iba a tener razón, al fin y al cabo. Seguro que aquel caballero que les atacaba así era un templario refugiado en la abadía. Al menos, daba perfectamente la planta.

—Atacad a los que llegan —gritó a sus hombres—. Seguro que son los prófugos que buscamos.

A esa orden del sargento, René, que vio que uno de los que le atacaban le daba la espalda para cortar el avance de los caballeros templarios, que ya estaban casi encima de ellos, se revolvió contra el otro. Aprovechando ese momento de indecisión del que le atacaba desde su montura, que también era un hombre muy fornido, René le dio un buen tajo en la pierna del que manó abundante sangre, porque le había acertado en una arteria. Al acercarse, el flujo arterial le salpicó todo el rostro, que quedó como una máscara sangrienta, dándole una expresión aterradora. Sin darle al otro tiempo a reaccionar, culminó la tarea de un solo golpe certero en el cuello, acabando con la vida del soldado, y luego, tras desmontarle de un brusco tirón, se subió a su caballo.

Los templarios habían llegado a socorrerles justo a tiempo. De los ocho hombres del monasterio, sólo quedaban tres, Juanote y René a caballo y Felipe a pie. El sargento seguía teniendo a su lado a un cabo y cinco soldados del Rey. Juanote se acercó a De Lins y, desmontando por un lado, le cedió el caballo, al que el otro se subió con un salto ágil.

—Dejadme al del caballo —dijo el sargento Moret—. Es mío.

—Con mucho gusto, bellaco invasor de monasterios —le respondió Guillermo de Lins—. Nada me dará más gusto que acabar con la vida de un esbirro de los asesinos capetos.

—Veo que sois un traidor al Rey, por como habláis.

—¿A qué rey? ¿A ese inmundo leproso de Felipe V? No reconozco a un rey que es un asesino; de quien se dice en todo el reino que participó en la muerte de su propio sobrino recién nacido para usurparle su corona y que es hermano de Luis X, asesino de su primera esposa, la adúltera reina de Navarra, e hijo del peor de los monstruos, Felipe IV, que el demonio torture para siempre en el infierno —dijo De Lins con rabia y desprecio.

—No os tolero que habléis así de mi señor. Entregaréis la vida por ello.

—Creo que sois vos el que va a morir hoy, no yo. Mis hombres son caballeros de

verdad, no guardas. Veamos qué hacen los vuestros frente a los míos —dijo mientras veía que los caballeros estaban tomando las riendas de la situación, ayudados por el guarda a caballo, porque el tercero también había sido atravesado por la punta de la espada del otro cabo.

—Responderéis ante el Rey de vuestras palabras.

—Vos sí que responderéis ante Dios de vuestra ignominia y muy pronto —dijo De Lins, con tono muy serio.

El sargento y el caballero dejaron de hablar. La lucha entre ellos se hizo encarnizada. Moret era un buen soldado y un hombre avezado en las batallas, pero Guillermo de Lins también y había tenido a los mejores maestros templarios en el manejo de la espada.

Y al ver cómo las cosas se ponían muy feas para los del Rey, el antiguo sargento, Maleflot, que estaba fuera de la puerta, echó a andar con su caballo hacia Villafranca, y en cuanto se alejó lo suficiente, espoleó a su montura, clavándole los talones en los hijares. Y mientras huía de la abadía a toda la velocidad que el bruto podía, se preguntaba a sí mismo cómo había podido aceptar guiar a Moret hasta Loc Dieu. Estaba claro que este lugar no era bueno para él y se juró a sí mismo no volver a pisarlo si podía evitarlo. Nunca olvidaría el odio que había sentido en lo profundo de la mirada del abad. Al mirarle supo que tenía, en el poderoso viejo, un enemigo mortal que nunca le iba a perdonar la muerte de su sobrina. Y para colmo, a él se le había ocurrido instalarse en Villafranca, tan cerca de la abadía, y contar la historia de la muerte de la condesa como si fuera una historia inventada para disfrute del pueblo.

Moret había tenido razón. Nunca debía haber regresado a esta zona. De hecho, lo mejor que podía hacer era irse, porque ahora su vida no podía seguir como si nada. Tenía que meditar y esperar. Si, como imaginaba, los hombres del Rey se dejaban la vida en las losas del patio de la abadía, tenía un dilema moral. ¿Qué hacer? ¿Informar al superior de Moret o coger a su mujer y desaparecer?

Pronto iba a tener que decidir.

Moret peleaba denodadamente con el caballero De Lins, que cada vez le iba cercando más, hasta que, rompiéndole la guardia, le dio un primer tajo en el brazo izquierdo.

—¡Maldito seáis, bribón! —gritó al sentir el corte y le lanzó un buen mandoble con muy mala intención que De Lins esquivó de milagro—. Te arrepentirás.

—¿Acaso os ha mordido un bicho, sargento? Veo que protestáis —dijo De Lins con tono irónico.

—Me pagaréis esta herida con sangre.

—No lo creo, villano. Es la vuestra la que veo correr por vuestro brazo —dijo De Lins y le asestó otro golpe hiriéndole en una pierna—. Rendíos, ahora, si no queréis morir.

—No me rendiré jamás ante vos.

—Pues entonces moriréis ahora —dijo De Lins, clavándole sin compasión la

punta de la espada bajo la axila, en un golpe mortal.

Moret no pudo ni responderle porque el golpe de Guillermo de Lins le había atravesado el corazón, matándole en el acto. Los otros hombres del Rey estaban cayendo también. El último sería el otro cabo, que entregó su vida, tras dura lucha, después de haber herido a uno de los caballeros templarios.

La lucha había terminado. En el patio de la abadía se hizo un pesado silencio tras el final de la batalla. El espacio sagrado había sido profanado por la violencia y estaba regado de sangre y cubierto de cadáveres. Por segunda vez en pocos años, la paz de la abadía había sido alterada gravemente, pero esta vez todo se había desarrollado ante los ojos de los monjes, que se quedaron conmocionados por la visión de la sangre.

Hugo de Monclerc, en cambio, no sentía nada y miraba los cadáveres con frialdad. En su interior, se habían roto demasiadas cosas y eso ya no tenía solución. Y ante la efusión de sangre, lo único que se le ocurrió pensar era que, esta vez, el Rey no podía ofenderse. Sus hombres habían invadido Loc Dieu; le habían insultado y le habían atacado. Él no había hecho más que defender su jurisdicción y su abadía de la violenta intrusión.

Guillermo de Lins se dirigió hacia el abad.

—¿Queréis que abandonemos la abadía? —le preguntó.

—Creo que por el momento será lo más conveniente, caballero. Ahora estaréis en peligro si se os ve por aquí. La gente se hará preguntas acerca de quiénes sois.

—Sí, tenéis razón. Mejor será encontrar acomodo en otro lugar durante unos días.

Los dos hombres se quedaron mirándose durante un instante de frente. El templario pudo percibir que en el rostro del abad había una nueva dureza que antes no estaba allí. En su mirada había afecto y agradecimiento.

—Nos habéis salvado de ellos, Guillermo de Lins. Os debemos mucho.

—No me debéis nada, abad. Está claro que venían a buscarnos. Ese antiguo sargento debe habernos visto el día que estuvimos en el pueblo y, aunque intentamos pasar desapercibidos, su ojo para distinguir militares no le engañó.

—Ahora eso ya no importa. Creo que debéis partir lo antes posible.

Y luego, mirando a los monjes, les dio la orden de recoger los cadáveres y de preparar una capilla mortuoria para los guardias que tan bravamente habían dado la vida defendiendo la abadía. Y a los hombres de armas del Rey ordenó colocarlos en el carro para enviarlos de regreso a Villafranca y entregárselos a la autoridad real. Y, mientras todos se afanaban en cumplir las órdenes del abad, éste siguió charlando en voz baja con el caballero Guillermo de Lins.

—Hay un lugar en el que podéis refugiaros —le dijo en voz baja, de modo que sólo el caballero le escuchó—. Es una antigua torre carolingia, que está a pocas horas de aquí, por un sendero escondido del bosque que sólo conocemos los monjes. Haré que uno de los míos os lleve hasta allí discretamente.

—No tenéis por qué, abad. Estáis poniéndoos en peligro.

—No me importa el peligro ni temo nada del Rey. Tengo más de ochenta años. ¿Qué me van a hacer? ¿Matarme? Casi me harían un favor. Me preocupa más la paz de mi espíritu y, desde que murió mi sobrina, ésta se ha volatilizado. Sólo la recobré durante unos días, al aceptaros entre mis muros e incluso ahora, con todos estos muertos delante de mí, siento que he perdido la compasión y estoy lleno de odio. Al ver a Maleflot, el maldito asesino de mi sobrina, entre estas paredes, he comprendido que sólo deseo venganza contra él. Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé —dijo De Lins—. Debe haber escapado.

—Sí, como siempre. Ése siempre huye a tiempo dejando la muerte detrás de sí, pero no ha de escapar de ésta, sin más. Puede que yo me condene para siempre, pero antes he de acabar con él. Y, desde luego, caballero, podéis contar conmigo para descubrir el paradero del libro. Antes daré la vida que dejaré que caiga en manos de ese rey leproso.

—Seguro que todo esto se debe a que se ha enterado de su existencia y lo busca para sanarse. Sabe que el libro puede acabar con su enfermedad.

—Pues ya nos ocuparemos vos y yo de que no consiga hacerse con él. He avanzado tantos pasos en este sendero que ya no puedo volverme atrás. No sé por qué, pero siento como si, en toda mi vida, no hubiera hecho absolutamente nada a derechas. A lo mejor, ahora puedo, por fin, hacer algo de utilidad, ayudándoos en vuestra misión. Además, no deseo que la sangre de mi sobrino el conde de Monclerc y de sus hijos, Felipe y Leonor, haya sido derramada en vano. Y ya que el libro está escondido entre estos muros, que son mi responsabilidad, aunque no sepa dónde está, yo, el último de los Monclerc, soy su nuevo guardián, y como tal, aquí y ahora, decido apoyaros hasta el final, me cueste lo que me cueste.

—Os aseguro que el Rey puede ser implacable, y otros, seguro que también. No esperaba de vos tanta generosidad, abad. Sois un valiente.

—Sólo soy coherente con mis pensamientos. Ya os he dicho que no se trata de generosidad. Y no creáis que me siento orgulloso de lo que estoy haciendo. Mi afán es muy poco digno de un religioso porque lo mueven el odio y la venganza. Ver a Maleflot me ha alterado de un modo tan profundo... Siento que me ha vencido el mal, porque, por más que me esfuerzo, no consigo olvidar ni perdonarle y sólo deseo su muerte e incluso está comenzando a tambalearse mi fe en la justicia divina del Creador. Estoy sólo a un paso de un precipicio la muerte seguramente vendrá pronto a rondarme.

—Os admiro, Hugo de Monclerc. Sois un hombre cabal.

—Yo ya no sé quién soy, caballero De Lins. Me he perdido a mí mismo en algún lugar, en los últimos tiempos. Id a lavaros y arreglaros y, cuando estéis dispuestos a partir, avisadme. Yo me encargo de que lleguéis con bien a la torre escondida.

El Rey y el alfil en movimiento

I. Palacio de la Cité. Paris

El rey de Francia había pasado una noche terrible. No había sido por la soledad de su alcoba, a la que se estaba acostumbrando, a su pesar, porque la reina Juana, a la que él había perdonado ya tantos desvíos, tenía miedo de compartir su lecho, sino por una mala digestión. Aunque esto no se debía a un progreso de su mortal enfermedad sino a un pescado en mal estado, no había podido descansar en toda la noche y se había despertado varias veces con dolorosos retortijones y una descomposición de vientre de lo menos majestuosa que pueda imaginarse.

Debía llamar a su confesor y pedirle la absolución por sus malos pensamientos, porque, en lo más oscuro de la noche, cuando se sentía peor, llegó a pensar que su esposa, la reina Juana, para librarse de él y de su enfermedad, lo había envenenado. Luego, cuando el malestar fue remitiendo y ya no tenía nada más que expulsar, comprendió que en nada beneficiaba a la reina su muerte. A Juana de Borgoña, por más que ahora le repugnase su lecho, le gustaba sentarse en el trono a su lado y usar el poder para beneficiar a sus amigos y destruir a sus enemigos, y ambas cosas las solía hacer con mucho empeño; más lo segundo que lo primero y sabía muy bien que, siendo unánimemente detestada por todos, comenzando por su cuñado, Carlos, el conde de la Marche, actual heredero del trono, en cuanto se quedara viuda pasaría a ser una más de las reinas de luto blanco, como Clemencia, de Hungría, la viuda del rey anterior, cuyo poder y cuya influencia en el reino eran nulos. No. Felipe V la conocía muy bien y comprendía que a Juana eso no le iba a gustar en absoluto. A ella le gustaba brillar, en el centro de la escena, no ser una comparsa; aunque, si Dios no lo remediaba, le quedaba muy poco para seguir disfrutándolo.

Sic transit gloria mundi. Así pasa la gloria del mundo y él sabía que, si no acontecía el milagro que esperaba, muy pronto iría a parar al pudridero de San Denis, junto a los huesos de su padre, de su hermano Luis y del resto de sus antepasados, para esperar allí, con todos los reyes Capetos de Francia el juicio final.

Se levantó haciendo un esfuerzo sobrehumano. Si cada mañana normalmente se sentía cansado, hoy estaba agotado. La chispa de esperanza que se había encendido en su espíritu cuando el cardenal le habló del libro sagrado de los templarios que podía sanarle, necesitaba alimentarse lo antes posible de realidades tangibles. El Rey sabía que, tal y como iban las cosas, el libro era probablemente su única salvación posible y le preocupaba no ver avances en el asunto de su recuperación. Las cosas no podían seguir así, porque no había tiempo que perder. Estaban en una carrera contra el tiempo, donde la enfermedad y la muerte parecían ir siempre por delante y con

demasiada ventaja y eso no le gustaba nada. Como el buen y moderado soberano que era, a pesar de la debilidad de su cuerpo, sabía juzgar las situaciones de la vida con notoria certeza y ésta, de momento, no pintaba nada bien.

Había enviado al sargento Pierre Moret en busca de las trazas del pasado para retomar la búsqueda del tesoro donde se perdieron sus huellas. Moret era un hombre que le había servido bien en numerosas ocasiones, cuando sólo era conde de Poitiers y que tenía la energía para sacudir las conciencias y las memorias remolonas. Le había instruido en persona y había partido hacía unos días con el convencimiento de encontrar el libro en la abadía y su optimismo le había llenado de esperanzas.

Desde luego si alguien podía hacer un trabajo rápido y sucio ése era Moret. El Rey sabía que el hombre era capaz de muchas cosas para servirle, incluso de violentar a los monjes, si era necesario, o de matarlos, si no tenía más remedio. Y, por más que Felipe no deseara el mal de nadie en su reino, él estaba muy enfermo y su necesidad estaba por delante de las de sus súbditos. Necesitaba el libro, y si había que convencer a los monjes para que hablaran y lo entregaran de modo violento, él miraría hacia otro lado; le iba la vida en ello. Además, ese maldito abad de Loc Dieu, era tío del traidor conde de Monclerc que había osado rebelarse contra su mismo padre, Felipe IV. Como rey, sabía cuándo debía contemperizar; y éste era un caso extremo. Si los monjes sufrían algún daño, ellos se lo habrían buscado; al fin y al cabo, ¿no estaban ellos en el mundo para orar?, ¿qué hacían escondiendo en una abadía tesoros templarios y acogiendo a fugitivos de la justicia?

Felipe V se conocía bien y sabía que, en este caso, sería inflexible. Por más que el abad protestara, tanto como si lo hacía el mismo superior del Cister o el Papa en Aviñón, él iba a hacer oídos sordos a sus demandas. Si el premio era el libro, estaba dispuesto a dar con largueza todo tipo de reparaciones después de encontrarlo. Si al tocarlo sanaba de sus males, como le habían asegurado, sería muy generoso, incluso con los monjes. Daría a Loc Dieu tierras, oro, un claustro de una belleza inigualable, lo que quisieran, más de lo que pudieran imaginar; pero, de momento, hasta que no se encontrara el libro, aún podrían tener que sufrir algunas penalidades, sobre todo si se resistían a entregárselo. El Rey estaba acostumbrado a conseguir lo que deseaba fácilmente o con algo de presión, y, si alguien se atrevía a resistirse a sus deseos, ya les había mostrado en diversas ocasiones que eso tenía un coste muy alto —a veces la misma vida— y que había que pagar el precio de oponerse a sus deseos cuando y como él lo decidiera. Al fin y al cabo, ése es el privilegio de los reyes.

Pero no era tiempo de divagaciones. El Rey estaba preocupado. ¿Qué pasaba con Moret? Por más que iba con buena bolsa y diez soldados escogidos, bravos en la batalla y discretos, sus promesas de rápida solución del asunto se habían hecho jirones de niebla, como esa pertinaz neblina que envolvía la isla de la Cité en ese momento y que tanto le molestaba cada mañana. Niebla, humo, eran difusos y desdibujados como un purgatorio y él deseaba ver de nuevo brillar el sol y sentir dentro su calor.

¿Dónde estaba Pierre Moret? ¿Qué hacía que no se lo traía o por qué no daba señales de su existencia? El sargento parecía haber desaparecido, como antes lo había hecho el libro, en los parajes de la abadía. Aparte de un par de parcos informes, el primero de los cuales en que le contaba su llegada al pueblo y el segundo, su encuentro con Maleflot, y el interrogatorio del mismo que no había tenido ningún resultado positivo y su intención de revisar la abadía al día siguiente, sólo había habido un largo silencio. ¿Dónde se había metido ese maldito Moret? ¿Se habría equivocado al enviarle a él? ¿Habría sido atacado por los monjes? Demasiadas preguntas en el aire y todas sin responder.

El Rey se miró el rostro largo en un espejo de plata bruñida. La enfermedad seguía avanzando inmisericorde y cada vez era menos disimulable. Las primeras llagas estaban dañándole el cuerpo en zonas escondidas pero también comenzaban a roer con indiscreta malignidad el lado derecho de su rostro. Y mientras la lepra le acosaba y avanzaba, no llegaban noticias del sur. Las cosas no podían seguir así. El tiempo se le estaba agotando y la paciencia también. Pero ¿qué podía hacer en este caso? En realidad, mucho menos de lo que desearía. Incluso había pensado ir en persona, al frente de una compañía y registrar el monasterio o incluso deshacerlo, piedra a piedra, si era necesario, para encontrar el libro, allá donde lo hubiera escondido la condesa de Monclerc; pero su sentido común le decía que moriría antes de encontrarlo, si hacía eso. Había una remota posibilidad de dar con el escondite y otras muchas de que no. Y tampoco quería enfrentarse directamente con el superior del Císter y al Papa, que protestarían airadamente de una intrusión como ésta si no había una causa que de verdad lo justificara. El problema era tener que depender siempre de subordinados que se mostraban incapaces de cumplir con sus cometidos, pensó.

¡Qué hermosa tarea era reinar cuando uno está pletórico de fuerzas y tiene la capacidad y el coraje para hacerlo! No hay mejor ocupación, más hermosa, más digna y más noble que la de regir un reino con eficacia; ver que las decisiones que uno toma provocan el bienestar general y la riqueza y, aunque sea una tarea solitaria, llena de gozo al que la ejerce bien. Eso sí, para conseguir el bienestar general, a veces hay que tomar decisiones controvertidas, a veces hay que matar, destruir, dominar a otros y atemorizar a muchos. Pero en eso consiste reinar; en *asir* con fuerza las riendas del palafrén y no detenerse por obstáculos menores. Hay que seguir avanzando porque el camino sigue y sigue sin tener jamás un final. Y si a veces se presentan obstáculos mayores, hay que saber eliminarlos, si no hay más remedio que hacerlo. Por eso, a veces, los monarcas se ven obligados a hacer cosas que otros mortales no se atreverían siquiera a pensar; por la integridad de sus reinos o por su propia seguridad. Y a veces, incluso en el caso de los buenos reyes, la maledicencia se ceba con los monarcas. Pero eso nunca les debe importar. El poder es solitario, como la más alta cumbre, donde el aire es muy fino y cuesta respirar. A ella sólo tienen acceso unos pocos escogidos y sólo uno cada vez.

Sabía que el pueblo le atribuía el posible envenenamiento de su sobrino, pero, en realidad, él no era culpable del fallecimiento de su antecesor, Juan I, el niño de pocos días cuya muerte le había dado la corona en noviembre de 1316. Ciertamente era que había mirado a un lado cuando se puso enfermo de repente y comenzó a vomitar, y también que, tras acceder al trono, no había investigado la extraña y rápida muerte de su sobrino, al poco de su bautizo, sospechando que alguien muy cercano a él había decidido, sin contar con él, ofrecerle el regalo del trono de Francia, en lugar de la regencia. Si, en realidad, el niño había sido envenenado, probablemente la culpable pudiera haber sido su suegra, la condesa Mahaut de Artois, pero eso también podía ser una maledicencia que corría por los pasillos de palacio y por los salones de la corte, alimentada por su propio tío Carlos de Valois y su sobrino Roberto de Artois, que la odiaban.

¿Acaso ese posible crimen era la causa de su mal de ahora? No lo creía, porque los escalones del trono de Francia estaban plagados de cadáveres. De hecho, las gradas de los tronos de cualquier reino se alimentan casi siempre de sangre; de ahí el color púrpura que llevan las alfombras habitualmente para disimular las manchas; y eso ha sido así desde la más remota antigüedad y ha acontecido tanto en los reinos modernos como en los viejos imperios. Baste como ejemplo recordar las violentas muertes de tantos césares y familiares con derecho al trono, o masacres como la de la familia califal de los Omeyyas, ordenada por sus rivales Abasidas, nuevos califas de Damasco, para evitar posibles venganzas. Las dinastías se extinguen por la debilidad o por el crimen y el poder fagocita a quien lo detenta si no tiene la fuerza para sostener el cetro con firmeza. De hecho, él tenía muy claro que en Francia, aparte de viejas historias del pasado, el primero que había muerto envenenado era su propio hermano mayor, Luis X, aunque como era un rey tan poco amado, salvo por su esposa, nadie preguntó de quién era la mano que había ahorrado a Francia seguir bajo su cetro. ¿Y no estaba la reina María de Molina, en Castilla, luchando por impedir que pasara lo mismo en el reino vecino?; controlaba las comidas del rey niño, que se hacían en sus cocinas y que se probaban tres veces y se las servía una nodriza de su absoluta confianza para evitar que sus propios sobrinos se hicieran con el trono de su nieto.

El poder es una tentación muy fuerte para los ambiciosos y la posibilidad de acceder a un trono hace salir lo mejor y lo peor de los príncipes. Un reino es una presa demasiado codiciada para dejarla sin vigilancia. Reinar es peligroso; eso lo saben todos los que se sientan en un trono que tienen que ver cómo, a su alrededor, se va tejiendo una red de intrigas que él debe mantener en exquisito equilibrio, utilizándola en su beneficio. No hay que olvidar que, si un rey no tiene cuidado, siempre suele haber alguien cerca de él, normalmente uno de sus más allegados parientes, en quien él suele confiar más, que alimenta en su interior el deseo de ocupar su lugar. La capacidad para eliminar a un rey imprudente o descuidado la tienen más de los que se piensa habitualmente. El veneno es arma sutil y algunos son

verdaderamente indetectables.

De lo que Felipe V estaba seguro era de que a él ya lo habían envenenado, pero de un modo mucho más malicioso y malvado. Aquel agua infectada que había bebido en junio le había producido la lepra. ¡Terrible envenenamiento! Y él no quería ser un rey enfermo ni dar pena a sus súbditos. Quería recuperar la salud que la ponzoña de la enfermedad le había arrebatado, y eso sólo lo podía conseguir un milagro y ese milagro era, sin duda el libro secreto de los templarios. Lo sabía con toda seguridad. Había revisado línea a línea el escrito de Enguerrando de Marigny y su lectura le convenció de que, en efecto, el libro debía ser muy poderoso, pero aún tenía dudas porque no había sido capaz de encontrar el cilindro de plata que escondía el pergamino. Aunque había preguntado a su tío Carlos de Valois, éste se había desentendido del asunto. No recordaba nada de eso, le había dicho el muy bribón. Seguro que lo había vendido a uno de sus prestamistas, él, que siempre estaba endeudado hasta las cejas. Pero cuando ya desesperaba, por un golpe de fortuna, encontró entre los papeles secuestrados de la casa de Marigny que se guardaban en el archivo secreto, tras revisarlos uno a uno con una paciencia infinita, la traducción del manuscrito, que dejaba claro que el libro del nombre de Dios era incluso más de lo que él imaginaba. No sólo podía sanarle sino darle un poder inmenso sobre las demás naciones. Podría instaurar un imperio mayor que el de Carlomagno o incluso que el Imperio Romano. Pero cada cosa a su tiempo. Primero tenía que hacerse con él. Si Moret no le decía nada pronto...

Unos golpes en la puerta de la cámara real le sacaron de sus pensamientos.

—¿Quién va? —preguntó.

—Sire. Soy yo —dijo la voz de su secretario privado—. ¿Me concedéis permiso para entrar? Tengo noticias urgentes que no pueden esperar.

—Puedes pasar —dijo intentando mostrar dignidad en su rostro exhausto.

El secretario abrió la puerta y se quedó horrorizado al ver al Rey, cuyo rostro era como una máscara de sufrimiento y agotamiento, y sentir, como una bofetada, el nauseabundo olor que resultaba ofensivo para cualquier nariz, por poco sensible que fuera. Aquella habitación necesita urgente ventilación. El Rey, que era muy perceptivo, lo notó en el rostro del secretario, por más que éste procuró disimularlo, y decidió aliviarle de tener que seguir en aquella atmósfera de desecho y de enfermedad.

—Vamos a mi gabinete privado —dijo—. Allí me podrás contar todo con tranquilidad. —Y, con paso renqueante y cansino, fue acercándose en silencio hasta el lugar desde donde gustaba de ver en persona los asuntos más secretos que no consultaba con el consejo.

Una vez en la sala, se sentó con cierta dificultad en su sitial gótico, y una vez cómodo, interrogó al hombre.

—Dime pues. ¿Cuáles son las noticias tan urgentes?

—Vuestro servidor el sargento Moret ha fallecido.

—¿Cómo ha podido acontecer eso? —dijo el Rey, aparentando una calma que estaba lejos de sentir.

—Parece que ha sido muerto en un combate dentro de la abadía de Loc Dieu, según nos dijo el preboste que ha enviado este informe al secretario, que a su vez...

—No me importa el camino del informe. Resúmeme la situación. ¿Qué es lo que pasó? —le cortó el Rey con tono duro.

—El informe relata que los monjes llevaron los cuerpos a Villafranca tras el enfrentamiento, entregándolos al preboste, diciéndole a vuestro representante en el lugar que Moret y los suyos habían intentado forzarles con las armas a un registro y que los guardas de la abadía les habían repelido.

—No puede ser. No creo que la abadía contara con guardas suficientes para repeler el ataque de diez soldados veteranos y un espadachín como Moret.

—Eso es, al menos, lo que dice el abad. También hay un pliego cerrado de un tal Maleflot, dirigido a vos.

—¡Haber comenzado por ahí, asno! Dámelo inmediatamente.

—Disculpadme, sire. No sabía que fuera tan importante —dijo mientras se lo tendía.

El Rey rompió el sello de cera con nerviosismo y leyó el informe en que Maleflot le contaba el enfrentamiento con los guardas y los posibles caballeros templarios y su rostro se fue nublando. Lo que Maleflot decía tenía muchas implicaciones. Si los templarios estaban en Loc Dieu, era porque el libro debía haber estado guardado en la abadía, y ahora que Moret había sido derrotado, probablemente desaparecerían con el libro. Parecía que su hombre le había hecho un mal servicio.

Las cosas no podían dejarse ahora tal y como estaban. Algo tenía que hacerse. Lo primero y primordial era averiguar si el libro de los templarios seguía allí. Para ello debía enviar a alguien discreto, al que había que poner al corriente de la importancia del asunto en cuestión, que supiera defender los intereses del Rey y dilucidar si en la abadía seguía escondiéndose el libro. Tenía que ser de mayor rango y noble. Aunque quizá lo mejor sería enviar también a un juez pesquisidor que, con la excusa de aclarar todo el asunto de las muertes del monasterio, le permitiría entrar y salir libremente por todos los rincones de Loc Dieu.

¿Quién podía ser la persona? ¿En quién se podía confiar para una misión tan delicada?

El cerebro del Rey funcionaba a toda velocidad. A diferencia de su cuerpo, su cabeza regía con precisión. Luego cogió un pliego de pergamino de encima de la mesa que tenía delante y con un gesto hizo que el secretario le acercara el tintero y una pluma de ganso.

Puso una sola línea en él, firmándolo a continuación y sellándolo con su sello personal.

—Vas a entregar este pliego, en propia mano, al arzobispo Juan de Marigny —dijo dándoselo con un gesto de urgencia—. Decidle que venga a verme a palacio esta

mañana sin falta.

—Voy ahora mismo, sire.

—No te detengas por nada. Y no te olvides, en propia mano. Y si regresa contigo, mejor que mejor. Tengo que hablar con él.

El secretario se inclinó ante el Rey y partió con toda velocidad, a entregar el mensaje.

Felipe V se asomó a una ventana y miró al otro lado del Sena, donde los parisinos se afanaban en su quehacer diario. Marigny tenía que ayudarle a encontrar a una persona que fuera inteligente, discreta y capaz de llevar a cabo con bien su misión. Quizá alguien de la universidad de la Sorbona, afamada por sus grandes teólogos o de las escuelas catedralicias de Nôtre Dame. La verdad es que tenía que ser alguien con mano izquierda y autoridad. Quizá sería mejor enviar a dos personas juntas, pero con misiones diferentes. Una con la aparente misión de aclarar la muerte del sargento real y el otro, como su ayudante, con la misión de comprobar si el libro seguía en Loc Dieu.

Sí. Ése era el mejor camino. Un juez de confianza que hiciera al abad la vida difícil y un noble amable y culto que sería un interlocutor más asequible. Pero ¿a quién se podía confiar ese trabajo? Había que decidirlo rápidamente. Cada día que pasaba se acercaba más al túmulo real que le esperaba en la abadía de Saint Denis, junto a sus antepasados.

Y, de repente, le vino a la cabeza la persona que podía cumplir con bien la misión: su amigo de la infancia Roberto, el conde de Annecy. Éste era un hombre de un físico privilegiado, atlético, fuerte, bien proporcionado; además, tenía una inteligencia preclara que sabía disimular y hasta esconderla bajo un manto de aparente indolencia aristocrática. Gran observador, era capaz de captarlo todo en un minuto, y tan bueno con la espada como con la palabra y el pensamiento y, sobre todo, destacaba por ser un hombre de probada lealtad y discreción, que siempre había sabido guardar todos sus secretos, desde los más nimios a los más importantes, sin un solo fallo. Sí. Annecy era su hombre.

II. Aviñón. La partida del guardián

La noticia de la presencia en la abadía de Loc Dieu de unos caballeros que podrían muy bien ser templarios encubiertos había llegado a Aviñón, sembrando la preocupación en la mente de Juan XXII, del canciller Duèze, del cardenal Da Via y del guardián de los libros secretos, Pedro de Libreville. No había duda de que aquello era verdad, porque la fuente era irrefutable.

Gauzelin Duèze, en un golpe de suerte, había conseguido tener un informador privilegiado dentro del monasterio, el hermano Juan de Avignon. Éste era un monje joven cuyo primo hermano, llamado Pedro Dijon, estaba al servicio del canciller de la

Iglesia desde hacía años y se había sentido honrado de que Duèze le escribiera un mensaje privado, dentro de un pliego que le enviaba su primo, pidiéndole discretamente que le informara de algunos asuntos que ponían en duda la integridad del celo religioso del abad. Atreverse a hablarle tan directamente al joven monje había sido un riesgo tomado conscientemente, porque Juan de Avignon podía haber puesto el hecho en conocimiento del abad, quien habría sabido inmediatamente que la Iglesia estaba interesada en los asuntos de la abadía y, por tanto, evidentemente en el libro. Pero Duèze tenía fama de afortunado y, una vez más, su fama se corroboraba y había conseguido salirse con la suya.

El hermano Juan mostró ser un hombre cándido e inocente y el honor de ser confidente del canciller había sido suficiente cebo para que picara el anzuelo, sobre todo porque, además, el abad Hugo de Monclerc le parecía un viejo loco que no estaba muy en sus cabales y que actuaba de modo raro que él no acababa de entender. Por eso, creyendo que velaba por el bien espiritual de su comunidad, se había transformado con mucho celo en los ojos y oídos del canciller Duèze en Loc Dieu, sin que nadie se diera cuenta, en la creencia de que no obraba mal. Sus cartas a su primo Pedro llevaban siempre dentro un pliego para el canciller, que había informado puntualmente a Juan XXII, al cardenal Da Via y a Pedro de Libreville del avance de sus pesquisas.

La noticia de la presencia de templarios en Loc Dieu preocupó a los cuatro. Resultaba evidente que aquello no era una mera casualidad. En Loc Dieu no se les había perdido absolutamente nada y su presencia allí sólo se podía deber a que el libro secreto seguía en la abadía y al deseo de los templarios de recuperarlo. Por eso, De Libreville decidió partir de inmediato hacia Loc Dieu, con la bendición del Papa. Los cuatro estaban de acuerdo en que había que darse prisa y actuar de modo contundente para que el libro del nombre de Dios no desapareciera de nuevo y para siempre.

Siguiendo su instinto, que le incitaba a la urgencia, Pedro de Libreville había decidido enviar por delante a dos de sus asistentes, que salieron inmediatamente después de la reunión secreta. El caballero español Alfonso de Haro y el inglés *sir* Arturo de Limmerick habían partido de Aviñón, vestidos con rica armadura, con largas capas de rico paño gris con orlas de brocado de oro y guardas de seda blancas, con sus escudos en el pecho, como los nobles que solían justar en los torneos, antes de que los prohibiera el rey Felipe IV por considerarlos un pasatiempo peligroso que distraía a la nobleza de sus funciones de defender el reino y de ocuparse de sus feudos y porque facilitaban las reuniones discretas de conspiradores e intrigantes que debilitaban a los reinos. Los dos asistentes del guardián iban acompañados de dos escuderos que eran también hombres al servicio del Papa, muy diestros en el manejo de las armas.

Su mejor camuflaje era la obviedad. Así, nadie se preguntaría nada sobre ellos. Todo estaba a la vista. Siendo el inglés un hombre extraordinariamente hermoso y de

porte altivo, llamaba la atención de todos allá por donde iba, como la imagen de un guerrero de tiempos de san Luis y el hecho de que lo acompañara un guerrero castellano no hacía sino acentuar lo intemporal de la imagen. Siguieron el camino más corto, que recorrieron sin demasiados altos y que pasaba por Alès, Mende, Rodez y Villafranca de Rouergue, desde donde irían directos a la abadía. Conforme fueron acercándose a Loc Dieu, habían preparado una historia de la razón de ser de su peregrinaje, que era la que iban a contar en el monasterio de Loc Dieu, donde pensaba alojarse para investigar mejor, antes que llegaran el guardián y su compañero de viaje, Marc d’Auverne. El inglés y el español serían peregrinos a Santiago de Compostela, adonde se dirigían con fe y devoción para orar ante el apóstol por unos yerros del pasado que no mencionaban, por discreción, como buenos caballeros que eran, aunque dejando entrever que se trataba de una historia galante por una dama en la que ambos se habían visto envueltos y que había acabado en tragedia. Pero cuando llegaron a Loc Dieu, por el camino de Villafranca vieron en el ajetreo ruidoso de la abadía que algo pasaba, y cuando entraron en el recinto abacial, comprendieron por qué. Nadie les preguntó nada entonces, de hecho, casi ni les hicieron caso, porque apenas una hora antes, acababa de terminar la batalla del patio de la abadía donde los guardas y los caballeros habían vencido a los hombres del sargento real Moret.

De Limmerick y De Haro pudieron ver que los monjes estaban apilando los cadáveres de los soldados del Rey que se iban a enviar al preboste de Villafranca, para que los enterraran allí, y el ambiente de la abadía era de conmoción, como se podía ver en los rostros de los atribulados monjes, uno de los cuales, parlanchín y nervioso, les contó lo ocurrido en voz baja —por la costumbre del silencio monacal— como si no fuera un asunto que saltaba a la vista de lo más aparatosamente.

Los dos caballeros pensaron que quizá todavía debían pasar más cosas y que ellos debían saberlas, si es que acontecían, para poder informar cumplidamente a su jefe cuando éste llegara. Por eso, tras pedir alojamiento, que se les dio en la hospedería de la abadía, que estaba casi llena, decidieron que uno de ellos se quedara en el monasterio mirando por ahí y que el otro se apostara afuera, por si había movimiento exterior.

Los monjes estaban demasiado afectados por lo acontecido y no se ocuparon de ellos. En ese momento, se podía entrar por cualquier sitio, incluso los reservados a los monjes, sin que nadie dijera nada, porque el abad estaba encerrado en la capilla rezando ante la imagen de nuestra señora, agobiado por la violencia sufrida por la abadía y por la salud del hermano asaltado, y los otros monjes se afanaban en limpiar del estigma de la sangre en el patio enlosado, con agua y arena y gruesos cepillos, como si, al quitar las manchas, pudieran borrar lo que allí había acontecido, que había roto en pedazos su vida apacible y tranquila. Parecía que la visión de la sangre había borrado durante un tiempo la estricta disciplina de la regla de san Benito que seguían, y todo eran corrillos, cuchicheos y nervios, muchos nervios, tanto que algunos de los monjes tuvieron que ser atendidos por el hermano Leonardo de Albi, el enfermero

que velaba por la recuperación del hermano Raúl de Meudon, que estaba muy mal y no daba señales de reaccionar. Esa mañana, la abadía era un caos, más que un lugar dedicado al retiro y a la oración.

Los dos asistentes del guardián decidieron que *sir* Arturo permanecería en el monasterio, mientras que el caballero De Haro montaría a caballo como si fuera a ir a Villafranca de Rouergue y, tras dar unos centenares de pasos, se quedaría apostado afuera, esperando entre los árboles, por si había movimiento. Inmediatamente les resultó claro que a nadie importaba, en verdad, lo que hicieran los recién llegados. Por eso, los dos asistentes del guardián de los libros secretos pudieron hacer lo que deseaban, sin que nadie les mirara. De hecho, no se equivocaron al decidir esta estrategia porque, al cabo de muy poco, salieron del monasterio siete caballos en los cuales iban unos caballeros cubiertos de largas capas marrones con capuchas, sobre buenos caballos, guiados por un monje, que también se daba buena maña sobre su animal y al que se reconocía bien porque, aparte del hábito, no llevaba capucha y su tonsura se veía desde lejos.

Sin hacer ruido —había atado unas telas a las patas de su caballo para que el ruido de las herraduras no le descubriera—. De Haro siguió al monje y a los caballeros con discreción. Tenía que tener mucho cuidado y estuvo a punto de perderlos en dos ocasiones, porque los de delante iban vigilantes y no podía acercarse y el sendero era tortuoso y difícil. Por fin, después de unas horas de dura persecución, escondido entre matorrales del borde del camino como un salteador, y golpeándose a veces con las ramas bajas de los árboles del bosque para evitar que se le viera en medio del camino, vio adónde se dirigían los caballeros, que era una antigua torre de épocas carolingias. Su silueta era poderosa y amenazadora y se elevaba en un claro del bosque, rodeada de una breve y alta muralla que cerraba una gran puerta de madera defendida por dos torretas finas. Aquel lugar parecía elevarse como un oscuro dedo de piedra que apuntara al cielo, pues tenía mucha altura y su techo era puntiagudo y afilado, de negra pizarra, con unos cubos de guardia en las cuatro esquinas y altas almenas protectoras, cuadradas, de piedra de sillería, que tenían abiertas en medio troneras para que sus defensores pudieran lanzar flechas desde cubierto. El paraje era de una belleza impresionante, por la antigüedad de los árboles del borde del claro, que evocaban los bosques antiguos donde los druidas de tiempos anteriores al cristianismo celebraban sus ritos paganos en honor de las fuerzas de la naturaleza.

El caballero español se detuvo donde no pudieran adivinar su presencia, cubierto por los árboles y espesos matorrales del bosque, mientras veía cómo el monje bajaba, se sacaba una pesada llave de un bolsillo del hábito y la introducía en la cerradura de la puerta que se abrió sin dificultad y con gran estruendo de sus goznes poco engrasados. Estaba claro que el monje los había llevado a refugio seguro por si el Rey mandaba tropas a la abadía. Ahora tenía que retirarse discretamente, siguiendo al monje, que no dudaba que regresaría pronto por el mismo camino y Alfonso de Haro

se armó de paciencia y esperó. Apenas unos minutos después, el hermano montado sobre su caballo con una agilidad que no cuadraba a un monje, se dirigió a buen paso hacia el monasterio, sin mirar ni una vez hacia atrás y sin preocuparse del ruido que pudiera hacer, lo cual facilitó al español seguirle en el camino de regreso.

* * *

Pedro de Libreville se sentía muy bien. Tras los dos primeros días de viaje, que Marc d'Auverne y él habían hecho a buen paso para avanzar más deprisa, había tenido agujetas en lugares insospechados de su cuerpo, como consecuencia del mucho tiempo que hacía que no montaba a caballo. De hecho, hacía años que no salía de Aviñón y la vida al aire libre le recordó las enseñanzas de antaño, cuando quería ser un intrépido caballero templario, y poco a poco recobró su soltura de buen jinete y su prestancia.

La inclinación de su espalda, adoptada para pasar desapercibido durante años, desapareció por la necesidad de ir erguido sobre su montura y con la vertical de su cuerpo también regresó a su espíritu una alegría que se había desvanecido de modo tan discreto que él ni se había dado cuenta de haberla perdido. Así, mientras avanzaban por las hermosas tierras del reino de Francia, el guardián de los libros secretos se daba cuenta de que estaba recuperando una parte perdida de su ser que también le era necesaria, al ver cómo su espíritu se emocionaba con la contemplación de los espacios abiertos de aquellas regiones, cuyos feraces valles estaban bordeados de bosques de hoja caduca que se estaban tiñendo de los mil tonos que van del amarillo al ocre y al rojo, que afirmaba el cambio de estación que el frío repentino de los últimos días estaba anticipando, vistiéndolos de otoño al principio de la estación.

Y cuando entraron en los profundos bosques que rodean la abadía, en verdad De Libreville se sentía pletórico y capaz de alcanzar el éxito en la tarea encomendada, y su asistente, Marc d'Auverne estaba asombrado del cambio operado durante el viaje en su superior, que parecía haberse quitado diez años de encima en los escasos días que les había llevado ir desde Aviñón a Loc Dieu. Y conforme iban alejándose de la torre de los libros secretos, De Libreville hablaba más y se mostraba mucho menos huraño. D'Auverne estaba seguro de que los otros iban a quedarse asombrados del cambio de su jefe cuando le vieran, cosa que no iba a tardar en suceder, porque, al salir del sendero que cruzaba el bosque, de repente se encontraron con la visión de la abadía y con los caballeros De Haro y de Limmerick, que parecían estar dando un paseo pero que, en realidad, llevaban casi día y medio pendientes del camino, esperando la llegada de ambos hombres.

Se saludaron como si no se conocieran, afectando un encuentro casual, para cualquiera que los mirara desde lejos, pero la verdad es que estaban teniendo una charla importante.

—¿Habéis descubierto algo interesante? —preguntó Pedro de Libreville, tras los

saludos de rigor.

—Sí, caballero De Libreville. Hace cuatro días, el mismo que llegamos nosotros por la mañana temprano, hubo aquí una matanza. Unos soldados comandados por un sargento del Rey, que llegó acompañado del que había ordenado la muerte de la condesa de Monclerc hace años, lucharon y murieron a manos de los guardas de la abadía asistidos por unos caballeros templarios, y luego el abad ha enviado a uno de los suyos de confianza a esconder a los templarios en una torre en el medio del bosque.

—Al menos, ésa es una excelente noticia —dijo De Libreville, a quien se le iluminó el rostro.

—¿Por qué lo decís, guardián? ¿Qué tiene de bueno el que los templarios estén escondidos en el bosque? —preguntaron De Haro y Limmerick casi a coro.

—Es algo evidente, amigos míos. Si el abad los ha escondido en el bosque es porque el libro sigue aún en la abadía. No deben haber tenido tiempo de recuperarlo. Si no fuera así, simplemente se hubieran ido con el libro a uno de sus escondrijos y nunca más se hubiera sabido de ellos ni del tesoro que buscamos. ¿No creéis?

—Tenéis mucha razón —dijo De Haro, asumiendo la acertada perspicacia del razonamiento de su superior.

—Sí. Eso creo. Pero también imagino que algo pretenden hacer, porque si no, no se habrían quedado tan cerca. Imagino que en la próxima luna llena intentarán conseguir el libro.

—¿Cómo? —preguntó D'Auverne.

—Con un ritual secreto. Ya os contaré más adelante. Ahora debemos dejar de hablar como si conspiráramos y entrar a pedir alojamiento en la abadía.

—Siento decir que no lo hay, señor De Libreville —dijo *sir* Arturo de Limmerick—. Está todo lleno. Al menos durante los próximos diez días, hasta que acaben las fiestas de Villafranca de Rouergue. Tendréis que ir a la posada del Ciervo Gris, donde os hemos tenido que reservar una habitación, que dijimos que era para nosotros. Luego os acompañaré hasta la posada y arreglaremos el asunto.

—Me parece bien. Pero mostrad que lo hacéis por pura cortesía, como corresponde a un galante caballero inglés. Nadie debe sospechar que nos conocíamos antes.

—No os preocupéis de ello, guardián. Sabré ser el caballero ideal.

—Eso no lo dudo. De hecho, lo lleváis en la sangre, *sir* Arturo.

—Os agradezco la cortesía. Pero entremos ya, que el monje portero nos está mirando inquisitivamente y no sabéis cómo funcionan los corrillos en esta abadía. Desde el día de la batalla la disciplina monacal se ha relajado mucho y todos hablan demasiado.

—Vamos pues. Entremos en la abadía. ¿Hay alguna novedad más?

—Sí. Disculpados que no os hemos contado todo. Hay un monje anciano herido por unos salteadores la noche antes de la batalla, que está muy mal y que delira. El

otro día sorprendí al monje enfermero hablando con el abad y le decía que el hermano Raúl decía saber dónde se halla el libro.

—No puede ser. Si lo supiera de verdad ya lo habría sacado de su escondite. Deben ser delirios de viejo.

—Quizá. Pero en la abadía los monjes se han vuelto conspiradores y lo que os acabo de decir ya es un rumor a voces y todos esperan que el abad se decida a interrogar al hermano Raúl de Meudon; que coja el libro de la condesa y que se deshaga de él lo antes posible, porque la mayoría comienza a culpar al abad y al libro de las desdichas que han afligido a Loc Dieu en los últimos años.

—Veo que habéis aprovechado bien el tiempo. Si os llegamos a dejar solos un par de días más, nos habríamos encontrado con que no nos hubierais dejado ningún trabajo que hacer —dijo bromeando, algo que dejó boquiabiertos a De Haro y Limmerick, porque era la primera vez que veían en De Libreville un rastro de humor.

Y mientras los dos caballeros miraban a D'Auverne, éste les devolvió la mirada como diciéndoles que iban a tener más sorpresas con su jefe. Los cuatro entraron en el gran patio de la abadía y De Libreville se quedó mirando las hermosas edificaciones durante unos momentos, apreciando la riqueza de su construcción. Se veía que los monjes del pasado no habían ahorrado nada al proyectar el lugar. En ese momento, tuvo una de sus percepciones. Y supo que aún tenían que pasar muchas cosas en la abadía; pero se sintió bien porque había percibido con nitidez, por primera vez, la cercanía del libro. Pero esta vez, la percepción no le dejó ningún malestar; más bien lo contrario, una sensación de placidez y de armonía que contrastaban fuertemente con las anteriores. Y supo con toda certeza que, durante esta búsqueda, aparte del libro, tenía que completarse a sí mismo.

Los tres asistentes que iban observándole discretamente vieron la serenidad de su rostro habitualmente tenso, la armonía de su gesto, que solía ser esquivo y hosco, y la firme seguridad de su paso y les gustó la transformación operada en él, aunque ninguno osó decir nada al respecto. No eran quiénes para juzgar a su jefe, cuya responsabilidad era tan pesada; pero les alegraba verle contento y relajado y, en verdad, era la primera vez que los tres le veían así y no podían esperarse que eso fuera a acontecer en medio del caos de esta abadía. Desmontaron y dejaron los caballos a un mozo, mientras entraban en la hospedería de la abadía. Un monje afable, el hermano Enguerrando de Pau, que era el encargado de recibir a los peregrinos, les dijo, con pesar, que no podían quedarse en Loc Dieu. Se encontraba completa, como le habían adelantado los dos caballeros; no obstante, el guardián hizo el teatro correspondiente, como si acabara de enterarse y se sintiera profundamente disgustado por ello. Argumentó, diciendo que venía de lejos, que no tenía dónde dormir y que no conocía la región.

Sir Arturo de Limmerick intervino cuando consideró que su jefe ya había mostrado bastante su malestar, y se ofreció a llevarle a la taberna del Ciervo Gris, donde quizá encontrarían acomodo. Pedro de Libreville estuvo muy convincente

dándole las gracias por su cortesía y todos cumplieron a las mil maravillas sus papeles en la función que representaron ante el hermano Enguerrando. Al poco, acompañados de *sir* Arturo, los dos hombres salieron de la abadía. El guardián iba pensando que quizá fuera mejor que él estuviera fuera de Loc Dieu. Eso le daba libertad de movimiento fuera de la mirada de la comunidad religiosa, y, como iban a llegar a un pueblo en fiestas, el gentío le ayudaría a mantener el anonimato que prefería guardar. Por otro lado, era evidente que el rey de Francia estaba de nuevo detrás del libro y ése era el mayor peligro. Al fin y al cabo, Felipe V lo deseaba para su curación aunque el poder del libro era tan grande que en manos de un rey capaz, podía provocar un cambio indebido de la historia. Su intuición le decía que los mayores peligros iban a venir de ese lado. Estaba claro que el Rey había enviado directamente al sargento. Si no, éste nunca se hubiera atrevido a profanar el suelo sagrado desenvainado la espada. Cierto era que había fracasado.

—¿Puedo saber en qué pensáis, guardián? —preguntó *sir* Arturo con su proverbial cortesía.

—Pues en los problemas que han de venir, *sir* Arturo. Está claro que la muerte de un sargento del Rey no va a quedar así, sin más. Los reyes de Francia no perdonan a los que matan a sus servidores, sean quienes sean y menos aún si son proscritos, como es el caso de los templarios.

—También yo lo había pensado, caballero De Libreville. ¿Qué creéis que puede hacer ahora?

—Lo más lógico es nombrar un juez pesquisidor que vendrá acompañado de una buena guardia armada que nos impedirá actuar con libertad en cuanto lleguen y que escudriñarán todo. Y además, seguro que envían a alguien muy capaz. No olvidemos que el objetivo es el libro, y la pesquisa, sólo una excusa. El rey de Francia debe estar muy ansioso por tenerlo.

—Lo mismo que vos porque no lo tenga.

—Muy perspicaz, *sir* Arturo. Desde luego, debemos tener claro que nuestro deber es doble. Tenemos que encontrar el libro y obstaculizar la búsqueda del Rey. Y lo segundo es peligroso.

—No me arredra el peligro, guardián —dijo *sir* Arturo—. Más bien, me gusta enfrentarme a situaciones difíciles.

—Estoy de acuerdo con vos —dijo D'Auverne.

—Lo sé, y eso me congratula, aunque yo prefiero soluciones menos dramáticas. Y debemos averiguar por qué iba el exsargento Maleflot con el asaltante de la abadía. Parece que ese malandrín siempre anda cerca del libro o de los que lo buscan.

—Pronto lo averiguaremos. Ése es como un ave carroñera. Gente así, siempre trae problemas, porque acaba arrojando los suyos sobre los demás, si se les permite hacerlo. Hay que tener cuidado con él y vigilarle de cerca.

Y los tres siguieron en silencio el camino de Villafranca de Rouergue, mientras un frío aire, inhabitual a principios de octubre, les cortaba el rostro y les hacía agradecer

la protección de sus gruesas capas, mientras las primeras hojas de los árboles caían a su alrededor, sembrando de amarillo y ocre el camino.

La amistad del cura de Villafranca y las historias del lugar

El guardián de los libros secretos se había asentado en la posada como uno más de los que asistían a las fiestas de la vendimia. El pueblo de Villafranca de Rouergue celebraba el inicio del otoño con un mercado donde se podían comprar y vender todos los productos del campo, así como objetos y enseres que habitualmente no se encontraban en pequeñas poblaciones. Y los tenderos y mercaderes de toda índole, que sabían que ése era un buen momento para el negocio, mostraban sus mercancías e intentaban seducir a los posibles compradores asegurándoles que toda esa profusión de objetos que mostraban, era, exactamente, lo que necesitaban para sus hogares. Y se reía y se regateaba y se maldecía, como parte del juego del mercado. El bienestar y la alegría del pueblo se traducían en un gran bullicio que podía sentirse por doquier, porque los vecinos se lanzaban a la calle, sin preocupación, en esos días de alegría y de gasto que compensaban el ahorro de todo un año. Las casas mostraban su mejor cara, las jóvenes lucían sus mejores galas y buscaban con ojos tímidos la mirada de los mozos, ante la mirada de sus madres vigilantes, que, siempre prácticas, contaban mentalmente los sueldos que los posibles yernos podían aportar a una futura familia mucho más que sus apariencias físicas; una buena parcela de tierra o una buena habilidad artesana possibilitaban a un mozo de apariencia tosca alcanzar el premio de la doncella deseada, que tendrían que negociar sus padres, y así iban formándose nuevas parejas que mostraban que el lugar era rico y que seguía creciendo, a pesar de los males de otros pueblos de los alrededores, que en los últimos años habían sufrido peores destinos por la peste o los asaltos.

Pedro de Libreville, que sabía andar discretamente en medio de los palacios, comprendió que había llegado a Villafranca de Rouergue en el momento adecuado. Aprovechando la excelente ocasión que le proporcionaba la feria, procuró mirarlo todo discretamente, sin llamar la atención. Al poco de llegar, ya estaba recorriendo el lugar con su paso tranquilo, observando las construcciones y la gente, para hacerse una idea del lugar. El pueblo no era demasiado grande; debía contar con unos dos mil vecinos en tiempos de tranquilidad y estaba sobre la margen del río Aveyron. Aquél era uno de esos pueblos llamados «de bastida», contruidos de nueva planta en torno a un espacio central, con calles bien diseñadas que doblan en ángulos rectos y que mueren en el centro en la plaza, que ahora rebosaba de vida, con los tenderetes y puestos del mercado donde la algarabía y el movimiento eran mayores.

A un lado, estaba la parroquia de Santiago, cuyos altos volúmenes sobresalían del conjunto abigarrado y agradable de casas de mampostería, de una planta, las más de ellas encaladas, cosa no tan frecuente en ese tiempo. La iglesia estaba dedicada al

santo patrón de Castilla y León porque a él se debía la prosperidad del lugar, aunque estuviera tan lejos. Villafranca era uno de tantos pueblos que habían prosperado por vecindad del camino de Santiago francés, que llevaba al sepulcro del apóstol en la lejana Santiago de Compostela, en Galicia. La buena política de aburguesamiento del rey Felipe IV y la posterior concesión de cartas de mercado, había confirmado su prosperidad. Además, el pueblo había tenido la suerte de haber eludido los asaltos que, en los años anteriores, habían tenido que sufrir muchas otras villas y ciudades cercanas y la peste tampoco había hecho estragos en el vulgo. Por eso, cada vez había más gente allí, se estaban construyendo nuevas casas y su mercado se estaba haciendo famoso en lugares más grandes cercanos como Albi, Cahors, Rodez y Montauban. El preboste estaba incluso pensando en fortificar la población y se estaban proyectando unas murallas que la rodearan para contener a las bandas de delincuentes como las que habían asaltado al monje de Loc Dieu, días atrás, asunto que había conmocionado a la población tanto como el asalto de la abadía por el sargento real, guiado por Maleflot. Y, evidentemente, el punto de reunión del pueblo eran las dos tabernas, la del Potro Negro, que destacaba por su buena cerveza pero cuyo posadero era más hosco, y la del Ciervo Gris, donde había una buena cocinera, afamada en el pueblo y alrededores. Aunque había algunos asiduos de las dos, en general, el mentidero del pueblo era la del Ciervo Gris, que era mucho mayor, tenía mucho más espacio que servía tanto de comedor como de salón de libaciones, y era más acogedora.

Pedro de Libreville se sentía cómodo en la habitación que les habían dado a él y a su asistente D'Auverne, porque a su frugalidad le bastaba con poco. El mobiliario era muy justo; un par de camastros de madera con colchones de lana bien ahuecada y una manta gruesa para protegerse del frío; un par de sillas de factura tosca de un ebanista local, con pretensiones artísticas fracasadas, y una sólida mesa de buen roble, con patas rectas. El gran lujo, eso sí, era una chimenea de alta embocadura de piedra gris, bien cargada de leña, que caldeaba la habitación, la hacía acogedora y permitía dormir agradablemente al calor de las brasas.

Como otros visitantes del pueblo que moraban en el Ciervo Gris durante el mercado, De Libreville y D'Auverne se habían sentado en la taberna esperando escuchar de boca de Maleflot la historia de la condesa, pero aguardaron en vano, porque Luis Maleflot parecía haberse vuelto huraño desde el asalto a Loc Dieu y ya no hacía las delicias de los lugareños con sus historias, afectado por la maldición del abad que era conocida de todos.

El guardián de los libros secretos le había observado de cerca, viendo que tenía una expresión permanentemente tensa en el rostro tan poco agraciado que Dios le había dado. Aunque De Libreville no lo sabía, porque no le había visto nunca antes, esa expresión tenía una razón fundada, porque el exsargento había perdido toda la paz y la tranquilidad que había disfrutado en Villafranca durante los últimos años. Su antigua popularidad había desaparecido de golpe y ahora se sabía objeto de

murmuraciones por parte de los vecinos. De hecho, había quienes sospechaban que, en realidad, él era un soldado encubierto que todos esos años había estado en Villafranca de Rouergue sólo para vigilar de cerca la abadía. Y daba igual que hubiera sido antes un héroe y que jamás, hasta el día de la batalla, hubiera vuelto a poner los pies en Loc Dieu; lo sabía muy bien. Estaba claro que ya no iban a parar de murmurar y de señalarle con el dedo, y, puesto que aparte de su mujer, no le ataba nada al pueblo, su destino era irse de allí cuanto antes, cosa que hubiera hecho ya, hace días, si el Rey en persona no le hubiera escrito ordenándole quedarse a la disposición de las personas que le presentaran un pliego suyo. ¿Por qué no se había quedado callado y tranquilo? ¿Quién le mandaba a él volver a ponerse a la vista de un rey de Francia? La consecuencia inevitable de ello era que, de nuevo, había perdido su libertad, atrapado por la orden del Rey que le retenía allí, en un momento en que hubiera deseado desaparecer sin dejar rastro.

Y mientras Maleflot rumiaba sus desgracias presentes, el guardián le observaba y veía la tensión en su rostro, ésa que provocaba el saberse un paria en el lugar donde, pocos días antes, se había sentido tan bien y la frustración de la penosa espera de los que habían de venir, en nombre del Rey, hacía una semana, que no acababan de llegar. Los días se le hacían eternos esperando. Octubre había comenzado ya y todavía nadie que viniera en nombre del Rey se había puesto en contacto con él, y lo malo era que, cada día que pasaba, se sentía peor. Apenas nadie le hablaba, y recibía desplantes, más o menos desagradables, de sus convecinos. Sabía que no debía responderles y disimulaba, haciendo como que no se daba cuenta de nada, matando el tiempo y la amargura de su alma bebiendo despacio un largo cuartillo de vino que endulzaba con miel del bosque cercano. Era evidente que sus antiguos amigos no debían serlo tanto porque ahora le torcían el rostro y el exsargento sabía que, acabadas las fiestas, su situación iba a hacerse todavía más incómoda.

Para los habitantes de Rouergue, había pasado, de la noche a la mañana, de ser un amigo a ser el villano que había facilitado el asalto de la abadía. Una cosa era haber acabado con la condesa de Monclerc, que era una proscrita del Rey hacía años, y fuera de la abadía, y otra, muy diferente, liderar un asalto a Loc Dieu o haber incitado al fallecido sargento Moret a hacerlo, con toda premeditación, como era de dominio común. Todos en el pueblo sabían que, de no haber sido por los guardias de la abadía y por unos caballeros, los monjes habrían sido probablemente masacrados; y eso no se lo perdonaban. Desde entonces, Luis Maleflot estaba comprobando en sus propias carnes cómo mudan rápidamente la fama y la fortuna para algunos hombres por el mero hecho de haber tomado una decisión errónea en un momento inadecuado. A pesar de haber vivido tanto tiempo en Villafranca, el exsargento no había comprendido que Loc Dieu era un lugar sagrado para sus habitantes que tenían con los monjes una antigua y excelente relación, y este injustificable y segundo asalto le hacía inmediatamente sospechoso de tener algo oculto contra los monjes cistercienses y en Villafranca de Rouergue no querían tener entre ellos a enemigos encubiertos de

la abadía o de los monjes y, desde luego, la maldición del abad había sido la puntilla. Sus días de felicidad allí se habían terminado definitivamente.

Y mientras el exsargento seguía con sus soliloquios mentales de taberna, esperando al nuevo representante del Rey que no acababa de llegar, De Libreville se ocupaba de conocer al informador del canciller Duèze en Villafranca, que no era el otro que el párroco de la iglesia de Santiago, el padre Sebastián du Plessis, un hombre que rondaba los cincuenta años, de rostro redondo y jovial, totalmente lampiño, en el que destacaban unos ojos oscuros e inteligentes. El cura era de buena estatura, casi tan alto como el guardián, pero que, a diferencia de éste, que era muy atlético de constitución, tenía una barriga descomunal, que gustaba de acariciarse con complacencia.

El padre Sebastián respondía bien al patrón de cura tradicional, sin más ambiciones que vivir con su pueblo y ser enterrado en el cementerio local con sus antecesores en el oficio. Llevaba ya alrededor de treinta años en el pueblo y conocía perfectamente las miserias y flaquezas de los habitantes del lugar. No en vano los había bautizado, casado, enterrado y oído en confesión durante tantos años. Y su éxito y su popularidad con el vecindario estribaban en que sabía contemporizar y guardar un secreto igual de bien que informar al canciller de la iglesia de lo que consideraba que era necesario que éste conociera. Destacaba de otros curas de pueblos pequeños en que era un hombre leído, con una buena biblioteca de seis libros, que le hacía casi un erudito y que le recordaba que hubo un momento en que pensó ser profesor en Tolosa, de donde era natural; pero de eso hacía tanto tiempo que el recuerdo era una nebulosa. Y la vocación de la enseñanza quedó aparcada cuando le ofrecieron esta parroquia, tras la muerte del cura anterior. A pesar de que dudó en aceptar al principio, podía decir, tras todos estos años, que había acertado en su elección. Le gustaba Villafranca y apreciaba de corazón a la mayoría de sus feligreses, y a los que no apreciaba, al menos había aprendido a tolerarlos.

Pedro de Libreville se le había presentado una mañana en la iglesia, a saludarle, sin ningún aspaviento ni pretensión, cosa que gustó al cura, que era poco dado a la afectación. El guardián había congeniado bien con el padre Du Plessis, con esa facilidad natural que tenía para tratar a los ancianos y a los hombres sabios. Su simpatía fue mutua y verdadera e iba mucho más allá de la obligación del cura de atenderle en todo lo que necesitara de él, como le pedía el canciller de la iglesia, en un escueto pliego que De Libreville le entregó en mano, donde, además, Duèze le presentaba como un hombre de la máxima confianza del Papa.

Dado que a De Libreville el bullicio de las fiestas no le interesaba en absoluto, había decidido aprovechar los dos días que quedaban de las mismas para intimar con el cura del pueblo. Así, dejaba que su joven ayudante D'Auverne se divirtiera en las tabernas, bailes y juegos, mientras que los otros dos se quedaban vigilando en la abadía, por si había movimiento. Y durante las charlas que tuvieron dentro de la iglesia de Santiago, el padre Sebastián le abrió su corazón y compartió con él

pensamientos bastante íntimos, que Du Plessis jamás manifestaba porque no había en el pueblo con quien desahogarse. Y supo que el cura de Villafranca era firme partidario de los templarios, como la mayoría de los vecinos de las localidades cercanas, incluida la poderosa y rica Tolosa; y también le confesó en un verdadero alarde de confianza, que, tras la orden de detención, él mismo había ayudado a dos caballeros templarios huidos de la justicia a esconderse en un casa que tenía el cura en medio del bosque. Esa propiedad había pertenecido una feligresa muy pía, que la había cedido a la Iglesia.

De Libreville, que en la mesa seguía siendo muy frugal y que estaba acostumbrado a sentarse en la del Papa —cada vez comía menos y sólo alimentos blancos—, se asombraba de la facilidad con que el cura local se atiborraba de viandas fuertes como un enorme capón relleno de codornices, un buen *foie* de oca y un gran pastel de liebre, todo de una sentada. Pero, aparte de esto, que casi le hacía gracia y que consideraba un defecto menor, el guardián se sentía cómodo con él y le gustaba escucharle contar, con su agradable voz de barítono, las historias y anécdotas del lugar que le hacían familiarizarse con la comarca y el bosque.

En un par de charlas de sobremesa, De Libreville aprendió que el bosque que rodeaba la abadía era muy antiguo y que estaba plagado de leyendas que se hundían en el pasado remoto. Se decía que el lugar escondía en el centro un ancestral templo druídico, al que, en tiempos antiguos, acudían los peregrinos a centenares porque era uno de los más venerados de la Galia prerromana y romana. Y se decía que en las oscuras profundidades del bosque aún había practicantes del viejo saber, que, muy raras veces, eran vislumbrados por los ocasionales visitantes de la espesura. También había leyendas de aparecidos y brujas que el viejo cura le contó con talento de buen narrador y que eran los cuentos con los que las madres del lugar asustaban a los niños. Pero, por más que habló del lugar y sus misterios, no mencionó la antigua fortaleza del bosque, donde De Libreville sabía que se escondían los caballeros templarios. Dado que el viejo cura comenzaba a derivar hacia temas de menor interés, De Libreville decidió sonsacarle más directamente, aprovechando la confianza entre ellos y tranquilo por la obligada discreción que debía mostrar el padre Du Plessis por el mandato del canciller Duèze.

El guardián esperó con paciencia a que acabara una larga historia y, cuando hizo un alto para lanzarse sobre el pastel de liebre, del que cortó una buena tajada, y la jarra de vino del país, del que gustaba de beber con escasa moderación, De Libreville le interpelló:

—Padre, me habéis hablado de numerosos lugares de los alrededores y del bosque, pero, decidme: ¿No hay en el bosque una torre antigua? Me ha parecido oír hablar de algo así a unos lugareños y me gustaría visitarla.

—¿Una torre escondida? —dijo y se quedó pensativo unos instantes, mientras masticaba con placer una buena porción del pastel—. Puede que sí exista, caballero De Libreville, o puede que solamente sea una de tantas leyendas de las que se

cuentan en estos parajes. Pero la verdad es que hay una viejísima historia que habla de una torre solitaria.

—Contádmela, pues. Soy todo oídos.

—Sí —dijo, dejando en el plato el reborde exterior del trozo de pastel de liebre, que había degustado con gran placer—. Como os decía, es una de las leyendas que viene del pasado más remoto y habla de la existencia de una torre muy alta y solitaria que se alza en medio de un claro, en la parte más profunda del bosque, en la que moró una vez un príncipe.

—¿Y quién la construyó? —preguntó De Libreville interesado.

—Se dice que es del propio emperador Carlomagno. La llamó «El Dedo de Dios» y se erigió allí, escondida del mundo, como regalo y refugio de un príncipe de Al Andalus que había abjurado de su religión para hacerse cristiano.

—Suenan interesantes.

—Sí, la historia lo es. Parece que aquel gran señor de la España andalusí había sido un noble poderoso en su tierra, pariente del mismo califa, y, al convertirse al cristianismo, tuvo que huir de su Córdoba natal porque su primo había puesto precio a su cabeza, considerando el peor de los deshones para un gobernante musulmán que un miembro de su familia, que descendía del profeta Mahoma, abjurase de la que ellos consideraban la verdadera fe para hacerse cristiano. Carlomagno lo acogió muy bien y le dio los honores que le correspondían a su rango. Por su parte, el español le dio excelente información sobre los ejércitos moros de España que indujeron al emperador a organizar la campaña de conquista de España del año 778, comandada por él en persona, llevando como jefe de la retaguardia al mariscal de las marcas de Bretaña, el inmortal Roldán.

»La campaña fue dura y se obtuvo gloria, pero no habría trascendido a las páginas de la historia probablemente, de un modo tan importante, de no haber sido por el desastre de Roncesvalles, que canta magistralmente la famosa *Canción de Roldán*, donde los moros atacaron a la retaguardia del ejército de Carlomagno que mandaba Roldán y mataron a lo mejor, a lo más florido, de la caballería francesa por la negativa de Roldán a soplar su cuerno de batalla, el famoso olifante, creyendo poder enfrentarse solo a las hordas de los moros de Zaragoza.

—A Roldán le ganó, para la leyenda, su orgullo —dijo De Libreville, que conocía bien la historia.

—Puede ser, amigo mío. Pero murió como un héroe, rodeado de los pares de Francia, en una derrota absurda y gloriosa, que dicen que hizo llorar de rabia y dolor al propio Carlomagno, que perdió de golpe a sus mejores hombres cuando más los necesitaba.

—Sí, conozco la historia. ¿Y el príncipe? —preguntó De Libreville—. De él lo desconozco casi todo.

—Pues bien, siendo el príncipe andalusí muy amigo del héroe Roldán, dice la historia que, cuando vio a Roldán y al resto de los nobles franceses que habían sido

sus amigos muertos por los moros de Zaragoza, sintiéndose avergonzado por no haber llegado a tiempo a socorrerlo, había pedido a Carlomagno que le autorizara a retirarse del mundo, y el emperador, viendo lo auténtico de su pena y su vergüenza, ordenó que construyeran ese lugar escondido (que, os confieso, nadie sabe exactamente dónde está ni si de verdad existe) y se lo dio para que viviera allí en paz hasta su muerte.

—Hermosa historia, en verdad.

—Sí que lo es. Lo que ocurre es que más bien creo que es una leyenda, porque no hay nadie en el pueblo que haya jamás encontrado el lugar; aunque, de todos modos, nadie osaría penetrar en lo profundo del bosque simplemente para buscar algo que dudo esté ahí. Hay bandidos escondidos en la espesura, aparte de manadas de lobos hambrientos y feroces osos que en el pasado han atacado a más de un despistado que osaba pisar sus territorios de caza. Por eso, quizá puede que la torre exista, pero su secreto lo guarda el bosque antiguo; como tantos otros.

—Pues creo que yo voy a intentar desvelarlo.

—Sinceramente, me parece una barbaridad. Si aceptáis mi consejo, mejor será que os lo quitéis de la cabeza. ¿Qué podéis sacar de una aventura tan arriesgada? ¿Qué os importa, en verdad, una torre oculta en medio del bosque? No creo que guarde ningún tesoro digno de arriesgar vuestra valiosa vida, y si existe, cosa más que dudosa, probablemente será una ruina.

—O quizá no —dijo el guardián, pensando que sería bueno darse una vuelta por el bosque y hablar con los caballeros templarios. Aún no había decidido cómo plantear la cuestión con ellos, pero sentía que, antes o después, tendría que hablar con sus antiguos compañeros. De ese encuentro con el jefe de los templarios podía depender toda la marcha de la misión, porque tenía claro que el rey de Francia jamás cejaría hasta encontrar el libro. Su poder era demasiado tentador. Y cuando llegara su nuevo enviado, el peligro sería mayor. Había que hacer un frente contra él, si querían triunfar.

—¿En qué pensáis?

—Hay cosas que me han traído hasta aquí, que vos no conocéis, mi buen padre. Y quizá será mejor que sigáis siendo ignorante de ellas, porque no veo que desvelarlas os pueda beneficiar en nada.

—Sea como gustéis —dijo el cura con discreción, pero algo picado en su amor propio—. Pero ya sabéis que contáis con mi absoluta discreción y que, si os puedo ayudar en algo...

—Sí, lo sé, padre Sebastián. Pero de verdad creo que conocer algunas cosas os sería incluso peligroso.

—No soy un ingenuo, caballero De Libreville. Os lo aseguro. Sé deducir con lógica y, si no me equivoco, vuestra misión aquí no es venir a verme a mí, algo que, os aseguro, me complace sobremanera, sino encontrar el famoso libro escondido por la condesa Leonor, de esa historia que tantas veces ha contado el exsargento Maleflot

en la taberna.

De Libreville le miraba sin decir nada. Du Plessis decidió continuar mostrando su pensamiento ante el otro sin tapujos. Le incomodaban los secretos, sobre todo, cuando parecían innecesarios. Él nunca revelaría nada que fuera de interés de la Iglesia. Antes daría la vida.

—Sólo así se explica que un hombre de la máxima confianza de su santidad el papa Juan XXII, que Dios guarde con nosotros muchos años, haya venido a este pintoresco paraje. ¿Me equivoco, acaso, caballero?

—No os digo ni que sí ni que no, padre Sebastián; pero acepto que vuestra lógica es implacable —dijo De Libreville con una sonrisa que era casi un sí. En efecto, aquel hombre merecía su confianza y se la iba a dar, demostrando que era un buen juez de personas.

—E imagino que sabréis —continuó— que se dice que el monje herido por los bandidos sabe el escondite del libro.

—Aunque a ésa le doy muy poco crédito, veo que en Villafranca las historias vuelan.

—No lo sabéis bien, caballero. Aunque puedo deciros, para vuestro contento, que de vos no se dice nada, porque sois muy discreto.

—Me alegra mucho, porque lo último que desearía es que el abad supiera de mi misión aquí. Eso no haría sino dificultarla, de momento.

—Desde luego, os aseguro que no será por mí que se entere. No me gusta nada Hugo de Monclerc, aunque me cuido muy mucho de mostrarlo. Es poco religioso, demasiado orgulloso y su espíritu se ha vuelto demasiado turbulento en los últimos tiempos. Las muertes de sus familiares le han cambiado y alejado de la fe. Eso y la vejez, le han secado por dentro. Creo que debería retirarse y dejar el cargo a un hermano más digno y orar para recuperar la gracia perdida.

—Ésas son palabras muy fuertes.

—Desgraciadamente, no son maledicencias. Son las justas y no sabéis cómo siento el tener que pronunciarlas, porque, en su caso, se trata de un hermano en religión que durante muchos años sirvió bien a su comunidad. Y considero que hacéis bien en ocultaros de él. Es ladino y, desde años, desconfía de todos.

—Ya lo he notado.

—Es lógico. De todos modos, os recomiendo que le vigiléis, porque, si alguien sabe algo del libro, seguro que es él.

—Creo que en eso os equivocáis. El no sabe nada de nada, e intuyo que está desesperado por saber algo.

El padre Sebastián se quedó pensando unos momentos y luego asintió lentamente, mostrando una gran sonrisa en su rostro bonachón e inteligente.

—Es muy probable que acertéis. Quizá a eso se deba su esquiva y desabrida actitud de los últimos años.

—Pronto se verá. De lo que estoy convencido es de que el libro va a aparecer en

breve.

—¿En qué os basáis?

—Yo también tengo algo de adivino —dijo De Libreville, con tono medio jocoso, pero, curiosamente, el padre Sebastián, que también era buen juez de hombres, supo que en el caballero De Libreville quizá había oculto algún don de Dios que se le escapaba a él y que su frase encerraba una verdad incuestionable, y, sin saber por qué y en contra de la razón, que le decía todo lo contrario, le creyó.

El escondite del libro del nombre de Dios

Apenas acabadas las fiestas de Villafranca, llegó a la abadía un ostentoso cortejo que dejó sin palabras a los monjes. Era el conde Roberto de Annecy, gran amigo del Rey, que, tras una breve entrevista en la que le había contado los pormenores detallados del asunto, había sido designado por éste como su hombre de confianza para acompañar al juez pesquisidor que debía determinar si la muerte del sargento Moret en la abadía de Loc Dieu había sido un delito o no.

La misión del juez Dupont —que le había encomendado el rey Felipe V en persona, para que no hubiera lugar a dudas ni a falsas interpretaciones— era, básicamente, la de ser un hombre implacable. Sus órdenes eran no dejar tranquilo a nadie, no respetar nada, inquirirlo todo, revisar todo lo que deseara y donde lo deseara, para lo cual tenía un documento muy amplio firmado con el sello oficial del Rey que le permitía alterar por completo la vida de todos en la abadía y en la comarca. La idea era que, removiéndolo todo sin descanso, alguien acabase por confesar cualquier cosa que resultara de interés y poder tirar así del hilo perdido que les llevara al libro secreto.

Marcel Dupont era un hombre que engañaba. Parecía un ser apacible y tranquilo, delgado, de estatura media, en torno a los treinta y cinco años, de rostro anodino, a no ser por sus ojos oscuros que brillaban como carbones en el fondo de unas cuencas más hundidas de lo normal, que le daban un aire de tristeza que hacía que los que lo miraban, sin saber quién era, sintieran una pena inconsciente por él. Vestía discretamente y aparentaba cierta modestia, pero eso no era más que una fachada, porque era una persona dura y muy ambiciosa, cosa que se veía cuando hablaba delante de inferiores. Entonces, usaba de su voz, que sabía ser imperiosa y molesta, como un fino estilete italiano y que era capaz de crisar los nervios de cualquier persona, que se hacía especialmente dura e inquisitiva cuando interrogaba a alguien.

Estaba mentalizado para conseguir el éxito porque sabía que, si triunfaba en su misión, habría un premio enorme para él. Así se lo había dicho el arzobispo Juan de Marigny, de quien era deudo, porque le había amparado en su carrera, cuando le había planteado la misión que implicaba un servicio extraordinario del rey de Francia y éste se lo había confirmado después en persona.

Antes de partir, le habían informado, en el más absoluto secreto, cuya vulneración era impensable porque le costaría la vida, de lo que tenía que buscar y dónde tenía que buscarlo; y siendo un hombre de natural talento, hizo pocas preguntas, comprendiendo que ni el Rey ni el arzobispo sabían mucho más de lo que le decían. Le informaron de que iría acompañado de un amigo personal del Rey, un hombre de

la alta nobleza, de rango muy superior al suyo, que tenía a su cargo como misión la supervisión del juez y el mando de los hombres de armas para lo que fuera menester. El caso es que el juez comprendió que debía ser él quien levantara la liebre para que el conde de Annecy la cazara y eso le parecía bien. Para cumplir con su tarea contaba con su talento. El escuadrón de cien hombres, que estaban bajo el mando del conde de Annecy, era un disuasorio para quien deseara escaparse de su investigación. Dupont pensaba que habían sido enviados como las piezas de una tenaza que, al juntarse, hacían una presión mortal; pero pronto se dio cuenta de que Annecy estaba muy por encima de él no sólo por su nobleza, sino porque llevaba plenos poderes del Rey mucho más amplios que los suyos, para ordenar sobre los hombres del Rouergue, si era menester.

Habían salido de París unos días atrás para llegar a Loc Dieu al atardecer de un frío día de principios de octubre, donde la luz del sol brillaba con un amarillo vivo que provocaba sombras nítidas y limpias en el aire transparente. La idea era pedir alojamiento a los monjes para el conde y sus asistentes y el juez. Los soldados de la escolta se quedarían fuera de la abadía y levantarían el campamento en los límites del bosque cercano. El juez quería aprovechar la llegada con la impresionante escolta de los soldados para intentar minar la moral del abad, con el fin de que les facilitara, en los días siguientes, la tarea que tenían por delante. El conde y el juez imaginaron que el viejo Hugo de Monclerc estaría asustado por la muerte de Moret y que, seguramente, les recibiría con la mayor de las cortesías, para ganárselos. Pero las cosas no iban a salir como ellos habían planeado; de eso iban a darse cuenta muy pronto.

El abad de Loc Dieu salió, en efecto, a recibirles al patio, como habían imaginado, ante el estruendo de los caballos. Lo que desconocían era que llevaba días esperándolos; de ahí que su rostro no mostrase sorpresa alguna al ver el nutrido grupo de jinetes con los estandartes del Rey y del conde de Annecy. Estaba preparado y vestido para la ocasión, con su atuendo más rico. Mostraba una gran dignidad y contención en su rostro palidísimo y delgado, lleno de arrugas, donde crecía una venerable barba blanca que le llegaba al pecho y que le daba un cierto aire de profeta de la Antigüedad. Esperó a que llegaran hasta él, sin moverse ni un centímetro, delante de la iglesia, cubierto con la mitra que mostraba su dignidad, apoyado en su báculo abacial de plata sobredorada, que tenía incrustaciones de jaspes, rubíes y un hermoso diamante.

—Bienvenidos seáis —dijo con voz neutra, aunque con un leve tinte de ironía.

—Bienhadado seáis, abad —dijo el conde, con tono cortés.

—¿Y a qué debemos el honor de una visita de tan nutrida y bien armada hueste del Rey a esta humilde abadía que está tan lejos de todo? ¿Acaso venís a acabar con los bandidos que asolan la región? —preguntó, aparentando alegría.

—No os hagáis el inocente, abad. Sabed que soy el juez Marcel Dupont, enviado del rey Felipe V de Francia, a quien Dios guarde, para dilucidar qué fue lo que pasó

aquí hace un par de semanas cuando murió, en el patio de la abadía, el sargento real Moret y sus hombres, y si descubro que sois culpable de agresión a los hombres del Rey, os aseguro que no habrá piedad para vos, aunque seáis el abad de Loc Dieu.

—Habláis con precipitación, con voz demasiado estridente y con tono demasiado altanero, juez. Medios porque estáis en suelo religioso.

—Hablo como lo considero, abad.

—Pues deberíais cuidar el tono y la forma, aparte de que olvidáis lo más importante de todo; que aquí no tenéis ninguna jurisdicción.

—Vengo en nombre del Rey —dijo, altanero, el juez.

—Eso es bueno para vos, imagino, y todo un honor; pero, insisto, aquí yo soy el señor espiritual del lugar, además del juez temporal dentro de los muros de Loc Dieu, y como nadie tiene autoridad sobre mí, ni siquiera el rey, no os vamos a permitir que uséis con nosotros ese tono nunca más —dijo Hugo de Monclerc, retando a Dupont con su voz aristocrática y despreciativa, que tanto molestaba a la gente del tipo del juez.

Cuando éste iba a replicarle, intervino el conde, que comprendió que el abad era un monje con resabios de viejo aristócrata a quien no se podía amedrentar con bravatas, e intentó templar los ánimos con gracia.

—Hemos comenzado mal, abad. Disculpad al juez, que no tiene nuestra educación. En su defensa diré que no sabe expresarse bien a veces y que le puede su celo defensor de la justicia del Rey. Permitidme que me presente como corresponde. Soy Roberto, conde De Annecy, amigo de la infancia del rey Felipe V, a quien Dios guarde muchos años, y os pido humildemente —dijo, recalcando esta palabra— alojamiento para mí y mis asistentes en la abadía. Si fuerais tan amable de concederme ese privilegio, os estaría muy agradecido, bien lo sabe Dios, porque el camino ha sido agotador, hace bastante frío y estoy deseando desmontar.

—¿Y qué hace un gran señor como vos en compañía de este...? —dijo sin acabar la frase, que sonaba a insulto.

—Venimos a diferentes cosas pero por el mismo camino. Baste decir que he venido a Loc Dieu a hablar con vos, pero no es momento ni lugar de hacerlo ahora —dijo, zanjando la cuestión, con el mismo tono aristocrático del monje—. Ya tendremos ocasión de hacerlo.

—Cuando lo deseéis —dijo el abad.

—Mañana quizá. Pero, ahora, ¿puedo esperar de la amabilidad de vuestra reverencia un buen cuarto con un lecho firme para este cuerpo que está muy cansado?

—Sí. ¡Cómo no! Para vos y los vuestros hay alojamiento en la abadía. Se os darán las mejores estancias, que espero encontraréis cómodas, conde —dijo con tono cortés, que luego se tornó frío al concluir—, pero no hay alojamiento en la abadía para el juez.

—Sabed que, en efecto, viene con plenos poderes del Rey.

—Y se le atenderá en lo que sea menester, dentro de lo que no conflictúe con mi

propia jurisdicción abacial, conde; pero, por más que él tenga plenos poderes del Rey para juzgar, no soy sujeto suyo porque soy abad mitrado y eclesiástico y, desde luego, no tengo por qué alojar dentro de los muros de mi abadía a alguien que me insulta nada más llegar ante mí, ofendiéndome y pretendiendo disminuirme ante los míos. No, señor conde, no he de darle cobijo aquí, bajo ningún concepto. ¡Que lo busque en otro lado donde entiendan mejor su lengua! En Villafranca de Rouergue encontrará la posadas del Potro Negro y el Ciervo Gris. Estarán encantados de que se quede en cualquiera de las dos, y puede que allí, al calor de las cervezas, le dejen lanzar las bravuconadas que parecen gustarle tanto a las gentes de su condición, que aquí y ante personas de mi dignidad, están de más —dijo con el tono más ofensivo, que puso el rostro del juez como la grana, de pura furia.

—¿Y no podéis hacer una excepción?

—Si se disculpa cumplidamente, quizá —dijo el abad, sabiendo que eso no iba a ocurrir.

—¡Disculpaos pues, juez, si es que queréis alojaros aquí! —dijo el conde mirando a Dupont con seriedad.

—No he de hacerlo, mi señor. Este orgulloso abad se acabará doblegando...

—No prosigáis por ahí. Es inútil —dijo Hugo de Monclerc—. Os confirmo que no se os dará habitación mientras yo esté al frente de la abadía. Y ahora, si no tenéis más que decir, os ruego que os vayáis. Es tarde y no me gusta que las puertas de la abadía permanezcan abiertas en estos tiempos tan turbulentos, con tanto malandrín por ahí, cuando comienza a caer la noche.

—Pues tendréis que esperar un tanto más, porque aún tengo mucho que decir, abad —dijo el juez con el mismo tono hiriente que, hasta el momento, no le había dado ningún resultado con Hugo de Monclerc—. Ante todo, me debéis respeto como representante del Rey.

—Sólo si os mostráis digno de ello. Dado que, en lugar de actuar como representante del Rey, lo hacéis como un patán, como a tal os he de tratar. Sois vos quien habéis marcado la pauta y todos lo han visto —dijo el anciano, con tono casi despreciativo—. Y además, por si os cupiera la menor duda, sabed que no os temo en absoluto. Nosotros somos hombres de religión que no hemos hecho nada en contra de las leyes del reino y, además, no sois vos quién para juzgar nada que acontezca aquí, por más que pretendáis fingir que lo ignoráis. Y, como muy bien sabéis, ni siquiera el Rey puede daros poder para juzgar en asuntos eclesiásticos, porque ahí, el único que tiene autoridad para hacerlo, es mi superior, y sobre él, el propio Papa.

—Pues me alegra que lo reconozcáis, porque también tengo un poder de vuestro superior del Cister, autorizándome a investigar los hechos que culminaron en la muerte del sargento Moret.

—Mostrádmela pues, y se os allanarán las puertas de la abadía para la investigación —dijo, pensando que aquello era otra bravata—. Pero sabed que, bajo ningún concepto, os alojaréis aquí.

—Sea —dijo el juez sacando con aire triunfal el pliego que había tenido la inteligencia de pedir al rey de Francia y que éste le había conseguido, aunque con cierta dificultad. Su previsión le iba a sacar de la mitad del embrollo en que se había metido solo.

El abad Monclerc revisó con atención el documento y se dio cuenta de que era auténtico. Su rostro se mantuvo impasible, sin mostrar la furia que le invadió por dentro al leer aquello. No entendía cómo el superior del Cister había otorgado ese poder a un juez civil, a petición del Rey, pero debía plegarse a su demanda y eso no le gustaba nada porque suponía que aquel patán entrometido podría entrar y salir de Loc Dieu a su antojo.

—Os habéis quedado muy callado, abad.

—Los monjes somos silenciosos por naturaleza —dijo con tono frío y cortante—. Obedeceré las órdenes de mi superior porque le debo obediencia, pero sabed que hoy mismo le escribiré protestando del atropello que supone vuestra intromisión en los asuntos de la abadía. Y si desoye mi petición, escribiré al mismo Papa.

Aquel abad era un hombre duro y correoso y también estaba claro que pensaba resistirse a cualquier atropello, mucho más de lo que se esperaba de un viejo que tenía un pie en el otro barrio y que iba a pelear por cada parcela de su autoridad.

El conde, viendo que la cosa se volvía a poner tensa, intervino de nuevo.

—No os preocupéis por Dupont, abad. Sólo procura cumplir con el deber que el Rey y vuestro superior le han encomendado. Es menos malo de lo que aparenta —dijo con tono de afectada superficialidad, bajándose del caballo. Y luego, dirigiéndose al juez, señaló—: En fin. Dupont. Habéis perdido la excelente ocasión de disfrutar de la hospitalidad del abad. Id pues, con Dios, a una posada del pueblo.

El juez comprendió inmediatamente, con sólo estas palabras, que el conde estaba furioso con él. Su misión en Loc Dieu no podía haber comenzado con peor pie.

—Tenéis razón, señor conde. Iré al pueblo a ver si encuentro alojamiento en la posada. Nos veremos mañana por la mañana, que iniciaré mis conversaciones con los monjes.

—Avisadme antes, porque no quiero molestar a los hermanos en sus tareas. Yo os atenderé conforme os merecáis, cuando termine de supervisar las tareas de la abadía.

Viendo que el conde le miraba con insistencia, comprendió que Annecy no deseaba que se fuera de allí tras otro enfrentamiento y, eludiendo replicar al abad, dijo:

—Buenas noches y que descanséis, señor conde.

—Descansad también vos y tranquilizaos —respondió el conde, mirándole fijamente con sus ojos acerados.

Dupont se retiró, sin pronunciar más palabras, seguido de la gran escolta.

Hugo de Monclerc le vio salir de la abadía y se sintió inmediatamente aliviado. Aquel hombre era incluso peor que el maldito Maleflot. Menuda ralea de perros le enviaba a la abadía el rey de Francia y tampoco le engañaba la aparente cortesía del

conde. Era evidente que, siendo el conde íntimo amigo del Rey estaba en la abadía para reforzar la misión del otro. De hecho, Hugo no había caído en la trampa de creer que la cortesía del conde y su superficialidad eran reales. Ninguno de los verdaderos amigos del Rey era superficial. Felipe V sería cualquier cosa, menos eso, y todos sabían que detestaba a la gente sin cabeza. El conde de Annecy seguramente era un hombre muy inteligente porque había sabido manejar con gracia una situación harto complicada, y eso lo hacía más peligroso todavía que al otro. Eso sí, procuraría darle unas habitaciones en el ala nueva, lejos de la vida del convento, donde no molestaran y no pudieran meterse por los rincones más privados de la abadía, sin llamar la atención. Debía poner sobre aviso, para que estuvieran vigilantes, a su asistente el hermano Jesús de Villiers y al hermano Enguerrando de Pau, el encargado de la hospedería, de que aquellos hombres eran peligrosos.

—Acompañadme, señor conde —dijo con la mayor de las cortesías—. Os voy a dar las mejores habitaciones de la abadía —dijo dirigiéndose al ala nueva, donde, en efecto, había hecho construir un par de buenas habitaciones de elegantes proporciones que contaban con hermosas chimeneas de piedra de embocaduras góticas, terminadas en ricas agujas de piedra floreadas.

Dentro de la austeridad de la abadía, los muebles eran de los mejores: un camastro firme y amplio, con buen colchón de lana y finas mantas tejidas en los telares del pueblo; un par de hermosos sillones de brazos altos, una buena mesa de roble y un bello arcón hermosamente talado con los escudos de una familia que Annecy no reconoció.

—Era de mi abuela paterna —dijo Hugo de Monclerc, con discreción, que dejaba traslucir el orgullo de su linaje.

—Hermosa factura.

—Sí. Es muy hermoso. El artista que lo hizo era de mérito.

—Lo veo —comentó el conde acariciando el viejo mueble.

—Me alegra que os guste, conde. Inmediatamente haré que os enciendan un fuego para caldear la pieza que está un poco fría. Vuestros asistentes pueden quedarse en la habitación de al lado, que se comunica con ésta por esa puerta —dijo señalándola—. Así, si les necesitáis en cualquier momento, basta con que les deis una voz.

—Os estoy muy agradecido, abad. Que descanséis vos también y os ruego que disculpéis...

—No tenéis que disculparos de nada. No es culpa vuestra, conde, que os acompañe un hombre sin modales. Ha hecho desagradable el placer que para mí hubiera sido recibirlos si hubierais venido solo.

—Aun así, lo siento. Os deseo que tengáis una buena noche.

El abad salió de la habitación, dejando al conde y los suyos donde quería, alejados del corazón de la abadía.

Las cosas no podían seguir por mucho tiempo así, pensó. Hugo de Monclerc sabía

que la violencia y la muerte estaban planeando sobre la abadía. Lo había sentido al ver al conde y al juez y, como un reflejo, inmediatamente, se le había venido el asunto del libro a la cabeza. Estaba claro que no se podía esperar más. Cada día que pasara, el peligro se haría mayor. El nuevo rey había fijado la vista en la abadía y estaba seguro de que no iba a dejarles en paz. Por eso, debía encontrar el libro escondido cuanto antes y procurar sacarlo de allí.

¿Sería cierto lo que el hermano Raúl le había dicho, que conocía el lugar donde Leonor, su sobrina, había escondido el libro? Sólo de pensarlo se le ponían los pelos de punta. Por más que le había conminado a que no hablara de ello con nadie, haciendo uso de su poder como abad, había sido tarde. Todos en la abadía sabían ya de la existencia del libro, desde el primero hasta el último monje, y por eso había que actuar cuanto antes. La ocasión ideal para comprobarlo era esa misma noche, mientras el conde y sus asistentes dormían. Ahora, que parecía que el hermano Raúl de Meudon por fin estaba fuera de peligro, ambos podrían ir hasta el escondite secreto y, si el libro se encontraba allí, ya se encargaría él de hacérselo llegar a los caballeros templarios que seguían en la torre de El Dedo de Dios, en el corazón del bosque, para que lo escondieran para siempre de ese rey rapaz, hijo del que ordenó la muerte y el deshonor de la familia Monclerc. Era consciente de ser el último de esa noble casa y su venganza sería que el Rey nunca tuviera el libro en su poder.

Rumiando para sus adentros que había esperado demasiado para realizar la búsqueda del libro, se dirigió sigilosamente a la enfermería, por los pasillos oscuros que tan bien conocía. La espectral luz de la luna creciente que estaba trepando a lo alto del cielo iluminaba sus pasos y llenaba de misterio su silueta silenciosa, que avanzaba sin hacer ruido. En pocos minutos, llegó al lugar recogido y calentito, donde el hermano Raúl le recibió con alegría. Ya se sentía bastante bien, después de casi dos semanas de cuidados del monje enfermero, y tenía ganas de regresar a sus tareas habituales.

Hugo de Monclerc pidió al hermano Leonardo de Albi, el monje enfermero, que les dejara a solas, y el otro se retiró discretamente a otro cuarto y a punto estuvo de chocarse con el hermano Juan de Avignon, que se había escondido, justo a tiempo, detrás de una columna de la enfermería.

El abad no se había dado cuenta de que el joven monje, espía del canciller de la Iglesia, le había seguido con discreción. Había supuesto, con acierto, cuando supo de la llegada del juez y el conde, que su superior intentaría encontrar el libro sin esperar más. Desde su escondite, el joven oía perfectamente las voces del abad y del hermano Raúl, que le llegaban conducidas por la excelente acústica de la sala que provocaba la bóveda estrellada de piedra.

—Me alegra que hayáis venido, abad.

—Era necesario, hermano Raúl. La cosa no puede esperar ni un día más. Ya sabrás que han llegado a la abadía un juez del Rey y un conde, amigo suyo, que me parece un lobo camuflado. Y es evidente a lo que vienen a Loc Dieu.

—Sí, en eso tenéis razón. Felipe V debe haber oído hablar del libro y lo quiere en su poder.

—Debemos averiguar si se halla donde tú me dijiste. Espero que no se te haya ocurrido contárselo a nadie más.

—¿Cómo creéis? Sólo lo sabe vuestra reverencia, y además os lo conté en secreto de confesión.

—Bueno, al menos en eso has sido discreto, hermano Raúl, porque, desde luego, tu primera conversación con el hermano enfermero Leonardo de Albi es del conocimiento de todo el monasterio.

—No sabe vuestra reverencia cuánto lo siento. La verdad es que me sentía morir y estaba muy preocupado al haber descubierto el lugar donde se hallaba el libro secreto sin haber podido comunicároslo. Y os aseguro que nunca imaginé que nuestro callado monje enfermero fuera tan parlanchín.

—Así es la naturaleza humana, hermano Raúl. No se puede confiar en casi nadie.

—También yo os he fallado, amigo mío.

—No digas sandeces. El asunto del libro estaba ya en boca de todos. Como tú mismo lo oíste, el maldito Maleflot lo contaba como una historia más de las suyas, en la taberna del Ciervo Gris.

—Siento una gran desazón al pensar que vamos a recuperar el libro del nombre secreto de Dios.

—Espero que luego podréis ponerlo a buen recaudo.

—No dudes que, si está donde dices, esta misma noche saldrá de la abadía.

—¿Y dónde vais a enviarlo?

—Es mejor que no lo sepas, mi querido hermano —dijo el abad—. Así no tendrás que jurar en falso, y, llegado el caso, podrás asegurar que no sabes nada al respecto siendo plenamente sincero.

—¿Creéis que nos van a molestar y a interrogar?

—¿Es que el hermano Leonardo de Albi no os ha contado que el juez trae un poder del superior del Cister para investigar la muerte del sargento Moret que le faculta para molestar a todos los monjes? Desde luego, este enfermero habla lo que no debe y calla cuando es menester hablar.

—Ésa es una mala noticia.

—Muy mala, hermano Raúl. Quiere decir que el Rey desea el libro a toda costa, y que, hasta que no lo consiga, no parará de molestarnos, y contra eso, yo he de hacer valer mi autoridad. Es una situación difícil.

—La paz de Loc Dieu está en peligro.

—Me temo que mucho más que eso. Si no encuentran el libro, y vive Dios que si yo puedo impedirlo, no lo van a encontrar, nos van a hacer la vida imposible. Ese juez parece un hombre implacable y le encantaría destrozar nuestra apacible vida monacal. Seguro que le han prometido un buen pedazo de pastel si consigue su trofeo y está ávido por morderlo cuanto antes, como ha mostrado esta tarde.

—Partamos pues. Dejádme que me ponga las sandalias y os acompañaré.

El joven monje Juan de Avignon, comprendiendo que los otros dos iban a salir, estaba nervioso. No sabía cómo seguirles sin ser descubierto. Iban a atravesar la estancia hacia la puerta y él no podía salir antes que ellos porque el hermano enfermero estaría al otro lado de la puerta y le descubriría. Sabía que, aun a riesgo de perderles, tenía que esperar a que el hermano Leonardo de Albi regresara a la enfermería para poder escabullirse de aquella estancia. Le fastidiaba mucho que ninguno de los dos hubiera mencionado ningún dato revelador sobre el lugar del escondite del libro. Tendría que ser rápido, para no perder la buena dirección. Mientras su cerebro daba vueltas a la cuestión, oyó los conocidos pasos del abad, seguido de los del hermano Raúl. Se apretó contra la columna, pero la precaución era inútil, porque los dos pasaron por el lado contrario de la misma, en dirección a la puerta de la enfermería, en silencio.

El hermano Raúl abrió la puerta y dejó pasar al abad. El joven monje Juan vio que había estado acertado. El hermano Leonardo de Albi estaba justo al otro lado de la puerta. Probablemente, había intentado escuchar la conversación de los dos monjes por la cerradura, pero, lo hubiera conseguido o no, seguro que se había quedado tan frustrado como el hermano Juan de Avignon. Y ahora, el que debía sentirse frustrado de verdad era el joven monje espía, porque el enfermero permaneció unos minutos en la puerta sin razón aparente, mirando a la oscuridad en la cual se estaban perdiendo los dos monjes. Como conocían perfectamente la abadía, buscando la discreción de la oscuridad, los monjes no se habían servido de ninguna palmatoria para alumbrar su camino, por lo que iba a serle mucho más difícil encontrarles si les perdía el rastro, cosa casi segura si el hermano Leonardo no se movía de donde estaba inmediatamente.

Pasó un minuto más y luego dos. El monje enfermero miró entonces el candelabro y se dirigió a la chimenea para encender las velas con una candela que iba a sacar del fuego. El hermano Juan aprovechó el momento para salir sigilosamente de la enfermería, sin que el monje Leonardo se enterara de que había estado allí, pero ya era tarde. No se veía rastro de los dos monjes ancianos. Podían estar en cualquier rincón de la abadía, y notó que le invadía un verdadero furor indigno de un religioso. Había fracasado en su seguimiento.

* * *

Los dos monjes, ajenos a que les siguieran, habían salido de la enfermería y, en la oscuridad teñida de sombras por la luz difusa de la luna, que entraba por los ventanales afilados de flama gótica, se habían dirigido por los corredores de la abadía, pegados a la pared para no ser vistos, hasta un lugar que ambos conocían bien. La abadía estaba en un silencio tranquilo y pacífico y ellos procuraban no hacer ningún ruido mientras avanzaban. Su destino era una primitiva torre, que, desprovista

de su original función defensiva, se había integrado en el muro de la abadía y desmochado de su segunda altura. Se hallaba en un lateral del conjunto de edificaciones. Hoy en día, su parte alta se usaba como palomar y se habían abierto en sus muros de piedra algunos agujeros para que las palomas criaran. Pero la parte baja escondía una cámara secreta que muy pocos monjes conocían y a la que tenía acceso por un falso techo. A medida que avanzaban, los dos viejos monjes sentían que se les aceleraba el corazón. Aquél era un buen lugar para esconder el libro. Al abad no se le había ocurrido hasta que el hermano Raúl se lo había recomendado, y eso que había mirado bien en muchos lugares raros e incluso en algunos absurdos. Enseguida comprobarían si el libro estaba allí, como creía Raúl de Meudon.

El abad y el hermano Raúl no se habían percatado de que eran seguidos por un tercero, que mostraba una mayor eficacia que el joven monje espía, no intentado entrar en la enfermería para seguir al abad, sino que le había esperado fuera y, una vez confirmado que salía con el hermano Raúl, se había transformado en una discreta y silenciosa sombra que seguía a los dos monjes por los corredores de la abadía sin hacer ningún ruido, gracias a que había tomado la precaución de ponerse unos escaupines moros de seda en los pies, que le permitían avanzar a buen paso en absoluto silencio. Su hermoso perfil sólo se vislumbró durante un instante, cuando pasó cerca de uno de los altos ventanales por los que se colaba la luz de la luna. Muchos se hubieran asombrado al descubrir al caballero inglés *sir* Arturo de Limerick emboscado en las sombras como un delincuente, y con una discreción que le permitía confiar en que no sería descubierto por los dos ancianos monjes que iban directos a su destino, pensando que, en la oscuridad, nadie sería capaz de seguirles. El asistente inglés del guardián de los libros secretos estaba cumpliendo con su cometido a las mil maravillas porque, además de ser muy ágil y rápido, era también prudente. Mientras seguía a los dos hombres, comprobó que se detenían ante la escondida entrada del antiguo torreón. Ahora tenía que acercarse lo más posible para poder comprobar si, en verdad, los dos ancianos le habían llevado al escondite del libro que todos buscaban y si, en verdad, lo habían encontrado; tenía que hacerse con el libro sin que los dos ancianos dieran la alarma y eso sólo podía conseguirse de una manera definitiva. Si hubiera sido cualquiera de sus otros dos compañeros, el castellano o el francés, no lo hubiera dudado un instante. Las vidas de los dos monjes no valían nada si se comparaban con la posesión del libro, pero el caballero inglés era un noble a la antigua usanza, que creía en los valores más puros de la caballería de defender el honor de la espada, respetar y proteger a los ancianos, a las mujeres y a los desvalidos, y eso le impedía actuar de un modo expeditivo con los dos ancianos. Todo lo más que podía hacer contra ellos era golpearles con el pomo de la espada que llevaba bien sujeta en la mano.

Así pues se decidió. Si salían con el libro en la mano, les haría perder el sentido de un golpe antes de que se enteraran de que lo tenían encima, les quitaría el libro para llevarlo, acto seguido al guardián, que seguía en la posada de Villafranca de

Rouergue. Así conseguiría el libro y, al mismo tiempo, evitaría condenar su alma inmortal por matar a dos religiosos inocentes.

* * *

Mientras, en el bajísimo espacio interior cilíndrico de la antigua torre desmochada, que tenía unos cuatro metros de largo y poco más de un metro de alto, los dos monjes, que habían penetrado de rodillas, estaban completamente ajenos al peligro que corrían y se pensaban completamente solos y a salvo.

—Estoy algo nervioso —dijo el hermano Raúl rompiendo el silencio que habían mantenido desde que salieran de la enfermería.

—También yo, te lo confieso. Y la verdad es que, aunque tengo curiosidad, no se me ha pasado por la cabeza venir aquí sin ti.

—Os puedo entender. Yo tampoco hubiera venido sin vos. Pero, ahora que estamos aquí, hay que entrar en el escondite —dijo señalando la trampilla que estaba en el techo.

—Entrad vos, abad. Si el libro está allí, os corresponde tomarlo bajo vuestra custodia. Yo jamás osaría tocarlo. Soy totalmente indigno de tener en mis manos un libro que viene de la gracia del mismo Dios y que contiene su nombre secreto y santo. Me basta sólo con estar cerca para maravillarme.

—Sois demasiado humilde, hermano Raúl. Yo sí que soy indigno de tocarlo. No creáis que no sé en qué me he convertido. He perdido mi espiritualidad, mi paz, mi moderación y todo lo que me había dado la vida religiosa durante los últimos treinta y cinco años. Me he vuelto duro, vengativo, cruel...

—Habéis pecado mucho, pero ¿quién no lo ha hecho? No seré yo quien arroje sobre vos la primera piedra y, además, tengo la esperanza de que el contacto con el libro sagrado os restaurará y liberará de todos vuestros males.

—Dios te oiga, hermano mío, porque me siento mal por dentro.

—No perdamos más tiempo. Abrid la trampilla y entrad.

—Allá voy, pues.

—¡Que Dios os guíe! Ya sabéis dónde esta la cámara secreta arriba.

—Sí, la recuerdo bien, a pesar del tiempo que hace que no he entrado aquí —dijo el abad, sintiendo que su corazón se aceleraba mientras se acercaba a la trampilla que llevaba a una cámara superior que era algo más alta que aquélla en la que estaban y que nunca había tenido una clara función, ni una explicación de sus absurdas proporciones. Hugo de Monclerc descorrió el pestillo sin dificultad porque estaba holgado, y empujó hacia arriba la puertecita de madera que le separaba de la cámara superior y subió a ésta fácilmente, apoyándose en el suelo.

En el espacio circular entraba una luz extraña, que se debía a la refracción de la luz de la luna en el alabastro que tapaba el hueco que antaño había sido ventana, y que permitía al monje ver bien los contornos de la cámara vacía de piedra viva sin

ninguna decoración. Se puso de pie. Casi daba con la cabeza en el techo, que también era muy bajo, y se dirigió a un lado, donde había un espacio escondido que se descubría al mover un resorte de una piedra del muro. Cuando llegó hasta el sitio, se quedó un instante quieto allí, sin atreverse a proseguir.

¿Estaría el libro escondido en la cámara? La pregunta quedó flotando en el aire a pesar de no haber sido formulada en voz alta. La tensión del abad creció intensamente. Armándose de valor, buscó el resorte y, al empujarlo, la piedra del muro se separó y dejó ver una abertura oscura. Hugo de Monclerc metió la mano esperando tocar el terciopelo de la bolsa que guardaba el libro, pero no lo halló. Allí no había absolutamente nada. La cámara estaba completamente vacía. A pesar de que nunca había estado muy convencido de que su sobrina la condesa Leonor hubiera escondido el libro allí, sintió una profunda decepción. Volvían a estar como al principio. De nuevo metió la mano, en un inútil gesto de comprobación. Dejó el escondite cerrado y descendió a la cámara inferior, donde el hermano Raúl estaba en la oscuridad.

—No está allí —dijo el abad.

—¡Qué decepción! Es imposible. Lo hubiera jurado y, desde luego, os aseguro que vi a vuestra sobrina entrar aquí el mismo día de su muerte.

—Sí, te creo —dijo el abad, con un tono de voz normal, mientras se dirigía, ya sin ningún tipo de precaución, a la entrada de la torre—. Probablemente mi sobrina Leonor debió pensar que éste no era el lugar adecuado para guardar el libro.

El caballero inglés, que se encontraba al otro lado de la puerta, pendiente de las menores palabras de los dos, oyó perfectamente al abad y, sabiendo que no habían encontrado lo que buscaban, se retiró a un lado, donde se guareció en la oscuridad.

Los dos monjes salieron de la cámara redonda sin enterarse del peligro que habían corrido y siguieron charlando abiertamente.

—El problema es que seguimos sin tener idea de dónde lo escondió —dijo el abad—. ¿Cómo es posible que mi sobrina haya encontrado un sitio tan secreto que se me haya escapado completamente?

—Seguramente cuando lo encontréis no os parecerá tan complicado. El más retorcido era éste y ya veis, no le debió gustar y no lo escondió aquí.

—No sabes cuánto lo siento, porque habría sido un verdadero alivio dar con él ahora.

—Pues no debía de ser el momento. Lo encontraremos cuando Dios quiera.

—Sí. Está visto que habremos de acudir a los caballeros templarios para hallarlo. Pero ¿cómo conseguir que entren de noche en la abadía sin que nadie se dé cuenta? Tengo que idear un modo para burlar la vigilancia del conde y del juez.

—Pues no se me ocurre el modo.

—A mí tampoco, hermano Raúl, y eso me preocupa.

Los dos monjes se retiraron, charlando en voz audible, mientras el inglés comprendió que ya no merecía la pena seguirles. Habían fracasado en su objetivo.

Discretamente, se retiró por los corredores de la abadía hasta su habitación, donde le esperaba el caballero Alonso de Haro. No les hicieron falta palabras. Sólo con una mirada le bastó al caballero castellano para saber que el inglés no había conseguido capturar la tan deseada y esquivada pieza.

Movimientos envolventes

El juez Dupont había encontrado alojamiento en la posada del Ciervo Gris y había hablado con el exsargento Malefot, que parecía haberle estado esperando allí, como un alma en pena, en su mesa solitaria, durante los últimos días. El juez, que seguía de muy mal humor por los desplantes del abad, se sentó con él y se puso a maldecir al viejo monje, que le había dejado con la palabra en la boca, a lo que Malefot coreó con ganas porque se sabía el principal objeto del odio de Hugo de Monclerc, y que era la causa de su actual desgracia.

Los dos hombres congeniaron bien desde el primer momento. Ambos venían del pueblo y habían deseado subir en el duro escalafón social del reino y se habían colocado —de diferentes modos— al amparo del poder al que habían servido con honradez, pero sin descuidar el interés propio. Con su depurada técnica de interrogador, muy pronto supo el juez que aquel hombre triste no le iba a ser útil en absoluto porque, aparte de no saber nada de interés para encontrar el libro, estaba acabado. Sus vecinos ya no le apreciaban y tampoco podía ir a la abadía, de la que había sido expulsado, sin provocar un nuevo ataque de ira al abad. Tampoco le podía esclarecer ningún punto del pasado. De hecho, al interrogarle sobre el día de la muerte de la condesa, comprendió que el hombre había actuado con diligencia, como lo habría hecho él mismo, con la mala fortuna de que el taimado abad se la había jugado al intentar hacer escapar a su sobrina. De hecho, la muerte de ésta había sido un maldito accidente porque el exsargento nunca hubiera imaginado que la condesa pudiese escaparse ese día, pensándola completamente a su merced. La culpa era del maldito Monclerc, ese viejo correoso que se atrevía a erigirse en su juez cuando era tan responsable, o más que él, de la muerte de la condesa Leonor.

Una vez comprendió que el libro no había salido de allí y que la muerte de Moret, que, según dedujo de la charla con Malefot, había sido debida a la bravuconería del sargento, que había ordenado desenvainar las espadas ante los monjes, entendió también que no podía culparse de nada al abad y, por tanto, no tenía nada que temer de la justicia del Rey. De ahí que esa tarde se hubiese mostrado tan altanero.

Disgustado, el juez se había ido a dormir tras beber una jarra de vino. Había pedido a Malefot que no se fuera del lugar todavía, por si acaso lo necesitaba para algo, y el otro le imploró, con una mirada desolada, que le permitiera irse de Villafranca, después de contarle, de modo patético, que, tras la muerte de Moret y el asalto de la abadía, no podía serle útil ni al él ni al Rey porque todos le hacían el vacío en el pueblo y su vida se estaba transformando en un infierno. A pesar de que el hombre le daba lástima, insistió. Debía tener paciencia y quedarse todavía unos pocos

días más. Cuando todo acabara, le daría la venia para irse a donde quisiera.

Al día siguiente, Dupont se levantó muy temprano y, tras una rápida colación, había hablado con el preboste del pueblo, que le había confirmado a *grosso modo* la versión de la historia de Maleflot, añadiendo que había enterrado a Moret y sus hombres a su costa y que se le debían varios sueldos por ello. Dupont le calló, con su voz autoritaria, y le dijo que le presentara un informe por escrito y que ya se ocuparía de ese asunto, para quitárselo de encima. Aquel hombre no iba a servirles para nada. Luego se había dirigido hacia la abadía. Iba distraído, pensando en sus cosas por el camino que atravesaba el bosque, sintiéndose seguro por la compañía de cuatro de los soldados del Rey que se había llevado como escolta al pueblo, ya que se decía que había unos bandidos muy violentos operando en la región y no había querido arriesgarse a tener un mal encuentro. Se había levantado un aire frío del norte, muy molesto, e hizo el camino protegiéndose de las ráfagas de viento con el embozo de su capa de rico paño de Bretaña. El bosque parecía amenazador bajo la difusa luz de un día nublado y gris que presagiaba tormenta y el juez se alegró de la proximidad de la abadía porque no quería mojarse. Cuando, por fin, vio los muros de Loc Dieu, dio un suspiro de alivio.

El conde de Annecy, que esperaba el ruido de las pisadas de su caballo, salió al patio, a pesar del mal tiempo, para hablar con él, antes de que llegara hasta los edificios. No deseaba, bajo ningún concepto, que continuara el inútil enfrentamiento del día anterior con el abad. La consecuencia del mismo había sido que el monje había escrito ya a su superior intentando enviar el correo por un camino discreto, de modo que los hombres del Rey no pudieran detenerlo, aunque no había contado con la inteligencia del conde, que, de hecho, había dado la orden al jefe de la escolta de revisar a todos los que salieran de Loc Dieu sin excusa, fueran seglares o monjes, deteniéndoles a cierta distancia de los muros de la abadía para evitar que regresaran hacia atrás, a pedir la protección del aguerrido abad.

Y su previsión había dado su fruto. En sus manos estaba el pliego del abad a su superior, en el que le pedía, con tono perentorio, que revocara la concesión del permiso al juez para entrometerse en los asuntos de Loc Dieu, y el correo que había intentado escapar, el guarda Juanote, que había intentado resistirse a los soldados, estaba siendo enterrado en ese momento en una sepultura anónima y profunda en el bosque, para que no pudiera contar a nadie que había sido interceptado.

Impedir que llegaran o salieran comunicaciones del lugar era el método que había usado el mismo rey Felipe V para hacerse con la regencia de Francia, mientras se encontraba en Lyon, en 1316, a la muerte de su hermano Luis X. Así había impedido que su intrigante tío Carlos de Valois usurpara su derecho y le había tomado la delantera. El conde de Annecy, que estuvo a su lado en aquellos días previos al cónclave que llevó a la elección de Juan XXII, había visto la eficacia de la medida y ahora utilizaba los mismos métodos. Si ningún pliego salía de la abadía y ninguno llegaba a Loc Dieu, él podía mantener, durante un tiempo indefinido, el control del

lugar, cosa que pensaba hacer hasta que apareciera el libro.

Pero, de momento, le había parecido más adecuado para sus intereses, que eran los del Rey, mostrarse encantador y diplomático tras los exabruptos del juez a su llegada a la abadía, pero las cosas podían cambiar y era muy capaz de pasar a cuchillo a todos los monjes sin pestañear, si era menester y ello permitía el cumplimiento de su misión, porque lo que estaba en juego ahora no era un estúpido juego de poder, sino la misma vida de su Rey.

El conde entendió que el juez iba distraído en sus pensamientos. Salió del abrigo del soportal que le protegía del molestísimo viento, y saltó al patio, delante de su caballo, de modo que el juez tuvo que tirar de las riendas, para no echarse sobre él.

—Buenos días, juez Dupont —dijo mirándole fijamente con sus duros ojos azules—. Espero que hoy sabréis atemperar mejor vuestro carácter.

—Buenos días, señor conde. No os había visto.

—Sí. Se ve que vais muy ensimismado en vuestros pensamientos. Espero que no pretendáis seguir por el camino de ayer, que fue lamentable.

—Ayer no hice sino actuar según lo que habíamos planeado, señor —dijo, poniéndose a la defensiva.

—Ya, pero no supisteis medirlos. Debíais haberos dado cuenta, como lo hice yo tras sus primeras palabras, de que el abad Monclerc es duro como el pedernal. Me ha decepcionado vuestra falta de perspicacia y de medida.

—Yo sólo quería quebrantarlo, señor conde.

—Pues os aseguro que no podíais haber elegido peor método. El viejo Hugo de Monclerc sigue oyendo, bajo sus hábitos de monje, la llamada orgullosa de su noble sangre, y, ya que antes que monje, fue soldado en la cruzada de san Luis, procurad no ser prepotente con él. No tenéis habilidad para vencer a ese viejo por la dialéctica.

—Os aseguro que sí.

—Dupont, os equivocáis. Vos no tenéis ninguna posibilidad de doblegar al abad. Es como una espada de forja antigua. Nunca se rendirá. No os teme y no teme a la muerte, así pues nada podéis contra él.

—Podemos humillarle y aprisionarle.

—Y haréis del abad un mártir. No. Dejad de decir sandeces. Actuemos con la inteligencia que se nos supone. Lo importante aquí no es la pugna entre el abad y vos. Asumid que el abad ya os ha ganado de antemano. Será lo mejor. Aquí se trata de triunfar en nuestra búsqueda. Eso es lo importante y nada más. Hemos venido a servir al Rey, que nos necesita, y eso es lo único de que debemos ocuparnos. Lo demás es secundario, y si no lo entendéis, coged el camino de regreso a París, que no os necesito para nada aquí, generando problemas.

El juez permaneció callado unos instantes. El conde le estaba poniendo en un verdadero brete. Todo lo que había estado pensando la noche anterior para que el abad cediese se mostraba ahora claramente ante sus ojos, como un intento de triunfar en su amor propio. El conde tenía toda la razón en lo que había expuesto y el juez lo

sabía. Monclerc era indoblegable.

—Me parece, señor conde, que tenéis razón. Veo que he sido un estúpido al actuar como lo he hecho y os agradezco que me hayáis detenido, porque me temo que, de no haberlo hecho, hubiera seguido actuando como un idiota.

—Rectificar a tiempo es muestra de inteligencia, juez. Me congratula que seáis capaz de recoger velas en este asunto, porque es menester hacerlo. Aquí, como os he dicho, ni vos ni yo somos importantes, lo único que importa es poder servir al Rey y llevarle el libro de los templarios que se esconde entre estos muros.

—Así es.

—Pues bien. Tenemos que actuar con lógica y eficacia. En adelante, yo me ocuparé del abad, al que entretendré con mis mejores artes de persuasión, mientras vos, haciendo uso de vuestros poderes, pediréis, con toda la amabilidad de la que seáis capaz, un lugar para hablar con todos los monjes de Loc Dieu.

—El abad se opondrá.

—Contamos de antemano con ello, pero también con el poder del superior del Cister, que, de momento, seguirá siendo válido, porque he detenido al correo que le enviaba el abad Monclerc pidiendo la revocación del que tenéis.

—Me siento avergonzado por mi actuación.

—Pues rectificad; tenemos mucho trabajo por delante. Usad lo mejor que sepáis vuestra inteligencia, que no es poca, porque si no, os aseguro que no estaríais aquí, y procurad averiguar si, en verdad, alguno de los monjes sabe algo que nos pueda guiar por este laberinto sin salida en que nos hallamos en este momento. Es inconcebible que la condesa Leonor fuera capaz de esconder tan bien el libro. Por cierto, os recomiendo que vayáis a ver sus restos a la cripta de la iglesia. Es de una belleza asombrosa y la rodea un aroma de santidad que impresiona. Parece como si se fuera a levantar de su catafalco en cualquier momento.

—Os haré caso.

—No sabéis lo que me alegra oíros hablar así. Lo de ayer me tenía preocupado.

—Pues podéis estar seguro que no volverá a suceder, señor conde. Incluso me disculparé con el abad, si lo consideráis necesario.

—Veo que sois capaz de tragaros vuestro orgullo. Pocos en vuestra situación lo harían.

—Me habéis dado una lección y la asumo. Aquí estamos para servir al Rey, no a nuestro orgullo. Disponed como deseéis.

—Pues lo dicho. Desde hoy en adelante, vais a interrogar a todos los monjes sin excepción y hacedlo con el espíritu abierto. Tenéis que preguntarles no sólo por lo acontecido el otro día, que, de hecho, no nos importa en absoluto.

—Así es. Además he aprovechado el tiempo y ya he hablado con Maleflot y el preboste, y ambos confirman que Moret dio la orden de ataque.

—Más a mi favor, pues, estimado juez. Ya sabemos que Moret se propasó en sus atribuciones y atacó el convento ante la negativa del abad a su demanda. Está claro

que este Monclerc, con su rigidez, sabe hacer que salgan los demonios de la gente.

—¡Decídmelo a mí!

—Por cierto, además de nosotros, en la abadía se encuentran un par de caballeros que despiertan mis sospechas. Se supone que son peregrinos hacia Santiago de Compostela pero, según me han dicho, llevan aquí ya varios días y no atino a comprender a qué esperan para proseguir viaje, si, en verdad, van al sepulcro del apóstol en la lejana Galicia.

—¿No serán templarios?

—No lo creo. No dan el tipo. Los templarios proscritos esconden siempre el rostro y se ocultan en cuanto sospechan que alguien los ha descubierto y os aseguro que nunca permanecerían en un lugar donde ha llegado una hueste de cien hombres del Rey de Francia.

—¿Y de quién se trata?

—Son un caballero castellano y otro inglés, que no se mueven como proscritos, y os aseguro que de eso entiendo. Se les ve de noble origen y altamente corteses, pero no entiendo por qué siguen aquí. Habrá que vigilarles también, si no se van mañana.

—Veo que habéis aprovechado bien el tiempo, señor conde. Yo intentaré hacerlo también desde ahora. Os aseguro que, si alguien en la abadía ha visto algo que nos pueda ser útil, por nimio que sea, se lo sacaré, y, aunque no lo he demostrado desde que hemos llegado, os aseguro que también puedo ser sutil.

—En eso confío, tenemos un asunto muy complejo entre manos, que no se puede solucionar con la espada y habría que actuar de otro modo —dijo, poniendo su brillante mente en movimiento.

—¿A qué os referís?

—Empiezo a pensar que, si no conseguimos nada de modo directo, a lo mejor hay que actuar de modo indirecto. Existe otro modo de hallar el libro, mucho más retorcido; un ritual secreto para invocar el libro, y estoy seguro de que los templarios que acabaron con Moret estaban aquí para realizarlo. Y sé exactamente cuándo debe realizarse. Tiene que ser en una luna llena. Así pues, tenemos cuatro días para descubrir algo por nuestra cuenta, y si no, tendremos que fingir que nos vamos y esperar ocultos a que otros hagan el trabajo por nosotros...

El juez se quedó mirando al conde con verdadera admiración. Aquel gran señor era incluso más listo de lo que le habían dicho. Su mente lo calculaba todo, lo medía todo y lo sopesaba con gran precisión.

—Voy, pues, a ponerme a trabajar, si os parece.

—Hacedlo, juez Dupont. Y poned todo vuestro celo en ello, porque os juro que no vamos a salir de estos muros sin el libro de los templarios. Sea de un modo u otro, lo tendremos. Se lo prometí al Rey y yo nunca dejo una promesa sin cumplir —dijo el conde retirándose del paso del juez, dejándole proseguir hasta el interior de la abadía. Imaginaba que no iba a conseguir nada por más que utilizara sus mejores artes y por eso ya estaba comenzando a planear el siguiente movimiento, que tenía que ser

envolvente y mortal.

* * *

Mientras el conde y el juez hablaban, también lo hacían otros que buscaban lo mismo que él, pero en nombre del Papa, en el seguro refugio de la sacristía de la parroquia de Santiago de Villafranca de Rouergue, lugar que el cura les había ofrecido para que pudieran mantener la discreción deseada por el guardián.

Dado que en Villafranca ya habían acabado las fiestas y todo había regresado a la normalidad, los encuentros debían realizarse a cubierto de miradas curiosas y la iglesia era el refugio idóneo. De hecho, Pedro de Libreville consideraba que había que extremar las precauciones e, incluso, estaba pensando trasladarse a la casa en el bosque que el cura le había ofrecido gentilmente, para evitar murmuraciones en el pueblo sobre su estancia demasiado prolongada en el lugar, aunque, como cobertura, habían lanzado la historia de que el caballero D'Auverne estaba interesado en comprar una heredad por esa zona y que De Libreville le asesoraba.

El padre Sebastián du Plessis estaba en la oscura y tranquila nave de la iglesia, rezando. Se había retirado discretamente después de llevar a sus visitantes hasta la sacristía y había salido de la estancia antes de que el caballero inglés comenzara su relato, sin que el guardián se lo hubiera pedido. El padre comprendía que, por más que le picara la curiosidad, aquél era un asunto de tanta importancia que le sobrepasaba y quería ser de ayuda para los hombres del santo padre. Ya le hablaría el guardián después de lo que considerara que podía saber.

De Libreville y sus otros dos asistentes estaban muy serios mientras escuchaban el relato de *sir* Arturo de Limmerick. El noble caballero narraba con todo detalle sus peripecias de la noche anterior siguiendo al abad y al hermano Raúl por los pasillos de la abadía, en busca del libro. Tras la conclusión del relato de *sir* Arturo, los cuatro se quedaron callados durante unos segundos. Aquello era una mala noticia, aunque previsible. De Libreville no se había esperado que el libro apareciera sin más, la noche anterior, lo cual hubiera sido un verdadero golpe de fortuna. El caso era que estaban como al principio, sin saber dónde hallarlo, pero, ahora, los jugadores se habían desplazado al campo de operaciones y eso cambiaba las perspectivas.

Pedro de Libreville sabía muy bien que le tocaba mover ficha, al menos hacia uno de los lados. Tenía que buscar a los templarios en la torre escondida en el corazón del bosque y hablar con ellos. No se debían dejar pasar los días sin hacer nada, ahora que el Rey había movido a sus alfiles hacia la abadía. El juez Dupont no le era conocido, pero sí había visto, en más de una ocasión, al conde de Annecy en Aviñón, por algún asunto privado del rey de Francia, aunque el noble amigo del Rey, que no le había sido presentado, nunca se hubiera fijado en él. Y sabía muy bien, porque se lo había dicho el mismo Papa, que el conde era uno de los mejores cerebros de la nobleza francesa y un verdadero maestro de la intriga, capaz de moverse con soltura en las

situaciones más complicadas y capaz de todo, por defender los intereses de su señor, lo cual ponía en peligro a todo el que se opusiera a la voluntad del rey de Francia. Su presencia en Loc Dieu implicaba que Felipe V se lo estaba jugando todo a una carta para encontrar el libro.

Era evidente, para el guardián, que el juez tenía la función de escudriñar el campo para encontrar un hilo que les llevara a poder devanar la madeja que seguía manteniéndose anudada. Pero, aunque hubiera muchos ojos pendientes de cada palabra de los monjes, en realidad, De Libreville tenía la seguridad de que no sería por nada que dijera ninguno de ellos que se resolvería el asunto.

Ese convencimiento le había venido de repente a la cabeza, como un afloramiento de su percepción, y supo que había llegado el momento de volver a encontrarse con sus antiguos compañeros del Temple. Tenía que hablar con ellos.

—Creo que voy a tener que ir al corazón del bosque a encontrarme con los caballeros templarios.

Se hizo un pesado silencio que rompió *sir* Arturo con una pregunta.

—¿Podemos saber qué pretendéis con ello, caballero De Libreville? No entiendo por qué deseáis hablar con los templarios. Ellos desean el libro para custodiarlo por ellos mismos.

—Así ha sido hasta ahora, pero quizá yo consiga hacerles ver que el libro estará más seguro en adelante en mis manos.

—¿De verdad creéis que podréis conseguirlo? Yo dudo que nos dejen siquiera llegar hasta ellos sin enfrentarse a nosotros y, desde luego, si lo hacen, después de que habléis con ellos, dudo mucho que nos dejen partir sin más —apuntó el caballero castellano.

—Es un riesgo que tengo que correr. Sólo te necesitaré a ti, caballero De Haro. ¿Serás capaz de volver a encontrar el camino que lleva a El Dedo de Dios?

—Creo que sí —respondió—. Os guiaré como mejor sepa hacerlo.

—Yo os acompañaré también —dijo *sir* Arturo—. Quiero ver a los templarios.

—Pues os aseguro que yo no me voy a quedar solo aquí esperándoos. Así es que iremos todos, con la venia del guardián.

—Muy bien. Agradezco la compañía de los tres. Así estaremos más seguros. Ese bosque es muy antiguo y puede ser peligroso adentrarse en su espesura. Yendo los cuatro, nos precaveremos mejor de posibles amenazas.

—¿Cuándo pretendéis ir allí, De Libreville?

—Pues ahora, amigos míos. Es evidente que, en estos momentos, el juez del Rey debe estar interrogando a los monjes, y lo mejor que podemos hacer es quitarnos de en medio y no llamar la atención.

—En eso tenéis razón. He visto a ese conde husmear por la abadía desde muy temprano y nos miró, cuando salimos, con ojos escrutadores.

—No me gusta que ese hombre esté aquí. Intuyo que lleva consigo una violencia terrible y que se acabará descargando, como una tormenta, arrasando todo lo que pille

por delante. Sólo si encontramos antes el libro y lo ponemos a buen recaudo, se podrá, quizá, evitar el peligro que amenaza a Loc Dieu.

—¿Qué peligro?

—La propia muerte. Annecy es muy capaz de acabar con todos los monjes, si lo considera necesario.

—Pero si los monjes no saben nada.

—Precisamente eso es lo único que está deteniendo la orgía de sangre por el momento. El conde sabe, lo mismo que nosotros, que, aunque el libro está en la abadía, ninguno de los monjes conoce su escondite. Espero que le llegue la información de que la búsqueda del abad y del hermano Raúl de Meudon ha sido infructuosa.

—De eso no os preocupéis. Esta mañana, al poco de sonar las campanas del alba, los corrillos de los monjes se hacían ya eco de la búsqueda frustrada de anoche. El hermano Leonardo ya lo ha publicado a los cuatro vientos.

—Pues probablemente eso les esté salvando la vida. El juez pronto comprenderá que los monjes están completamente a oscuras y se lo comunicará a Annecy. Y estoy seguro de que algo se le ocurrirá a su cerebro diabólico. Hemos de aprovechar el momento en el que su atención está en otro lugar.

En el corazón del bosque antiguo

Pedro de Libreville salió de la iglesia de Santiago con Marc d’Auverne. Los otros dos caballeros saldrían unos minutos después del recinto sagrado para encaminarse directamente al camino de la abadía, que bordeaba el bosque, donde habían quedado con su jefe. Andando con paso rápido, el guardián de los libros secretos y su asistente se dirigieron a la posada del Ciervo Gris, donde moraban, situada en un extremo del pueblo, del lado de la abadía. Iban a buscar los caballos para salir hacia el bosque. Anduvieron en silencio por las calles poco transitadas en ese día gris y frío. Aun así, se cruzaban con algunos vecinos del lugar que ya comenzaban a serles familiares y que les saludaron con corteses inclinaciones, muestras de reconocimiento a su superior rango social.

De Libreville iba muy concentrado mientras andaba. Sentía que las cosas iban a cambiar muy pronto de modo brusco y quería estar bien situado para sacar el mayor provecho de lo que iba a acontecer. Estaba un tanto confuso, porque su percepción estaba actuando de un modo diferente a como lo había hecho en anteriores ocasiones. Parecía como si el propio libro secreto, por su gran poder, la cegara, no permitiéndole ver las cosas tan claras como solía cuando tenía percepciones. En este caso, actuaba marcándole discretamente unas pautas de actuación, pero sin otras referencias. Era como una intuición natural algo reforzada, pero ya no le provocaba incomodidad como al principio en Aviñón. Y sabía que el libro estaba cerca; eso lo percibía todo el rato con claridad, aunque no tuviera ni siquiera un vislumbre del lugar donde se guardaba.

Al llegar al Ciervo Gris, D’Auverne ordenó a los mozos que ensillaran los caballos y, acto seguido, subieron a sus habitaciones. El guardián quería protegerse del frío porque el aire le molestaba mucho e incluso amenazaba lluvia, y el viaje al corazón del bosque podía ser una verdadera pesadilla si no iban bien protegidos. No obstante, supo con toda certeza, mientras se colocaba una sobrepelliz de piel de zorro muy abrigada, que debía proseguir con su intención. Ahora era el momento.

Tras acabar de arreglarse, De Libreville y D’Auverne volvieron a ponerse las gruesas capas de paño y salieron de su habitación, en dirección a los establos de la posada. Allí, los mozos tenían las cabalgaduras ya preparadas. Los dos hombres montaron con agilidad en sus briosos caballos, que se movían con nervio y alegría, después de una inactividad de varios días, y salieron del patio de la posada alejándose del pueblo en dirección al bosque. Se adentraron por el camino que llevaba a la abadía a buen paso, para llegar cuanto antes al lugar, donde habían quedado con los otros dos para proseguir su camino, alejados de la mirada de los curiosos habitantes

del pueblo. El aire arreciaba y silbaba en las copas de los ancianos árboles, que protestaban del rudo zarandeo, como si fueran gigantes molestados en medio de un profundo sueño, pero la lluvia no acababa de caer, probablemente retenida por el viento, en las amenazadoras panzas de las nubes que se veían muy cargadas y bajas.

Ya habían avanzado un buen trecho y se habían adentrado en el bosque, cuando, tras un recodo, unos hombres mal encarados que estaban en medio del camino, les dieron el alto. El que los dirigía era un hombre alto y fuerte, que iba acompañado de cuatro hombres más, dos de pequeña estatura y rostros maliciosos y otros dos más jóvenes y con rostros toscos y poco inteligentes, pero de buenos músculos. Al ser cinco, se sentían seguros de su fuerza y eso les hacía atreverse a atacar a los viajeros, incluso en pleno día.

—Alto ahí —dijo el jefe de los bandidos con voz ruda, que restalló en el aire como un latigazo—. ¿Adónde vais, caballeros?

—No es asunto de tu interés, villano. Apártate inmediatamente del camino, si no quieres que te aparte yo —dijo el guardián impaciente, reteniendo las riendas de su nervioso caballo sin mostrar ningún temor.

—¡Qué bravo parece el señor! —dijo el maleante, con tono de sorna.

—Obedece a mi amigo, malandrín. Apartaos, que no estamos bromeando —dijo el caballero D'Auverne, echando a un lado la capa y sacando la espada de la funda.

—Somos cinco contra uno y medio —chanceó el bandido.

—¡Pardiez! ¡Vive Dios que me estáis hartando y hoy me pilláis con poca paciencia! ¡Quitaos de en medio, si no queréis que os quitemos nosotros de una vez! —gritó De Libreville, sacando también la espada, con un gesto guerrero que asombró a D'Auverne, quien nunca antes le había visto usarla y que pensaba que la llevaba por no destacar de los demás.

—Veamos qué tal se maneja el caballerete —dijo el rufián despreciativamente, mirando a los suyos y sacando de detrás de su espalda una impresionante hacha, bien afilada, que blandió amenazadoramente, acercándose a la montura del guardián, mientras los otros sacaban espadas y cuchillos y se preparaban para masacrar a los dos jinetes tras derribarlos de sus cabalgaduras.

D'Auverne, viendo que el enfrentamiento era inevitable, se lanzó entonces, soltando las riendas durante un instante, sobre los dos hombres que estaban delante de él y, al hacer éstos el gesto inconsciente de apartarse para evitar ser aplastados, les atacó con certeros golpes. El primero de los bandidos recibió un tajo tan fuerte de la afilada espada del francés que casi le arrancó de cuajo la cabeza, cayendo al suelo muerto, en medio de un gran charco de sangre. El otro, que se revolvió para atacar al jinete, con furia, no pudo evitar recibir un pinchazo severo en un costado que le hizo maldecir, cuando intentó apuñalar al caballo, que D'Auverne supo echar hábilmente a un lado.

Viendo que dos de sus rufianes habían caído, el jefe se indignó y se abalanzó contra el guardián, con una agilidad insospechada en un hombre de su gran tamaño.

—Ahora veréis con quién os enfrentáis, caballeros. Hoy vais a dejar el pellejo, además de la bolsa, en medio del camino —dijo el jefe mientras movía su hacha hacia el guardián.

De Libreville le miraba atentamente recordando los enfrentamientos de su juventud con sus instructores templarios. Sabía que aquel patán podía matarle si se descuidaba con un solo golpe, y, no obstante, no sentía ningún miedo. Se dirigió de frente hacia él, con una mirada difícil de sostener. Al enfrentarse con aquel bandido, liberaba hacia fuera sus deseos de matar, soterrados en lo más profundo de su corazón, y en la punta de su espada como estandarte de acero, llevaba sus viejas frustraciones de caballero templario y, sin pensárselo dos veces, esquivando dos terribles golpes del bandido, que estuvieron a punto de acertar en su pierna y en el costado del animal, le asestó un mandoblazo que le arrancó una oreja y parte de la piel del cráneo, provocando que el bandido aullara de dolor.

—Juro que os mataré —aulló.

—Calla, perro, y guarda tus quejas para el infierno —dijo De Libreville, dando al hombretón un severo tajo en el brazo izquierdo, que hizo que manara de la nueva herida abundante sangre.

Mientras, D'Auverne había dado la vuelta a su caballo en pocos metros y se dirigía de nuevo contra los tres hombres que le esperaron preparados para intentar desmontarle. Viendo lo que pretendían, cuando llegó a la altura de ellos, hizo que su cabalgadura diera un quiebro que les desconcertó y, aprovechándose de ello, atravesó a uno de los dos hombres más pequeños con la espada y el malhechor cayó malherido al suelo.

D'Auverne, a pesar de estar pendiente de los hombres que tenía enfrente, estaba admirado de cómo el guardián se estaba enfrentando al enorme jefe de los bandidos, y pudo ver cómo, tras esquivar un durísimo golpe del hacha, De Libreville le dirigía un corte en el cuello que le abrió una arteria, provocando que el tipo chillara como un cerdo al que se le escapaba la vida por la herida, ya que el tajo era mortal.

Los otros dos que quedaban, vieron cómo su jefe caía chillando y acababa muriendo en pocos segundos ante sus ojos. Miraron con temor a los dos hombres y recularon hacia el bosque, pretendiendo escapar de ellos, si les daban la posibilidad. Pero de Libreville tenía sed de sangre esa mañana, una sed antigua que venía de su lejano pasado, y no había de parar hasta saciarla del todo. Dejando al jefe de los malhechores en medio de los estertores de la muerte, se dirigió hacia el más alto de los dos bandidos que quedaban, mientras Marc d'Auverne acorralaba al último.

Sin temor a su acero, que el otro blandía con furia defensiva, el guardián le atacó una y otra vez, disfrutando de su pericia reencontrada, hasta encontrar un hueco en su guardia que le permitió herirle por primera vez. Ante el grito del hombre, De Libreville se encendió, y su espada, ávida de sangre, pareció avivarse, cruel, hasta que pudo saciar su sed atravesando el corazón del hombre rubicundo que cayó a tierra, de rodillas, como no creyéndose que estaba muriendo.

D'Auverne aún seguía luchando con el otro malhechor cuando cayó el cuarto y De Libreville se acercó por si le necesitaba para rematar la faena, pero el asistente del guardián despachó al bandido de modo expeditivo, con un terrible tajo que le atravesó la garganta.

Apenas había acabado de caer el último, cuando, por el camino, del otro lado, se acercaron al galope *sir* Arturo de Limmerick y el caballero Alfonso de Haro. Los dos hombres habían acudido presurosos, preocupados por el ruido de las armas que oían desde la lejanía, no sabiendo qué se iban a encontrar. Al acercarse, quedaron asombrados al ver a su jefe, con el rostro arrebolado y duro de un guerrero y la espada bañada en sangre.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el inglés.

—Pues ya lo veis —dijo D'Auverne—. Parece que nuestro jefe, además de leer sin cesar, también sabe manejar la espada.

—Habéis dado muerte a cinco bandidos entre los dos —dijo De Haro, admirativamente, tras contarlos—. Y sin recibir ni un rasguño.

—Así es. El caballero De Libreville ha acabado con ese gigantón, que era el jefe de los bandidos, y con aquel otro que está allí de bruces —dijo señalándoles—. Y yo con el resto.

—Cada día, nos descubrís una cualidad nueva, señor De Libreville —dijo *sir* Arturo—. Si me permitís decíroslo, este viaje os está sentando de maravilla.

—Estoy de acuerdo —coreó D'Auverne—. Es como si estuvieran aflorando a vuestro exterior cosas que teníais muy guardadas dentro de vos.

—No exageréis —dijo el guardián con modestia—. Hemos tenido fortuna. De hecho, el grandullón estuvo a punto de arrancarme una pierna de un hachazo.

—Más a nuestro favor —dijo De Haro—. En verdad, caballero De Libreville, ahora también sois nuestro jefe guerrero y os diré que me siento muy honrado de serviros.

—También nosotros —asintieron a coro *sir* Arturo y el caballero D'Auverne.

—Bueno. Ya está bien de plácemes. Me alegra que estéis conmigo, ya lo sabéis. Pero debemos olvidar este asunto que no ha tenido mayor trascendencia, gracias a Dios, y seguir a lo nuestro.

—¿Qué hacemos con los bandidos?

—Dejémoslos aquí, en el camino, que seguro que los encontrarán los primeros que vengan o vayan a la abadía —dijo De Libreville—. Hoy pueden estar de fiesta en la región, porque seguro que estos tipos debían ser los malhechores que atacaron al monje y mataron, el otro día, a unos pobres comerciantes de regreso a sus casas, tras las fiestas de Villafranca. Sí. ¡Que se ocupen de ellos los hombres del preboste, que seguro que alguien los avisará!

Nosotros no queremos ser héroes locales, así que es mejor que nadie sepa que hemos sido nosotros los que hemos provocado su muerte.

—Será un nuevo misterio para los del lugar —dijo *sir* Arturo, con una sonrisa.

—Sí, así es mejor. Partamos ahora, antes de que nos vean, y esperemos no encontrarnos con nadie en el camino.

Y dicho esto, De Libreville soltó las riendas de su caballo y se lanzó hacia delante. Los otros tres le siguieron y De Haro se puso en cabeza. Iban callados, protegiéndose del frío viento y de la lluvia, que comenzaba a caer a ráfagas como latigazos helados sobre sus rostros. Cuando llegaron muy cerca de la abadía, De Haro disminuyó el ritmo y los cuatro frenaron sus cabalgaduras.

Iba mirando atentamente para reconocer el lugar por donde los caballeros, guiados por el monje, habían entrado en la espesura. Cuando lo vio, hizo una indicación a los demás.

—Aquí es donde comienza el sendero —dijo De Haro.

—Os seguiremos en fila.

—Será lo mejor, porque es muy estrecho y lo bordean matorrales espinosos y tupidos —dijo haciendo que su caballo doblara hacia el bosque.

No pronunciaron más palabras. La lluvia caía insistente, mojándoles las capas, que cobraban un gran peso, y helándoles. Durante un tiempo indefinido, que fueron un par de horas, siguieron a De Haro por un sendero apenas reconocible, en medio de una cortina de agua, sintiendo que los elementos estaban mostrándoles toda su furia. Y, de repente, cuando estaban en la parte más profunda del bosque, salieron a un claro que era un espacio casi circular, sin vegetación, donde vieron que se alzaban unos enormes megalitos de piedra, dólmenes encadenados en un círculo, como una columnata ancestral que tenía una abertura por un lado y un gran altar de piedra en el medio. Al verlo, el guardián y los suyos comprendieron que aquello debía ser un templo antiguo.

La voz del caballero Alfonso de Haro rompió el silencio en que todos estaban contemplando la enorme estructura pétreo cuando dijo, con voz neutra, como si el asunto no fuera importante:

—Me temo que he perdido el camino.

Durante un instante nadie dijo nada. Estaban en el corazón de un bosque antiguo y oscuro, rodeados de espacios abigarrados con raíces centenarias, matorrales pegajosos, espinosos, y espesos zarzales, que no permitían el paso de un hombre sino a través de las escasas veredas abiertas por los animales salvajes. Del inconsciente les afluyeron en tropel los temores infantiles a los espacios de árboles apretados, que no dejan pasar el sol y que esconden fantasmales peligros, lo cual siempre había sido objeto de leyendas que asustaban a los niños.

El guardián, entonces, tomó de nuevo el mando que le correspondía con una serenidad tranquila que fue como un bálsamo y que hizo que los temores infantiles regresaran a los escondidos lugares de la mente de los caballeros, de donde se habían escapado durante unos instantes.

—Vayamos hacia las piedras del centro —dijo, fascinado por la fuerza del monumento que le atraía por alguna extraña razón—. Allí al menos estaremos a

cubierto hasta que deje de llover.

Y, sin esperar respuesta, encaminó su caballo al paso, hacia el círculo de megalitos. Sentía que aquél era un lugar sagrado, porque le producía la misma sensación que había sentido cuando entró por primera vez en la catedral de París. Estaban entrando en los portales de un gran templo al aire libre, el ara del corazón del bosque. Mientras avanzaba, tuvo la percepción de que allí había alguien, pero no se inquietó. Fuera quien fuese el morador de esos lugares secretos, sentía que no era un peligro para ellos. No obstante, cuando, de detrás de uno de los altos dólmenes, salió un anciano venerable, muy alto, se sobresaltó como los demás, por más que la figura del anciano no se movió del lugar donde había aparecido, y se quedó quieto, esperando su llegada, apoyado en un nudoso bastón, hecho de una raíz del bosque, como si fuera una estatua. Su rostro era hermoso, de piel luminosa y pálida y sus ojos de color amarillo miel. Iba vestido enteramente de blanco, y sus largos cabellos y barba eran también de un blanco inmaculado.

Quizá el sobresalto se debió a que no se había esperado que la presencia que había percibido en su mente se mostrara ante ellos tan deprisa, o quizá a que, conforme se acercaron a la alta columnata, De Libreville supo que estaban ante un hombre de extraordinarios poderes, por una de sus percepciones. Como si el mismo cielo quisiera corroborar sus pensamientos, en ese momento dejó de llover y el viento pareció calmarse, como si se retirara, avergonzado, ante la presencia del venerable anciano, que sólo había levantado levemente el bastón en un breve gesto, para apoyarlo luego, de nuevo, en la sólida roca del antiguo santuario.

—Bienvenidos seáis caballeros perdidos —dijo, cuando De Libreville y los suyos llegaron ante él, con una voz que parecía arrulladora como el murmullo de un arroyo de montaña—. Soy Bertucero, el guardián de este bosque. Y os estaba esperando.

El guardián de los libros le miró a los ojos y sintió algo extraño. Era como si aquel hombre no tuviera edad, como si fuera eterno. Sus tres asistentes se miraban inquietos.

—Yo soy Pedro de Libreville y éstos son los caballeros, Marc d’Auverne, Alfonso de Haro y *sir* Arturo de Limmerick, mis asistentes.

—Sí, lo sé. Venís buscando a los templarios escondidos.

—No podíais saber eso. Nosotros mismos lo hemos decidido esta mañana.

—Estaba escrito, como lo están tantas cosas en el libro del destino. Hoy teníais que venir aquí.

—Vuestro modo de hablar es extraño. ¿Acaso sabéis algo que nosotros desconocemos?

—Yo soy el guardián del espíritu del bosque y conozco los secretos que guarda en su memoria, que es muy antigua.

—Entonces no sabréis mucho de nosotros —dijo De Libreville—, porque nuestra misión no tiene que ver con el bosque.

—En parte sí, caballero. Más de lo que creéis. Los árboles viejos percibieron hace

años el poder del libro que buscáis, al pasar bajo sus ramas, cuando lo trajo una bella joven a la abadía, como también la vieron morir poco después.

—Me asombráis.

—Pensad que los ojos del bosque lo ven todo y me lo cuentan todo.

—Me parece demasiado saber.

—Así es. Pero, oídmeme bien, caballero, estoy ante vos porque tengo algo que deciros.

—Os escucho, anciano. Hablad.

—Vos habéis recibido el don de ver más allá del común de los mortales, como yo. Pero aún es débil en vos la percepción por vuestra resistencia a dejarla fluir.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido, De Libreville.

—Permitidme que os de un regalo que os ayudará —dijo el anciano acercándose hasta De Libreville y tomándole la mano. El guardián de los libros secretos sintió una sacudida de fuerza al contacto del otro y retiró su mano a toda velocidad.

—Lo siento, anciano, pero no deseo nada de vos. De hecho, no os conozco y tampoco sé qué pretendéis de mí. ¿Sois acaso un hechicero que pretende embrujarnos?

—Represento a un poder que está más allá de vuestro entendimiento, según veo.

—Si sois un enviado del infierno...

—No digáis sandeces. Escuchad vuestra percepción, que ya os ha dicho quién soy.

De Libreville miró hacia dentro de sí. En efecto, sentía la fuerza de aquel hombre y también sabía que no había nada de perverso ni de maligno en él.

—Disculpadme. Pero me aturdis y vuestras palabras suenan raras y poco cristianas.

—Yo represento al poder primordial de la Tierra; mi voz es la de los antiguos druidas, los sabios de esta tierra.

—No sois cristiano, pues —dijo recordando la leyenda que le había contado el cura.

—Te resistes a abrirte y a entender. Sea pues, si eso es lo que deseas —dijo mirando de frente a De Libreville—. Encuentra tu destino a tu modo.

—Eso he hecho hasta ahora y eso he de seguir haciendo, con la ayuda de Dios. Responedme, anciano. ¿Qué pretendéis de mí?

—Nada, Pedro de Libreville. Sólo deseaba facilitarte la comprensión de tu don. Pero no me lo has permitido.

—Habéis intentado invadir mi interior.

—Eso ya no importa. Atiéndeme ahora, caballero De Libreville. Es tiempo de que reintegres tu corazón y liberes tu alma de penas viejas. Hazlo a tu modo, pero hazlo ya, porque no puedes estar dividido por dentro. Entonces, te auguro que conseguirás cumplir con la tarea que te ha traído hasta este lugar sagrado. Y cuídate de los servidores del Rey.

—Eso ya lo sé. Estamos aquí por esa razón, aunque nos hemos perdido en nuestro camino.

—No te preocupes por eso. Mi servidor —dijo señalando a una figura encapuchada que estaba a un lado— os llevará hasta El Dedo de Dios. Os encontraréis muy cerca.

—Os lo agradezco.

—Ellos no deben llegar hasta la fortaleza —dijo señalando a los tres asistentes.

—Le acompañaremos hasta el final —dijo *sir* Arturo.

—No lo haréis, si tenéis la cabeza en su sitio. Los caballeros dejarán que entre Pedro de Libreville, y, él sabe por qué, pero ninguno de vosotros podrá acompañarle.

—No nos asustan los templarios.

—No se trata de que probéis vuestro valor, que es incuestionable. Es, simplemente, que no os corresponde —dijo como si le hablara a unos niños díscolos—. Esperad a vuestro señor en el borde del claro del bosque, donde se haya la torre. Nadie le hará daño. Os lo aseguro.

—Así lo harán —dijo el guardián, cortando nuevas protestas de sus asistentes.

—Id en paz; la fuerza del viejo bosque os protegerá —dijo el anciano, retirándose, después de estas palabras, detrás del alto monumento.

De Libreville y sus tres asistentes vieron cómo el encapuchado se dirigía hacia un sendero que salía del claro y le siguieron, mientras les parecía como si las plantas se retiraran para dejarles paso, para cerrarse detrás de ellos, pero ninguno se atrevió a mirar atrás. Se sentían, en ese momento, protagonizando una de esas historias de las que se cuentan a los nietos, muchos años después, ante un fuego de invierno, en un castillo.

Tras una marcha bastante lenta, de poco más o menos una hora, llegaron al claro del bosque donde se alzaba la torre escondida. De Libreville ordenó a los tres caballeros que le aguardaran en el claro del bosque, como le había indicado el anciano Bertucero y, sin hacer caso a las protestas de los caballeros, que deseaban acompañarle por lo menos hasta el portón de la fortaleza, se dirigió solo hacia el lugar —cuya silueta era, en verdad, la de una torre monumental muy antigua— suponiendo, sin equivocarse, que le estarían vigilando mientras se acercaba a la altísima atalaya de piedra, desde las torretas que guardaban la puerta.

—¿Quién va? —preguntó una voz firme, cuando estuvo a tiro de flecha.

—Un hermano —respondió De Libreville.

—Acercaos pues. Y sabed que, si lo que decís no es cierto, aquí entregaréis la vida.

—Me parece justo.

El guardián se llegó con el caballo hasta la puerta y ésta se abrió para dejarle entrar. Un hombre le apuntaba al pecho con una ballesta.

—Me voy a presentar —dijo con parsimonia, mirándole sin ninguna acritud pero con tono severo—. Soy Pedro de Libreville. ¿Quién está al mando aquí?

—El caballero Guillermo de Lins.

—Le conozco. Anunciadme, os lo ruego. Necesito hablar con él.

—Esperad aquí. Desmontad y dadle vuestra espada a ese caballero, mientras voy a hablar con él.

De Libreville se despojó de la espada sintiendo una profunda emoción. Hacía catorce años que no había estado cerca de otro caballero templario y, para él, este encuentro revestía la mayor importancia, por razones personales obvias. Los caballeros llevaban sus capas blancas y los petos de seda con las cruces del Temple. Allí podían usar sus emblemas sin ocultarse, lo cual era un alivio para estos hombres nobles, perseguidos tan injustamente desde hacía unos años. No tuvo que esperar demasiado. Enseguida regresaron los pasos, esta vez de dos hombres.

—¡Dios mío! ¡Es cierto! En efecto, eres tú, Pedro de Libreville. Dame un abrazo, hermano. Te hacíamos muerto —dijo el caballero De Lins.

Los dos hombres se abrazaron y la tensión de los otros desapareció.

—Eso explica el que no haya tenido nunca noticias del Temple. Os veo bien, caballero Guillermo de Lins. Han pasado muchos años desde nuestro encuentro.

—Sí, Pedro. Muchos y muy duros. Pero os voy a presentar a los caballeros que me acompañan. Éste es Felipe de Mons —dijo señalando al que le había apuntado con la ballesta, que ahora le sonreía abiertamente—, y este otro es Arturo de Angueville.

—Encantado de conocerlos, hermanos.

—Igualmente —dijo el guardián.

—Los otros tres que faltan están arriba. Son Ricardo de Osterwood, Juan de Clermont y Renaud de Champris.

—No les he conocido antes a ninguno de ellos.

—No hubierais podido. Osterwood y Clermont estaban en Inglaterra y Mons, Angueville y Champris entraron después que vos, siendo recibidos por el maestre secreto.

—Veo que las cosas han cambiado mucho.

—Sí. Y vos habéis crecido mucho y os habéis hecho un hombre fuerte —dijo contemplando apreciativamente al guardián—. La última vez que os vi, con vuestro padrino, el fallecido gran maestre Jacobo de Molay, teníais dieciocho años. Fue sobre 1307.

—En efecto, caballero De Lins. Tenéis una gran memoria.

—Sí. Eso a veces me sigue provocando pesadillas, porque no consigo olvidar las terribles persecuciones, las agonías de tantos amigos... Pero pasad dentro. Ya me contaréis, ante un buen fuego, qué habéis venido a hacer aquí y quiénes son los caballeros que os esperan en el borde del claro del bosque.

—Me parece bien, porque a eso he venido hasta aquí, caballero De Lins. A hablar con vos. Y os agradezco que me invitéis a pasar, porque estoy helado y muy mojado.

—Pues seguidme. Y dejad vuestra capa a uno de mis hombres, a ver si son

capaces de secarla en el fuego de su chimenea. Subiremos a la estancia superior de la torre, donde estaremos tranquilos y podremos hablar.

—Id delante, Guillermo.

El caballero entró en la torre por la pequeña puerta que daba acceso a la gran mole y se dirigió a la escalera de caracol que había en una esquina de la misma, para subir sus muchos escalones de piedra, hasta la segunda altura de la edificación. Cuando salieron, en la estancia principal de la torre, De Lins señaló al caballero De Libreville un sillón y él tomó otro frente al fuego que ardía en la chimenea, pero, antes de tomar asiento, De Libreville se acercó a la embocadura y se calentó las manos heladas y el pecho, mientras pensaba en la conversación que tenía que mantener seguidamente.

—Os veo muy serio, Pedro.

—Sí, caballero De Lins. Es menester. Tenemos que hablar de cosas demasiado importantes para no estarlo.

—Os escucho pues.

—Ante todo, quiero deciros que sé perfectamente por qué estáis aquí. Buscáis el libro del nombre secreto de Dios que mi padrino, el maestre Jacobo de Molay, dio al caballero Gerardo de Monclerc y que su sobrina escondió en la abadía de Loc Dieu.

—Me acabáis de dejar de una pieza, De Libreville. ¿Cómo podéis saber eso vos? ¿Acaso servís ahora al Rey?

—No, descuidad. No sirvo ni serviré jamás a la ralea asesina que ordenó la muerte de mi padrino y de tantos otros caballeros. Antes la muerte que hacerlo.

—Me tranquilizáis. Pero ¿cómo lo sabéis?

—Es una larga historia. Escuchadme bien porque es importante —y, en breves palabras, resumió para el templario sus peripecias en Aviñón hasta llegar al punto más relevante. De Libreville estaba sopesando hasta qué punto debía ser sincero y se decidió a serlo del todo cuando el templario le preguntó:

—¿Y qué cargo tenéis al lado del Papa?

—Soy el guardián de los libros secretos —dijo, mirando de frente al templario, que se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo decís? Así que es cierto que existe el depósito secreto y, además, resulta que un caballero templario es el guardián de los libros secretos. No sé cómo reaccionar. Sois un servidor del Papa.

—Lo soy. He jurado mi cargo, que es de por vida, y él me ha liberado de mis votos con la Orden. Pero, en lo profundo de mi corazón, sigo siendo templario.

—Estáis en un grave conflicto, amigo —dijo De Lins—. Imagino que también vos venís a buscar el libro.

—Sí. Y ya tengo el cilindro con el manuscrito que está en el depósito secreto.

—¿Y cómo ha llegado hasta vos?

—Lo compró el canciller Duèze a un lombardo.

—Entonces lo sabéis todo.

—Así es. He venido a proponeros un trato. Os pido que lo consideréis con atención. No sé si tenéis un lugar adecuado para guardar el libro, pero imagino que no. Y si no lo tenéis, como creo, tarde o temprano acabaría cayendo en manos del rey de Francia o de otro de los monarcas de Europa. Ahora que el secreto comienza a dejar de serlo, muy pronto todos lo desearán y, como sabéis, no se detendrán ante nada para conseguirlo.

—¿Y qué me proponéis?

—Dádmelo para que lo guarde, con la promesa de que nunca volverá a salir del depósito secreto. El libro es demasiado importante, demasiado sagrado, para que los reyes de hoy intenten usarlo en su beneficio. Además, para vosotros, ahora, es de la máxima importancia manteneros discretamente fuera de la visión del poder.

—Lo que me pedís, De Libreville, es algo muy radical.

—¿Por qué?

—Porque estáis sirviendo al Papa y, por tanto, ya no sois uno de los nuestros.

—Como os he dicho, siempre seré templario en mi corazón. Por eso estoy aquí y os estoy diciendo la verdad.

—Os lo agradezco y os confieso que me hallo un tanto confuso. No me esperaba tener la alegría de hallar a un hermano y la pena de perderlo el mismo día que lo hallé.

—No me perdéis, caballero. Soy leal y siempre lo seré a mis antiguos hermanos. Por eso no me he ordenado, no he tomado mujer ni barragana y no he conculcado ninguno de los principios de nuestra orden. Soy, en espíritu, un caballero del Temple y si he aceptado el puesto que me ofreció su santidad el papa Juan XXII, es porque él mismo estaba contra la orden de disolución de Clemente V y sabe que yo he sido templario.

—Me asombra todo lo que me contáis.

—Lo imagino. No quiero tampoco que toméis una decisión ahora. Meditadlo y decidid cuando lo consideréis.

—Me ponéis en un brete.

—Lo sé, caballero De Lins. Pero tengo que hacerlo. Imagino que no sabéis que el Rey ha movido pieza y ha enviado a la abadía a un juez pesquisidor acompañado de su buen amigo el conde de Annecy.

—A ése le conozco bien. Es un hombre muy peligroso. Si el Rey lo ha enviado, no descansará hasta conseguir lo que busca.

—Estamos de acuerdo en la percepción. Y estaréis conmigo en que hay que actuar de prisa.

—No podemos hacerlo ahora. Ya sabéis que, para invocar el libro, hay que hacer el ritual en luna llena, ante los restos de su último guardián. Y ¿cómo podríamos hacerlo, con ellos allí? Si no se mueven de la abadía, habrá que esperar a la siguiente luna, porque sólo faltan cinco días para ésta.

—A menos que hagamos correr el rumor de que el libro ha sido hallado por

vosotros y llevado a otro lugar.

—¿Y quién podría propagarlo?

—Se me ocurre la persona idónea, caballero De Lins. El exsargento Maleflot, que mató a la condesa y que sigue aún en Villafranca. Si le damos la carnaza bien preparada, podría ir con el cuento al juez y éste, a su vez, lo llevará al conde.

Guillermo de Lins se quedó pensando unos instantes. Aquélla era una idea brillante.

—Aún no he decidido nada, caballero De Libreville. Ni siquiera sé si os dejaré partir vivo de aquí.

—Estoy a vuestra merced. Lo sé y lo acepto. Haced conmigo lo que queráis. No me resistiré ni siquiera si decidís matarme. Se lo debo al juramento que hice cuando entré en el Temple.

—¡Maldita sea! ¡No puedo consideraros un traidor! No sería justo —dijo el caballero De Lins—. Os hemos dejado solo y abandonado durante catorce años y el mismo Papa os ha dispensado de vuestro juramento y, aun así, pudiendo intentar haceros con el libro arteramente, tendiéndonos una emboscada, os habéis atrevido a venir aquí, a contarme la verdad y os ponéis en mis manos. Sois noble y valiente, De Libreville, y esas dos cualidades os dan la libertad. Podéis iros cuando queráis.

—Lo haré cuando vos me lo digáis. Es menester nuestro acuerdo porque hay gran peligro de que el libro caiga en manos indebidas.

—Dejadme pensarlo un rato —dijo levantándose—. Vos podéis quedaros aquí, al calor de la chimenea.

—Esperaré el tiempo que sea necesario —dijo, sabiendo que sus hombres debían estar quedándose helados allí fuera, mientras él comenzaba, por fin, a entrar un tanto en calor—. Aún tenemos varios días para preparar un plan.

El templario se quedó admirado de la sangre fría de su antiguo camarada y se dolió de lo triste del destino, que le había separado de la Orden. Sabía que De Libreville tenía razón en que había que burlar a los hombres del Rey. Pero ¿cómo hacerlo? Había que planificarlo muy bien si querían que Annecy cayera en la trampa. Era un hombre demasiado astuto para ser engañado fácilmente.

Jaque a los del Rey

De Libreville y sus asistentes iban en silencio por el camino que les llevaba de regreso hacia la abadía y Villafranca de Rouergue, que Alfonso de Haro había sabido seguir mucho mejor, y con más seguridad, que en sentido inverso. Los tres se habían quedado muy aliviados al observar cómo su jefe salía de la torre carolingia que ocupaban los templarios, apenas un par de horas después de haber entrado. Ante la muda pregunta que el guardián podía leer en los ojos de sus hombres, les hizo saber, sin más explicaciones, que todo marchaba bien.

La lluvia volvía a caer insistente, molesta, empujada con rabia por el viento. Los cuatro hombres marchaban empapados, a pesar de que iban cubiertos por gruesas capas y sobrepellices, haciendo desagradable el camino, en que sólo veían la grupa del que iba delante porque había zonas donde la fila tenía que ser estricta por la estrechez del sendero. El guardián no se daba cuenta del agua y del viento, abstraído, como iba, en su diálogo interior. Conocía a Guillermo de Lins desde hacía muchos años y le había admirado cuando era niño y luego adolescente y estaba contento de haber confiado en el caballero templario. Estaba seguro de que no se había equivocado con él y que, de su encuentro, sólo podían salir cosas buenas. Desde luego, al menos el caballero estaba dispuesto a colaborar con el guardián para intentar engañar a los hombres del Rey. En eso ambos estaban plenamente de acuerdo. Era importante sacar, como fuera, al conde y a sus escoltas de la abadía, haciéndoles creer que el libro había sido encontrado y que se hallaba en un lugar no demasiado lejano.

Pero, como tanto De Libreville como De Lins sabían que el conde de Annecy no era ningún necio, debía averiguar el medio que hiciera creíble el descubrimiento, y eso implicaba que dos de los templarios iban a correr un serio peligro, porque debían mostrarse de modo reconocible en público, en la taberna del Ciervo Gris, y hablar del asunto, como en secreto, de modo que el exsargento Maleflot les oyera, creyéndose que los estaba sorprendiendo. Éste, sin duda, acudiría al juez, que intentaría detenerlos, y, al tiempo que los templarios, escaparían o morirían en el intento. Esto último es lo que preocupaba al guardián y durante todo el camino de regreso hasta el pueblo estuvo meditando cómo evitar la captura de los caballeros templarios, el cebo que sacara de Loc Dieu al conde y a sus hombres. Pero, por más que le daba vueltas, siempre sentía que el peligro seguía ahí y recordaba las palabras del anciano druida Bertucero, advirtiéndole que se guardara de los hombres del Rey.

De Libreville sabía muy bien que estaban en el momento crucial y percibía que las decisiones que tomaran ahora determinarían quién sería el siguiente poseedor del libro. Él quería emplearse a fondo para que el volumen cayera en sus manos y fuese

el huésped más importante de la torre de los libros secretos, donde sería guardado en la cámara alta, lejos de las miradas de todos los mortales del siglo. No quería imaginar qué ocurriría si el sagrado volumen pudiera caer en manos de Annecy. También sabía que podían contar —a través de los templarios— con la plena colaboración del abad, que les permitiría la oculta celebración del ritual de invocación del libro, ante el cadáver de la fallecida condesa.

—Vais muy concentrado en vuestros pensamientos, guardián. ¿No podemos ayudaros nosotros en nada? —dijo *sir* Arturo con su proverbial cortesía.

—Estoy dándole vueltas desde hace rato a un asunto que me preocupa. Sé que debemos engañar a los hombres del Rey y tenderles una trampa lo suficientemente sutil para que caigan en ella y salgan de la abadía. Llevo dándole vueltas al modo de hacerlo sin que peligren las vidas de los templarios, que se ofrecerán de cebo.

—¿Los templarios van a colaborar con nosotros? —indagó De Haro.

—Así es. Se han comprometido a hacerlo.

—De nuevo nos asombráis, caballero De Libreville. Tenéis una capacidad de persuasión increíble. Pero ¿qué les habéis dicho para que se presten a ello? —inquirió *sir* Arturo—. No puedo ni imaginármelo.

El guardián no contestó a esta pregunta porque consideró que no era procedente que los tres supieran sus antecedentes templarios. No era el momento ni la ocasión para despertar posibles recelos en los suyos.

—¿Cómo lo harán? —preguntó D'Auverne, intentando que el guardián volviera a hablar.

De Libreville les explicó entonces el plan que había ideado de acuerdo con De Lins, y los tres se quedaron pensando, durante unos instantes, como antes lo había hecho el guardián. De repente, habló Alfonso de Haro.

—¿Y por qué no vamos a ser nosotros los que impidan que los hombres del juez, a quien acudirá Maleflot, capturen a los templarios? Podemos ir embozados, de modo que no se nos reconozca, y así estorbaremos su captura.

El guardián se le quedó mirando un instante, mientras lo pensaba. Aquélla era una idea interesante que no había que desdeñar.

—Creo que no es una mala idea, caballero De Haro. Debemos perfilarla un poco más y medir cómo hacerlo para no correr demasiados riesgos de que nos reconozcan, pero quizá sea lo más lógico. Por cierto, ¿cuántos guardias suelen acompañar al juez cada noche a la posada, cuando regresa de la abadía?

—Creo que eran cuatro —dijo D'Auverne.

—Sí. Eso pensaba. Si los caballeros se tienen que mostrar, nosotros nos bastaremos para guardarles las espaldas.

—Desde luego, estáis desconocido, caballero De Libreville.

—Estoy totalmente de acuerdo. Apenas me reconozco yo mismo —dijo el interpelado. Y soltó de repente unas buenas risotadas, que eliminaron la tensión y que los tres caballeros corearon.

Se estaba difuminando mucho la distancia que había separado al guardián de sus asistentes. Las experiencias que estaban viviendo les estaban haciendo conocer bien a Pedro de Libreville. Cada vez les gustaba más y sentían mayor respeto por este silencioso caballero, que tenía casi su misma edad, pero era capaz de asombrarles por su versatilidad y sus conocimientos; lo mismo era capaz de leer un texto antiguo que sacar la espada o planear una conjura. Servir bajo su mando estaba siendo mucho más apasionante, en unos días, de lo que lo había sido estar, durante años, bajo la tutela del anterior guardián. Y si le hubieran preguntado a cualquiera de ellos, los tres hubieran respondido que estaban dispuestos, de verdad, a dar la vida por su superior, y eso no era ya debido al juramento de servicio al guardián sino a la lealtad que Pedro de Libreville se estaba ganando entre sus subordinados.

—Creo que nos hemos ganado una buena jarra de vino en el Ciervo Gris.

—Y que lo digas, caballero D’Auverne —dijo el guardián—. La ronda corre de mi parte.

Sir Arturo y Alfonso de Haro se miraron.

—Vosotros dos podéis venir también —dijo el guardián, respondiendo a su muda súplica—. Si es que os place beber algo en nuestra aburrída compañía.

—Bebería hasta con el mismísimo Satanás, después de este día infernal —dijo De Haro.

—Sea pues. Pero deberéis ponerlos en otra mesa cuando lleguéis, y hacerlo unos minutos después que nosotros. Luego, cuando estemos allí, en público, podemos juntarnos, haciéndonos los encontradizos.

—Me parece una excelente idea —dijo de Limmerick—. Os confieso, caballero De Libreville, que no me apetece nada regresar ahora a la abadía y quedarme allí amodorrado, por más que esté molido de tanto ir a caballo. Mi cuerpo necesita un poco de buen vino y la visión de una buena moza de taberna, a la que dar unos azotes en el trasero.

—Si os oyera vuestro rey inglés, se desesperaría —dijo D’Auverne con chanza—. No pensáis nada en él.

—Si supiera Eduardo lo que pienso de él, os aseguro que no le gustaría en absoluto. Pero no hablemos de cosas desagradables. Por fortuna, el rey de Inglaterra se halla bien lejos. Que siga así y que se quede con su amante, el joven Hugo Despenser, con quien dilapida la riqueza del reino, que yo prefiero una moza de verdad en el amor y en la diversión... además de la compañía de mis amigos.

—Pues luego brindaremos por eso —dijo D’Auverne—. No sabéis las ganas que tengo de llegar ya a la posada. Por cierto, la moza esa del otro día os miraba con ojos tiernos.

—No bromeéis con las cosas serias —dijo sir Arturo haciéndole un guiño—. Que tengo hambre de mujer.

—Pues yo tengo hambre pero de la de aquí —dijo De Haro señalando a su estómago—. En cuanto lleguemos, me comeré un cordero entero, sin dejar nada.

Los otros tres estuvieron de acuerdo. Llevaban todo el día a caballo, bajo la lluvia y el frío y no habían comido nada desde por la mañana. Se habían ganado un buen plato sentados ante el fuego de la gran chimenea del Ciervo Gris y unas buenas jarras de vino que les calentaran el cuerpo.

—Ya estamos muy cerca del camino de Villafranca —dijo Alfonso de Haro—. No penéis más.

—Dios te oiga. No vaya a ser que aparezcamos en otro claro del bosque y no tengo ganas ya de más sorpresas por hoy —dijo *sir* Arturo con tono de chanza.

Los otros se rieron, con ganas, de la nueva broma. Reinaba entre ellos un espíritu de camaradería perfecto y Pedro de Libreville se sentía feliz por tener unos asistentes como los tres caballeros.

* * *

El conde de Annecy estaba aburrido. Llevaban ya cuatro días en Loc Dieu. Las pesquisas del juez interrogando a los monjes no habían dado ningún resultado y sus conversaciones con el correoso abad de Monclerc estaban en punto muerto. Sólo habían escuchado versiones de lo mismo. Nadie recordaba haber visto a la condesa esconder el libro. Nadie recordaba nada y todos estaban de acuerdo en que Moret había asaltado la abadía y que, si no hubiera sido por los guardas y los caballeros, lo hubieran pasado muy mal.

Uno tras otros, los más de treinta monjes repitieron la misma historia hasta la saciedad. Era como si tuvieran una conciencia y unos recuerdos globales, donde los de uno y otro se habían entremezclado hasta confundirse, como si todos hubieran visto lo mismo aquel día de la muerte de Leonor de Monclerc, así como los días anteriores. Nadie recordaba que la condesa llevara nada. Sí sabían que había algo escondido, quizá un libro, según creían, pero sin estar seguros y, desde luego, desconocían su paradero. Siendo Roberto de Annecy como era, un hombre exigente consigo mismo, lo mismo que con los demás, aquello no le gustaba nada. Estaban entrándole ganas de pasar a cuchillo a unos cuantos monjes, por ver si la violencia pura desataba las lenguas de aquellos inútiles, pero su intuición le decía que tampoco sacaría nada en claro.

Y, además, pasaban cosas raras e inexplicables, en los alrededores, que tampoco le gustaban. Hacía tres días, al ir hacia Loc Dieu, como cada mañana, desde Villafranca de Rouergue, el juez y su escolta se habían encontrado en medio del camino cinco hombres muertos, de los cuales, dos estaban casi decapitados y los otros tres, atravesados por grandes espadas. Como se lo habían pedido, el monje Raúl de Meudon, acompañado del abad y del guarda René, que les escoltó hasta el pueblo, había ido a ver sus cadáveres, y el hermano no había dudado al reconocer a los tres que lo habían asaltado. Los otros dos debían haberse incorporado posteriormente a la banda. En Villafranca todos estaban aliviados porque la muerte de los cinco bandidos

suponía el fin de la inseguridad que éstos habían provocado, aunque no había a quién felicitar. A pesar de que se trataba de bandidos, por los que, incluso, se había ofrecido una recompensa en oro, de la que el preboste había informado en un bando municipal, nadie había reivindicado su muerte y los matadores quedaban envueltos en el misterio y en los corrillos del pueblo se oían las más diversas posibles explicaciones, algunas, incluso, bastante fantasiosas. Pero el conde de Annecy era, ante todo, un hombre pragmático y no creía en cosas que no se podían ver y palpar, excepción hecha de la Santísima Trinidad y la Virgen María. Por eso, para él, el que nadie hubiera reivindicado la muerte de los bandidos no quería decir que los que los habían matado también eran proscritos, aunque de otra índole, y eso le preocupaba, porque imaginaba que los que habían acabado con los malhechores eran, probablemente, caballeros templarios que debían estar escondidos en algún lugar cercano.

El conde también había pensado en los dos caballeros, el inglés y el español, que residían en la abadía y que ese día habían estado fuera del recinto hasta tarde, pero no se le ocurría ninguna razón para que dos nobles honrados no reivindicaran la muerte de unos bandidos, por las que, sólo iban a recibir felicitaciones sino, incluso, una recompensa en oro.

Ya que no había tenido otra cosa que hacer —no había podido siquiera salir a cazar, por la insistente lluvia, que no cesaba de caer durante los dos días anteriores—, había estado cavilando sobre ese asunto y había decidido desplazarse hasta Villafranca de Rouergue, para averiguar si había alguien allí que pudiera ayudarle a avanzar en la investigación.

Llegó al lugar con una lluvia molesta que le irritaba por su insistencia. El preboste se había volcado obsequiosamente con él, mostrándoselo todo, aunque, bajo el aguacero constante, no había encontrado nada que fuera de su especial interés. Por contra, le había llamado la atención un caballero que se cruzó con él en medio del pueblo, por su porte noble y su rostro inteligente. Iba acompañado de otro y les había visto entrar en la iglesia. Siendo de natural curioso e inquisitivo, había preguntado al preboste quiénes eran aquellos individuos y éste, a su vez, había trasladado la pregunta a los dueños de las posadas. Enseguida informó al conde de que se trataba de unos nobles caballeros de nombre Marc d’Auverne y Pedro de Libreville, procedentes de Nimes, cargados con buenas bolsas de oro y de estancia en el pueblo con el fin de comprar algunas heredades. Eso era tan aburrido y obvio que le hizo perder todo interés por los dos.

El conde de Annecy sólo deseaba una cosa en ese momento: dar con una clave que le llevara hasta los templarios o hasta el libro. Sentía frustración por no encontrar nada con lo que dar una esperanza al Rey de una pronta solución. Además, acababa de recibir una misiva de su monarca, preguntándole por el resultado de sus gestiones, en un tono tan lastimero, que mostraba, sin lugar a dudas, la angustia de Felipe V de Francia por el progreso de su enfermedad y su necesidad de que le llevaran, cuanto

antes, el libro que podía sanarle.

La preocupación del conde era evidente. Sabía que mientras ellos estuvieran en la abadía, los templarios no osarían mostrarse. Si eran los que habían matado a los bandidos, como sospechaba, estaban cerca y se movían con soltura por la zona, protegidos por el abad y sabe Dios por quién más, porque en aquella zona había habido, en los últimos tiempos, rebeldes y herejes. Antes de partir del pueblo, pidió que le trajeran a su presencia al exsargento Maleflot, cuyo feísimo rostro, adusto, entristecido y amedrentado, fue una visión repulsiva que el conde procuró soportar lo menos posible porque hería su sensibilidad de hombre de buen gusto. Maleflot era un tipo de hombre, a la defensiva, que le irritaba sobremanera. Su relato fue banal, anecdótico y fastidioso y el conde pensó que, en el fondo, el libro se había perdido por la ineptitud de aquel exsargento, que nunca debía haber dejado en un subordinado la tarea de encerrar a una presa como la condesa. Mientras oía el relato de su desastrosa actuación, Roberto de Annecy sentía la necesidad de golpearle, pero se retuvo. Cuando acabó el relato, comprendiendo que aquel pobre diablo acabado no tenía más que decir, sin siquiera despedirse, se levantó y se fue, dejando al exsargento en un estado de profunda incomodidad e inseguridad.

Maleflot se dirigió entonces a la taberna del Ciervo Gris, sintiéndose una piltrafa humana. Se sentó en el rincón más oscuro de la sala, ante una jarra de vino. Aún era pronto y apenas había concurrencia, pero a él le daba igual. Esa tarde pensaba emborracharse a conciencia, hasta quedar inconsciente. La actitud del conde para con él había sido peor que una bofetada. Se había sentido un gusano miserable, que el enviado del Rey ni siquiera se había molestado en aplastar, por puro asco. No se daba cuenta de nada, en esos momentos, que no fuese su malestar interior y su autocompasión. Incluso su mujer, la moza que tanto le había querido, le había abandonado dos días atrás y se había ido, en pleno día, con un comerciante de Albi. Incluso los niños se reían de él al pasar. Y en ese momento decidió que no iba a permanecer ni un día más en Villafranca de Rouergue. Esperaría para emborracharse hasta que regresara el juez Dupont de Loc Dieu, como cada día, y le haría saber que no podía seguir por más tiempo allí. Al día siguiente cogería su caballo y se largaría de Villafranca, para no regresar jamás.

Y mientras el exsargento se acurrucaba en un rincón, era atentamente observado por De Libreville y D'Auverne. Éstos se alegraron al contemplar la mesa que el agobiado hombre había escogido, que le permitía pasar casi desapercibido, detrás de una columna de madera. No tenía ninguna vista de la sala, pero era perfecta para escuchar las conversaciones de las mesas cercanas, sin que se dieran cuenta de que eran observados. El lugar era perfecto para el desarrollo de la función, que iba a representarse un poco más tarde, cuando cayera la tarde y se comenzara a llenar la taberna de parroquianos y comerciantes, ávidos de beberse una buena jarra de vino o de cerveza que les hiciera entrar en calor, antes de retirarse a descansar.

El guardián y su asistente se quedaron charlando de cosas banales ante el fuego

de la gran sala de la posada. Al cabo de una hora, entraron los caballeros *sir* Arturo de Limmerick y Alfonso de Haro y, unos instantes después, se les unieron ante el hogar, iniciando una conversación sobre propiedades de la región que era bastante banal y aburrida, pero que deseaban que todos escucharan. De hecho, De Libreville y D'Auverne habían pasado los dos últimos días visitando varias propiedades en Villafranca y varias fincas en los alrededores, para estudiar su posible adquisición. Aunque era lo último que les apetecía, se habían obligado a hacerlo con la disciplina de quien, realmente, desea adquirir una propiedad, preguntando por todo aquello que era importante, como los pastos, el ganado, las cosechas que daban y otros mil detalles anodinos. Aquello era menester para no levantar sospechas. Si el engaño no prosperaba, aún deberían permanecer un tiempo en el lugar. Los dos caballeros peregrinos deberían partir porque nada justificaría su detención en el lugar, salvo la moza de la taberna que *sir* Arturo trataba con asiduidad, en parte por vocación y deseo de satisfacer sus apetitos carnales, y en parte para justificar que siguieran allí.

El tiempo transcurrió deprisa y, al caer la tarde, el local comenzó a llenarse de parroquianos, como los caballeros habían previsto. Para que nadie les quitara la mesa, De Libreville y D'Auverne se despidieron de sus amigos, sentándose en la mesa que esperaban fuese ocupada por los caballeros templarios, que aún no habían llegado. Mientras, Alfonso de Haro y su compañero, *sir* Arturo, se acomodaron frente al fuego y la hermosa moza, que entraba a servir en ese momento, se ruborizó al observar cómo, el caballero inglés que tanto le gustaba y que tantos besos y caricias le había robado en un rincón del patio, estaba allí, mirándola con sus ojos claros, que tanto le hacían soñar por las noches.

Media hora más tarde, entrada ya la noche, los dos caballeros hicieron acto de presencia. El guardián estuvo a punto de dar un salto cuando vio al propio caballero Guillermo de Lins acompañado del caballero Renaud de Champris. No había querido que nadie arriesgara su vida por él y el resultado era que allí estaba en persona, para servir de carnaza.

Como si siguieran el compás de una danza bien estudiada, los dos caballeros se dirigieron hacia el rincón donde estaban los otros, al ver que se levantaban, y les preguntaron si dejaban la mesa libre. De Libreville y D'Auverne, sin afectar conocerles, asintieron, retirándose a sus aposentos. Se iniciaba la parte más compleja del plan. Había que tirar el cebo y que el exsargento lo mordiese. El caballero De Lins y su compañero portaban capa oscura, discreta, y capuchas. Pretendían aparentar que querían pasar desapercibidos, pero ajustaron el tono de voz de su conversación para que pareciera privada y confidencial.

Había el suficiente bullicio para que los dos caballeros hablaran sin que nadie más, salvo Maleflot, se enterara, porque la otra mesa contigua estaba oportunamente vacía. Había llegado el momento de que el exsargento les oyera hablar. Y también se acercaba la hora en que el juez Marcel Dupont regresara de Loc Dieu.

—No me gusta el ambiente de Villafranca. Hay demasiados hombres del Rey por

los alrededores. Aunque estén acampados frente a la abadía de Loc Dieu. Debíamos habernos quedado en la habitación y descansar, para partir por la mañana temprano. No sé si ha sido una buena idea la de bajar a tomar algo aquí. Es peligroso para nosotros —dijo Guillermo de Lins, con un tono que le aseguraba la atención de Maleflot, que, al oírles, dejó de rumiar sus desgracias para atender a la conversación de sus vecinos.

—Exageráis, caballero De Lins. Aquí estamos seguros. No hay soldados entre los parroquianos y creo que nos hemos ganado una buena jarra de vino, ahora que el libro escondido obra en nuestro poder.

—No mencionéis el libro aquí, caballero Renaud. No seáis imprudente.

—No os preocupéis tanto. No hay por qué. Y celebremos que por fin lo hemos recuperado. Y pensar que, durante todos estos años, pensábamos que la condesa lo había escondido dentro de la abadía.

—En verdad, ha sido una fortuna descubrirlo.

—¿Quién hubiera dicho dónde se encontraba? Si no llega a haber sido por ese afortunado azar...

—Bueno, dejad el asunto. El caso es que ahora va camino de un lugar seguro.

—Sí, en eso tenéis razón. Y está bien que lo celebremos. Parece casi un milagro.

—Era lo justo. Cuando se enteren el conde de Annecy y ese maldito juez real, será demasiado tarde y estaremos fuera de su alcance. Mañana por la tarde nos juntaremos con los demás en el cruce de la entrada de Cordes sur Ciel y luego...

—Me encanta ese pueblo en lo alto de la sierra.

—Sí, se encuentra en un hermoso paraje. Os lo reconozco. Tiene una vista privilegiada.

—¿Y de allí partiremos al lugar secreto donde el libro reposará para siempre?

—Vos no iréis, caballero de Champris. Sólo dos personas le acompañaremos. Es lo más seguro para el libro.

—Si así lo consideráis, me parece bien. Brindemos por el éxito de nuestra misión y por el fracaso de los del Rey, que Dios confunda —dijo Renaud.

—Para que el rey leproso de Francia se hunda en el infierno con su maldito progenitor. Yo, el caballero Guillermo de Lins, le deseo una horrible muerte.

Y ambos hombres brindaron con las jarras y dieron un buen trago.

El señuelo había sido tirado. Ahora sólo era necesario esperar la reacción. Para ello tenían que retirarse de la sala, algo que hicieron poco después, sin mirar atrás. No podían arriesgarse a que Maleflot sospechara que todo era un ardid para engañarle.

Maleflot había mordido en el anzuelo. Había retenido el nombre de los dos caballeros templarios y casi se cae del banco cuando escuchó que tenían en su poder el maldito libro que había provocado todas sus desgracias. La conversación de sus vecinos de mesa le despejó por completo de los vapores del alcohol y, mientras seguía con atención cada una de las palabras que pronunciaban, procuró esconderse bien, arrinconándose detrás de la columna de madera, que ocultaba su rostro,

procurando no ser visto, porque reconoció la voz de aquel caballero templario que había acabado con la vida del sargento Moret, lo cual daba veracidad a la historia.

El cerebro del exsargento comenzó a funcionar, entonces, a toda velocidad. Parecía que el libro no estaba en sus manos, sino que eran otros los poseedores. Si los dos caballeros se alojaban allí, tenía que saber en qué habitación. Ése era el primer paso. A continuación, informaría al juez, en cuanto llegara. Que él decidiera si lo mejor era seguirles hasta Cordes sur Ciel, esa pequeña aldea suspendida de un risco, o si se les detenía e interrogaba ahora.

Esperó hasta que llegaron casi al fondo de la gran sala y se levantó de la mesa para seguirles discretamente. No le importaron las chanzas que oyó al pasar sobre su cornamenta, que le dirigieron algunos maliciosos aldeanos. Ahora, eso era lo de menos. Lo único relevante era seguir a los caballeros que habían salido de la sala. Maleflot salió detrás de los dos hombres y no se dio cuenta de que era seguido por los caballeros D'Auverne y De Libreville. El guardián y su asistente tampoco deseaban ser vistos por Maleflot. Sólo querían comprobar que seguía a los otros y que su salida se debía a causas fortuitas. Cuando comprobaron que se detenía al ver entrar a los otros en una habitación, supieron que la trampa había dado resultado y se retiraron para no ser descubiertos.

Maleflot se quedó esperando, nervioso, la llegada del juez Dupont. Salió al exterior para aguardar su llegada en el patio, pero el helado viento y la lluvia que comenzó a caer le hicieron desistir de su empeño y entró de nuevo en la posada, para esperar como un perro guardián a la puerta de su habitación, porque no deseaba regresar a la sala de la taberna y convertirse en el centro de todas las burlas.

Cuando, por fin, llegó el juez, Maleflot se le arrojó encima, nervioso y agitado. Dupont le ordenó que se tranquilizara con voz seca y dura. Maleflot se disculpó por las formas, pero le informó que tenía algo importante y urgente que decirle. Dupont venía malhumorado de la abadía, donde sus pesquisas no habían avanzado, y aceptó recibirle en su habitación para escuchar sus confidencias.

Cuando el juez oyó a Maleflot, su primera reacción fue de incredulidad. Aquello no era posible. ¿Cómo podían los caballeros templarios haber encontrado el libro fuera de la abadía?

—Seguro que es una trampa, Maleflot —dijo con tono dubitativo.

—No lo creo así, juez. Reconocí al caballero Guillermo de Lins, el jefe de los templarios que estaban en la abadía aquel día... Él mató al sargento Moret, y su acompañante, Renaud de Champris, estuvo con él junto a otros cuatro caballeros. Les recuerdo bien. Hablaban en voz baja, pensando que nadie cercano les oiría. Yo me encontraba en la mesa que hay detrás de la columna de madera de la sala. Cuando se levantaron y subieron a su habitación no se percataron de mi presencia.

—¿Siguen aquí ahora? —preguntó el juez, mostrando un súbito interés por el asunto.

—Sí, juez. Están en la habitación del fondo del pasillo. ¿Qué tipo de trampa es

ésa que les pone a nuestra merced?

Dupont se puso a pensar. Capturar a los dos templarios sería un verdadero golpe de efecto y el conde estaría encantado. Sin pensárselo dos veces, salió de la habitación y bajó las escaleras, para entrar en el salón de la posada, donde los cuatro guardias de su escolta estaban sentados en una mesa. Con una mirada, le bastó. Los cuatro hombres se levantaron y se dirigieron hacia él. Los hombres del juez salieron discretamente de la posada. Una vez fuera, les comunicó que, en las estancias, había dos caballeros templarios que tenían que ser capturados para un interrogatorio. La mejor manera sería derribar la puerta y cogerles por sorpresa antes, de que pudieran desenvainar las espadas. Para ello, tenían que ser silenciosos y actuar deprisa. No podían cometer errores. El asunto era importante y no podían fracasar. Los guardias, soldados veteranos, se pusieron inmediatamente en acción. Subieron en silencio los escalones de madera, que crujían a cada paso, y se dirigieron por el pasillo hasta la última habitación. Cuando llegaron ante la puerta, desenvainaron las espadas. Ahora todo dependía de que la puerta resistiera al puntapié que le iba a dar el más fuerte de ellos. Si vencía al primer golpe, tenían muchas posibilidades de capturarles con facilidad; de lo contrario, probablemente venderían caras sus vidas.

El jefe de los guardias dio la orden y todos se prepararon. El puntapié abrió de par en par la puerta y los cuatro hombres entraron en la habitación, dirigiéndose a los dos templarios, que se habían levantado de sus camastros con tanta rapidez, que estuvieron a punto de sacar las espadas.

—Atrapadles —dijo el juez desde fuera, con su desagradable voz.

Guillermo de Lins y Renaud de Champris habían sido sorprendidos y no pudieron defenderse con sus armas porque los cuatro soldados se les echaron encima. Luego, tras ser duramente golpeados por los guardias, quedaron magullados e inconscientes en el suelo.

—Id a buscar unas cuerdas. Los quiero bien atados para cuando despierten. Tengo que interrogarles a fondo —dijo el juez, relamiéndose de su gusto por el triunfo que suponía la captura de aquellos proscritos templarios.

Uno de los guardias salió de la estancia y regresó al poco tiempo con ellos y con el dueño de la posada, que subía preocupado y asustado ante el estrépito de la rotura de la puerta del piso superior. El juez le envió de nuevo al primer piso, sin responder a sus preguntas, diciéndole que se trataba de un asunto del Rey.

Luego, cuando el posadero se retiró, los dos hombres fueron sentados y atados, de pies y manos, a los brazos y las patas delanteras de las sillas de la habitación, mientras seguían inconscientes. El juez miró los escasos enseres que tenían en la habitación. Aparte de sus vestiduras y espadas, sólo había un morral que llevaba unas mantas y una cruz templarí con unos símbolos escritos. Una vez comprobado que no escondían el libro en la habitación, ordenó que le trajeran un jarro de agua. Había que despertar a aquellos dos hombres e interrogarles.

Mientras el juez se preparaba para el interrogatorio, De Libreville y sus asistentes permanecían en su habitación, en el extremo opuesto del pasillo. La rápida intervención del juez había desbaratado el plan original, en que los caballeros serían ayudados por los hombres del guardián y escaparían. Ahora había que tomar una decisión. No se podía dejar que el juez los entregara al conde de Annecy, que, sin duda, los mataría tras intentar arrancarle el secreto del libro. De Libreville estaba dándole vueltas a un nuevo plan y quiso consultarlo con sus hombres.

—Tenemos que liberar al caballero De Lins y a su ayudante, pero de un modo que sea beneficioso para que el plan no se venga abajo y que no nos descubran.

—Si eso es lo que deseáis, implica que deberemos matar a los cuatro guardias y al juez —dijo *sir* Arturo.

—No puede ser. El juez no debe morir. Tiene que hablar con el conde y contarle todo. Tendremos que esperar un poco y dejar que les interroge. Dado que éste no es el lugar adecuado, no puede hacerles más daño del que ya les han hecho, hasta que no se los lleve consigo a la abadía; por eso, creo que, de momento, aunque estén en peligro, éste es relativo. Incluso si lo pensamos bien, el hecho de haberles capturado hace más creíble la historia. Nosotros deberemos pasar por templarios encubiertos.

—Entonces habrá que esperar a que el juez se retire a descansar —dijo D’Auverne.

—Siempre y cuando no se le ocurra enviar un mensaje a la abadía.

—Buena puntualización, caballero De Haro. Bajad vos a asegurarnos de que están ahí todos los caballos de la escolta y, procurando que no os vea nadie, cortadles las bridas. Así, aunque el juez les dé la orden de ir a buscar al conde, no podrán montar deprisa, y nos dará tiempo a detener al mensajero. Y luego, subid de nuevo.

—Es una pena que nuestra habitación se encuentre al otro lado del pasillo —dijo *sir* Arturo.

—Sí. Deberíamos haberlo previsto. De todos modos, estamos perfectamente colocados para impedirles salir. Dejad la puerta entreabierta y veamos qué ocurre. ¡No sabéis lo que me molesta que los templarios tengan que pasar por este mal trago! Siento como si les hubiéramos fallado.

—No os lamentéis, caballero De Libreville. Los dos están vivos y, si Dios quiere, los sacaremos de ésta —dijo *sir* Arturo—. No olvidéis que son guerreros y proscritos. Se las habrán visto en situaciones incluso peores.

—Puede ser —dijo el guardián—. Pero asegurémonos de que hacemos todo lo que esté en nuestra mano para evitarles mayores males. No me perdonaría a mí mismo que el juez matara a De Lins y a Champris.

—Eso no acontecerá, caballero De Libreville. Somos cuatro, como ellos. Creo que lo mejor será que intentéis dormir un poco, para estar descansados —dijo *sir* Arturo—. Yo vigilaré por un resquicio de la puerta. Así veré cuando sale el juez y,

entonces, cuando se introduzca en su habitación para dormir, después de haberles interrogado, yo os despertaré y atacaremos a los guardias.

—Es un plan arriesgado. Pueden matar a los templarios.

—Sí. Pero seguro que prefieren la muerte, a caer, mañana en manos del conde.

—También podríamos atacarles en el camino —dijo D'Auverne.

—Ése es un riesgo demasiado grande. No sabemos las intenciones del juez Dupont. ¿Y si mañana se le ocurre pedir ayuda del preboste y de los alguaciles municipales...? No. Definitivamente no —dijo De Libreville—. Atacaremos a los guardias de madrugada. Es el mejor plan. E iremos bien embozados, porque, aunque la idea es matar a los cuatro, hay que procurar dejar al juez sin sentido en cuanto asome la cabeza, así evitamos sus voces y que nos reconozca. Y cuando despierte, los pájaros habrán volado.

Todos asintieron. De Libreville se echó a dormir en su camastro y D'Auverne y De Haro se apretaron en el otro.

* * *

Entretanto, el juez había conseguido despertar a los dos caballeros templarios, que comprendieron, inmediatamente, lo que había acontecido. Ahora, su salvación estaba en las manos de De Libreville. El caballero De Lins, con un aplomo que arrancaba de su templado corazón, reaccionó como si aquello formara parte del plan, asumiendo que, en algún momento, los liberarían, y decidió mostrarse despreciativo, pero dando al juez algo de información que corroborara lo que el exsargento Maleflot le había contado antes. Era un juego arriesgado, pero el premio merecía la pena.

Dupont recibió con una sonrisa los insultos de los caballeros y luego inició el interrogatorio, propinándoles los guardias algunos golpes, siguiendo las órdenes del juez. El dolor en los caballeros estaba más en la honra que en el físico. Los dos se mantuvieron en silencio durante unos minutos. Luego, tras recibir un duro castigo por parte de los guardias, cuando consideraron que ceder era ya aceptable y que no despertaría sospechas, el caballero De Lins, simulando doblegarse ante el castigo, comenzó a hablar del libro secreto y del encuentro del día siguiente con los otros caballeros —e incluso le informó que eran veinticinco hombres los que iban a encontrarse en Corde sur Ciel, al atardecer—, mientras el otro le afeaba su conducta, entre las risas de los soldados y el contento del juez.

Eran casi las dos de la madrugada cuando, dándose por satisfecho, Dupont decidió retirarse a dormir. Estaba tan satisfecho por la captura y la historia que le había contado el caballero templario que incluso felicitó a Maleflot, quien pensó que, por fin, había algo de justicia. Ante su petición, le permitió que se quedara con los guardias vigilando a los prisioneros. Éstos se quedarían en su habitación, atados a las sillas, durante toda la noche. Que durmieran, si podían, tras el castigo recibido y la incomodidad de la postura. Dupont ordenó que dos de los soldados se quedaran

despiertos, mientras los otros dos descansarían en los camastros de los caballeros. De Maleflot ni se ocupó. ¡Que el pobre diablo hiciera lo que quisiera! Al fin y al cabo, él era el héroe del día. Que disfrutara de su momento de gloria. Al día siguiente, por la mañana, enviaría a buscar al conde a primera hora y que él mismo comprobara, de boca de los prisioneros, la historia. Más tarde se trasladarían a Corde sur Ciel, a por el libro. Cuando se tumbó en su camastro, en una habitación situada en medio del pasillo, se quedó dormido enseguida.

* * *

Sir Arturo despertó a Pedro de Libreville y a los otros dos asistentes en cuanto vio que se cerraba la puerta de la habitación del juez. Los tres se alzaron de los camastros inmediatamente. *Sir Arturo* les dijo que, hasta el momento, todo ocurría como habían imaginado. Eso tranquilizó al guardián. Los cuatro hombres decidieron esperar un buen rato, para dar tiempo a los soldados a que se relajaran o se durmieran. Estaban seguros de que los otros no imaginarían que alguien les podía atacar esa noche. Para ellos, aquélla era una vigilancia de trámite.

Una hora después, De Libreville dio la orden de atacar. Los cuatro caballeros iban con las espadas desenvainadas y envueltos en largas capas encapuchadas, que les hacían parecer sombras fantasmales por el pasillo. Haciendo lo mismo que los soldados del juez unas horas antes, avanzaron en silencio, procurando no hacer ruido. Cuando se acercaron a la puerta de la habitación, comprobaron que estaba entornada, porque la trabilla de la misma se había roto con el golpe y había quedado algo descolgada de un lateral.

¡Un golpe de fortuna!, pensó De Libreville, e hizo un gesto a los suyos que se colocaron de modo que pudieran entrar en la habitación, juntos, casi a un tiempo, pero sin el estrépito de antes.

Los cuatro hombres entraron y tuvieron la fortuna de que uno de los guardianes se hallaba a espaldas de la puerta, recibiendo una estocada de D'Auverne, que le atravesó el pecho, cayendo muerto antes de enterarse siquiera de lo que estaba ocurriendo. El otro soldado de guardia lanzó un grito de alarma que despertó a sus compañeros, aunque la espada de *sir Arturo* cortó en seco el aviso, al segarle la garganta de un certero tajo.

De Libreville atravesó De Haro se ocupó del otro, que apenas tuvo tiempo de tomar su espada. Maleflot veía cómo caían los soldados a su alrededor y comprendió que todo estaba perdido. El guardián se encontraba a su lado y parecía asequible herirle, desempuñó rápidamente un puñal del cinto e intentó clavárselo apresuradamente a De Libreville, que, viéndolo en el último segundo, lo esquivó, aunque la hoja le hizo una herida.

—Os mataré, proscrito —dijo el sargento.

—No lo creo, bribón cornudo —dijo D'Auverne, yéndose hacia el sargento, y

clavándole la espada por el costado, que le atravesó el corazón.

Maleflot cayó, fulminado, al suelo, con los ojos vidriosos abiertos, como si no acabara de creerse tanta mala fortuna. Las andanzas de aquel hombre habían acabado para siempre.

El enfrentamiento había terminado rápidamente, como era el deseo de De Libreville. No había habido ruido de batalla, salvo por las voces de los dos soldados. Y mientras De Libreville desataba a Guillermo de Lins y a Arturo al caballero de Champris, Alfonso de Haro se dirigió hacia la puerta del juez, que asomó la cabeza justo a tiempo para recibir un buen golpe del pomo de la espada del castellano que le dejó sin sentido.

Todo había salido a la perfección. Los dos templarios habían sufrido un buen castigo y tenían los rostros amoratados por los golpes, pero estaban en condición de levantarse. *Sir* Arturo había atado un pedazo de trapo a la herida del guardián, de la que emanaba bastante sangre.

De Libreville y De Lins se quedaron mirando unos instantes.

—Gracias por liberarnos.

—Lo que sentimos es haber tardado tanto; pero pensamos que era el mejor modo.

—Sí, lo imaginé. Ahora la historia es más verosímil. ¿El juez se encuentra bien?

—Dormirá un rato, pero respira bien. Seguro que el mayor dolor de cabeza lo tendrá cuando tenga que darle explicaciones al conde. Ahora, deberíais partir. Será mejor que descanséis en la casita del cura, que se encuentra en el bosque y que éste me había ofrecido para mi alojamiento, si era menester. Mis asistentes, *sir* Arturo y el caballero De Haro, os acompañarán, pues conocen el camino. Allí estaréis más seguros y podréis dormir los cuatro. Es mejor estar lejos de la posada cuando el juez despierte y más todavía cuando el conde de Annecy se entere de lo que ha acontecido esta noche.

El ritual

Roberto de Annecy se sorprendió por la llamada del jefe de la escolta. Parecía que algo grave había sucedido en la posada del Ciervo Gris, en Villafranca de Rouergue; los cuatro escoltas del juez habían sido asesinados y éste había sido golpeado con fuerza. A las preguntas del conde pidiendo más detalles, nadie podía darle mayor información. Había venido un alguacil del preboste de Villafranca a dar el mensaje hasta el campamento, pero había regresado ya al pueblo, cumplidas sus órdenes de llegar hasta los soldados y avisarles de lo sucedido.

El conde, inquieto por la extraña noticia, se vistió de prisa y salió hacia Villafranca con las primeras tristes luces del alba gris de un día ventoso, que había nacido envuelto en una fría niebla húmeda, que rodeaba la abadía de un manto de misterio. Cuando salió al exterior, bien cubierto con su rica capa de paño del Norte, brocado de plata, para montar su palafreñ ricamente ensillado, comprendió que la cabalgata prometía ser incómoda, en un día que acabaría siendo lluvioso, como los anteriores.

Inició la marcha acompañado de diez hombres que le escoltaron hasta Villafranca de Rouergue, por el sendero del bosque, que se abría como un desfiladero escondido entre la niebla. Con un mal humor creciente y varias preguntas bulléndole en la cabeza, el conde se lanzó al camino. Apenas se veían unos pocos metros delante de los caballos y las sombras de los árboles quedaban difuminadas en la bruma, dando al viaje un aire fantasmal. Annecy tenía prisa por llegar e hicieron el recorrido a buen paso, a pesar de la escasa visibilidad. Al ver, por fin, frente a ellos, el cartel del Ciervo Gris, el emblema de la posada, el conde desmontó de su caballo, cuyas riendas dejó en manos de un mozo, y entró en la posada, subiendo a las habitaciones del primer piso, donde se encontraba el juez, con un mal presentimiento.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —dijo, a modo de saludo, al ver el rostro amoratado por el duro golpe que Dupont había recibido, cuyo signo más evidente era una herida abierta en el pómulo.

—Yo os explicaré lo ocurrido —dijo el juez con un tono medroso que disgustó al conde y que le hizo pensar que Dupont había hecho algo inadecuado, por lo que ahora se sentía culpable.

—Hacedlo, pues, y de prisa, porque estoy sobre ascuas —replicó Annecy, impaciente.

Balbuceando, el juez Dupont narró lo acontecido la noche anterior desde la conversación sorprendida por Maleflot, hasta que recibió el golpe al asomarse al pasillo por unas voces, y luego, después, cuando se había despertado de madrugada y había visto que los guardias estaban muertos y los templarios habían huido.

—Sois un verdadero desastre, Dupont. ¿Cómo habéis podido dejar que sus compañeros rescataran a los dos templarios? —gritó Annecy fuera de sí.

—¿Cómo iba a preverlo? Los dejé con cuatro soldados bien armados y ellos estaban atados a las sillas —se justificó el juez.

—Era de cajón. Sólo a vos se os podía haber ocurrido iros a la cama, a dormir tranquilamente, sin antes avisarme.

—Era muy tarde... No pensé...

—¡No pensasteis en absoluto! Sois un verdadero necio y, además, ¿qué ocurre con el libro...? Dios mío, sólo de pensarlo... Os aseguro, por mi vida, que si no logramos capturarlos, lo vais a pagar muy caro —dijo con tono amenazador—. Vuestra estulticia ha puesto en peligro toda la misión.

—Yo actué correctamente. Les atrapé...

—Callaos ya, necio inútil. No servís para nada. Decidme todo lo que sabéis de los templarios y rezad para que no estén fuera de nuestro alcance.

Dupont le contó todo lo que creía saber. Que habían descubierto el libro en un lugar cercano a la abadía, según había oído Maleflot.

—¿En qué lugar? —preguntó el conde.

—Maleflot no me lo dijo.

—Pues traédmelo para que le interrogué.

—No podrá ser, excelencia. Se encontraba en la habitación de los dos caballeros, con los soldados, cuando acudieron los suyos a rescatarlos y los templarios también han acabado con su vida.

—Veo que no habéis sabido ni siquiera interrogar a vuestro propio hombre, y, ahora, ya no podremos corregir vuestra falta. Veamos el lugar donde los teníais detenidos —dijo levantándose. A continuación, siguió al juez hasta la habitación del fondo, donde aún estaban los cuerpos de los cuatro soldados y el de Maleflot, tal y como habían caído.

—Esto me deja sin palabras. Sólo se os ocurre a vos dejar a unos prisioneros en la misma habitación donde los habéis capturado y —señalando la puerta vencida— en un lugar abierto. Sois un verdadero estúpido negligente.

—Yo no podía preverlo, señor conde.

—Ya ajustaré las cuentas con vos, cuando llegue el momento. Ahora lo que importa es saber donde están esos malditos templarios y dónde se encuentra el libro. ¿Os dais cuenta de que habéis puesto en peligro la vida del Rey, al dejarles escapar, especie de patán? Si no los capturamos de nuevo, responderéis ante mí y, entonces, vais a saber quién es el conde de Annecy —dijo con tono ominoso, que aterró al juez.

—Excelencia, no todo está perdido. Sé que esta noche han quedado en reunirse con el que llevaba el libro y los demás templarios en Corde sur Ciel.

—¿Qué es eso?

—Es un pueblecito situado en lo alto de la cresta de un monte, a cierta distancia de aquí.

—¿Cómo de lejos?

—No sé deciros, señor conde. Sólo sé que está a unas leguas, hacia el sur.

—¡Que venga el posadero! —dijo Annecy a la vez que miraba a un guardia.

Éste salió veloz a cumplir la orden y regresó, unos minutos más tarde, con un tembloroso hombrecillo, al que se veía que no le gustaba nada aquello.

—Yo no sé nada, excelencia —balbuceó.

—Ya imagino, posadero. No os he mandado venir para que me esclarezcáis este asunto, que ya está bastante claro para mí, sino para demandaros información.

—Decidme, pues, en qué puedo serviros —dijo con un tono mucho más relajado.

—¿Sabéis dónde está el pueblo de Corde sur Ciel?

—Claro, señor conde. Está a unas leguas, por el camino de Albi, que es el camino grande del sur que nace a la salida del pueblo, una vez atravesado el puente del río Aveyron.

—¿A cuánta distancia está ese lugar?

—No mucha. Unas cuantas leguas, nada más; pero el camino es enrevesado y sube hasta la montaña. Si no lo conocéis bien, yo diría que unas cuatro o cinco horas, con esta niebla.

—Gracias, posadero. Enviad a buscar al preboste y ordenad a vuestra cocinera que me prepare un desayuno copioso, que no he comido nada y ver tanta imbecilidad me ha provocado el hambre.

—Enseguida, señor —dijo, saliendo de la estancia para ordenar la colación del conde.

—Y tú —dijo mirando al jefe de la escolta, que estaba en la puerta—. Vete hasta el campamento de la guardia y vuelve aquí con todos los hombres, salvo los tres o cuatro que sean necesarios para guardar el campamento. Tenemos que ir a la caza de los templarios. Así es que, cuanto menos tardéis, mejor.

* * *

Mientras, al otro lado del pasillo, Pedro de Libreville y D'Auverne espiaban el ajeteo que había provocado la llegada del conde. Habían, oído a éste gritarle a Dupont y vieron, por una rendija de la puerta, cómo el conde entraba en la habitación y luego volvía a salir, cómo subía y bajaba el posadero y partía el jefe de la escolta. Estaba claro que el inteligente conde estaba abrumado por las circunstancias. La providencial muerte de Maleflot hacía de su historia una verdad irrefutable. El punto débil de la misma era la falta de explicación sobre el lugar y las circunstancias en que se había encontrado el libro —que era donde De Libreville, temía con acierto, que se detuviera la inteligencia del conde—, pero ésta quedaba, afortunadamente, difuminada por la captura de los templarios y la confirmación de su identidad, ya que se trataba, ni más ni menos, que del mismo Guillermo de Lins, uno de los más importantes caballeros huidos de la Orden de prisión y al que Roberto de Annecy

conocía en persona de otros tiempos. Quizá por eso, el conde atribuyó al juez Dupont su incapacidad en hacerse con la información de manera adecuada y, sin darse cuenta de que estaba cayendo en una trampa minuciosamente organizada, echaba la culpa de la falta de algunos datos importantes a la incapacidad del interrogador y no a la historia.

El guardián y su asistente aún tuvieron que esperar una hora larga para comprobar qué ocurría y qué pensaba hacer el conde. Mientras, la posada era un trajín de bandejas y nuevos gritos del conde, que expulsó de su presencia al juez, mientras desayunaba a gusto. Por fin, cuando se oyó el ruido de muchos caballos en el patio de la posada, Pedro de Libreville y su asistente supieron que habían conseguido su objetivo. Minutos después, salía el enfurecido conde, dejando allí al desolado juez y poniéndose al mando de las tropas del Rey. Noventa aguerridos soldados, preparados para salir en persecución de los templarios partieron, bordeando el pueblo, para cruzar el puente que llevaba al camino del sur que se encontraba al lado contrario de Villafranca de Rouergue.

De Libreville y su asistente D'Auverne aguardaron un rato antes de salir de la habitación. No había demasiada prisa. Se tomaron su tiempo y bajaron la escalera con parsimonia. Comprobaron que el juez se había encerrado en su habitación y no había dado muestras de volver a salir. Una vez en la gran sala, desayunaron con tranquilidad, frente a la chimenea, como si no tuvieran cosa mejor que hacer, y preguntaron inocentemente a qué se debía el ruido de la noche anterior. Ante la respuesta esquiva del posadero, no insistieron, como si, en realidad, la cosa no les preocupara demasiado y, tras ordenar que ensillaran los caballos, partieron, como hacían cada día, para mirar heredades, pero, una vez fuera del pueblo, se dirigieron hacia el bosque buscando el escondido camino de la propiedad del cura de Villafranca, donde debían estar esperándoles, con impaciencia, *sir* Arturo de Limmerick, don Alfonso de Haro y los dos caballeros templarios.

Apenas una hora después, llegaron al lugar, cuando la niebla comenzaba a amagar levantarse y un sol enfermizo y débil intentaba mostrarse entre las poderosas nubes, que acabaron ahogándolo enseguida y haciendo que el día oscureciera de nuevo. Los cuatro caballeros salieron a recibirles con una muda pregunta en los ojos. De Libreville y D'Auverne sonreían abiertamente, lo cual les indicó que Annecy había caído en la trampa. Ahora había que actuar deprisa. Esa noche era luna llena y debían realizar el ritual por la invocación del libro. Para ello, había que avisar al abad, de modo que al atardecer, todo estuviera preparado.

La lluvia, que comenzó a caer de nuevo, les convenía. Nadie sospecharía entonces de unos jinetes que se escondían debajo de sus capas, porque todos los que transitaran por el camino de Villafranca a Loc Dieu irían bien tapados, para evitar mojarse, y era menester que nadie sospechara nada. Sólo el abad debía enterarse de la presencia de los templarios en la abadía ese día, y éstos deberían ir ahora al lugar con *sir* Arturo de Limmerick y el caballero Alfonso de Haro y esperar en las habitaciones de éstos,

hasta conseguir entrevistarse con el abad, en secreto, para que les abriera la capilla y les permitiera realizar el ritual esa noche. De Libreville y D'Auverne irían a Loc Dieu después, al atardecer, tras comprobar que el conde de Annecy seguía en su expedición de captura de los templarios en el lejano pueblecito de Corde sur Ciel y no daba señales de vida por el pueblo.

Inmediatamente, los cuatro se pusieron en marcha. Los dos caballeros templarios se embozaron con sus capas y subieron a los caballos para seguir a De Limmerick y De Haro. La consigna era que los monjes de Loc Dieu no debían saber nada ni ver nada. No sólo por discreción, sino por su seguridad, cuando regresara el conde De Annecy, algo que De Libreville imaginaba que ocurriría de manera inevitable, tras el fracaso de su expedición. Todo lo que fuera a pasar en Loc Dieu esa noche debía ser lo más secreto posible. La lluvia y el viento fueron sus compañeros de viaje durante todo el camino hasta la abadía. Durante el camino, no se cruzaron con nadie que, como ellos, osara enfrentarse a los elementos. Cuando llegaron, la fortuna también les acompañó. Los mozos de los dos caballeros les aguardaban preocupados, haciéndose cargo discretamente de los caballos. Tomaron las riendas y los llevaron a los establos, mientras los cuatro caballeros entraban en la hospedería, y, con paso rápido, llegaron hasta la habitación de los asistentes del guardián, sin haberse cruzado con un alma.

Tras dejar a sus huéspedes bien acomodados, y mientras De Haro encendía la chimenea, *sir* Arturo se dirigió al edificio principal en busca del abad. Era urgente que Hugo de Monclerc supiera que el caballero Guillermo de Lins estaba de nuevo en la abadía, para el ritual de la noche.

El caballero tuvo que esperar un breve momento en su antesala, mientras el abad acababa de despachar unos asuntos de la abadía con el hermano Raúl de Meudon, que ya estaba completamente recuperado. El anciano monje le recibió con una sonrisa. Le resultaba agradable aquel caballero inglés y no se sorprendió demasiado cuando le vino, a través suyo, el mensaje de Guillermo de Lins. Como no era cuestión de que el abad le siguiera hasta la hospedería, lo que podía despertar sospechas, porque no era habitual que se pasara por ese edificio, quedaron en que el abad les esperaría a todos, una vez caída la noche, en la capilla de la abadía, cuya puerta dejaría abierta.

Sir Arturo iba a preguntarle sobre los elementos del ritual, cuando, anticipándose, Hugo de Monclerc pidió al caballero inglés que tranquilizara al templario. A la hora señalada, él tendría preparados todos los elementos necesarios para el ritual, de los que había hablado con el templario antes de la muerte de Moret y que había reunido con tiempo, para esa noche.

* * *

Las horas transcurrieron lentamente. El tiempo se les hizo interminable. Temían oír los apresurados pasos de los caballos del conde De Annecy que, cambiando de idea, hubiera decidido regresar, pero el día transcurrió sin que aconteciera nada fuera de lo

corriente. Sólo la lluvia caía insistente, machacona, anegando los campos ya ahitos de agua, que la expulsaban hacia fuera, empantanándolo todo y haciendo de los caminos unos lodazales, y el viento helado del norte soplaba de modo que su canto en los tejados de la abadía era como el eco de la melodía escondida que placía a los espíritus del bosque.

De Libreville y D'Auverne llegaron poco antes del atardecer. El caballero De Haro había salido a buscarles, para que no tuvieran que preguntar por ellos. Los mozos de los dos asistentes saludaron a los recién llegados y se hicieron cargo de sus caballos. Los dos caballeros entraron en el edificio detrás de Alfonso de Haro y se dirigieron a la habitación donde aguardaban los demás. Aún había que esperar un rato a que se cerraran los portales del patio de atrás de la abadía, y a que los monjes se retiraran, pero lo hicieron con paciencia. Y, por fin, cuando consideraron que era el momento, los seis caballeros salieron, una vez comprobado que no había nadie fuera, y se dirigieron a la capilla por los soportales de las edificaciones, procurando que no se les distinguiera en la oscuridad tenebrosa que ocultaba la luna llena bajo un manto de nubes negras. Sin que nadie les hubiera visto, llegaron a la capilla y abrieron levemente la puerta, que, en efecto, estaba accesible, y entraron sigilosamente en el edificio sagrado.

Al otro lado, les esperaba el guardián, que saludó con afecto al caballero De Lins y a los demás nobles, que le fueron presentados de modo rápido, pues no era ése el momento de cortesías sino de prisas. Hugo de Monclerc introdujo la llave en la cerradura y cerró la puerta. Así estarían más tranquilos. La lluvia, que había cesado durante un par de horas, volvió a caer de nuevo y el viento continuó cantando su canción en los tejados de la abadía, pero los siete hombres ya no estaban interesados en nada de lo que pudiera suceder fuera de aquellos muros. Había una creciente sensación de urgencia, que pronto se transformaría en tensión, mientras se acercaron a la cripta. El abad pidió que sólo bajaran dos hombres con él. Lo hicieron el caballero De Lins y el guardián, los encargados de ayudarle a subir el cadáver hasta colocarlo delante del altar, para llevar a cabo la invocación. El guardián se quedó asombrado de la belleza de la joven condesa Leonor de Monclerc. A pesar de que se lo habían anticipado, nunca se la había imaginado tan viva y tan hermosa. Los dos hombres quitaron sin dificultad el cristal que el abad había ordenado colocar ante ella, y lo apartaron a un lado, para hacerse con la tabla vestida de terciopelo adamascado donde la joven reposaba. Con sumo cuidado y respeto, los dos hombres la tomaron por los dos extremos y la subieron hasta delante del altar. El paso solemne de los dos y la reacción de los otros cuatro al verla fue como el último homenaje que se rinde a una princesa de la antigüedad. Y quedó allí, delante del altar, en medio de las sombras, en las que sólo se veía la débil luz de una veladora de aceite emplazada sobre el altar.

Había llegado la hora del ritual. Los caballeros se situaron rodeando a la condesa, siguiendo las indicaciones de Guillermo de Lins. Entonces, comenzó el trabajo

propiamente dicho. El abad acercó la veladora y se la entregó a De Libreville, que estaba a la derecha de De Lins. El guardián la sostuvo con cuidado en su platillo.

Luego, siguiendo las indicaciones del caballero, Hugo de Monclerc comenzó a tenderle los elementos requeridos para la ceremonia. Primero tomó de un pequeño pebetero, que tenía unas brasas encendidas, esperando recibir el incienso que Guillermo de Lins sacó del pequeño saquito que lo contenía y arrojó sobre las brasas, que lo quemaron en forma de nube de humo blanco y rico, que se elevó a lo alto de la nave. Guillermo de Lins los sahumó y bendijo uno a uno y, al final, sahumó los restos mortales de la condesa de Monclerc, antes de proseguir, dejando el pebetero en el centro, a los pies del catafalco.

Seguidamente, tomó las velas que había pedido. Una vela blanca de cera virgen que sahumó en primer lugar, haciendo con ella el gesto de la cruz. A continuación, la colocó al lado derecho del pebetero, a los pies del cadáver de la condesa. Seguidamente, la encendió, recitando en voz baja una plegaria en un idioma antiguo, que el guardián pudo reconocer como hebreo. El ritual se repitió con una vela negra. La sahumó, la colocó al lado izquierdo, a los pies de la muerta, y luego la encendió, recitando otra plegaria. Eran la representación de la vida y la muerte que estaban allí presentes. Por último, recibió una vela dorada, que también sahumó, situándola delante del pebetero, en triángulo con las otras dos, al pie del cadáver de la condesa, y la encendió, pronunciando la antigua plegaria que la acompañaba.

Entonces, se arrodilló, gesto que repitieron los demás, y recibió del guardián una copa de plata y un cuchillo. El templario se hizo una incisión en la muñeca y vertió la sangre en el cáliz y sahumó la copa. Seguidamente, la colocó también a los pies de la condesa.

Todos guardaban un respetuoso silencio, contemplando, fascinados, el trabajo del caballero, que evocaba otra época. Y entonces, el caballero templario comenzó a recitar en voz alta el texto sagrado del pergamino, que conocía de memoria. Y, la poderosa y antigua invocación resonó en las bóvedas de la capilla, regresando hasta ellos, envolviéndoles con su antigua música. Y deteniendo la invocación, el caballero retomó la copa con su sangre y, acercándose por el lado derecho del catafalco hasta la cabeza, mojó los dedos en la sangre bendecida y los colocó sobre los labios de la muerta, mientras finalizaba la invocación. Después, pidió al último guardián del libro que regresara del reposo de los muertos para indicarle, en nombre de Dios todopoderoso, el lugar donde lo había escondido.

Y entonces, aconteció algo sobrenatural. Las luces de las dos velas al pie de la muerta se hicieron mucho más intensas de lo normal y el aire pareció llenarse de una extraña electricidad y la noche pareció hacerse más profunda, cuando todos sintieron que un espíritu se acercaba. El caballero regresó con la copa a los pies y, tras colocarla en el suelo, le preguntó de nuevo:

—Dime, Leonor de Monclerc, última guardiana del libro del nombre secreto de Dios, antes de reposar para siempre en la paz de la muerte, ¿dónde guardaste el libro?

Y entonces sucedió algo aterrador. El espíritu de la condesa, a modo de transparente fantasma, salió de su cuerpo de manera ostensible y, atravesando el altar, se dirigió hasta la pared de detrás del mismo, donde señaló una piedra durante un segundo, para luego desaparecer.

Seguidamente, el caballero De Lins apagó las velas una a una y pronunció la plegaria de acción de gracias. Dirigiéndose a la muerta, invocó para que descansara en paz, porque había cumplido con su misión. Entonces, los siete hombres, que estaban aún perplejos, ante la visión del espíritu de doña Leonor, se sorprendieron de nuevo al ver que el cadáver de la condesa, que, hasta ese momento, se había mantenido en buen estado, como viva, al recibir el permiso para descansar en paz, comenzó a deteriorarse con rapidez, desapareciendo toda su belleza en cuestión de segundos, hasta quedarse como una momia seca, apergaminada y horrible. Era la prueba final de que el ritual se había completado con éxito.

Los seis hombres se quedaron mirando al abad. ¿Qué lugar era ése que había señalado la muerta?

Hugo de Monclerc asintió. Al ver al espíritu de su sobrina dirigirse hacia allí había reconocido el lugar donde, antaño, estuvo un primitivo sagrario, que se había cambiado de lugar, dejándose un hueco grande en el muro de piedra, tras una piedra de sillería, construido para que encajara perfectamente en el hueco. Pero no entendía cómo su sobrina había podido conocer ese lugar que él apenas recordaba.

Los siete se dirigieron al lugar y, con la punta de una espada, movieron la piedra. Por su finura, salió con facilidad y, entonces, Guillermo de Monclerc y Pedro de Libreville se miraron. Nada habían decidido sobre quién debía guardar el libro. El abad, sintiéndose responsable del mismo, introdujo las manos en el cubículo y la derecha se deslizó dentro de la bolsa, sin pretenderlo, rozando las tapas del libro sagrado.

Hugo de Monclerc sintió que le llenaba una ola de energía divina y de paz, que le recorrió de arriba abajo y que arrastró todos sus males, sus dudas, sus ofuscaciones y sus frustraciones. Era un regalo inefable y maravilloso, que había recibido a pesar de que había retirado enseguida la mano, tímido y avergonzado ante el inesperado contacto con el volumen sagrado, que se sentía completamente indigno de sostener. Temblando visiblemente, extrajo la bolsa de terciopelo y se la tendió al caballero Guillermo de Lins, que la aceptó, apretándola contra su pecho.

Todos mantenían un sepulcral silencio, sin apenas moverse, y así pasaron unos segundos que parecieron eternos. Entonces, el caballero templario abrió los ojos de nuevo y se quedó mirando fijamente a Pedro de Libreville, que le devolvió la mirada, con su misma intensidad. Ambos comprendieron que eran dos caballeros con un mismo destino, dos espíritus gemelos que se encontraban en el momento más trascendente de sus vidas. Allí, uno frente a otro, uno al lado del otro.

Tenían que decidir quién custodiaría el libro. Aunque había jurado ante el Papa su cargo de guardián de los libros secretos, aunque sabía la importancia de ese libro

entre los libros sagrados, y aunque estaba rodeado de sus hombres, mientras que Guillermo de Lins sólo contaba con un caballero, su espíritu le indicó que lo justo era ceder y, obedeciendo al mandato de su alma, inclinó la cabeza ante el caballero templario, en un gesto que todos entendieron como de cesión. Y sintió un extraño júbilo al hacerlo, como si, con ese gesto de entrega, se hubiera completado a sí mismo.

Y entonces, cuando menos lo esperaba, Guillermo de Lins le tendió el libro, diciéndole:

—Acabas de ganarte el derecho a custodiarlo, hermano. Porque me lo has cedido desde tu corazón, desde el mío te lo regreso —dijo tendiéndole el terciopelo carmesí que guardaba el libro.

Pero, antes de cogerlo de sus manos, Pedro de Libreville insistió y le preguntó.

—¿Estás seguro de ello, hermano mío?

—Completamente. Como la noche es noche y el día, día. Te lo entrego sin ninguna duda ni resquemor, como si fuera yo mismo el que lo conservara —dijo poniéndolo en las manos del guardián, que lo recibió con reverencia—. No permitas nunca que caiga en poder de aquellos que lo usen mal, porque sería blasfemo. Este libro —dijo señalándolo— contiene el nombre secreto de Dios y es el mayor tesoro sobre la Tierra; el garante de que hay un orden superior que rige sobre los destinos de los mortales, y que se puede invocar, en caso de suprema necesidad.

—Por mi vida, te juro Guillermo de Lins, que jamás caerá en manos del poder terrenal y que será preservado por los siglos de los siglos, como hasta ahora lo ha sido, para el día en que, en verdad, sea menester abrirlo para enderezar las confusiones de los hombres.

—Sea pues. Rubriquemos nuestra hermandad con la sangre —dijo De Lins y, sacando su daga, se cortó de nuevo la muñeca. El guardián comprendió que estaba ofreciéndole el más sagrado pacto de los templarios, la hermandad de sangre, que unificaba a dos caballeros para siempre.

—Que así sea —dijo De Libreville, tomando el cuchillo y haciéndose, a su vez, un corte del que comenzó a manar un hilo de sangre.

Los dos hombres unieron las muñecas, sintiendo que sus sangres se mezclaban. Luego se dieron un abrazo fraternal, sintiendo el libro dentro de la bolsa, entre los dos. Los demás caballeros eran mudos testigos de ese sagrado pacto.

—¡Partid ahora, esta misma noche, bajo la lluvia y la oscuridad, y alejaos para siempre de estas tierras! —ordenó Guillermo de Lins, con voz emocionada—. Annecy seguro que regresará muy pronto y no debe encontrar traza de lo que aquí ha acontecido.

—Sí —dijo el abad, que no sabía, en realidad, quién era Pedro de Libreville, ni quería saberlo—. Debéis iros esta misma noche, aprovechando la lluvia. Seguid el camino de Villafranca pero no entréis en el pueblo. Desviaros por el norte y rodeadlo, y seguid por el camino de Rignac, donde la abadía tiene una pequeña torre, situada

una vez pasado el pueblo, a media legua, y al lado del camino. Así, mañana podréis continuar hacia Rodez, que está cerca y de allí, ya decidiréis la ruta que os lleve a donde quiera que vayáis.

El guardián se metió la cinta de la bolsa por el cuello y colocó el libro en su pecho, para que no se pudiera distinguir el bulto, oculto bajo la capa.

—Partimos pues —dijo De Libreville, despidiéndose del caballero De Lins.

—Id con Dios, hermano.

—Ya sabéis donde estoy. Si me necesitáis.

—Iré a veros, no os preocupéis. Ahora iros de una vez. No perdáis más tiempo, que aún tenéis un largo camino por delante —dijo Guillermo de Lins.

Y juntos se dirigieron hasta la puerta de la iglesia, que el abad volvió a abrir. Los cuatro caballeros salieron sigilosamente y de nuevo se cerró la puerta del templo. Los dos templarios se quedaron para cerrar el hueco donde había estado escondido el libro y para llevar, de nuevo, a la cripta, los restos mortales de la condesa, que se habían desmoronado en una pila de huesos.

La rúbrica

I. Aviñón

Pedro de Libreville estaba algo tenso mientras cruzaban el puente del río Ródano y dejaban detrás Villeneuve, con la amenazadora guarnición de soldados del rey de Francia, para llegar a Aviñón. Era pasado el mediodía y llevaban un buen trecho recorrido desde el amanecer. Cuanto más cerca estaban de su destino, más nervioso se mostraba. La consecuencia era que habían dormido poco y había hecho a sus hombres recorrer al galope las últimas leguas, lo mismo que si hubieran sido las primeras. Sentía una urgencia de llegar a Aviñón que le presionaba las sienes y le empujaba hacia delante, de modo casi obsesivo. No sabía por qué, pero, al pasar el puente, sintió uno de esos temores vagos e inconscientes que acosan a los hombres tantas veces cuando llevan una carga importante y se hallan a punto de llegar a su destino. En su cabeza se aparecieron los fantasmas de una posible captura por los secuaces del rey de Francia, intentando arrebatarse el libro. Era inútil que supiera muy bien que aquello era más que improbable, porque él no era conocido por nadie y su misión había sido llevada a cabo en absoluto secreto.

De hecho, el conde de Annecy nunca llegó a saber, en realidad, quién era aquel señor ni su acompañante. A pesar de su inteligencia, ni siquiera se le pasó por la cabeza relacionarles con *sir* Arturo de Limmerick y don Alfonso de Haro, los dos caballeros cuya permanencia en la abadía le había parecido tan sospechosa. La tapadera había sido perfecta y los tres asistentes se sentían encantados y orgullosos del buen trabajo realizado. Y mientras cabalgaban, los tres hombres, que ya conocían bien a Pedro de Libreville, comprendieron que su jefe estaba muy agobiado por su carga y aceleraron el paso, sabiendo que quería llegar a destino cuanto antes. La niebla, que les había acompañado durante gran parte del camino, desde Loc Dieu a Aviñón, había sido perfecta para él, porque su espíritu estaba como el día, envuelto en una bruma casi irreal, que dejaba entrever sólo unos metros de camino, en medio de la gris penumbra. Por más que sus tres asistentes habían intentado divertirlo o distraerle durante el camino, De Libreville no había podido meterse de lleno en ninguna conversación. No podía atenderles porque iba sintiendo su preciosa carga a cada paso que avanzaba, con cada metro que recorría y que les alejaban de Loc Dieu y del peligro. Y como los jinetes de las viejas sagas, avanzaron a galope, atravesando la niebla, arriesgadamente, sin ver más allá de unos pocos metros delante de sí, sin importarle, los vericuetos ni las dificultades del camino, hasta llegar a la rica Provenza.

Con gran alivio del caballero, cruzaron, por fin, la poderosa puerta de la muralla y

entraron bajo los acogedores muros de la ciudad papal. El guardián suspiró, aliviado. Ya estaban a salvo. Sentía sobre el pecho el tacto del libro sagrado, que no se había atrevido a sacar de la bolsa en ningún momento, desde que salieron de Loc Dieu, hacía un par de noches. Muy pronto podría recordar como una mera anécdota la cabalgata durante horas, bajo la lluvia, que les llevó a la torre de Rignac, donde apenas descansaron, nerviosos porque aunque no veían cómo iba el conde de Annecy a saber dónde estaban, la posesión del libro era una responsabilidad abrumadora. Y aunque la curiosidad de bibliófilo le atenazaba, había algo mucho más profundo, su misma percepción, que le decía que no debía tocar el libro. Al menos, no en ese momento. Su deber ahora era ponerlo seguro y fuera del alcance del rey de Francia y de los que lo buscaban en su nombre. Y desde que se lo diera el caballero Guillermo de Lins, comprendió muy bien a la fallecida condesa de Monclerc, a su padre y a su tío, el caballero que habían llevado, antes que él, la misma pesada carga que De Libreville sentía ahora apoyada sobre su pecho. Aquel texto, que protegería con su vida, si era necesario, era más que un mero libro escrito por el hombre. Sobrepassando a cualquier otro libro, era, en sí mismo, un milagro, una prueba de la existencia y de la bondad y la gracia de Dios, que lo había enviado al primer hombre que consideró capaz de asumir la misma grandeza del creador y dador de toda vida, milenios atrás, para que levantara un imperio glorioso de paz sobre la Tierra. Pero el imperio glorioso no sobrevivió al gran rey que lo había generado. Y los reyes que siguieron habían traicionado la confianza del todopoderoso y habían sido incapaces de asumir el regalo de Dios, regresando a la oscuridad y a la superstición. Como tantas veces, la fragilidad del ser humano, su debilidad natural, sus ambiciones, sus miedos, su ceguera y su estulticia, le habían devuelto a la oscuridad y a la guerra, pero el libro del nombre secreto de Dios, como luego fueron el arca de la Alianza y las tablas de la ley de Moisés, eran prueba de que el creador, en su infinita misericordia, era capaz de perdonar, una y otra vez, a sus hijos humanos, sus errores, sus desvíos y sus miserias.

* * *

Pedro de Libreville regresó, de golpe, de sus cavilaciones. Las puertas del palacio del Papa estaban abiertas, esperándoles, y el guardián y los tres caballeros las atravesaron, dejando atónitos a los guardias por los blancos sudores de sus cabalgaduras, que mostraban que venían de lejos, y a buen paso, y por el aspecto inusualmente desaliñado del guardián y sus asistentes. El guardián, comprendiendo que sus hombres estaban agotados, les dio entonces permiso para retirarse a descansar.

Se dirigieron pocas palabras. Los tres comprendieron que De Libreville deseaba llegar ante el Papa lo antes posible y se despidieron brevemente. Ya habría tiempo para hablar de su aventura más adelante y rememorar todo lo acontecido. Los tres hombres vieron desmontar al guardián, que entró en el palacio, con paso rápido. Ellos

siguieron a caballo y, con toda parsimonia, se dirigieron hacia los establos, donde dejarían los caballos a otros mozos, mientras llegaban los suyos, que, aunque habían partido de Loc Dieu la misma noche que ellos, tras pernoctar en la torre de Rignac, siguieron a un ritmo menos rápido. Iban a darse unos buenos baños calientes y a divertirse con unas mozas de esta nueva Babilonia que era Aviñón. Se lo habían ganado.

Mientras tanto, Pedro de Libreville se dirigía, sin anunciarse, hacia el gabinete privado del papa Juan XXII, donde el pontífice se hallaba descansando. Estaba seguro de que su santidad le perdonaría el incumplimiento de las formas, por esta vez. Cruzó una a una las cuatro antesalas, saludando con la cabeza a los ujieres de palacio, los sacerdotes, canónicos, obispos y cardenales con los que se iba cruzando, sin detenerse con nadie. Por fin, llegó a las puertas de los aposentos papales y pidió al jefe de la guardia que lo anunciara. Molesto por la rotura del protocolo, el jefe de la guardia papal entró en los aposentos del pontífice para comunicarle que De Libreville se había presentado, pero el Papa no le dejó ni terminar.

—Que entre inmediatamente —dijo, dejando a un lado el documento que estaba examinando.

El soldado abrió la puerta de la estancia para dejar pasar al guardián, al que saludó con una inclinación de cabeza, mientras volvía a cerrar la puerta a sus espaldas.

—¿Y bien, hijo mío? —preguntó el Papa con nerviosismo, mientras De Libreville se acercaba hasta su sitial, a besarle la mano.

—Lo tengo, santidad —dijo el guardián, mirándole a los ojos con emoción.

—Bien hecho. Sabía que lo traerías —dijo y le acarició la cabeza, cuando se inclinó a besar el gran anillo—. Muéstramelo, por favor.

—Os lo daré para que lo saquéis vos mismo de la bolsa en la que se encuentra, santidad. Yo aún no he osado posar mis ojos sobre él.

—¿Por qué, hijo mío?

—No me considero digno. Es un regalo de Dios a un rey que era un hombre superior. Yo no soy quién para tocarlo. Ya me siento especialmente honrado por haber tenido el privilegio de llevarlo apoyado sobre mi pecho y por haberlo guardado.

—Se me había olvidado tu humildad. Es una cualidad tan rara entre estos muros que cobijan a tantos ambiciosos... Dame pues, la bolsa, hijo. Yo lo sacaré de ella.

De Libreville, obedeciendo la orden del Papa, se sacó del cuello el asa y tendió la bolsa de terciopelo carmesí a Juan XXII. El anciano pontífice estaba visiblemente emocionado cuando la abrió, e introdujo la mano dentro para sacar el libro, pero no fue capaz de concluir el movimiento. Al poner su mano sobre las tapas, había sentido la presencia de Dios y su amorosa bendición, con el mero contacto. Había sentido como si estuviera palpando las mismas puertas del Cielo y la sensación de rozar la sabiduría y la santidad de Dios, le dejó conmocionado. Para el venerable Juan XXII, eficaz conductor de la Iglesia, aquello había sido un regalo más que inesperado para

su fe verdadera y profunda, aunque también le asustó la percepción del enorme poder del libro que se le mostró. Si un espíritu fuerte se atrevía a abrirlo y a invocar el nombre de Dios que estaba dentro, podía llegar a controlar a los mismos elementos y a alterar el equilibrio de poder de las naciones. Y entonces supo que no le correspondía hacerlo a él; que no podía, ni debía, seguir adelante, cediendo a la curiosidad humana, y supo también que el libro estaba allí, durante su reinado como Papa, para que nadie lo abriera.

Pedro de Libreville se había quedado mirándole con interés, viendo cómo, el Papa, lo mismo que el abad de Loc Dieu, al tocar el libro, había tenido una experiencia mística.

—Dame tu mano, Pedro de Libreville.

—Santidad...

—Obedece —dijo el Papa con una luz casi infantil en los ojos.

El guardián la tendió tímidamente y el Papa la tomó entre las suyas y luego la acercó a la bolsa y la metió dentro, sin que De Libreville opusiera resistencia.

El contacto del libro fue una experiencia inenarrable para el guardián. De Libreville se sintió envuelto por una luz cegadora, que lo rodeaba y le llenaba de paz y de amor. Y comprendió entonces, todas aquellas cosas que, durante toda su vida, habían sido lagunas y dudas angustiosas. Y vislumbró muchas cosas que habían pasado bajo una luz clarificadora y vio otras que habían de acontecer en el futuro, sin asustarse, porque el contacto del libro estaba ampliando, hasta lo indecible, su percepción, y supo entonces que estaba destinado en esta vida a ser el guardián de ese libro entre los libros, y aceptó, sin ninguna reserva.

El Papa retiró la mano de Pedro del libro y De Libreville regresó a la realidad. Su sensación era de tristeza, por haber dejado de sentir la comunión con la divinidad, pero también de asombro y de agradecimiento por las bendiciones que Dios le había otorgado a través del libro y comprendió que, en efecto, aquél era el mayor tesoro de la Humanidad, aunque también comprendió el peligro que podía representar si caía en manos de un hombre ambicioso como el rey de Francia. Había que preservarlo de las ambiciones de los hombres, hasta que, de nuevo, llegara el día en que un ser humano fuera llamado a abrirlo en beneficio de toda la Humanidad.

—Entremos en la torre ahora —dijo el Papa, con tono firme.

Pedro de Libreville no se sorprendió, aunque era la primera vez que el pontífice mostraba deseos de penetrar en el depósito de los libros secretos, desde su nombramiento como guardián.

—Como deseéis, santidad.

—Es menester que lo alejemos del mundo cuanto antes.

—Estoy plenamente de acuerdo con vos.

—Me alegra, hijo. Toma el libro del nombre secreto de Dios, que te corresponde guardar. Yo te acompañaré hasta que lo dejemos en el lugar más protegido del depósito.

—Será un indecible honor —dijo De Libreville, que cogió de nuevo el envoltorio carmesí, cerrando la bolsa, y se dirigió a la entrada de la torre de los libros, que estaba a unos pasos.

El pontífice, con una ligereza que era consecuencia de la bendición del libro, le siguió sin articular palabra.

El guardián introdujo la llave en la cerradura, y tras abrirla, dio un empujón a la puerta, que se abrió con facilidad. Tras dejar pasar al Papa al interior, cerró de nuevo con llave, y entraron en el pasillo que conducía al zaguán y a la escalera que subía a los pisos superiores.

Los dos hombres, en procesión, subieron la escalera hasta la cámara superior y, allí, entraron en la segunda cámara, donde el cilindro de plata con el manuscrito reposaba sobre un terciopelo azul, esperando la llegada del libro.

—¿Hay un lugar más reservado todavía?

—No hay lugares secretos en la torre, si a eso os referís. Sólo una pequeña oquedad vacía, allí —dijo el guardián, señalando un lugar donde se había pensado introducir probablemente una hornacina.

El Papa se acercó y lo inspeccionó. Tenía la profundidad suficiente para que el libro cupiera holgadamente.

—Lo meteremos aquí, Pedro. Y luego te encargarás de tapar la oquedad con una piedra que ordenaremos labrar, a la medida, junto con otro par de ellas, para que no llamen la atención. El libro debe reposar donde nadie, por ninguna circunstancia, lo pueda encontrar. Sólo el guardián siguiente recibirá la confianza de ti en una carta que habrá de destruir nada más leerla, y cuando yo muera, informarás al siguiente Papa de palabra. De ese modo, preservaremos el libro de los ambiciosos y de los impuros.

—Sí, santidad. No quiero ni pensar lo que hubiera ocurrido si llega a caer en manos del rey de Francia.

—Pues que hubiera cambiado el curso de la Historia.

II. París

El conde de Annecy se había presentado ante el Rey tras su regreso de Loc Dieu. Entró en la isla de la Cité y atravesó la galería de las estatuas de los reyes que decoraban la entrada de palacio, con el rostro muy serio. Se sentía muy mal por haber fracasado en su misión. No le consolaba nada el que la responsabilidad fuera de otro. Al mirar todas aquellas estatuas de soberanos que habían hecho a Francia grande en el pasado, sentía que le miraban acusadoramente. No había dado con la cura para la enfermedad de este rey, que hubiera tenido, seguramente, un lugar entre los grandes y ahora tenía que comunicárselo, lo cual era como confirmarle una sentencia de muerte aplazada.

Anduvo los silenciosos pasillos de palacio, donde parecía que la enfermedad se colaba por los rincones y enturbiaba los espíritus de todos, que no sentían ya ese orgullo que siempre suele acompañar a los que sirven a los reyes. Felipe V era un leproso y su mal le hacía impuro y desagradable y le privaba de esa magia que rodea a los reyes, que es como una sagrada imprimación, un don divino que les da la unción sagrada en su coronación. Se veía que sus servidores temían enfermar y le atendían a desgana, y el miedo a la muerte iba haciéndose más evidente cada día, como Annecy pudo notar en los rostros esquivos de los ujieres, criados y cortesanos. Sabía que la gente se lavaba en cuanto salía de la presencia del monarca, temiendo no sólo el contacto de su persona y de las cosas que él había tocado sino, incluso, que el respirar su mismo aire les hubiera podido contagiar el terrible mal, y esa sensación de desconfianza, de malestar, era percibida por el Rey que cada día se sentía peor física y espiritualmente.

Annecy había llegado a la puerta del gabinete privado sin que nadie le detuviera. Aquello no le gustó, porque, por más que todos le conocieran, había que guardar unas formas que, según parecía, nadie se encargaba de mantener. Pidió que le anunciaran, y un ujier entró en la cámara, tocando, con aprensión, la puerta.

Al cabo de un instante, la volvió a abrir, esta vez del todo, para dejarle pasar.

—El Rey os espera, señor conde —dijo, con una leve inclinación de cabeza. Annecy entró en el gabinete, que estaba muy oscuro porque tenía las cortinas echadas, que dejaban pasar sólo un resquicio de luz. Enseguida comprendió que el Rey quería ocultar a los demás la visión de su rostro, donde la enfermedad había comenzado a mostrarse, mordiendo su carne con saña.

—¿Qué nuevas me traéis, amigo mío? —dijo, mientras el conde se acercaba a tomar su mano, para besarla.

—No muy buenas, sire, y sabe Dios que lo siento de todo corazón. Desgraciadamente, el juez que enviasteis conmigo a Loc Dieu ha demostrado la mayor de las estulticias.

—¿Cómo es posible? Me lo había recomendado el arzobispo de Sens.

—Pues fue una mala recomendación, sire. De hecho, lo he traído de vuelta, para

que dispongáis de él como os parezca. Yo he estado a punto de atravesarlo con mi espada varias veces, os lo confieso, pero he preferido que seáis vos el que ordene lo que considere pertinente, ya que sois vos el agraviado.

—Decidme qué aconteció.

—Dejó escapar al caballero templario Guillermo de Lins, que había recuperado el libro.

—¡No puede ser!

—Os lo aseguro, fue como os digo. Tras haberlo capturado, lo interrogó, para irse a descansar, dejándolo en un lugar abierto, con la vigilancia de dos guardias, mientras otros dos dormían. Evidentemente, sus compañeros regresaron a por ellos, los liberaron y escaparon con el libro sagrado.

—¿Y no habéis sabido más de ellos?

—No, a pesar de que lo intenté. Incluso me desplazé hasta un pueblecito que se encuentra en lo alto de un risco para capturarles. En este lugar, supuestamente, debían encontrarse con otros caballeros, pero debieron reunirse antes, avisados por los liberados y ya nunca aparecieron por el pueblo, donde yo les esperaba con los soldados, tras un camino infernal de lluvia y niebla.

—¿Y dónde estaba el libro?

—Al final, nunca lo supe. Dupont no supo ni interrogar al sargento Maleflot, que había oído a los templarios hablar del asunto, y luego, éste también fue asesinado por ellos, de modo que me quedé sin poder hacerle hablar a ese hombrecillo repugnante. Sire, con la absoluta negligencia del juez, hemos perdido el libro y la pista que nos conduce hasta él. Por más que regresé a la abadía para sonsacarle al abad algo que me pudiera hacer recuperar el hilo que condujera hasta el libro, nada conseguí. De lo que pude darme cuenta entonces, fue que el anciano Hugo de Monclerc había cambiado mucho desde el día anterior.

»Le amenacé con meterle en prisión y con torturarlo si no me decía todo lo que sabía, pero el viejo abad me contestó con mansedumbre y santidad, salvo que el libro había aparecido fuera del convento, cosa que era ya de dominio común en la abadía, y que imaginaba que estaría lejos de allí. Como prueba macabra de ello, me mostró los restos de su sobrina, que habían decaído por completo, perdiendo toda su belleza, para transformarse en un repugnante esqueleto con pocos restos de piel.

—¿Y eso qué probaba?

—Según él, que el libro ya no estaba allí, sire. El abad creía que la lozanía de su sobrina en la muerte se debía a que había escondido el libro, sin que nadie supiera en qué lugar se hallaba, y que, al recuperarlo sus guardianes, su espíritu se ha ido, dejando su carne perecer. Ella, por fin, descansa en paz.

—¿No le sacasteis nada más?

—Ni una palabra. Pero, por más que le insulte y le amenacé, el abad, un hombre con habitual carácter bravío, no perdió los estribos ni un momento. «Todo está en manos de Dios», me manifestó con una voz desconocida. Y después concluyó

diciéndome que sentía mucho no poder ayudarme en nada más y que podía hacer con él lo que quisiera.

—¿Le creísteis?

—Sí, sire. Hablaba con la voz de la verdad. Lo pude sentir. Aquel hombre estaba en paz consigo mismo y más allá de mi poder. Habíamos perdido completamente el rastro de los templarios. Nadie les vio desde que escaparon; se movieron como sombras, y nos han esquivado con astucia. Lo imaginé cuando consiguieron escapar. Estaba completamente seguro de que Guillermo de Lins no se iba a dejar capturar de nuevo.

—Y decidisteis regresar.

—Así es, sire. Y os traigo a ese desastre de juez Dupont, que, si fuera vos, haría decapitar inmediatamente.

—¿Y eso qué solucionaría?

—Nada, sire, pero, al menos, no os sobrevivirá.

—Eso me parece justo.

—No sabéis cuánto siento haberos fallado.

—No lo habéis hecho, Roberto. Siento que todo esto ha sido por voluntad de Dios. La maldición del gran maestro templario Jacobo de Molay llega muy lejos. Nuestro linaje está maldito porque mi padre ordenó la prisión y muerte de los templarios. Y, desde entonces, los Capetos de Francia parecen abocados a la extinción. Muerto mi padre, muerto mi hermano mayor, Luis X, y su hijo Juan I, ahora les seguiré yo, que no tengo hijos varones y me sucederá mi hermano más joven, el bello Carlos de la Marche, que será un rey tan hermoso como desastroso, porque no tiene nada en la cabeza, y su consejero es mi tío Carlos de Valois, carente de toda visión de gobierno. ¡Pobre Francia! ¡Cuántos males te esperan aún antes de que nos extingamos! No lo quiero ni pensar.

Y los dos hombres, que se apreciaban de verdad, se quedaron en silencio. Las palabras del Rey eran como una mortaja que arrojaba la grandeza del pasado. Curiosamente, la enfermedad del Rey era tan destructora y maligna como la que roía y destruía la vitalidad de su propio reino.

Dramatis personae

Pedro de Libreville. Guardián de los libros secretos. Antiguo caballero templario, ahijado del maestre Jacobo de Molay, que entra al servicio del obispo de Aviñón, posteriormente elegido papa Juan XXII. Nombrado guardián de los libros secretos, tendrá a su cargo la búsqueda de los libros que la Iglesia desea tener a buen recaudo, escondidos del mundo. Será el encargado de encontrar el libro del nombre secreto de Dios.

Juan XXII (Jacobo Duèze). Nacido en 1244, fallecido en Aviñón, en 1334. Primero obispo de Frejus, luego de Aviñón (1310). Cardenal de Porto (1312). Elegido sumo pontífice en Lyon (1316). Durante su mandato, será reconocido un gran pontífice y consolidará el papado en Aviñón, así como el predominio de la curia de los franceses.

Gauzelin Duèze. Canciller de la Iglesia. Sobrino del papa Juan XXII. Hijo de su hermano. Espíritu inquisitivo y gran organizador; será el encargado de ordenar la Iglesia al modo del papa Juan XXII y el administrador de su prosperidad.

Cardenal Arnaldo da Via. Sobrino de Juan XXII. Hijo de su hermana. Arzobispo de Aviñón, muy afecto de su tío, de cuya completa confianza gozaba.

Jacobo de Molay. Nacido sobre 1244. Elegido como gran maestre de los templarios en 1295. Aprisionado por orden de Felipe IV en 1307. Muerto en la hoguera, en la Isla de los Judíos, en París, el 18 de marzo de 1316.

Clemente V (Bertrand de Got). Arzobispo de Burdeos (1300). Elegido Papa en 1305, decide el traslado de la sede papal de Roma a Aviñón, por las presiones del rey de Francia, Felipe IV. Maldecido por el maestre Molay. Muere poco después que el maestre, en abril de 1314.

Alberto de Burgos. Anterior guardián de los libros secretos. Anciano monje castellano que renuncia a su cargo por su venerable edad. Ayuda a Pedro de Libreville, su sucesor en los primeros tiempos al frente de su tarea.

Marc d'Auverne. Asistente francés del guardián de los libros secretos.

Sir Arturo de Limmerick. Asistente inglés del guardián de los libros secretos.

Alfonso de Haro. Asistente castellano del guardián de los libros secretos.

Condesa Leonor de Monclerc. Hija del conde de Monclerc. Última guardiana del libro, que recibe a la muerte de su padre y que se encarga de llevar a la abadía de Loc Dieu.

Hugo de Monclerc. Abad de Loc Dieu. Tío del conde de Monclerc y tío abuelo de Felipe y de la condesa Leonor de Monclerc. Caballero cruzado con san Luis, luego monje cisterciense.

Gerardo de Monclerc. Caballero templario que recibe el encargo de poner en lugar seguro el libro del nombre secreto de Dios. Muere tras dárselo a su hermano.

Conde de Monclerc y Felipe de Monclerc. Padre y hermano de la condesa Leonor. Ambos muertos por evitar que el libro cayera en manos del Rey.

Guillermo de Lins. Caballero templario huido de la prisión, ordenada por el rey de Francia. Se encargará de intentar recuperar el libro del nombre secreto de Dios. Le acompañan los caballeros templarios **Felipe de Mons, Arturo de Angueville, Ricardo de Osterwood, Juan de Clermont y Renaud de Champris.**

Felipe IV de Francia, el Hermoso. Nacido en 1268. Hijo de Felipe III y de Isabel de Aragón. Casado con Juana, reina de Navarra. Rey desde 1285. Dio la orden de prisión de los templarios para hacerse con sus posesiones. Maldecido por el maestre templario Jacobo de Molay en la hoguera. Muere pocos meses después que él, el 29 de noviembre de 1314.

Luis X, el Turbulento. Nacido en 1289 y fallecido el 5 de junio de 1316. Rey de Francia y de Navarra. Hijo primogénito de Felipe IV. Casado en primeras nupcias con Margarita de Borgoña, condenada por adulterio a prisión. Rey de Francia a la muerte de su padre en 1314, se casa en segundas nupcias con Clemencia de Hungría. Muere envenenado dejando una reina embarazada de un varón, que nacerá rey, llevando el nombre de Juan I, y morirá al poco de su bautizo, en noviembre de 1314.

Felipe V, el Largo. Antes conde de Poitiers. Nacido en 1291, fallecerá en enero de 1322. Hijo segundo de Felipe IV y hermano de Luis X. Casado con Juana de Borgoña, convicta de complicidad en los adulterios de su hermana Blanca y su cuñada Margarita de Borgoña. Liberada de su encierro en el monasterio de Dourdan, en 1315. No tiene herederos varones dejando el trono, a su muerte, a su hermano menor Carlos, señor de Evreux, luego Carlos IV, con quien se extingue la dinastía capeta, porque tampoco tiene sucesor varón.

Enguerrando de Marigny. Nacido en 1265, su defunción tendrá lugar el 30 de abril de 1215. Conde de Longueville. Poderoso ministro de Felipe IV, coadjutor del reino. Superintendente de finanzas y obras públicas. Procesado y condenado, por orden de Luis X, a la muerte de su padre, muere en 1315, ahorcado. Felipe V rehabilitará su memoria.

Juan de Marigny. Nacido en 1267 y muerto en 1325. Secretario de Felipe IV, por el apoyo de su hermano. Arzobispo de Sens (1309), formó parte del tribunal que condenó a los templarios y luego del que condenó a su hermano a muerte.

Sargento Luis Maleflot. Sargento del rey Felipe IV. Encargado de buscar el libro del nombre secreto de Dios, siguiendo a la condesa de Monclerc.

Sargento Pierre Moret. Hombre de confianza de Felipe V. Enviado a Loc Dieu por

el Rey en busca del libro.

Padre Sebastián Du Plessis. Párroco de Villafranca de Rouergue, que se hace amigo de De Libreville.

Conde Roberto de Annecy. Amigo de Felipe V, rey de Francia. Enviado por el rey de Francia a buscar el libro secreto a Loc Dieu.

Juez Marcel Dupont. Elegido por el arzobispo Marigny para acompañar al conde de Annecy en la búsqueda del libro en Loc Dieu. Tiene por misión esclarecer la muerte del sargento Moret.

Bertucero. Druida. Guardián del bosque antiguo que rodea Loc Dieu.

Hermano René de Saint Cyr. Joven monje, muerto al intentar sacar a la condesa Leonor de Monclerc de la abadía.

Hermano Juan de Arles. Monje muerto por los asaltantes de la capilla de la abadía.

Hermano Raúl de Meudon. Anciano monje, amigo del abad, asaltado por los bandidos.

Hermano Jesús de Villiers. Monje asistente del abad.

Hermano Enguerrando de Pau. Monje encargado de la hospedería.

Hermano Juan de Avignon. Joven monje, espía del canciller de la Iglesia, Gauzelin Duèze.

Hermano Leonardo de Albi. Monje enfermero.

Fin